
La
REDENCIÓN
de
CONSTANTINE
MI BEBÉ RECHAZADO
SERIE MILIARDARI PENTITI
SARA FIDÉLIS

A REDENÇÃO de CONSTANTINE

SÉRIE: BILIONÁRIOS ARREPENDIDOS

SARA FIDÉLIS

Copyright© 2024 SARA FIDÉLIS

CONSTANTINO – SERIE EL MULTIMILLONARIO ARREPENTIDO – LIBRO 1

Reseña: Grazi Reis

Portada: Rafael Almeida

Diseño: Sil Zafia

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los procesos xerográficos e internet, sin la autorización del editor (Ley N.º 633 del 22 de abril de 1941, Ley de Derecho de Autor). Esta obra es de ficción: los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor; cualquier parecido con hechos reales es pura coincidencia.

Todos los derechos de esta edición están reservados al autor.

Índice ***Dedicación***

Notas iniciales

Prólogo

- FASE 1 -

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

- FASE 2 -

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

- FASE 3 -

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Epílogo

Gracias

Dedico este libro a todos aquellos que desean conocer a un dios griego, pero siempre se encuentran con Alejandros…

Mi solidaridad va enteramente para ti.



Me alegra muchísimo compartir esta historia con ustedes. Constantino y Elena comparten un amor único e intenso, en el sentido más puro de almas gemelas.

Dado que esta es una serie que estoy escribiendo en colaboración con el autor Sil Zafia, pronto aprenderás también sobre las historias de los otros mosqueteros.

Antes de leer, me gustaría señalar que, aunque la historia se desarrolla en Grecia, más específicamente en las islas griegas, es una obra de ficción; se han cambiado muchas ubicaciones y detalles para mejorar la inmersión.

A continuación se muestran algunas palabras recurrentes en el texto y sus significados: *Agape mou — Mi amor*

Zoi mou — Mi vida

Kaliméra — Buenos días

Bampá — Papá

Pappoú — Abuelo

Espero que disfrutéis leyéndolo y nos vemos al final.

Tu besas,

Sara Fidelis


Prólogo

Constantino Petrakis

Llevo esperando casi una hora cuando por fin se abre la puerta y oigo su voz hablando con otra persona. El sonido me produce un extraño hormigueo que ya no debería estar ahí. Después de todo, no.

Cuando Elena mira hacia el sofá y me ve, el tiempo se detiene por un momento: su mirada fija en la mía y hay un silencio absoluto.

—Buenas noches, esposa. Ya estoy en casa —digo, directo y frío.

Pero, aunque parezca, por dentro soy un espejo del caos.

"¿Qué... qué haces aquí?", pregunta. Y, a pesar del impacto inicial, su voz se mantiene firme.

Me tomo unos segundos para admirarla y, literalmente, me quedo sin palabras. Elena siempre ha sido hermosa, pero cuando la conocí, su apariencia era pura dulzura y sencillez, una jovencita.

Elena, ante mí, es una mujer en toda la extensión de la palabra. Ya no lleva gafas, lo que realza sus ojos azules; el vestido negro que lleva es tan ajustado que acentúa sus curvas, más generosas de lo que recordaba. Lleva la boca pintada de rojo y el pelo rubio recogido hacia atrás, dejando al descubierto su esbelto cuello.

La imagen de la niña inocente ha desaparecido, dando paso a una mujer segura de sí misma y terriblemente sensual.

Considerando la postura falsa y disfrazada de hace un año, esta versión expresa mucho mejor su verdadera personalidad. Elena me engañó con su dulce actitud, pero siempre ha sido ambiciosa y audaz. Yo era quien se equivocaba.

—¿Así me recibes, Afrodita? —pregunto—. ¿Después de tanto tiempo?



"Y dime, ¿dónde encontrarás un amor como el mío, un amor que ni el tiempo, ni la ausencia, ni la desesperación puedan ¿Logró extinguirse? ¿Un amor que se conforma con una cinta caída, una mirada perdida, una palabra que se escapa?

Los tres mosqueteros

Constantino Petrakis



Una gran fortuna conlleva una gran responsabilidad.

Que Peter Parker me perdone por cambiar la frase original, pero Spider-Man y Superman no existen, con sus poderes mágicos e inexplicables. Sin embargo, cualquier persona racional diría que el dinero es la fuerza que mueve el mundo, y yo tengo ese poder en abundancia. Sin embargo, precisamente por eso, quieren imponerme un compromiso que no quiero asumir.

La anfitriona se acerca a mi asiento, me mira por debajo de sus pestañas curvas y me dirige una mirada que deja clarísimas sus intenciones coquetas.

—¿Quiere tomar algo, señor Petrakis? —El tono sensual que usa es casi un susurro.

Arqueo las cejas, molesto al darme cuenta de que no tengo ningunas ganas de llevar a la chica a mi cabina, en la parte trasera del

jet privado, y desnudarla. Todo el asunto de los Megalos me ha sacado de quicio.

—Un whisky, por favor. —Le devuelvo la sonrisa para no hacerle pensar mal de mí.

Me gusta que quiera follarme. No me parece ético tener sexo con una mujer que trabaja en mi avión, siempre y cuando sepa separar las cosas. Pero hoy no, porque la conversación telefónica con mi padre me ha arruinado el buen humor.

Saco el teléfono del bolsillo y activo la marcación rápida para Klaus. Es uno de mis mejores amigos, y hablar con alguien que entienda mi frustración es justo lo que necesito.

—¡Hola, Petrakis! ¿Cómo estás? —responde, saludando en italiano.

—No muy bien.

Mi respuesta está en griego, pero todos estamos acostumbrados. Somos amigos desde la universidad: Klaus, Isaac, Apollo y yo estudiamos juntos en Eton y nos hicimos inseparables. Hijos de multimillonarios pobres, alejados de sus familias por... nos convertimos en hombres; terminamos conociéndonos e identificándonos unos con otros.

Cuando nos graduamos de la preparatoria y entramos a la universidad, regresamos a nuestros países para continuar nuestros estudios, pero nuestra amistad se ha consolidado para toda la vida. Un británico, un italiano, un griego y un brasileño; a pesar de vivir en mundos tan diferentes, queríamos aprender nuestros idiomas, y hoy los alternamos casi sin darnos cuenta.

-¿Qué pasó?

"¿Sabes qué? Mi padre quiere que me case, ¿te lo puedes creer?", pregunto retóricamente.

"¡Qué cojones!", maldice, dándome el apoyo que necesito. "¿Con quién? O mejor dicho, ¿de dónde sacó la idea de un matrimonio concertado?"

"Debió de retroceder en el tiempo, al siglo pasado", murmuré, irritado. "Sabes que eso todavía ocurre a menudo en familias como la nuestra, e hizo un trato con los Megalos para casar a su hija conmigo, con la intención de unir nuestras propiedades".

—¿Chronos no fue nombrada la mejor aerolínea el año pasado? Pronto estará entre las cinco mejores del mundo. ¿Qué más se puede pedir?

—Probablemente quedaríamos en segundo o tercer lugar si uniéramos a las dos familias. ¿Qué clase de ambición inagotable es esa?

Klaus también maldice al otro lado de la línea; su acento italiano se profundiza cuando está nervioso.

—¿Y cómo reaccionó ante tu negativa?

"Nada bien. Me hizo irme de Santorini y volar a Mykonos para una reunión", digo, sin olvidar la ironía de programar una reunión para decidir una boda. "Voy, porque si no, podría recibir una invitación a mi propia boda mañana".

Él deja escapar una risa estrangulada.

—¿Y es bella la futura ex casi novia?

—¿Y eso importa? ¡Hay mujeres hermosas por ahí! Se llama Alexia, y le interesa el dinero tanto como a Selene.

“No dejes que tu padre te oiga hablar así de su mujer…” me regaña, pero puedo oír la sonrisa en su tono.

—No oculto mi opinión, Klaus. Pero, a diferencia de Selene, Alexia es rica, lo que demuestra que, si aceptó este trato, es incluso más ambiciosa que mi madrastra.

—¿Será que le gustas? No siempre se trata del dinero, Constantine.

—¿Placer, cómo? He visto a esta chica un par de veces en cenas de negocios, sin apenas intercambiar unas palabras; estas cosas no existen. Además, cuando tuve ese accidente, se corrió la voz: ¿qué chica normal querría casarse con un hombre que no puede tener más hijos?

Klaus murmura algo incomprensible en el teléfono.

—Sabes muy bien que no es el fin del mundo.

—Lo sé, no me hago la víctima —ignoro la compasión en su tono—, pero la verdad es que no puedo tener hijos biológicos; ¿por qué Alexia aceptaría casarse conmigo? Está claro que está interesada en Chronos.

—Bueno, lo importante es que tu padre no puede obligarte —dice, desviando el tema de lo que sabe que es incómodo—. ¡Arregla este lío, Petrakis! Di que no te vas a casar y luego avísame.

"Eso es exactamente lo que pienso hacer", acepto, satisfecha con su apoyo, "pero necesitaba maldecir un poco y encontrarle eco a mi ira, por eso te llamé". La anfitriona regresa en ese momento, coloca el vaso con la bebida en la mesa frente a mí y luego se aleja, esta vez contoneándose.

—¿Y tu abuelo? Si se opone, tu padre no insistirá en esta historia.

—Eso espero, hablaré con él en cuanto aterrice, sé que no estará de acuerdo con que me obliguen a casarme por dinero o por ego.

—Claro que no, tu familia ya ni siquiera sabe dónde poner su suerte, ¡Dios mío! Recuerda llamarme luego y contarme cómo te fue.

—Hablamos luego entonces, nos vemos pronto.

- Buena suerte.

Al colgar, agarro mi vaso de whisky y me lo bebo de un trago. Quizás necesito otro trago. antes de afrontar el dolor de cabeza que tendré al conocer a mi padre.



Elena Lazos

Uno pensaría que, habiendo crecido en Mykonos, algún día me acostumbraría a su belleza; sin embargo, la inmensidad y el azul de este mar nunca dejan de cautivarme. El día es espléndido, pero hoy no puedo apreciar su belleza, sumido en mi tristeza y el torbellino de pensamientos que se arremolinan en mi mente.

Algunas personas parecen destinadas al sufrimiento, y si no fuera tan devota de nuestra religión, creería que la familia Lazos tiene una enorme deuda kármica, pues nos azotan una tragedia tras otra. Me quito las gafas y me paso la mano por la cara, enjugándome una lágrima persistente.

No sé qué hacer ahora…

El abuelo Leónidas falleció hace cuatro meses, y vine de Atenas para organizar el funeral, pero regresé a la universidad poco después. Sin embargo, tuve que regresar definitivamente hace dos semanas tras recibir la noticia de que mi madre había sufrido un derrame cerebral.

La pérdida de mi padre fue demasiado dolorosa para ella, quien ya ni siquiera tenía a su madre, y su corazón no lo soportó. Durante quince días la ayudé con las medicinas y en el restaurante familiar, que ella regenta desde muy pequeña, pero cuando la vi enferma esta mañana y corrimos al hospital, ya sabía que sería mucho peor.

Me levanto de la roca donde llevo sentado diez minutos y respiro hondo, limpiándome la cara de nuevo. Está viva, pero aún no ha abierto los ojos, y no sé qué pasará cuando lo haga.

Crucé el patio abierto, en dirección al restaurante. Una vez que los médicos la estabilizaron, corrí a casa para recoger algunas de sus cosas y pegar un aviso en la entrada sobre el cierre temporal del restaurante, pero terminé absorto en mis pensamientos.

Desde aquí, en la puerta, contemplo el mar justo enfrente, bajo las rocas. Lazos, que lleva el nombre de nuestra familia, está en una ubicación espectacular, sobre las rocas, rodeado por el mar Egeo. No es un lugar grande ni glamuroso, pero además de algunos turistas, muchos lugareños vienen por las vistas y la espectacular comida que prepara mi madre.

Cuando me fui a estudiar economía a Atenas, Lazos estaba en pleno auge, y aunque no daba muchas ganancias, era suficiente para mantener a mi madre y seguir ayudándome mientras asistía a la universidad.

Me vuelvo a poner las gafas, cruzo la puerta y me dirijo a la caja. No enciendo las luces: el sol se está poniendo. y sus colores naranjas pasan a través de las ventanas de cristal enmarcadas por ladrillos grisáceos.

Tomo un papel y un bolígrafo y escribo con letras muy grandes: POR MOTIVOS DE SALUD ESTAREMOS CERRADOS LA PRÓXIMA SEMANA, LAZOS REANUDARÁ SUS ACTIVIDADES PRONTO.

Digo una oración en silencio a Dios para que ocurra un milagro, que mis palabras se hagan realidad y que mi madre regrese pronto.

Lazos tiene un par de empleados de confianza, y sé que pueden manejar la cocina muy bien solos si es necesario, pero el gran problema es la caja registradora. Mi abuelo se encargaba del dinero; me inculcó la pasión por los números, la planificación y el cálculo, pero tras su fallecimiento, mi madre asumió esta función.

Aunque estoy estudiando para ser gerente financiero, nunca tuve la intención de hacerme cargo del restaurante; mis planes eran ayudar a mi madre en lo que necesitara, sin renunciar a mi sueño de abrir mi propia empresa, especializada en inversiones de riesgo.

Claro, podría quedarme en el mostrador de Lazos por un tiempo y entrenar a uno de los empleados; estoy en Mykonos específicamente para apoyar a mi madre, y sé que Heitor e Irene serían buenos cocinando, pero no puedo preocuparme por eso cuando tengo que volver al hospital para hablar con el médico y obtener información más específica antes de decidir qué hacer a continuación.

Oigo el fuerte chirrido de la puerta de madera y levanto la vista para encontrar a un caballero parado frente a mí; sonríe cuando me ve y me toma menos de dos segundos reconocerlo.

Andreas Petrakis, uno de los hombres más ricos de Grecia, si no del mundo. Su familia presume de una fortuna gigantesca, procedente de la aerolínea Chronos, y nadie desconoce su apellido. Pero para nosotros, siempre ha sido conocido como el mejor amigo de mi abuelo.

—¡Señor Petrakis! ¡Qué sorpresa! —Aunque es uno de esos días en los que cuesta fingir que estoy bien, intento forzar una sonrisa.

—¡Elena! Qué hermosa eres, *Kardia Mou* . Hacía mucho que no nos veíamos…

Asiento mientras lo veo acercarse al mostrador. Ya no es joven, y su cabello es bastante blanco, pero su postura erguida demuestra que aún tiene mucha energía.

—He estado estudiando en Atenas durante los últimos años.

—Sí, claro que lo oí. Tu abuelo estaba muy orgulloso de ti; hablaba de ti constantemente.

Sé que es algo natural decirlo, pero ya estoy muy molesto hoy y este simple comentario me conmueve.

—¿Qué pasó? —Frunce el ceño, con conocimiento—. Oí que tu madre estaba enferma y quería saber si estaba mejor.

Me encojo de hombros y otra lágrima se me escapa. Respiro hondo para intentar explicárselo de forma que lo entienda, porque siento que las lágrimas atrapadas en mi garganta no necesitan mucho para salir.

—Mi madre tuvo otro derrame cerebral esta mañana y la llevé al hospital, pero aún no se había despertado cuando la llevé. Tuve que venir y dejar un aviso (le muestro el periódico para que lo vea) y recoger algo de ropa.

El señor Petrakis aprieta los labios y mueve la cabeza; su rostro parece entristecido por la noticia.

“Creo que perder a tu abuelo fue demasiado para Melina”, dice, reflexionando sobre el mismo pensamiento que yo antes. “La muerte de Leonida fue mi mayor dolor desde que perdí a Elena”.

Una sonrisa sincera se forma en mi rostro, a través de las lágrimas, cuando escucho sus palabras.

—Te llamas Elena, por ella. ¿Lo sabías? —pregunta, repitiendo algo que he oído decenas de veces—. Cuando tu abuelo te abrazó por primera vez, dijo que eras el bebé más hermoso que había visto en su vida, y como mi esposa era la mujer más hermosa del mundo, deberías llamarte como ella.

"¿De verdad dijo eso mi abuelo?" "Siempre me pregunto por qué no te molestó que hiciera un comentario así sobre tu esposa", digo con curiosidad.

El señor Petrakis se encoge de hombros.

"No fue exactamente así. Soy yo a quien le encanta ensalzar la belleza de mi Elena", dice con una leve sonrisa. "Leonida dijo que su nieta tenía el pelo muy rubio y los ojos azul pálido, igual que los de mi esposa. Sugerí ponerle su nombre; a tu madre le pareció buena idea, y así fue".

—Ahora tiene mucho más sentido.

Abro el cajón donde guardaba las tarjetas del restaurante y la cartera de mi madre. No quiero entretener al Sr. Petrakis, pero no puedo perder mucho tiempo.

—Tengo que entrar a casa a buscar unas cosas —digo, buscando mis documentos—. Tengo que traerle...

La pila de papeles se me resbala de las manos y se esparce por el suelo.

—¡Qué desastre, Elena! —me regaño en voz alta.

El señor Petrakis se inclina para ayudarme a recogerlos, pero cuando me entrega el primero, parpadeo, incrédulo por lo que está escrito allí.

"¿Qué…?" Busco los otros sobres idénticos y tengo un mal presentimiento. "Es una orden de desalojo, varias…", anoto, con la voz apenas audible.

—¿No lo sabías?

—¿Lo sabía? —respondo.

"No, claro que no", responde, y me siento como un idiota por preguntar. "Como ya llevas unos días de vuelta, pensé que tu madre te habría contado algo tan importante".

Cierro los ojos por un momento, sacudiendo la cabeza.

—No dijo nada. No sé qué pudo haber pasado para llegar a este punto. El ambiente gastronómico era bueno cuando vivía aquí, y él siempre me decía que todo estaba bien.

—Quizás el período de cierre después de la muerte de tu abuelo complicó las cosas.

— ¿Cierre? — Me parece extraño su comentario. — No, solo se tomó quince días libres y luego volvió a trabajar.

Él me mira con algo muy parecido a la lástima y lo niega con un movimiento de cabeza.

—Tu madre nunca volvió a abrir el restaurante, muchacha.

- Pero…

Otro sobre me llama la atención; lleva el escudo de la universidad, y rápidamente lo agarro para abrirlo. Lo hojeo brevemente y me doy cuenta de que es un recordatorio de cuotas atrasadas, y muchas.

Estoy en mi último semestre, pero la deuda es enorme. Como mi madre quería encargarse del pago, ni siquiera me di cuenta de que estaba atrasado.

—¡Dios mío! No tenía ni idea... ¿Y ahora qué? —Me agarro el pelo, desesperada al darme cuenta de que es mucho peor de lo que pensaba—. ¡No tenemos cómo pagar todo esto, tardaríamos años!

El señor Petrakis me toma la mano para levantarme del suelo y luego él mismo recoge todos los documentos.

—Ve a cada cosa, Elena —dice con calma—. Ve a buscar las cosas de tu madre y luego iremos juntos al hospital a ver cómo está. Cuando Melina mejore, podrán hablar de todo y decidir qué hacer.

—Tienes razón, no es lo más importante ahora mismo. — Asiento, intentando concentrarme—. ¿Seguro que quieres venir conmigo? Puedo enviarte noticias más tarde, así que no tienes que molestarte tanto.

—No hay problema, me importa. Te espero en el coche. —Señala la calle y se dirige a la puerta.

No puedo esperar más, así que dejo mis pensamientos a un lado por ahora y me concentro en lo que hay que hacer. Al entrar en la cocina, llego a las escaleras que conducen a la casita que compartí con mi madre y mis abuelos durante muchos años; las paredes blancas y el típico techo azul suelen transmitir una sensación de limpieza y tranquilidad, una paz que hoy no siento.

Abro los cajones de la cómoda de madera y separo algunas camisas, vestidos y pantalones cómodos. Cojo algunos artículos de aseo

y ropa interior para que pueda ducharse y cambiarse al despertar. Despertará, porque ni siquiera puedo considerar la posibilidad de que mi madre no vuelva a casa, de que no vuelva conmigo.

Lo meto todo en una bolsa y cambio mis zapatillas por unas planas más cómodas. Me miro en el espejo y me peino con las yemas de los dedos, alisándome sin mucho esfuerzo, antes de bajar. Cierro el restaurante, pego el aviso en la puerta y salgo del patio hacia el callejón lateral, donde me espera el Sr. Petrakis en su coche de lujo.

Nunca entendí bien cómo él y mi abuelo se hicieron amigos, teniendo vidas tan distintas. De niño, ni siquiera se me ocurrió, pero hoy reflexiono sobre la marcada diferencia entre ambos.

—Al *Centro de Salud,* Hermes —instruye el conductor, quien asiente en silencio.

A pie, desde el restaurante hasta el hospital tardé casi una hora, pero ahora que vamos en coche, me doy cuenta de que la El viaje no es tan largo. Me acurruco un poco en el asiento trasero y descanso los pies en la mullida alfombra. No quiero ensuciar nada; incluso me da vergüenza recostarme y dejar que el sudor empape el cuero.

—No te desanimes, niña. Todo saldrá bien —dice, captando mi atención.

Me muevo un poco en mi asiento y decido intercambiar algunas palabras, para no ser grosero.

—Señor Petrakis, tengo una pregunta.

—¿Sobre mí? Puedes preguntar, querida.

—Sobre ella y mi abuelo. ¿Cómo se hicieron amigos? No me malinterpretes, él la adoraba, pero tú pareces tan diferente —digo, expresando mi duda.

Piensa, inclina un poco la cara y luego niega con la cabeza.

"En realidad, éramos muy parecidos", dice, sorprendiéndome. "Claro, no coincidíamos en sitios, pero teníamos los mismos gustos musicales, nos encantaba la misma comida, practicábamos los mismos deportes y leíamos los mismos libros. A tu abuelo le encantaban las historias de aventuras, ¿lo sabías?"

Asiento con una sonrisa.

—Sí, me enseñó a amar los libros. Prefiero las novelas, pero no me molesta una buena aventura.

— ¿En serio? — Parece sorprendido. — Pensé que eras la chica de los números.

—Y lo soy, me hizo amar las matemáticas, pero también me introdujo a las primeras novelas que leí. — recuerdo, con una sonrisa.

—Bueno, siendo la nieta de Leónidas, no debería sorprenderme. Tu abuelo fue una de las personas más increíbles que he conocido: era increíblemente inteligente y no se conformaba con saber una sola cosa; ¡quería saberlo todo! Al parecer, eres igual que él.

—Creo que sí—coincido, invadida por una ola de nostalgia.

"¿Sabes que mi casa está al otro lado de la isla, verdad?", pregunta el señor Petrakis, cambiando de tema.

- Sí.

"Hay un tramo de playa frente al pueblo que es privado, propiedad de mi familia; pero justo al lado hay una playa pública que casi no recibe visitantes", dice, y yo guardo silencio, esperando entender su punto. "A tu abuelo le encantaba explorar la ciudad, y un día la encontró por casualidad; yo estaba en mi lado de la playa", dice, señalándose a sí mismo con una risa irónica.

Imagínate tener tu propio pedazo de playa…

—¿Y invadieron?

—Más o menos. Obviamente Leónidas no lo sabía, y a mí me daba igual, pero así nos conocimos: creo que teníamos catorce años. Me llamó para ir a nadar y quería zambullirme desde la roca de Poseidón.

—¡Dios mío! ¡Estaba loco!

"Acepté el reto", concluye, riendo al notar mi expresión. "Después de ese día, tu abuelo siempre volvía; nos hicimos amigos, descubrimos nuestros gustos en común, y así fue como nos hicimos amigos. Cuando dos personas se encuentran, el resto es solo un detalle".

—Creo que tiene razón…

Nuestra conversación se interrumpe cuando el conductor se detiene frente al hospital. Abro la puerta, incapaz de esperar, pero el Sr.

Petrakis me sigue de cerca hasta la recepción. Me detengo frente a la recepcionista, y ella me mira con una sonrisa de dolor; recuerdo que es la misma que nos recibió esta mañana cuando traje a mi madre.

— Buenos días, ¿ya puede hablarme el doctor?

Con un gesto, me pide que espere y luego usa la centralita para contactar al Dr. Ícaro. Escucho su pregunta y luego la veo asentir antes de colgar.

—Puede entrar por este pasillo y continuar hasta el final, luego subir las escaleras. El médico lo recibirá en la Unidad de Cuidados Intensivos.

Asiento y me giro para mirar a mi compañero, que me espera en silencio.

—¿Quieres entrar o prefieres esperar aquí?

— Voy contigo, quiero ver a tu madre.

Miro de reojo a la recepcionista para ver si la dejan entrar, y ella simplemente sonríe, aprobando. Caminamos juntas por el pasillo. A paso rápido. Esta vez no hablamos hasta llegar al cartel que dice: Unidad de Cuidados Intensivos.

Trago saliva con dificultad, al comprender finalmente lo que esto significa. Si el caso no fuera grave, estaría en una habitación compartida, en otra sala. El médico nos ve antes de entrar y sale a recibirnos. Sonríe y extiende la mano a modo de saludo, luego se gira hacia mi acompañante.

“Señor Petrakis, es un placer”, dice, dejando claro que conoce al hombre que está a mi lado.

—Me gustaría conocerlo en otras circunstancias, doctor. ¿Cómo está?

—Claro que estoy bien. Gracias por preguntar. —Y luego se vuelve hacia mí—. Como sabe, su madre sufrió otro derrame cerebral, señorita Lazos. Por desgracia, en tan poco tiempo, dos ataques como este pueden ser fatales o tener consecuencias graves.

— Pero está bien, ¿verdad? — Mi visión ya está borrosa por las lágrimas.

"Hemos logrado estabilizarla, pero lamentablemente no responde a la mayoría de los estímulos", dice, y cada palabra es como un cuchillo afilado en su pecho. "Estuvo en coma durante unas horas y luego abrió los ojos, pero está inconsciente".

-¿Qué significa?

—Para ser más objetivos: partes del cerebro están activas y regulan funciones vitales, como la respiración, los latidos del corazón y la temperatura corporal. Pero la corteza cerebral es... Ella se ha visto afectada muy drásticamente y es incapaz de procesar información, controlar su comportamiento y sus necesidades.

—Es como… —Las lágrimas comienzan a correr por mi cara cuando me doy cuenta de lo que quiere decir—. ¿Ha entrado en estado vegetativo?

— Lamentablemente, sí.

"¿Y el cuadro es reversible, doctor?", pregunta el Sr. Petrakis, poniéndome una mano en el hombro. Le agradezco, porque ya no tengo fuerzas para preguntárselo al doctor.

— Estos casos son poco frecuentes, pero es posible. Por ahora, mantendremos a la Sra. Lazos aquí en observación. Si la situación se vuelve permanente, ella podrá decidir qué hacer y podremos darle el alta a su madre.

Cientos de pensamientos me recorren la cabeza, todos a la vez. No sé cómo podría sobrevivir sin ella. ¿Y si mi madre nunca despierta?

—Gracias, doctor. Nos quedaremos en la sala de espera hasta que la Sra. Lazos se mejore para poder hablar del tratamiento con usted nuevamente. Por favor, avísenos si hay alguna novedad.

Oigo el saludo del doctor, pero no encuentro fuerzas para responder. El Sr. Petrakis me guía por el pasillo; mis movimientos son casi mecánicos, y no puedo creer que algo así esté sucediendo.


Capítulo 2

Constantino Petrakis

Al subir al helipuerto, experimento mi primera decepción en suelo griego. Alexander me espera con una sonrisa falsa y las manos en los bolsillos; mi hermanastro finge estar contento de conocerme, pero sé la verdad.

—Constantino, qué amable de tu parte llegar —me saluda apenas me acerco.

Le estrecho la mano que me ofrece sólo para evitar empezar una discusión sin sentido, ya que pronto tendré otras batallas que librar.

—Alejandro —le devuelvo el saludo— estoy cansado, me voy a mi habitación y hablo con todos ustedes más tarde.

"¿En serio?" El idiota me pone una mano en el hombro y me sigue a la villa. "Mis padres vinieron de Atenas solo para verte, y el abuelo está impaciente".

—Pueden esperar hasta que me duche, ya que me trajeron volando hasta aquí.

— ¡Siempre cariñoso con tu familia!

Entramos al patio y veo a Selene descansando en una tumbona junto a la piscina. Nos ve y se levanta, con una sonrisa que promete acabar con mi tormento.

—¡Ay, querida! ¡Qué bueno que estés en casa! ¡Te extrañé tanto!

Mi madrastra me abraza con un abrazo que no pienso devolverle y me da un sonoro beso en la mejilla. Poco después de que mi hermana Stephanie y yo perdiéramos a nuestra madre, mi padre la conoció; Selene se embarazó y se casaron, pero nunca tuvimos una buena relación, a pesar de que ella finge ser buena.

—Gracias, estoy cansada —repito mi excusa—. Voy a ducharme y nos vemos luego.

Finalmente logro liberarme de ambos y entro en la casa. Me dirijo directamente a mi suite, intentando evitar a los demás residentes

y visitantes de la villa, pero por desgracia no puedo evitar el estudio de mi abuelo, que está en mi camino.

La puerta está entreabierta y oigo sus voces desde dentro. No parecen estar enfrascados en una conversación muy agradable, y estoy decidido a no participar. Pero, aunque no me oyen, me veo obligado a detenerme al oír que me llaman.

—Padre, ya es hora: tiene treinta años y, si Constantino realmente va a heredar todo lo que nuestra familia ha construido, ¡debe dejar de hacernos sentir tan avergonzados!

¿De qué carajo están hablando?

—No debería comportarse así, estoy de acuerdo —oigo que la voz de mi abuelo se alza—. Pero la solución no es obligarlo a casarse con esa Megalos, ¡no me gusta!

Señale al señor Andreas, a mí tampoco me gusta esa chica.

—¿Cómo que no te gusta Alexia? La chica es guapa, educada, inteligente, heredera de una familia muy influyente. Lo que dices no tiene sentido, padre.

Para mí, sin embargo, tiene todo el sentido.

—¡Pero algo en mí no la quiere, Jason!

—Qué tontería, dijo lo mismo cuando conoció a Selene y, mira, llevamos años casados.

— Mh… — Por los murmullos de mi abuelo casi puedo oír las palabras que no está diciendo.

A ella todavía no le gusta Selene, igual que a mí. Sus intenciones al casarse con mi padre, siendo mucho más joven que él, siempre han sido muy claras, y no seré yo quien traiga a otra oportunista a la familia y le ponga mi apellido.

—Fotografiaron a Constantino en esa fiesta, y ahora los accionistas exigen que nos posicionemos. ¡Ya sabes lo conservadores que son!

De esto se trata. La última fiesta a la que fui se salió de control; las fotos no eran muy positivas y los medios no fueron amables conmigo. Debí saber desde el principio que aceptar la invitación de un jeque árabe a una fiesta con docenas de invitados, animales exóticos y

mujeres locas no era buena idea. Al menos no para el nombre de la empresa, que mi abuelo, mi padre y los accionistas aprecian mucho.

Empiezo a abrir la puerta, pero me quedo congelada cuando escucho la respuesta de mi abuelo.

—Entonces que se case con otra chica, alguien que le guste, o al menos alguien que pueda gustarle algún día. ¡Estoy seguro de que Constantino no aprobará a esta Alexia!

—¿Y por casualidad tienes a alguien más en mente? No tenemos tiempo para esperar a que decida establecerse solo. Necesitamos casarlo pronto, antes de que el consejo decida poner a alguien con más responsabilidad en su lugar, y sabes que tienen opciones.

Renuncio a interrumpir la conversación y sigo mi camino. Piensen lo que piensen, jamás me casaré con Alexia Megalos, y nada de lo que digan me hará cambiar de opinión.

¿Poner a alguien con más responsabilidad en mi lugar? Están completamente locos: nunca he fallado en mis deberes y me tomo la empresa más en serio que mi propia vida. Pero soy humano, soy hombre, un error no debería dictar el resto de mi vida.



Elena Lazos

Aunque no podía dormir en la misma habitación que mi madre, quería pasar la noche en el hospital, esperando ansiosamente alguna mejoría, y aunque el señor Petrakis insistió en llevarme a casa, preferí no irme, esperando buenas noticias.

Lamentablemente, eso no sucedió. Volví al restaurante más tarde y, después de una buena ducha, me desplomé en la cama para dormir unas horas. Pensé que tal vez, con la mente descansada, podría verlo todo desde una nueva perspectiva.

Ahora estoy aquí, con la televisión del dormitorio encendida, mi plato intacto a los pies de la cama y las órdenes de desahucio y demás documentos de cobro de deudas esparcidos por todas partes. No se me ocurre una solución inmediata, simplemente porque no la hay.

Le debemos al banco mucho más de lo que tenemos en nuestra cuenta, la deuda universitaria es enorme y no tengo ni un céntimo para pagar las facturas del hospital de mi madre. Llevarla a casa cuando le den el alta es mi única opción, pero ¿cómo podré cuidarla si tengo que trabajar para mantenernos y alimentarme?

Mi teléfono vibra sobre el colchón y veo el nombre de Caterine en la pantalla. Es mi amiga más antigua; éramos inseparables cuando vivía en Mykonos, pero incluso después de mudarme, nunca perdimos el contacto ni la costumbre de contarnos todo.

—Hola, Gato…

"Amigo, ¿por qué no me llamaste para contarme lo de tu madre? Me enteré por el de la farmacia; dijo que te vio salir con ella al hospital", dice jadeando. "¿Qué pasó?"

Suspiro, sin saber por dónde empezar.

—¿Puedes venir? La historia es muy larga y creo que necesito tu consejo…

—Claro, me cambiaré y estaré allí en unos minutos.

Y Cat no miente. La casa donde vive con su padre y su hermano está a unos quince minutos, y antes de que pase media hora, recibo un mensaje de ella avisándome que está abajo.

Bajo al restaurante y le abro la puerta a Caterine, pero en lugar de dejarla entrar, la invito a cruzar la calle conmigo, a las rocas con vistas al mar. Nos sentamos juntas en una de las rocas, y una vez más, me pierdo, contemplando la inmensidad del océano, pero Cat tiene los ojos clavados en mí.

- ¿Estás bien?

- No…

Catherine me envuelve en un abrazo incómodo y me acaricia el pelo. No me presiona con un millón de preguntas, sino que espera a que me tranquilice antes de explicarme la situación, y tras unos minutos de silencio, lo hago.

—Tuvo otro derrame cerebral, pero no despertó, Cat. —Niego con la cabeza, todavía sin creer que esto esté pasando de verdad, y mi pelo rubio me cae sobre la cara con el movimiento—. Está viva, pero si la miras, no parece que esté ahí de verdad, ¿sabes?

—Dios mío, Elena. Lo siento mucho, sabes que adoro a la tía Melina —dice con la voz quebrada.

Asiento, porque estos son los momentos en que la gente dice lo que puede, pero ninguna palabra basta. Nada cambia la realidad.

"Ver a mi madre en ese estado es mi mayor dolor, pero mi problema es mucho más grave", digo con un suspiro. "Descubrí que no reabrió el restaurante después de la muerte de mi abuelo, y el banco quiere embargar nuestra casa y nuestro negocio porque no pagó su deuda. Se suponía que me graduaría al final del semestre, pero tengo la matrícula atrasada, no tengo dinero en el banco, y aunque pudiera volver a estudiar, no sé si podría resolver esto".

Caterine me mira con el ceño fruncido.

—Sabía que la tía Melina no abría el restaurante todas las noches, pero cuando le pregunté, me dijo que eran unas merecidas vacaciones y que todo estaba bien. Debí habértelo dicho, pero no pensé que no lo supieras…

—Sí, lo ocultó muy bien, y ahora estoy completamente perdido, amigo. Tengo que quedarme en Mykonos y cuidarla. No nos queda nadie, pero no tengo cómo mantenernos a menos que encuentre un trabajo. Y si lo encuentro, no podré cuidarla.

El gato asiente, comprendiendo mi dilema.

—Podrías dejar a tu madre en una residencia de ancianos un tiempo, hasta que puedas pagar una enfermera o arreglar cosas en el restaurante. ¿Qué te parece?

Asiento, porque ya lo he pensado.

"Eso sería genial, pero no puedo pagar una clínica y no veo solución para el restaurante. Nos dieron unos días para saldar la deuda, y no se consigue esa cantidad de dinero tan rápido; sé manejar los números, Cat, y en este caso, no hay nada que pueda hacer". Miro por encima del hombro hacia la entrada del restaurante y siento el peso de esta revelación. "Tendré que entregar los Lazos y vender lo que hay dentro; quizá eso nos ayude a mantenernos un par de meses mientras pienso en otra salida".

—Lazos ha sido parte de tu familia por muchos años, a tu abuela y a tu abuelo les encantaba este lugar, tu madre estaría muy triste.

—¿Pero qué puedo hacer? Si tan solo hubiera alguien que la cuidara, podría llevar el restaurante y hacer todo lo posible para salvarnos de las deudas, pero siento que se me ha derrumbado una montaña encima y no tengo ni idea de adónde ir ni qué hacer.

—Me quedaría con la tía Melina si pudiera, ¿sabes? Pero si no trabajo...

—Por supuesto que lo sé.

—¿Elena?

Oigo una voz que me llama y salto.

Me volteo para ver de dónde viene y veo al Sr. Petrakis. Está parado afuera de la puerta del restaurante, y creo que está preocupado por mí y ha venido a ver cómo estoy.

"¿Quién es?" susurra el Gato, intentando distinguir al hombre por su silueta, pero está de espaldas.

—Es el señor Petrakis, era amigo de mi abuelo.

—Ya me lo dijiste, pero nunca lo he visto por aquí…

Sus ojos están muy abiertos y puedo decir que este no es exactamente el tipo de lugar que frecuenta un multimillonario.

“Estoy aquí”, digo en voz alta para que pueda oírme.

Lo veo girarse y buscarme un momento, hasta que su mirada me encuentra en las rocas. Noto que le dice algo a otro hombre, de pie al costado del edificio observándonos, que supongo es el conductor o un guardaespaldas, e inmediatamente después, camina hacia nosotros.

—¡Ah! Ahí estás. Pensé que quizá no habías vuelto a casa.

—Regresé más tarde hoy, necesitaba una ducha y dormir un poco —digo con una sonrisa frágil— pero no había necesidad de que vinieras hasta aquí, sé lo ocupado que estás.

Sus agudos ojos se deslizan sobre Caterine, notando a mi amiga, y ella se levanta inmediatamente.

— Ella es mi amiga, Caterine, déjame presentártela. — Cat, él es el señor Andreas Petrakis.

—Es un placer, querida. —Le tiende la mano a modo de saludo.

— El placer es todo mío.

Todavía sonriendo, gira su rostro hacia mí nuevamente.

—¿Podemos hablar un momento, Elena? No te quitará mucho tiempo, pero es importante.

—Claro, ¿puedes esperarme adentro, Gato?

Mi amiga asiente y se despide del Sr. Petrakis con algo parecido a una reverencia, lo que me haría reír si el momento no fuera tan triste. Tiene razón: el hombre es prácticamente una figura real en Mykonos y en toda Grecia.

“¿Pasó algo?”, pregunto, curiosa por su visita.

—Bueno, digamos que sí. No te concierne directamente, a menos que tengas...

Cat se aleja y se dirige directamente al restaurante, dejándonos solos. Frunzo el ceño, confundida por sus palabras y su comportamiento.

—¿De qué te gustaría hablar conmigo?

—Toma, Elena, tengo una propuesta para ti. Un acuerdo que creo que podría beneficiarnos a ambos, pero que a primera vista puede

parecer extraño.

—¿Y qué sería eso? —Entrecré los ojos, escrutándolo, pero su expresión no revela nada.

—Consulté con el banco e investigué a fondo: descubrí que las deudas de su familia son muy altas y sé que, lamentablemente, no están en condiciones de pagarlas en este momento.

Asiento, porque no es ninguna sorpresa.

"Es cierto. No tenía ni idea de que estuviéramos tan endeudados, y ahora, con mi madre en esta situación, no sé qué hacer". Me puse las gafas de nuevo, intentando ordenar mis ideas. "Cuidarla y trabajar parece imposible..."

"Y, pensando en eso, se me ocurrió una idea", dice, caminando hacia el borde de las rocas. Tiene las manos en los bolsillos de su pantalón y parece pensativo. "De hecho, vine a sugerirte que te cases con mi sobrino".

Nada de lo que dijo me preparó para escuchar tal absurdo.

Separo los labios, sorprendida, y busco las palabras con dificultad. ¡Debo haber entendido mal!

—¿Qué dijo?

“Exactamente lo que escuchaste”, responde asintiendo, “y a cambio me haré cargo de todos los gastos de tu familia y del tratamiento de tu madre”.

Parpadeo, asimilo la idea, y esta vez las palabras tardan más en formarse en mis labios. No esperaba una propuesta tan imprudente.

—Señor Petrakis, este es…

—Una locura, lo sé —coincide, y escucho el sonido de una sonrisa—. Puede que no te parezca sensato ahora, Elena, pero estoy seguro de que se llevarán muy bien.

Me acerco a él y lo miro de reojo: quiero leer su rostro para comprender mejor qué está pasando. El Sr. Petrakis parece comprender mi intención, porque se gira para mirarme a la cara. Su sonrisa es amable y sus ojos transmiten una seguridad que no debería estar presente.

A pesar de su postura erguida y de la convicción con que habla, el señor Petrakis ya no es joven; quizá no sea plenamente maduro, pues nada más justificaría lo que propone.

—Perdóname, pero no tengo forma de aceptar algo así.

—Pensé que esa sería tu respuesta —dice con calma—. ¿Pero cuál es tu alternativa?

Aprieto los labios, considerando su pregunta un poco cruel. Nunca lo imaginé así: siempre me ha parecido educado y buena persona, pero que me echen en cara mi falta de opciones en un momento tan difícil de mi vida no es muy agradable.

—Bueno, no sé. Pensé en entregar el restaurante y vender lo que hay dentro.

—Acabarás con el restaurante que era de tus abuelos.

Su tono no es crítico, es más como si quisiera advertirme contra una acción precipitada.

—No veo cómo podría cuidar a mi madre, trabajar y mantenernos al mismo tiempo.

—Aceptas mi oferta. —Se encoge de hombros—. Puedo cuidar de Melina, pagar tus deudas y ayudarte a mantener el restaurante en la familia.

—Señor Petrakis, ¿entiende lo ridículo que suena esto? —pregunto, intentando hacerle entrar en razón—. ¿Cómo pude aceptar casarme con un hombre al que ni siquiera conozco?

"Constantine es un buen chico", dice con los ojos brillantes. "Es un poco mayor que tú, pero es muy guapo, inteligente y se ha hecho cargo del negocio familiar desde que me hice a un lado".

Por su forma de hablar se nota que quiere mucho a su sobrino, pero a mí no me pasa eso, porque nunca lo he visto.

—No es ese el punto: yo no me vendería así.

"No lo pienses así. Piensa en ello como un trato, Elena. Y como tu oportunidad de encontrar el amor verdadero", añade con aire soñador. "Puedo ingresar a Melina en una clínica especializada, donde recibirá tratamiento de los mejores médicos de Grecia, y haré todo lo

posible para que ambos tengan una vida digna. Solo te pido que le des una oportunidad a mi sobrino".

"¿Y tu sobrino está de acuerdo? ¿Le parece buena idea?", pregunto, porque no es posible que todos los Petrakis se hayan vuelto locos.

El hombre suspira resignado antes de negarlo.

"A mi sobrino lo están presionando para que se case con una chica que no me gusta, pero su padre cree que es hora de comprometerse, y no puedo culparlo por eso", responde enigmáticamente. "Pero la novia que han elegido no es buena persona: quiero que tenga la oportunidad de casarse por amor y enamorarse".

¿Y cómo sería posible si se casara conmigo? Aparte de lo obvio, soy una chica pobre, nunca he vivido en la alta sociedad y ni siquiera terminé mis estudios. Sin duda, hay miles de chicas más adecuadas para tu sobrino.

Creo que debe ser un chico muy feo y extraño, con mal carácter y una personalidad desagradable. ¿Por qué, si no, su familia le sugeriría un trato para encontrarle esposa?

—Eres encantadora, niñita —dice, elogiándome—. Eres dulce, amable, educada, inteligente y la chica más guapa de Mykonos. ¿Por qué no iba a enamorarse Constantine de ti? —pregunta, como si tuviera sentido—. Pero está claro: él no sabe de la propuesta que te hago, y no debería saberlo.

—Señor Petrakis, gracias por pensar en mí y por sus cumplidos, pero no puedo aceptarlos.

—De acuerdo. —Asiente, y por un momento creo que se ha dado por vencido—. Quiero que pienses mi propuesta con calma, Elena, y solo entonces me des una respuesta.

—Ya te di mi respuesta —insisto—. ¿Cómo podría aceptar semejante acuerdo y entrar en tu familia sin siquiera conocer a tu sobrino?

—Seguro que haríais una pareja maravillosa, Elena. ¿Cuál es tu mayor sueño? —pregunta, cambiando de tema repentinamente.

"¿Mi sueño? Me habría graduado en economía, habría conseguido una cartera de clientes y habría abierto mi propia firma de inversión financiera", digo con pesar. "Quería ayudar a mi madre y darle

una vida cómoda. Algún día sería madre y formaría mi propia familia, pero ahora todo parece demasiado lejano".

"Está más cerca de lo que crees", dice con seguridad. "Te ofrezco todo esto: puedo pagar tu educación universitaria y ayudarte con tus primeros clientes, y tú y Constantine podrían formar una hermosa familia".

“Está muy bien en teoría, pero los matrimonios concertados no funcionan así”, digo, empezando a frustrarme.

Suspira, finalmente resignado.

—Quizás tengas razón. Pero podrías venir conmigo, trabajar en la villa y conocer a mi sobrino. ¿Qué te parece?

Esta vez sus palabras logran penetrar el escudo que he construido, porque lo único que necesito es un trabajo.

- ¿Trabajar?

—Sí, puedes trabajar en la cocina o limpiando, lo que prefieras. Así tendrás la oportunidad de conocer a mi sobrino.

—Realmente necesito un trabajo, pero…

—Eso es todo lo que te pido, Elena. Si vienes conmigo y aceptas trabajar en la villa, puedo pagar el cuidado de tu madre y tu salario; estoy segura de que, durante este tiempo, descubrirás que tienes mucho en común con Constantino.

Sonrío, un poco sorprendido de que pienses así.

—No sé cómo sería esto posible.

"Ya veremos", bromea el hombre, con aire de quien sabe lo que pasa. "¿Qué dices?"

— Bueno, yo…

—Elena —el señor Petrakis me pone las manos en los hombros —, es solo un trabajo y una promesa que te permitirá conocer a mi sobrino. No tienes que casarte con él si no quieres. ¿Qué te parece?

Este hombre está loco, eso es un hecho. Pero ese trabajo es la única solución que he encontrado a la montaña de problemas que me aquejan, y quizás sea la única oportunidad de salvar a mi madre.

—Sí, acepto.


Capítulo 3

Constantino Petrakis

Llegué hace menos de veinticuatro horas y ya estoy harta. Cansada de los falsos halagos de Selene, de las indirectas de Alexander disfrazadas de preocupación y de los comentarios amargos de mi padre.

La verdad es que, si no fuera por un asunto importante que decide mi futuro, no habría venido tan pronto. Extraño a mi abuelo, y siempre que puedo, voy a visitarlo y me llevo a Steph conmigo, sin comentar nuestros planes con el resto de la familia, dejándoles saber que habíamos estado en Mykonos solo después de irme.

Por razones logísticas, debería estar radicado en Atenas, pero preferí trasladar la sede de Chronos a Santorini cuando me hice cargo de la empresa para distanciarme de la familia de mi padre. No soy un hombre amargado que rechace a todos, pero mis principios y valores son irrevocables y... Por eso me abstengo de vivir con personas que viven de manera reprobable.

Ahora mismo, un ligero dolor de cabeza parece aproximarse. Me apoyo los dedos en la frente mientras escucho a Jason Petrakis quejarse de mí por lo que debe ser la décima vez.

—¿Humillar a tu familia te hace más feliz? No te imaginas el dolor que nos causaste al ser pillado en esa fiesta infame, rodeado de mujeres vulgares y sin clase.

Respiro profundamente y miro de reojo a mi abuelo, que observa la discusión con ambas manos en la barbilla.

—¿Cómo sabes que eran mujeres vulgares por unas fotografías?

—¡Estaban medio desnudos!

—Todos nos encontramos semidesnudos o desnudos en algún momento —respondo con una sonrisa cínica—. ¿Tú no?

—Sabes exactamente a qué me refiero: si se dejaran fotografiar en momentos así, una mujer de buena familia jamás se prestaría a semejante papel. ¿Crees que tu hermana haría algo así?

Arqueo las cejas, pensando en Stephanie. Mi hermana menor es una chica elegante y culta, pero también sabe divertirse cuando la

ocasión lo amerita; quizá él no lo sepa porque, como yo, prefiere mantener las distancias con la toxicidad de nuestra familia.

—No sé qué hace mi hermana en su vida privada —miento, porque no puedo ceder. Sé que, aunque ella se vaya, iría cuando pudiera, ella nunca haría nada que la expusiera a ese punto.

—¡El problema es que ni siquiera parece que lo sientas!

Su rostro está serio y, apoyando una mano sobre la gran mesa de roble, me mira con la mandíbula apretada.

"Bampá, no necesitas dar explicaciones, porque ya has decidido que hice todo a propósito para manchar el nombre de Petrakis, que soy un irresponsable", le digo con una risa sarcástica. "Yo, el que me encargo de todo en Chronos mientras el resto de la familia disfruta de mi duro trabajo".

Esto confirma lo que te decía, Constantine. Debes actuar como lo exige tu cargo, y eso significa convertirte en un hombre de familia cuanto antes. Los accionistas temen que tu comportamiento afecte el precio de sus acciones, y eres tú quien debe solucionar el problema que has creado.

—¿Y cómo puedo resolver un problema que solo surgió en sus cabezas anticuadas? ¡Solo fueron unas cuantas fotos y no pasó nada grave!

—Pero cuando te cases con la chica Megalos, los chismes desaparecerán, todo se calmará. Es una mujer digna de ti, y su fortuna, sumada a la nuestra...

—Ahora está claro, eso es lo que importa, ¿no? Quiere convertirnos en la familia número uno en la lista de los hombres más ricos del mundo. ¿No tienen suficiente dinero?

— ¡No tiene nada que ver con el dinero!

—¿En serio? Contéstame una cosa: ¿esa chica sabe que soy estéril?

Exasperado, levanta las manos al cielo, pidiendo paciencia.

—Podrías adoptar un niño, si es el caso. Y si llega el momento y no quieres, ¡los hijos de Alexander o Steph podrían intervenir!

Obviamente se refiere a niños hipotéticos, pero eso no es lo que importa ahora.

—¿Qué opinas de todo esto, Pappoú?

Mi abuelo respira profundamente mientras le pregunto, luego deja salir el aire por la nariz y sacude la cabeza.

—Constantino debe casarse con quien quiera —dice ella, ofreciéndome apoyo.

—¿Otra vez con esto? ¡Soy su padre! Y elegí a Alexia Megalos porque sé que es una mujer que solo puede enriquecer a nuestra familia.

—Pero si al menos pudiera elegir con quién casarse… —sugiere mi abuelo, y yo aprieto los labios con irritación.

Todos saben que Andreas Petrakis es quien realmente gobierna aquí: es el patriarca, y todo lo que hemos construido es gracias a él. Aunque mis bisabuelos y tatarabuelos ya eran ricos, fue él quien enalteció nuestro nombre y transformó Chronos en lo que es hoy. Sin embargo, por alguna razón que no entiendo, no quiere imponerse en este asunto.

—Los Megalos vendrán a cenar esta noche. Sé amable y trata bien a la chica. Hablaremos de este asunto sin... Es un asunto muy discreto, y creo que después de pasar un tiempo con Alexia, cambiarás de opinión. Hablaremos de ello mañana.

Por su forma de hablar, no me deja otra opción que aceptar. Aunque no esté de acuerdo con sus ideas y métodos, es mi padre y, como tal, le debo respeto. No significa que me vaya a convencer, pero puedo tolerar una cena si luego demuestra mi punto: que este matrimonio no se llevará a cabo y que no tengo nada en común con esa tal Megalos.

—De acuerdo —digo, y noto la sorpresa en sus ojos—. Acepto esta cena, pero eso no significa que cambie de opinión sobre el matrimonio.

Asintiendo, mi padre simplemente se da la vuelta y sale de la oficina, como si pensara que era mejor no continuar y no darme tiempo a cambiar de opinión.

—Mi padre insistirá en esto del matrimonio, ¿no? —le pregunto a mi abuelo cuando estamos solos.

Él asiente, con rostro sombrío.

Tiene miedo de que los accionistas de Chronos te echen cuando llegue el día de las elecciones. Sabes que ya te consideran irritable e inflexible. Está el asunto de tu supuesta incapacidad para tener un heredero, que se rumorea. No me quedan muchos años, pero tarde o temprano ese día llegará...

"Además de ser estéril, ahora dicen que soy irresponsable", concluyo enfadada, decidiendo ignorar su mención de la muerte. "Solo era una fiesta. Es cierto que se me fue un poco de las manos, pero ya sabes que no es mi día a día".

—Sé que ninguna de las dos es cierta. Tus posibilidades de tener un hijo propio son escasas, pero no es imposible. Intenta mantener una actitud positiva.

"Tengo un dos por ciento de posibilidades, abuelo", respondo, diciendo lo obvio, "pero no importa. No planeo casarme ni tener hijos ahora mismo".

"Lo sé, y no tiene sentido quejarse", gesticula, abriendo los brazos, siempre pragmático. "Esta votación no está en nuestras manos; lo que podemos hacer es intentar cambiar la opinión de los accionistas. Sabes que si fuera por tu madrastra, te reemplazarían por Alexander cuando llegue el momento".

—Pero si insistes en que soy la indicada para ti…

—Claro que sí, siempre lo he hecho y seguiré apoyándote. Pero debes estar preparado: puede que no sea suficiente, Constantino.

Decepcionado, dejo a mi abuelo en su estudio y regreso a mi suite. Ya tengo que aguantar a Alexander y Selene durante las comidas, pero si puedo evitarlos el resto del tiempo, lo haré.

Les dije a todos que tenía asuntos de negocios que atender, pero que había adelantado el trabajo antes de viajar, y últimamente tengo la agenda apretada. Sin embargo, si descubrían que tenía tiempo libre, harían lo que fuera por llenarlo con actividades que no me interesaban en absoluto.

Cuando llego delante de las puertas dobles de madera, oigo el sonido de la aspiradora y, al entrar, noto que una chica está limpiando.

Está de espaldas: aspira la alfombra y mueve la cabeza al ritmo de una canción que solo ella escucha. La escena me parece divertida: su

pelo largo y rubio se mece de un lado a otro mientras canta y trabaja, con unos enormes auriculares blancos sobre las orejas.

Toso, intentando llamar su atención para que sepa que ya no está sola, pero ella no me nota.

“¿Señorita?” llamo, acercándome un poco más.

Ella tampoco parece oírme, así que le toco el hombro para que me vea. Mi gesto la sorprende, y se da la vuelta, sobresaltada, y suelta un gritito que se une al mío cuando me da justo en medio de la frente con la punta de la aspiradora.

- ¡Ay dios mío!

— Ay…

La mujer suelta el "arma" que acaba de usar y se lleva la mano a los labios. Cuando levanta la cara para mirarme, me impresiona su belleza.

He conocido a muchas chicas guapas, pero nunca había visto a una joven tan perfecta. Sin adornos, sin maquillaje ni artificios. Aunque lleva gafas, no le restan brillo a sus ojos, de un azul cristalino, enmarcados por unas pestañas espesas. Su rostro parece esculpido: su pequeña nariz, ligeramente respingada, parece un dibujo, impecable.

Los labios tienen la forma exacta de un corazón, rosados y hechos para ser besados, y es esa boca la que me habla ahora.

—No estaba herido, ¿verdad? —La que se parecía a Afrodita me pasó una mano por la cara—. Lo siento, no te oí venir y me asusté cuando me tocaste.

Me perdí la primera parte de lo que dijo, pero capté perfectamente la segunda, y dijo "tocó". Quiero tocar a esta chica por todas partes. Mi mirada se posa en su pecho, en el pliegue entre sus pechos voluminosos; noto la piel suave y pálida y continúo mi examen, lo cual es bastante inapropiado.

Su cintura es estrecha, sus caderas ligeramente más anchas, sus piernas torneadas, cubiertas por un pantalón oscuro. Lleva unas zapatillas sencillas que le cubren los pies, y me siento molesto y curioso. Debe de tener los pies feos, porque no puede haber una persona tan perfecta, hasta el último detalle.

— ¿Señor? — La niña chasquea los dedos delante de mis ojos y yo levanto la vista.

La miro y noto que traga saliva. Concluyo que debo estar incomodándola con mi descaro.

—Estoy bien, no te preocupes —respondo, recuperándome de mi aturdimiento.

—Gracias a Dios —suspira, llevándose la mano a la mejilla roja —. Lo siento mucho.

- No es nada.

La Perfección se inclina un poco, se acerca a mí y con el ceño fruncido observa mi rostro.

“Creo que le hice daño, le está creciendo un moretón”, admite con culpa.

Se muerde el labio, y ese simple gesto me deja extasiado. Si sigue tan cerca de mí, con ese ligero aroma que me recuerda al mar, y mirándome así, mientras mantiene esa deliciosa boca apretada entre los dientes, pronto empezará a crecer otra parte de mi cuerpo.

—No te preocupes, Agape mou —la tranquilizo—. Estaré bien.

Sus ojos azules brillan cuando me escucha y sonríe, un poco torpemente, metiendo un mechón de su largo cabello detrás de su oreja, antes de dar unos pasos hacia atrás.

"Estaba limpiando", explica, señalando la aspiradora. "Empecé a trabajar aquí hoy y te agradecería que no informaras de este incidente el primer día. Necesito mi sueldo", dice, y por la rapidez con la que dice las palabras, parece muy seria.

Mientras hago una pausa para admirar la forma en que se mueve su boca, ella continúa.

—Por favor, póngase cómodo. Terminaré más tarde, cuando la suite esté libre.

—Claro que no se lo diré a nadie —digo para tranquilizarla—. Fue culpa mía por asustarla, señorita…

Cuando levanta la ceja, noto que no entiende mi pausa sugerente.

—Su nombre. ¿Cómo se llama? —pregunto.

— ¡Ah, sí! Soy Elena, señor…

—Petrakis.

"¿Petrakis?" Sus ojos recorren mi rostro discretamente, como si mi nombre la intrigara. Luego se abren de par en par y se sonroja. "¡No puedo creerlo! Lo saludé con un golpe. ¡Cielos!"

Me río de su reacción y, aflojando el nudo que lleva alrededor del cuello, me alejo hacia la cama, donde tiro la corbata y la chaqueta.

—Elena… —Niego con la cabeza, notando la ironía—. La mujer más hermosa de toda Grecia.

La niña baja la cara y mira tímidamente al suelo.

—Bueno, gracias por no decir nada. Te dejo solo ahora...

La observo caminar hacia la salida, arrastrando la aspiradora, y sonrío cuando Elena se gira para mirarme por última vez. No quería que se fuera; ni siquiera tuve tiempo de decirle que Elena también se llamaba mi abuela, ni de obligarme a coquetear con más determinación.

—Constantino, Elena—digo, manteniendo su atención por un momento más.

—¿Q-qué? —pregunta vacilante.

—Hay muchos Petrakis en esta villa, ¿verdad? Soy Constantine Petrakis.

Desabrocho un botón de su camisa, sin apartar la vista de ella, y la veo detenerse donde está, devorando mis movimientos, aunque su rostro sonrojado evidencia su timidez.

—Constantino—susurra Elena, asintiendo—Dios, ayúdame…

Estas son sus últimas palabras antes de casi salir corriendo de la suite, dejándome con la extraña sensación de que este encuentro es sólo el comienzo de algo mucho más grande.



Elena Lazos

Cuando me invitó a trabajar en la villa y sugirió la loca idea de que me casara con su sobrino, el señor Petrakis simplemente olvidó mencionar que Constantino era casi un dios mitológico con forma humana.

Si no recuerdo mal, dijo que su nieto era guapo, pero bueno, ese es el deber de todos los padres y abuelos; no me pareció tan encantador. Sobre todo porque buscan una esposa en su nombre, pero con ese físico, dudo que falten candidatas para el papel de la señora Petrakis.

Con esta nueva perspectiva, que se centra en sus profundos ojos marrones, que parecen desnudar el alma — Y el cuerpo —de cualquiera que lo mire a los ojos, en la boca enmarcada por una barba de varios días y en esos hombros anchos— solo puedo concluir que la dificultad para casarlo radica únicamente en que no quiere casarse, no quiere comprometerse. Nada justificaría que un hombre así siguiera soltero.

Ni siquiera encuentro similitudes entre nosotros, como dijo el Sr. Andreas. ¿Qué podría tener yo, una chica pobre con tantos sueños, deudas y tan poco dinero, en común con ese monumento de mil millones de dólares?

—¿Qué haces ahí parado? ¿Ya terminaste de limpiar la suite?

Me sobresalté al escuchar la voz de la señora Alma, la ama de llaves de la villa, y me giré con la mano en el pecho, enderezando el cuerpo que había estado apoyado contra la pared.

—¡Qué miedo! Estaba terminando —digo con una leve sonrisa —, pero llegó el señor Petrakis y le dije que volvería más tarde.

"Muy bien, como te indiqué", sonríe amablemente. "Haz tu trabajo y esfuérzate por ser invisible, es decir, por no molestar a tu familia ni a tus invitados".

—Sí, señora.

—Vamos, los demás necesitan ayuda en la cocina.

Asiento y la sigo rápidamente, intentando apartar de mi mente la belleza y la cercanía de Constantine. La forma en que me miraba,

devorándome, su sonrisa y el intenso aroma, y me concentro en lo que tengo que hacer.

El Sr. Andreas me dejó elegir en qué área de la villa quería trabajar. Al principio, pensé en limpiar, pero luego decidí que la cocina sería mejor, pensando que me acostumbraría más fácilmente gracias a mi experiencia en el restaurante. Pero cuando se lo comenté a la Sra. Alma, la camarera de pisos me explicó que ambos departamentos estaban llenos y que no sería justo favorecer a uno sobre el otro.

Entonces sugerí dividir mis tareas para poder ayudar a ambos equipos, y ella aceptó de inmediato. Así que ayudaré a preparar las comidas y a poner la mesa, pero antes y después de las comidas ayudaré al personal de limpieza con lo que me pidan.

Aunque parezca mucho, mi horario no es como el de otros empleados, así que tengo tiempo libre para ir al hospital y atender otros asuntos. Empiezo la mañana con el desayuno a las siete y, tras servir el almuerzo a la una, tengo el resto del día libre. Ayudo con la cena entre las nueve y las once, y luego vuelvo a estar libre.

El sueldo es bueno y la gente es amable; me recibieron con los brazos abiertos. Más allá de la idea inicial del Sr. Petrakis, trabajar en la villa no es extraño ni desagradable. Pero no puedo fingir que estoy feliz, considerando lo que me trajo aquí y que mis planes se vieron interrumpidos.

Cuando entramos en la cocina, me sorprende una vez más lo espaciosa y limpia que es, llena de electrodomésticos de última generación, mejores que los de muchos restaurantes, incluido Lazos.

Tan pronto como llegué por la mañana, el Sr. Petrakis me dio la bienvenida y le indicó a Alma que me mostrara mi habitación y toda la villa.

Aunque el exterior de la residencia recuerda mucho a la arquitectura tradicional, con sus paredes blancas y marcos de ventanas azules, las similitudes terminan ahí. El lugar es enorme y rebosa modernidad; el mobiliario no es recargado, sino más bien minimalista, y aun así, puedes encontrar prácticamente todo lo que necesitas sin salir de casa.

La vista es maravillosa, justo en el paseo marítimo, como mencionó el Sr. Petrakis. Tengo curiosidad por ver el tramo de playa

donde conoció a mi abuelo, pero aún no he tenido la oportunidad. Quiero hacerlo en cuanto terminemos de servir el almuerzo.

—Puedes ayudar con la ensalada, Elena—me instruye Eulalia señalando los ingredientes.

Por el delicioso aroma que percibo, el pescado debe estar casi listo. Me acerco al cocinero y empiezo a picar el tomate, el pepino y, por último, el queso.

El tiempo pasa rápido mientras escucho a Eulalia y a las otras dos asistentes charlar. Hablan de una fiesta a la que asistieron, dejando a la mujer mayor impresionada por cada sórdido detalle. Aunque no interactúo mucho, sonrío un par de veces con sus historias y me sorprendo en otras, pero en menos de veinte minutos, el almuerzo está listo.

—¿Cómo serviremos? —pregunto nerviosa.

Aún no he participado en las comidas y me temo que estoy haciendo algo mal.

—Las chicas traerán el almuerzo —responde Eulalia sonriendo —. Puedes tomarte un tiempo libre, pero regresa un poco antes esta noche.

—Bien —asiente Alma, reapareciendo en la puerta. Creo que ha estado observando nuestra interacción todo el tiempo—. La Sra. Selene dijo que tendremos visitas esta noche, así que necesitaremos toda la ayuda posible.

—Puedes contar conmigo, iré a casa de mi madre y volveré enseguida.

—Te enseñaré a servir antes de poner la mesa —ofrece la otra chica de pelo rizado, y yo intento recordar su nombre, pero con todas las cosas y la gente nuevas que hay alrededor, aún no lo recuerdo. —¡Aprenderás rápido!

—Gracias, vuelvo más pronto entonces.

Dejé la ensalada en la encimera para que la organizaran y asentí, preparándome para afrontar el shock de encontrar a mi madre inconsciente nuevamente.


Capítulo 4

Constantino Petrakis

Conseguí dormir unas horas después de comer, y aunque acepté la invitación a cenar, no me entusiasma en absoluto pasar dos horas en compañía de esta gente. Termino de arreglarme la corbata y me pongo el reloj, decidido a hacer todo lo posible por ser lo más discreto posible y asegurarme de que esta trampa de evento social termine pronto.

Salgo de la habitación y me dirijo al comedor. Desde el pasillo, oigo voces alegres que intercambian saludos, señal de que los Megalos ya han llegado. Al entrar en la sala, me encuentro con una escena bastante exagerada.

Las mujeres llevan vestidos largos y brillantes, y todos los hombres, como yo, lucen trajes muy caros. Si hubiéramos sido solo mi abuelo y yo, las cosas habrían sido diferentes: habríamos... Sin formalidades, habríamos hablado sin límites. Hoy, eso no será posible.

—Por fin, Constantino —dice mi padre esbozando una falsa sonrisa—, estábamos tan ansiosos por tu llegada.

— Me disculpo por la demora.

Le doy la mano a la pareja mayor y me preparo para hacer lo mismo con la chica de cabello oscuro, pero ella se inclina para darme un beso en la mejilla.

- Buenas noches a todos.

"Se ve muy bien", comenta la señora Megalos, volviéndose hacia mi abuelo, quien asiente. "Hace mucho que no lo veo, cariño. Deberías venir a visitarnos".

Acepto, sin ninguna intención de hacerlo, e inmediatamente después me dirijo a Selene y Alexander, simplemente por deber.

Alma, nuestra ama de llaves, aparece en la puerta para anunciar que la cena está servida, y todos se dirigen rápidamente a la mesa. Como siempre, mi abuelo preside la mesa, con mi padre a su derecha y el Sr. Megalos a su izquierda. Yo me siento junto a Alexander y frente a Alexia, aprovechando para observarla atentamente.

Es una mujer hermosa. Nada extraordinario, pero sabe vestirse, maquillarse y posar seductoramente. Al notar mi mirada escrutadora, me mira de reojo.

Constantine lo dirige todo en Chronos, y debo decir que dirige la empresa como nadie. Hemos visto un aumento del 22 % en los ingresos. En el último año —se jacta mi padre—, vendiendo mi imagen como si fuera un coche de lujo.

“Lo sabemos bien”, interviene Elias Megalos, alzando la voz. “Los logros de Constantine al frente de la compañía son notables: basta con mirar al cielo para ver un avión Chronos”, añade, con una carcajada al final.

La mayoría se ríen con él y yo tomo un sorbo de agua para no tener que imitarlos.

"Él y Alexia tienen mucho en común", declara Phaedra, con una voz tan sutil como un fuego artificial. "Nuestra hija es la heredera de la compañía, como sabes. Imagínate: ¿combinar el poder aéreo de los Petrakis con nuestro conglomerado hotelero? Una pareja poderosa, sin duda".

Alexia toma su vaso de agua y me mira por el borde durante un largo rato.

Me ahorro la necesidad de responder, porque Alma reaparece, dejando espacio para las otras criadas que entran inmediatamente después, empujando carritos llenos de bandejas.

No tardo más que un instante en reconocer a Elena, la misma chica que estaba en mi habitación momentos antes. Lleva el pelo largo recogido en un moño rígido y cubierto por una cofia. Su ropa también ha sido reemplazada por un uniforme negro y un delantal blanco.

Mientras Alma y los demás ponen los platos en la mesa, Elena se encarga de servirnos el vino, con calma y en silencio. No puedo apartar la vista de ella, siguiendo cada uno de sus movimientos, notando el rubor que tiñe sus mejillas: señal de que percibe mi admiración.

Pero no soy la única que lo nota. Al girarme, veo que Alexia ha seguido mi mirada y está mirando a Elena. La conversación continúa, sin interés, y todos disfrutan de la cena en un ambiente de desenfado que es evidentemente falso. Estoy irritada, y sé que la mayoría están aquí por obligación, conscientes de que esta no es una cena con amigos.

Cuando llegan los postres, decido que ya he tenido suficiente por una noche y que es hora de terminar con esta farsa.

"Bueno, mientras disfrutas del postre, me gustaría hablar con la señorita Megalos", le digo, como si quisiera un momento a solas con mi futura esposa. Luego me vuelvo hacia la joven. "¿Te gustaría acompañarme a dar un paseo por el patio?"

Alexia asiente, se pone de pie inmediatamente y sus padres sonríen con aprobación.

—¿Nos puedes dar un momento?

—Claro, cariño. Adelante, es bueno que se conozcan mejor…

Con el permiso de su madre y bajo la atenta mirada de mi abuelo, camino alrededor de la mesa y coloco mi mano en la base de su espalda, guiándola hacia la salida.

Alexia camina con seguridad delante de mí, pero permanece en silencio todo el camino. Una vez afuera, noto la luz de la luna iluminando el mar, creando un ambiente romántico en la noche, un marcado contraste con mis intenciones para esta conversación.

—¿Quiere sentarse? —La llevo a los sofás del patio, junto a la piscina, alrededor del fuego—. No pienso extenderme mucho, señorita Megalos.

—Puedes llamarme Alexia, no hay necesidad de tanta formalidad —dice ella, retorciendo su cabello oscuro y dejándolo caer sobre su hombro.

—Bien, Alexia. Sabes qué está pasando aquí y cuáles son los planes de nuestros padres, ¿verdad?

“Pretenden establecer una sociedad entre nuestras familias, a través de un contrato matrimonial entre nosotros”, responde con calma.

—¿Y estás de acuerdo?

Mi mirada es seria y refleja toda mi indignación ante esta idea.

- ¿Usted no es?

—No me malinterpretes, Alexia, pero no tengo intención de casarme con alguien por un acuerdo económico, ninguno de los dos necesita más dinero.

—Entonces, ¿por qué piensas casarte? —pregunta, sin dejarse intimidar.

—Por amor, si alguna vez me enamoro. Si no, estoy perfectamente bien soltera.

"¿Y por qué no pudiste enamorarte de mí?", se atreve, encogiéndose de hombros. "Aún no me conoces bien, pero podríamos convertir este acuerdo en un matrimonio de verdad".

Me sorprende la frialdad de la niña.

—No me interesa, y quiero aprovechar esta conversación para aclarar las cosas de una vez por todas. No me casaré contigo, Alexia.

"¿Por qué no?" Me mira con cinismo. "No me importa si no puedes tener hijos", dice sin rodeos. "No soy muy maternal, y si algún día cambiara de opinión, siempre hay alternativas".

—Me alegra saber que ya lo has pensado todo. Pero no importa, no aceptaré este trato.

—¿Le has echado el ojo a otra mujer? Te vi fulminando con la mirada a la criada toda la cena.

Frunzo el ceño, sorprendida de que siquiera se mencione el tema. Por muy hermosa que me pareciera Elena, esa no es la razón por la que decidí rechazar un compromiso con Alexia.

Sin embargo, antes de responder, la veo salir por la puerta lateral y caminar hacia nosotros. Elena camina tranquilamente, admirando la vista sin percatarse de nosotros. Es como una visión en la noche; nunca pensé que fuera posible conocer a una mujer tan cautivadora.

—¡Elena! —llamo, presa de un impulso irresistible—. Ven aquí…

La chica busca mi voz y, al vernos sentados frente a la pequeña chimenea, se acerca vacilante. Alexia la sigue con los labios entreabiertos, como si no hubiera esperado mi gesto.

—Sí, señor Petrakis —responde, poniéndose a mi lado—, ¿necesita algo?

"¿Ya terminaste tu turno?" pregunto, con la mente acelerada, sin dejarme otra opción que hacer alguna locura.

—Yo… —Me mira, luego a Alexia, y finalmente sus ojos azules se posan de nuevo en mi rostro—. Sí, estaba dando un paseo, no vi que estabas aquí.

—¡Por Dios! —exclama Alexia, mirándonos indignada—. ¿Nos siguieron por celos? —concluye, sin tener ni idea de lo que está pasando.

"¿Qué?" Elena se sorprende por el comentario, pero no replica con la misma fuerza. "No sé de qué habla la señorita. No sabía que estabas aquí, pero vuelvo. Disculpa."

Se da la vuelta para dejarnos solos, pero sin pensarlo dos veces, me levanto y la jalo por la cintura, acercando su esbelto cuerpo al mío. No tengo tiempo de apreciar la cercanía, porque el acto exige mucho más de mí.

—No tienes que irte, Agape mou. Estaba a punto de contárselo todo a Alexia…

—¡Señor Petrakis! —Elena se sobresalta, y su tono delata sorpresa; incluso sus gafas casi se le caen de la cara.

—¿Me llamaste señor, mi Afrodita? —Miro su boca con anhelo y sonrío—. No me llamas así cuando estamos solos.

Alexia se levanta indignada.

—¿Qué significa esto? ¿Tienes pareja?

- ¡No!

—Sí —interrumpo la respuesta de Elena, dándole un codazo en la cintura para que me entienda y me ayude—. Bueno, yo no usaría el término «relación»; suena vulgar.

Contrariamente a mis expectativas, Alexia respira hondo y vuelve a sentarse. Espero pacientemente a que se vaya, decidida a poner fin a este plan idiota, pero en lugar de eso asiente.

—De acuerdo. No nos casamos por amor —dice con calma—. Habría preferido que intentáramos llevarnos bien, pero si quieres que sea solo por conveniencia, puedes quedarte con tu amante después de la boda, siempre que sea discreta.

La miro de reojo y noto que la cara de Elena está roja y que parece que está a punto de llorar.

Buen dios…

—Elena no es mi amante —explico, intentando calmar la situación—. Estamos enamorados y nos casaremos. Aún no se lo he dicho a mi padre, pero la verdad es que no puedo casarme con otra mujer, porque pienso pasar el resto de mis días con la mujer que amo.

Oigo la respiración agitada de Elena, pero ya no puedo volver atrás.

—Esto... tu padre jamás aceptará algo así —protesta Alexia—. ¡Esa chica es una criada!

—No por mucho tiempo. —Sonrío, intentando no romper el guion ante su arrogancia—. Pronto será la señora Petrakis. ¿Y sabes lo que más me gusta de ella? Que se enamoró de mí sin ningún interés en mi dinero.

—¡Ah! ¡Qué ingenuo eres!

—Te juro que Elena ni siquiera sabía quién era cuando nos conocimos. ¿Verdad, Agape mou?

Le toco la cara para que me mire y en silencio le pido que se una a mí, y con alivio veo que al menos ya no parece que esté a punto de llorar. Su mirada se clava en la mía y escruta cada centímetro de mi rostro, e incluso sin decir nada, ese gesto me da justo la impresión que necesito.

Alexia resopla y patea el suelo con el pie, tal como he visto hacer a mi hermana docenas de veces, como una niña malcriada.

—¡Qué absurdo! ¡Nunca me había sentido tan humillado! ¡Te arrepentirás de haberme dejado por esa niñita, Petrakis!

Y finalmente, nos da la espalda y regresa a paso ligero a la casa. Sonrío, satisfecha con los pocos minutos de paz que tendré, porque pronto estallará el caos y los gritos de mi padre se oirán por toda la casa.

Dejando a Elena, cierro los ojos, saboreando el alivio momentáneo, pero cuando los abro de nuevo, veo que ella ya se está alejando hacia la casa, y parece bastante molesta conmigo.

Maldición…

—¡Elena! ¡Espera!

Ni siquiera se da la vuelta. Corro tras ella, sin saber cómo disculparme por lo que he hecho, pero Elena apura el paso, entra en la casa y se dirige a las habitaciones del servicio en el otro ala.

—Tenemos que hablar, te explicaré por qué dije esas cosas…

Sigo sin respuesta. Está a punto de girar a la izquierda y desaparecer de mi vista cuando la alcanzo y la agarro del brazo. Escudriñando el pasillo, vislumbro la puerta de la biblioteca un poco más adelante y la arrastro a la habitación conmigo.

Es muy raro que alguien venga aquí. Mi abuelo trajo sus libros favoritos al estudio, y a los demás miembros de la familia no les gusta mucho leer, así que sé que podremos hablar sin que nos interrumpa la guerra que está a punto de estallar.

Cierro la puerta tan pronto como entramos y giro la llave, dejándonos encerrados.

"Un momento, voy a encender una lámpara", digo, porque en la oscuridad apenas distingo su silueta. "Si encendemos la luz, brillará demasiado y nos delatará..."

Ella maldice algo en voz baja, pero no me da el beneficio de una respuesta.

Alcanzo la lámpara y la enciendo, iluminando la habitación muy tenuemente.

—Ven aquí. —Señalo uno de los sillones que hay junto a la lámpara y me siento en el otro, enfrente.

Con los brazos cruzados y algo molesta, Elena se acerca y se sienta en el lugar indicado, manteniéndose bien alerta, dispuesta a levantarse ante cualquier palabra inapropiada que diga.

—Lamento ponerte en esta situación.

—¿Por qué dijiste eso? —sisea enfadada—. ¡Ya te dije que no me casaré contigo!

Me parece extraño su comentario y me sorprende que haya tomado en serio mis palabras.

—Tranquila, sé que no nos casaremos. ¡No es mi intención!

—Entonces ¿por qué dijiste eso?

—Creí que lo entendías. Mi padre quiere que me case con esa chica, pero no lo haré. Cuando te vi, se me ocurrió la loca idea de fingir que ya estaba comprometido con otra mujer para que Alexia me abandonara.

—¡Me usaste!

Bueno, desde este lado…

—Tienes razón, pero no lo hice con mala intención. No quiero casarme con ella, Elena. Fuiste mi salvación porque apareciste justo en ese momento y actué sin pensar.

—¡Exactamente! ¿Pensabas que iba a perder mi trabajo por esto? —pregunta con los labios temblorosos—. Te dije que necesitaba este trabajo, pero ustedes los ricos son así, ¿verdad? ¡Nunca consiguen ponerse en el lugar de los demás!

Una lágrima le resbala por la cara y se quita las gafas para secársela. Siento una opresión en el pecho. No es así como me imagino, pero nunca imaginé que sus palabras pudieran afectarme tanto.

—Tienes razón —estoy de acuerdo—: No me gusta verme como un hombre egoísta y malo, pero no pensé en tu situación cuando intentaba liberarme de la mía.

—No lo habías pensado —solloza—. ¿Qué problema hay con decir que no quieres casarte con ella? ¡Basta de hablar! Ahora me despedirán, y mi madre...

"No te despedirán. Les explicaré todo a los demás, ¿vale? Sé que debería mantenerme firme y decir que no, pero ya lo hice. Insistieron en que viniera esta cena, y fue lo primero que me vino a la mente. Es una tontería, lo admito. Si quieres, también puedo hablar con tu madre para que no se enfade contigo", sugiero, sin entender muy bien qué tiene que ver su madre con lo sucedido.

Elena solloza fuertemente ante esas palabras y, sin reaccionar, observo como la chica entierra su rostro entre sus manos, abandonándose al llanto desesperado.

—¿Elena? No llores… No sé cómo manejar las lágrimas…

— Pero es tu culpa… ¡es tu culpa! — dice ella entre sollozos.

Guiado puramente por el instinto, me levanto y la pongo de pie, luego la atraigo hacia mí en un abrazo, acariciando su cabello rubio y

dejándola llorar en mi pecho.

Aunque al principio está un poco asustada, Elena pronto cede y agarra mi camisa, llorando tanto que sus hombros tiemblan.

— Tranquilízate… Por favor, mantén la calma… Yo me encargaré de todo.

La abrazo fuerte y, poco a poco, el llanto se calma. Sigo meciéndola en mis brazos, con una intimidad que no debería existir aquí, pero que crece sin previo aviso.

Cuando por fin consigue calmarse, la sostengo conmigo unos instantes más, sintiendo como sus dedos aflojan mi camisa, mojada por las lágrimas.

Elena finalmente se aparta y levanta la cara para mirarme. Sin contenerme, le llevo las manos a la cara, limpiando las huellas de lo que acaba de pasar.

—Perdóname —le pido, arrepentido de haberla lastimado—. Prometo que te lo explicaré todo.

Elena niega con la cabeza y, alejándose de mí, vuelve a sentarse, con las manos sobre las rodillas. Suspira profundamente antes de hablar.

—Mi madre está muy enferma… —confía, con la voz apenas un susurro.

- Lo siento.

— Necesito el trabajo para cuidarla, por eso estoy desesperada.

Su explicación me hace sentir como el hombre más inútil del mundo, debería haber sido racional y haber pensado mejor antes. La arrastro al centro de mi caos. Me siento también, dispuesta a escuchar su arrebato y ayudarla en todo lo que pueda.

- No tenía ni idea…

—Claro que no, apenas nos conocemos —dice con un tono ligeramente mordaz.

—No, la verdad es que no. —Me froto la cara, frustrado por cómo han ido las cosas esta noche—. Soy Constantine Petrakis, director

ejecutivo de Chronos, y dirijo personalmente la empresa. Sin embargo, soy el heredero de mi abuelo solo en teoría.

Elena no dice nada, su mirada permanece fija en la puerta cerrada, pero parece escuchar atentamente.

"Hay muchos accionistas, y si me consideran no apto, podrían elegir a otro presidente tras la muerte de mi abuelo", explico, justificándome. "Últimamente están bastante insatisfechos conmigo, y la solución que encontró mi padre para sortear el problema fue buscarme una esposa respetable", añado, sin reprimir el sarcasmo de mi última palabra, "pero eso no es lo que quiero".

—¿Ya se lo has dicho?

—Cien veces, pero no sirve de nada.

“No pueden atarte y llevarte a la iglesia”, concluye encogiéndose de hombros.

—No, pero pueden quitarme mi empresa si me niego.

—Sí, parece que tienes un gran dilema entre manos…

Asiento, dejándome caer un poco en la silla. A lo lejos, oigo la voz ronca de mi padre, que ya debe de haberse vuelto loco buscándome.

—¿Y tú? ¿Solo tienes a tu madre?

Elena asiente.

—Sola. Mi abuelo murió hace unos meses y solo quedamos los dos. Creo que su muerte fue demasiado para ella y enfermó. No tengo hermanos ni otra familia, solo buenos amigos.

— ¿No tienes novio? — pregunto curiosa.

- No.

- ¿Por qué?

— ¿Debería tener uno? — Me da una pequeña sonrisa y eso me gusta.

Me gusta mucho su sonrisa.

—¿Para ser honesto? Lo has oído mil veces, pero nunca había visto a una mujer tan hermosa en mi vida.

Ella me mira de reojo, parece sorprendida, pero no demasiado.

—Dudo que eso sea cierto, pero gracias.

—Es la verdad —insisto—. Sé que no es motivo para tener novio, pero me pregunto por qué nadie te ha puesto todavía un anillo en el dedo para que no estés disponible para los demás.

Elena se ríe más abiertamente esta vez y yo también sonrío.

"Un loco lo intentó hace un rato", dice, negando con la cabeza. "Después de hablar conmigo durante tres minutos, ¿te lo puedes creer?"

— ¿En serio? ¡Qué insensato!

—Sí, ni siquiera me pidió que me casara con él, simplemente se proclamó mi prometido.

Me río, porque la forma en que lo cuenta lo hace parecer aún más loco.

—Ya no hay hombres como antes.

- Exactamente.

—¿Crees que puedes perdonar a ese idiota?

—Es posible. Si arregla el desastre que ha causado y conservo mi trabajo, podría considerarlo.

—¡Guau! Si aún estás dispuesta a perdonarlo después de lo que hizo, ese hombre debe ser muy atractivo.

Elena no cae en mi juego, se levanta y me mira de reojo, acompañada por el esbozo de una sonrisa sensual.

—Ciertamente cree que lo es.

Y, con esa respuesta, se dirige a la salida, abre la puerta y se va, dejando tras de sí un rastro de su fresco perfume y una sonrisa que insiste en aparecer en mi rostro.


Capítulo 5

Elena Lazos

Estoy en la oficina, observando la cara del Sr. Andreas y esperando su veredicto. No parece enojado ni nada, pero sé que lo que pasó ayer debió tener consecuencias.

“¿Por qué tienes esa cara sonriente?”, pregunta después de casi un minuto, ofreciéndome una sonrisa.

"¿Por qué... me va a despedir? Sabe que necesito el trabajo...", le digo con una mirada suplicante.

—Qué idea tan loca. ¿Por qué iba a despedirte si te traje aquí esperando que te casaras con Constantino?

Parpadeo, asimilando su respuesta.

—Sí, pero no acepté eso.

—¿Aceptaron conocer a mi sobrino o no?

No menciono el hecho de que no lo he buscado desde que llegué a la villa y que nuestro encuentro fue pura casualidad.

- Sí…

—Entonces. Anoche, Jason estaba furioso porque Megalos se fue, pero Constantino le explicó que no fue más que un malentendido.

—¿Malentendido?

—Bueno, en cierto modo. Dijo que lo había inventado todo para escapar de esa chica.

—Entonces ¿está todo bien?

—Para ti, sí. Él y su padre no se llevan muy bien, pero con el tiempo se arreglarán.

“Gracias a Dios”, murmuro aliviado, sintiendo que un peso se levanta de mis hombros.

El señor Andreas niega con la cabeza y me mira.

—Yo te traje aquí, Elena, no te voy a despedir. —Hace una pausa, mirando de nuevo el teléfono que tiene en la mano y luego a mí —. ¿Y Melina?

—Me voy al hospital ahora, pero volveré para la cena.

—Avísame luego, quiero saber cuándo le dan el alta para poder trasladarla a la clínica, ¿vale?

—Sí, muchas gracias por todo lo que estás haciendo.

—Y en cuanto a las deudas, ya estoy negociando todo con el banco. En cuanto el restaurante esté disponible, hablaré contigo para ver si quieres reabrir.

Asiento, agradecido. Reabrir Lazos no me corresponde, porque aquí tengo que respetar mis horarios de comida, pero Heitor e Irene deben de extrañar su trabajo.

—Muchas gracias, te lo contaré cuando regrese.

Con un gesto de la cabeza, salgo del estudio. Mientras camino hacia la habitación que ocupo en la villa, mis pensamientos se aceleran.

Todo lo que ha pasado en los últimos días daría para escribir una historia. Mi madre, el cambio de planes, venir a vivir aquí, Constantino y esa mentira de ayer, cómo hablamos y nos entendimos en la biblioteca.

Sus ojos…

Suspiro, sacudiendo la cabeza para intentar alejar el recuerdo, pero no me abandona. La verdad es que nunca he conocido a nadie como él; sería imposible no quedar fascinado por él. Su forma de hablar, su forma de imponer su voluntad, pero también su preocupación por no hacerme daño.

Todo esto, combinado con ese cuerpo forjado por los dioses y esa sonrisa que derretiría cualquier bloque de hielo. El Sr. Andreas sabía exactamente lo que hacía al traerme aquí; sería imposible pasar mucho tiempo con Constantine y no querer estar con él.

Llego a la puerta de mi habitación y la abro, pero para mi sorpresa, no está vacía. Encuentro a Constantine esperándome, sentado en la cama pequeña, con el móvil pegado a la oreja, hablando con alguien.

—Bueno, pídeles que rehagan los cálculos, algo no cuadra.

Levanta la vista al oírme entrar y me hace señas para que cierre la puerta. Solo entonces me doy cuenta de que lo estoy mirando con la boca abierta y de que cualquiera podría pasar y vernos juntos. Hago lo que sugiere y me acerco a él, esperando a que termine la llamada.

—Bueno, estoy ocupado ahora mismo, pero hablamos de esto más tarde, Isaac. —Sonríe, escuchando algo que el otro dice—. Eres incorregible, pero arréglalo antes de que fracases. Nos vemos luego.

Dejando el teléfono a su lado en la cama, se gira hacia mí con el ceño fruncido.

—¿Y qué? Oí que estabas en el estudio con mi abuelo. ¿Todo salió bien?

—¿Por eso estás aquí? O mejor dicho, ¿cómo entraste? —Cierro los ojos.

Constantino mira a su alrededor, fijándose en cada detalle de la habitación en la que vivo: la cama individual en la que está sentado, cubierta de edredones; el armario azul en la esquina, con las puertas abiertas de par en par, y mi montón de ropa en exhibición.

Hay una cómoda del mismo color, y encima, un pequeño televisor y una lámpara. Su ceño fruncido. Él muestra decepción y corro a cerrar las puertas del armario, un poco incómoda.

—Me acabo de mudar —digo, justificándome—. Aún no he organizado todas mis cosas.

—De todas formas, no tendrías espacio —murmura—. ¡Esto es casi un armario!

—No está tan mal —respondo riendo—. Podrían haber hecho habitaciones más grandes para compartir; lo prefiero así porque tengo más privacidad.

Constantino parece sorprendido.

—Aquí no tienes baño, Elena.

"Pero hay dos al final del pasillo, exclusivamente para el servicio", concluyo. "Tú eres la que está acostumbrada a cosas muy lujosas; no hay nada de malo en las habitaciones del servicio".

—Ya veo… Bueno, ¿qué dijo mi abuelo? —retoma el tema.

—Que no me despida, que le explicaste todo a tu padre. Gracias por hacerlo.

—Era lo mínimo que podía hacer, después de hacerte pasar por todo esto.

Asiento, quitándome la gorra del uniforme que todavía me cubre el pelo y colocándola sobre la cómoda.

—¿Has terminado tu turno?

—Por ahora. Tengo que volver a ayudar con la cena, pero ahora voy a visitar a mi madre.

- Aceptar.

Constantine asiente, pero no se mueve. Permanece sentado en mi cama, mirándome fijamente. Sin comprender su actitud, me deshago del moño, pensando en cómo puedo pedirle que me deje para poder cambiarme.

Su mirada sigue mis movimientos y, al contrario de lo que pensaba, se acomoda entre mis almohadas, poniéndose más cómodo.

- ¿Qué estás haciendo?

"Te admiro", dice simplemente. "No debería, ¿verdad? Pero no puedo evitarlo, eres hermosa".

- I…

—No quiero que te sientas incómoda o que pienses que soy un idiota que te molesta, pero no puedo dejar de mirarte.

¿Me está acosando? Quizás, si no me fascinara también, lo pensaría; pero no puedo negar que me gusta su físico y sus cumplidos.

—No es eso, es que tengo que cambiarme para salir.

“¿Quieres quitarte la ropa?”, pregunta; su mirada ahora es más intensa y envía chispas por todo mi cuerpo.

Aún así trato de ignorar los sentimientos que su mirada me provoca y simplemente sonrío.

—Ahora ha cruzado la línea.

—Sí. —Constantine se levanta, su presencia parece dominar la habitación—. Creo que si me quedo cerca de ti, no podré contenerme.

Debería responder, interrumpir este tipo de interacción, alejarme y abrir la puerta, acabar con todo esto de una vez por todas. En cambio, me encuentro dando dos pasos hacia adelante, acercándome a él.

Su mirada recorre mi rostro, y la mía se rinde a la suya. Su cabello húmedo y el aroma a jabón que emana de su cuerpo revelan que acaba de salir de la ducha; su camisa blanca, parcialmente abierta, revela su pecho firme. Sus brazos musculosos parecen listos para rasgar la tela.

—Elena.

— ¿Hmm? — Los pantalones que abrazan las caderas estrechas, las piernas…

—Si sigues mirándome así no podré sacarme de la cabeza la idea de follarte.

Sus duras palabras me impactan, y me alejo un poco de él, mirándolo con los ojos muy abiertos. Siento que me arde la vergüenza y me doy cuenta de que, por décima vez, debo haberme sonrojado delante de este hombre.

—¿Te asusté? Quizás voy demasiado rápido. —Avanza para acortar la distancia que he dejado entre nosotros.

- I…

Constantine me toca la cara; sus dedos recorren mi mandíbula y mi cuello. Es instintivo cerrar los ojos y soltar un suspiro de rendición. Nunca había sentido lo que puede despertar en mí con solo una mirada, y su simple roce basta para encender mi cuerpo, que jamás ha conocido el sexo.

“¿Y un beso?” susurra; el aire cálido que sale de su boca acaricia mi piel y su aroma masculino invade mis sentidos.

Un hormigueo creciente recorre mis piernas y mis pezones se endurecen bajo el uniforme, como si reconocieran el poder de Constantine sobre mí. Permanezco con los ojos cerrados y un escalofrío me recorre la espalda cuando posa sus labios en mi cuello, inhalando profundamente.

—Hueles de maravilla, Elena... —murmura—. Me estoy obsesionando.

Su mano agarra la parte de atrás de mi cuello y siento que su rostro se acerca y se detiene a un suspiro del mío.

—Si no me dices que me vaya ya, te besaré. Está mal, ¿verdad? —pregunta, pero no espera respuesta—. El cabrón del jefe y la nueva empleada; sería aún peor si te dijera que este uniforme me pone dura...

Me muerdo el labio, esperando. Quisiera ser racional y decir que sí, que tiene razón y que está mal, pero temo que si digo algo, se irá, y no quiero que eso pase.

Su boca, que una vez estuvo a milímetros de la mía, finalmente toca la mía y todo es más surrealista de lo que podría haber imaginado. Es un beso lleno de deseo; sin Después de pensarlo levanto mis brazos y los pongo alrededor de su cuello, dándole mi consentimiento.

Constantine me abraza, acercándome la cara con fuerza, agarrándome la nuca y apretándome la cintura, pegando nuestros cuerpos. Siento la estrechez que mencionó, y en otra situación, tal vez eso me haría abrir los ojos de par en par y salir corriendo, pero su polla dura presiona contra mi sexo palpitante y ardiente, pidiendo más contacto.

Me froto contra él, olvidando el significado de la palabra pudor, y cuando su lengua se desliza entre mis labios entreabiertos, mi gemido resuena, siendo tragado por sus besos.

Su barba recortada roza mi piel suave, y la fricción lo vuelve todo aún más excitante. Dejando que su mano se deslice desde mi nuca hasta mi espalda, continúa bajando, haciéndome estremecer dondequiera que me toca. Sigue su camino y me agarra el trasero, y el gesto envía una alarma a mi cerebro, que, sin embargo, decide ignorar.

Separándose un poco, me cubre el cuello de besos húmedos, y mis dedos se hunden en su cabello oscuro mientras me entrego a las sensaciones. Constantine llega a la piel expuesta sobre mis rodillas, me toca allí y sube por debajo de mi vestido.

Sus manos cálidas, sus dedos en mis muslos, su toque un poco más arriba…

Solo oigo sirenas de peligro en mi mente mientras se acerca a mi sexo, y con un gran esfuerzo de racionalidad, lo empujo ligeramente

para que se retire. Constantine percibe mi gesto y retira la mano, interrumpiendo también los besos.

Sus ojos oscuros me miran fijamente; su respiración es tan agitada como la mía. Sus pupilas aún están dilatadas.

—Es difícil parar, eres demasiado bueno.

—Está bien —consigo decir en voz alta—, pero creo que es mejor que te vayas. Estábamos fuera de control.

Él sonríe, asintiendo.

—Tocarte fue como romper las orillas de un río embravecido.

Retrocede unos pasos, se acerca a mi cama y agarra su teléfono. Por un momento, creo que se marchará tan silenciosamente como entró, dejando este beso solo en un recuerdo fugaz. Pero me sorprende una vez más.

—Dijiste que ibas a casa de tu madre. ¿Qué te parece si nos vemos después?

— Tú… ¿quieres reunirte conmigo?

—Fuera de la villa, sólo nosotros dos.

Como dudo en responder, Constantino continúa.

—Una cena.

— Yo… tengo que estar aquí a la hora de la cena, para ayudar en la cocina.

— ¿En serio? — Se lleva la mano al pelo, arreglando el desastre que he armado. — Encontraré una solución.

—Constantino, no puedo. Empecé a trabajar ayer.

La tentación de carne y hueso me sonríe de lado, de una manera que me haría concederle todos los deseos.

—Hasta luego, mi Afrodita.

Y con esa frase, se va, como si no hubiera trastocado mi mundo con su inesperada visita. Intento recomponerme, pero no sé ni por dónde empezar.

Vístete. Estaba a punto de cambiarme cuando entré en la habitación, y eso es lo que tengo que hacer.

Abro mi armario de nuevo y saco un vestido ligero de flores. Ahora que tengo que usar uniforme todo el tiempo para trabajar, quitarme la ropa pesada y ponerme algo más informal es una buena idea.

Con mi ropa, una toalla y artículos de aseo en mano, corro al baño al final del pasillo. Me quito la ropa oscura y pesada y el delantal blanco, me meto en la ducha y me doy prisa, porque el horario de visita no es muy largo.

Una vez que termino, me seco y me pongo el vestido por la cabeza, ajustándolo a mi cuerpo, antes de volver a mi habitación. Me pongo unas bailarinas, me seco el pelo con una toalla y cojo el cepillo de la cómoda. Me peino varias veces, desenredando los nudos, y termino con unos pendientes y unas gotas de perfume en una muñeca, frotándola contra la otra.

Cuando estoy lista, cojo mi bolso con el teléfono y las llaves y salgo de la habitación, abandonando la villa inmediatamente después. Como es de día y aún no he cobrado mi sueldo, lo mejor sería ir andando al hospital, pero me he quedado sin tiempo.

Tras reunir lo que me quedaba de ahorros, llamo un taxi y, gracias a Dios, es rápido y no muy caro; de lo contrario, no me habría alcanzado el dinero. De regreso, tendré que caminar, pero con buena planificación, podré llegar a tiempo.

Apenas puedo ver el camino, absorto en mis pensamientos. Desde lo que pasó con mi madre, apenas he podido dormir por la preocupación, y ella ha ocupado todos mis pensamientos. Hasta ahora.

Ahora comparte espacio con un par de ojos oscuros y todo lo demás. No esperaba que me besara, pero menos aún esperaba las sensaciones que ese beso provocaría en mi cuerpo.

A los veintitrés años, sigo siendo virgen. A menudo me ha dado vergüenza contárselo a mis amigos, quienes tienen tantas experiencias que compartir. Nunca quise quedarme así; quería conocer a alguien que me inspirara un deseo lo suficientemente fuerte como para superar mi miedo al dolor, alguien que me hiciera atreverme, que superara mi timidez, pero nunca sucedió.

Encontré a alguien así en el sobrino de mi jefe, un multimillonario que vive una realidad completamente opuesta a la mía: la belleza personificada, seductor, experimentado y, sin duda, mayor que yo. Su experiencia no es el problema; de hecho, puede ser positivo estar con alguien que sabe lo que hace.

Pero quién es él, quién es su familia, qué quiere y espera su abuelo de mí: éstas son las cuestiones sociales y familiares que erigen un enorme muro entre nosotros.

—Hemos llegado.

La voz del conductor me saca de mi estupor. Abro mi bolso y le pago antes de bajar. Miro la hora en el móvil y corro a recepción. Tengo poco más de treinta minutos y tengo que aprovecharlos al máximo.

Con permiso para entrar, subo al piso de mi madre y me dirijo directamente a su habitación. La encuentro tumbada en la cama, en la misma posición que antes. Tiene tubos conectados a su brazo, con medicamentos y vías intravenosas, y mantiene los ojos abiertos.

Arrastro un taburete para sentarme más cerca y tomo su mano entre las mías.

Hola, mamá. Estoy aquí... ¿Cómo te sientes? Respiro hondo, dándome cuenta de que las preguntas no sirven de nada si no me oyes. "Sabes, me enteré de nuestras deudas, pero si me oyes, no tienes que preocuparte, ¿vale? El señor Petrakis se ofreció a pagarlo todo", digo sonriendo.

Estoy omitiendo la parte en la que intentó convencerme de aceptar un matrimonio contractual para esto.

—Así que si esas facturas te molestaban y te hacían sentir mal, puedes relajarte y volver pronto, ¿de acuerdo? Él ya se encargó de todo.

No sé si efectivamente se ha solucionado con el banco, por lo que me comentas ya han empezado las negociaciones, pero aquí no tiene sentido plantear dudas, sólo certezas.

—Acepté trabajar en la villa donde vive, mamá. Así que, para cuando te vayas, tendré algo de dinero ahorrado y estaremos bien. ¿No es una gran noticia?

Pienso en contarle lo de Constantino, pero imagino que eso preocuparía aún más a la señora Melina. Su hija está involucrada con el hijo del amo, alguien tan diferente...

El Dr. Ícaro aparece poco después y aprovecho para preguntarle todo lo que me preocupa. El otro día no pude hablar con él en persona, nerviosa por la noticia, pero no desaprovecho la segunda oportunidad. Predice que la podrán trasladar a la clínica la próxima semana y que permanecerá bajo nuestro cuidado y observación. Esta información me tranquiliza, porque, aunque no significa que se recupere de inmediato, espero que con un mejor tratamiento, las cosas mejoren.

Son poco más de las cinco cuando salgo de la habitación. Me he quedado más tiempo del debido y tendré que darme prisa para no llegar tarde. Los zapatos planos son cómodos, pero me habría puesto zapatillas si hubiera pensado que tendría que correr.

Pero vuelvo a quedar completamente sorprendida al cruzar las puertas del hospital. Apoyado en un coche gris de lujo, uno de esos que valen más que todos mis órganos, Constantine me mira fijamente, como si su presencia no fuera nada fuera de lo común.

"¿Qué haces aquí?" pregunto acercándome con curiosidad.

Se inclina y me besa en la mejilla, sin previo aviso. Este hombre me va a matar.

—Vine a recogerte para nuestra cena.

Constantine abre la puerta del coche y me quedo boquiabierta al unísono. Primero, porque, a diferencia de la mayoría... parte, ésta en lugar de abrirse hacia adelante se eleva por encima de nuestras cabezas; y segundo porque…

—Te dije que tengo que trabajar.

Tocándome la espalda, me lleva al coche para que pueda subir y sentarme. Un poco aturdida, finalmente cedo, pero solo porque sigo sin entender nada. Inclinándose sobre mí, tira del cinturón de seguridad y lo abrocha, antes de levantarme la barbilla con las yemas de los dedos.

—Y te dije que lo arreglaría.

- Pero…

Constantino cierra la puerta y viene, moviéndose a mi lado y tomando el volante.

— Hablé con Alma y le pedí que te dejara ir hoy.

—¡Constantino! Después de lo de ayer, ¡de verdad pensarán que estamos involucrados!

—¿Y no lo somos? —pregunta, encogiéndose de hombros—. Estoy bastante involucrado.

— ¡Sabes exactamente lo que quise decir!

—No te preocupes. Primero, Alma ha trabajado para mi abuelo desde que era niña. Es casi como una madre para mí, y no diría ni haría nada que te hiciera daño, porque esa era mi orden. Segundo, le dije que necesitabas pasar más tiempo con tu madre para que no sospechara de nosotros.

— ¡Mentiste!

—Sí, acepto esta culpa —asiente con un gesto—, pero valdrá la pena.

—¿Y si no quiero?

Su mirada se posa en mí y, por primera vez, veo que su confianza flaquea. Constantine me escruta los ojos, buscando certeza.

"¿No quieres salir conmigo? Porque si es así, bien. Te llevaré de vuelta a la villa y no insistiré", dice, más serio.

Exhalo, dejando salir el aire de mis pulmones y entregándome.

—Por supuesto que quiero salir contigo, sólo estoy nervioso porque tengo mis responsabilidades.

La ligereza regresa a su rostro y comienza a conducir, sacándonos del estacionamiento del hospital y a las calles de Mykonos.

—Te lo prometo, la próxima vez solo estaremos juntos en tu tiempo libre. ¿De acuerdo?

La próxima vez. Se me acelera el corazón solo de pensar que esto pase. Vamos a tener una cita, y él no quiere que sea la única.

—Está bien. ¿Y adónde me llevas?

Su sonrisa al mirarme me da un escalofrío en el estómago. Estoy perdida...

—¿Te gustan los barcos, Elena?


Capítulo 6

Elena Lazos

La pregunta de Constantine no me preparó para la realidad. Cuando estaciona el auto frente al puerto, se baja, y antes de que pueda desabrocharme el cinturón de seguridad, la puerta se abre y lo encuentro de pie junto a mí.

Podría acostumbrarme a toda esta galantería.

—¿Nos vamos? —invita, tendiéndome la mano.

Me desabrocho el cinturón y, aceptando su gesto, lo sigo afuera. Al levantar la vista, veo la villa, imponente a lo lejos, pero Constantine me guía por el muelle.

Observo el cielo, teñido de naranja y morado, oscureciéndose rápidamente; las estrellas empiezan a brillar mientras el crepúsculo tiñe el paisaje de sus matices. Se detiene frente a una pequeña barca, con espacio para los dos, y saluda al conductor, que parece estar esperándonos.

—Buenas noches, Antonio. ¿Llegamos tarde?

—Para nada, señor. Puntual como siempre.

Creo que debe ser algún tipo de adulación elaborada. Constantine ni siquiera sabía a qué hora saldría del hospital, así que no pudo haber llegado a tiempo, si es que había una hora programada.

Mirando a mi alrededor, noto que no hay mucho que hacer aquí, así que supongo que tiene la intención de llevarme a ver el mar, un paseo romántico bajo las estrellas, tal vez.

— Ella es Elena, Antonio —me presenta educadamente.

—Es un placer, señorita. Si me necesita en cualquier momento, estaré al mando.

A pesar de su sonrisa, no parece bromear. ¿Cómo que "si necesito algo"? Estamos todos apiñados en un espacio de unos dos metros.

—Eh, gracias, señor Antonio —respondo cortésmente, antes de irme a un rincón para sentarme.

Constantino se sienta a mi lado, pero si siente la curiosidad escrita en mi rostro, no dice nada.

—Podemos irnos.

Antonio enciende el motor de la pequeña embarcación y empezamos a navegar. Me sorprende un poco la velocidad, porque no tiene sentido hablar de caminar si no se ve casi nada. Sin embargo, mi asombro palidece en comparación con la sorpresa que siento al darme cuenta de que nos dirigimos directamente hacia otra embarcación, mucho más grande que la primera. Está situado casi enfrente de la villa, pero más alejado, y recuerdo el tramo de playa privada mencionado por el señor Andreas.

Desde aquí, no puedo distinguir si es un barco o un yate enorme. Las luces están encendidas, pero no veo a nadie a bordo. Está flotando en medio del mar; creo que está anclado, pero nunca he entendido mucho sobre barcos y sus variantes.

“¿Qué es esto… vamos para allá?” pregunto asombrado.

—¿Creías que íbamos a cenar aquí?

No puedo ocultar mi expresión de sorpresa.

"¿Y qué es?", pregunto con una curiosidad desbordante. "¿Un restaurante junto al mar?"

—Claro que no, seremos sólo nosotros dos.

—¿Esto es un crucero? ¿Me llevas a cenar en un barco?

“Es mi yate, pero sí, es bastante exagerado, debo admitirlo”, dice, inclinando la cabeza como si evaluara el tamaño de su posesión.

Justo cuando creo que ya no puedo sorprenderme más, una puerta al costado del majestuoso yate se abre y entra Antonio con nuestro barco.

—¿Esto es un garaje?

Mi pregunta se responde cuando la puerta por la que entramos se cierra. Parpadeo, intentando comprender cómo es posible y qué pasará con toda el agua que entró con nosotros, pero Constantino ya está saltando de la... El barco llega a la cubierta del yate. Me tiende la mano y, aún sin palabras, lo sigo.

Antonio también sale y, antes de que me atreva a preguntar, presiona un botón y el agua comienza a correr ante mis ojos.

—Iré a ver cómo está la cena, señor Petrakis —nos informa, y luego se aleja, dejándonos solos.

—Tienes un yate.

Constantine frunce el ceño, como si mi comentario no tuviera sentido. Quizás no: después de todo, es uno de los hombres más ricos del mundo. Si él no tuviera un yate, ¿quién lo tendría? ¡Pero aun así!

— Y hasta tiene garaje.

—Mi Afrodita, el garaje es lo menos interesante de ella.

—¿Sobre ella?

—Sí, es una niña y se llama Agnes —responde sonriendo.

Él me arrastra de la mano y eso me impide lanzar más preguntas, porque estoy ocupada moviendo mi cara de un lado a otro y tratando de absorber lo máximo posible de lo que está sucediendo ante mí.

Veo un gimnasio, pero antes de poder callarme, me encuentro frente a un espléndido comedor. Creo que iremos allí, pero Constantine se da la vuelta. Enfrente y, antes de ser arrastrado a un ascensor, vislumbro un largo pasillo y varias puertas cerradas.

“¿Qué es eso?” pregunto mientras empezamos a subir.

—Estas son las cabañas. Agnes tiene capacidad para doce personas: hay siete cabañas. La mía está allá arriba y tiene una vista increíble.

—¡Cielos! Casi nunca pasas tiempo en Mykonos, ¿verdad? —pregunto, preguntándome cuántas veces al año Constantino disfruta de todos estos lujos.

—No vivo aquí, pero cuando mi padre está en Atenas visito a mi abuelo más a menudo. Me gusta organizar fiestas en barco, y a veces vengo aquí a dormir solo por la paz y la tranquilidad.

—Me lo imagino, dormiría en un yate como éste todas las noches si pudiera.

Constantino sonríe, sacudiendo la cabeza.

—Lo dices porque no estás acostumbrado. Es maravilloso, pero nunca me quedo más de unos días y ya me encuentro añorando tierra firme.

Pienso en su respuesta, quizás tenga razón.

El ascensor da a la lujosa cubierta, bajo el cielo estrellado de Mykonos. Constantine me lleva de la mano, pues creo que he perdido la capacidad de moverme. Desde donde estamos, puedo ver las luces del puerto centelleando a lo lejos, creando una atmósfera aún más romántica.

Sus dedos entrelazados con los míos expresan ternura, y con la galantería a la que ya estoy acostumbrada, me conduce a una pequeña mesa redonda, elegantemente dispuesta para dos. Es evidente que mientras trabajaba en la villa he visto y ayudado a preparar vajillas finas para cenas elegantes, pero nunca he participado en una, y mucho menos a la luz de las velas.

El mantel blanco cae al suelo, y en el centro de la mesa, un candelabro encendido ilumina tenuemente la porcelana blanca y los cubiertos dorados. Noto que, aunque no hace calor, el aire está quieto, y por eso la llama resiste con valentía, aunque a veces titila.

Miro a mi alrededor, fascinado por la meticulosidad y atención al detalle de Constantine. Veo un jacuzzi en el costado del barco; está lleno, el agua burbujea mientras las luces parpadean. No creo que tenga intención de usarlo, pero lo ha encendido casi como si fuera un elemento decorativo.

Constantine me acerca una silla y me siento a la mesa. Él se acerca, se sienta frente a mí en la otra silla y, con las manos juntas en la barbilla, me mira fijamente un buen rato.

Me aclaro la garganta, sin saber qué decir ni cómo expresar lo que siento. Aun así, intento encontrar las palabras.

—Lo que has hecho es increíble —digo finalmente—. Nunca me había sentido tan especial.

Su hermosa sonrisa hace que sienta mariposas bailar en mi estómago.

—Porque eres especial, Afrodita.

—Si hubiera sabido que esto pasaría, al menos habría intentado arreglarme para ello —bromeo, lanzando una mirada a su

camisa y sus pantalones y otra a mi vestido corto con flores y a los zapatos planos que llevo puestos.

—No necesitas ningún adorno para ser la mujer más bella que he visto —responde galantemente.

Me ahorro el cumplido porque oigo un ruido y me vuelvo a mirar, solo para encontrarme con una mujer que empuja un carrito de metal hacia nosotros. Lleva un uniforme muy similar al que uso en la villa y nos dirige una dulce sonrisa.

Dejando el carrito junto a la mesa, coloca un plato de ensalada delante de mí y otro delante de Constantine. Creo que se llevará el carrito, y solo me fijo en la botella de vino encima cuando la menciona.

— El vino se servirá inmediatamente.

—No hace falta, Edite —dice Constantine, agarrando la botella —. Pídeles a los músicos que empiecen.

La mujer asiente y se aleja, pero yo me quedo mirando a mi compañera, incapaz de creer lo que acabo de oír.

— ¿Músicos?

“Solo un poco de música de fondo”, responde, descorchando la botella con un ruido sordo.

Intento imaginar a qué se refiere, pero mis vuelos no duran mucho, porque poco después aparecen dos hombres de esmoquin: se posicionan al otro lado del yate, guardando la distancia para darnos privacidad, levantan sus violines a la altura de los hombros y comienzan a tocar, llenando la noche con una bella melodía.

—¡Constantino! —lo regaño, bajando la voz—. Sé que tienes todo el dinero del mundo, pero ¿para qué sirve todo esto?

—¿Y qué tiene que ver eso? —frunce el ceño, confundido.

Suspiro, porque no sé si vale la pena explicar algo que a mí me parece tan sencillo a una persona que vive en otro universo.

—Mañana tengo que trabajar, así que mis planes suelen ser sencillos, como ir al cine, salir a comer algo rápido y charlar. ¿Cenas de lujo con músicos tocando el violín? Eso lo dejo para ocasiones especiales...

—Pero dijiste que nunca habías tenido una cena como ésta —replica, usando mis palabras a su favor.

—Lo sé, pero ¿no es un poco exagerado?

—¿No te gustó? — Veo una sombra de duda pasar por sus ojos oscuros.

—Claro que sí —le aseguro—. Me encantó, es solo que…

- ¿Qué?

—No sé, me parece demasiado especial para ofrecérselo a una chica que trabaja para tu abuelo y a la que besaste una vez.

“Te dije que eres especial”, responde, llenando nuestras copas con vino.

—¿Pero por qué? —pregunto sin reservas—. No creo que seas tan mezquino como para usar todo esto para encantarme y engañarme —digo, expresando mis pensamientos.

"Claro que no. ¿Necesitas una razón racional para que alguien se vuelva importante?" Constantine da un sorbo a su vino antes de continuar. "No creo que sea la cantidad de días lo que hace especial a alguien, sino la calidad del tiempo que pasamos juntos. No es el estatus social ni lo que tenemos en común materialmente, sino cuánto conectamos. En contacto, en sentidos, en deseo...", dice, dejando que la intensidad de sus palabras me invada. "No digo que quiera casarme contigo", bromea.

—Quieres… follarme.

Él asiente, imperturbable ante la sinceridad.

—Claro que quiero, pero me gusta hablar contigo, tengo muchas ganas de conocerte.

No puedo negar que estamos conectados de una manera única, y aunque en la superficie no tengamos mucho en común, si todos los hombres venimos del polvo, nuestras almas parecen estar hechas de la misma partícula de polvo, porque se atraen y se unen, sin necesidad de racionalidad.

Disfrutando de su compañía, como un poco de mi ensalada y bebo mi vino, deleitándome con los magníficos sabores de ambos.

Charlamos de cosas ligeras, dejando de lado los temas más serios, y apenas notamos el paso del tiempo.

Unos minutos después, la mujer de antes regresa, esta vez con otro carrito, cargado de bandejas tapadas. Con Un “permiso”, retira los platos ahora vacíos y nos sirve el plato principal, anunciándolo.

— Risotto con queso feta y tomates cherry, acompañado de pescado a la plancha.

Tras poner la comida en la mesa, desaparece de nuevo. El aroma es delicioso y se me hace la boca agua. No hace falta que me lo pidan dos veces y me tomo unos minutos para disfrutar de la cena, confirmando mi intuición al saborear lo rico que está todo.

La conversación fluye con naturalidad, y le cuento un poco sobre los años que Lazos y mi familia llevamos al frente del restaurante, omitiendo a propósito el nombre del establecimiento. No sé cuánto sabe de la amistad de nuestros abuelos, pero por alguna razón temo que esta información le lleve a deducir los planes del Sr. Petrakis cuando me contrató.

Esto me pesa. Aunque no acepté el acuerdo propuesto y simplemente accedí a reunirme con él mientras trabajo en la villa, siento que mi omisión también es una mentira. Sé que necesito aclarar el asunto, pero temo que termine malinterpretándolo todo y pensando que me acerqué a él a petición de su abuelo, lo cual no es cierto.

Al notar mi silencio, Constantine toma mi mano sobre la mesa, entrelazando nuestros dedos. Por inocente que sea su tacto, parece crear una creciente oleada de tensión, atrapando el deseo entre nosotros, manteniéndolo bajo control por ahora.

Siento que esta noche marca un hito en mi vida y una chispa de miedo sobre el futuro intenta colarse en mi corazón, pero alejo el sentimiento y me concentro en el presente. Él me desea, y yo lo deseo, como nunca he deseado a nadie. ¿Por qué no rendirme y experimentar el placer de estar en los brazos de un hombre que parece salido de una de las novelas que leí?

—Pero no pasaste tus días en el restaurante, por lo que tengo entendido —dice, volviendo a la pendiente resbaladiza.

—Rara vez. Desde que me mudé para estudiar, solo he ayudado a mi madre cuando he ido a visitarla.

—¿Vivías sola en Atenas?

—En la residencia universitaria compartía habitación con un compañero, pero en cierto sentido sí, no tengo parientes cercanos ni amigos cercanos allí.

—¿Y qué hacías en tu tiempo libre? —pregunta curioso.

—Siempre me ha gustado leer. Tengo tantos libros favoritos que sería imposible elegir solo uno si me preguntaran, lo confieso.

—Y aun así quiero intentarlo. —Se siente desafiado. —Entonces dime los títulos de tus tres favoritos.

A pesar de lo difícil de la tarea, su sonrisa me hace pensar.

—¿Sonaría trillado si dijera que "Orgullo y prejuicio" es una de mis favoritas?

Constantino niega con la cabeza.

—Lo bello no se convierte en cliché, ¿verdad? ¿Y los otros dos?

— "Harry Potter y el príncipe mestizo" —lo confieso, haciendo una mueca— y "La Ilíada"…

Ahora Constantino se ríe de buena gana.

—Pareces un lector muy cliché. ¡No creo que te guste Harry Potter!

—¿Y tú no?

—La verdad es que nunca lo he leído. Debería haberlo hecho de niño; creo que hoy no me interesaría tanto.

—¿Y has visto las películas? —Arqueo una ceja, oliendo un desafío.

- Ni.

—Tienes que verlos.

"¿No dicen que los libros siempre son mejores?", pregunta con picardía.

—Dicen eso, sí, pero si no te apetece leer, creo que podrías pasar unas horas aprendiendo sobre la saga de películas. ¡Apuesto a que incluso acabarás cambiando de opinión sobre los libros!

—Quién sabe… ¿Pero qué pasa con la Ilíada?

-¿Qué es?

“Quiero saber qué piensas de Elena”, dispara, en tono sarcástico.

—Creo que era la mujer más bella de Grecia — evado.

—Todo el mundo lo sabe. ¿Qué opinas realmente de ella? — Constantine se acerca, acercando su rostro al mío y animándome a responder.

— ¡Una mujercita egoísta! —digo riendo— ¡causando la muerte de miles de personas para estar con su amante!

Él también se ríe.

"¿Alguna vez pensaste que podría ser muy infeliz con ese aburrido rey? Estaba enamorada", defiende Constantino, riendo.

—Lo entiendo, pero ¿no podría haber huido con su amado a un lugar lejano sin arrastrar al pueblo de Troya a la guerra?

—Eh, quizá podrían haber tomado otras decisiones…

—Además, ¿cómo se enamoraron tan rápido? ¡Los invitaron a un banquete, y el príncipe se enamoró y secuestró a la mujer!

“Creo que podría enamorarme de Elena en un abrir y cerrar de ojos”. Su respuesta tiene el poder de enviar un escalofrío por todo mi cuerpo.

De repente, me quedo sin palabras. Sé que Constantine no se refiere a la Elena de la historia, y por primera vez, puedo vislumbrar lo que realmente debió pasar la pareja que siempre había considerado egoísta. Ahora parece muy plausible que dos personas destinadas a amarse puedan enamorarse en tan solo unos días.

—A mí también me gusta “Orgullo y prejuicio” —dice, tras una larga pausa, y sé que lo hace para romper la atmósfera densa que se ha creado—, pero creo que mi libro favorito es “El Conde de Montecristo”. Me encanta que los personajes sean complejos y multifacéticos, y que los giros argumentales cautiven incluso al lector más perezoso.

Nuestras miradas se cruzan y sonreímos al mismo tiempo, compartiendo esa conexión que se fortalece aún más a través de los

libros que amamos. Pero al poco tiempo, cambiamos el enfoque de la conversación a algo más mundano: la comida.

—Me encanta la cocina italiana. Sé que nuestros hábitos son más sanos y naturales, pero un plato de carbonara me puede llevar al cielo.

Él piensa en mi respuesta por un momento.

—Soy una mezcla de todas las culturas que he conocido. Pero confieso que un buen souvlaki con tzatziki es mi obsesión. También me encanta la pasta y adoro el sushi.

Riámonos juntos, porque su comentario realmente demuestra que es un mosaico de retazos cuando de cuestiones culturales se trata.

"Se nota que eres muy ecléctica", digo, y con eso termino recordando a Cat. "Tengo una amiga, Catherine, que se parece mucho a ti. Nos conocemos desde la infancia, es como una hermana para mí, y te juro que si le diera un puñado de marihuana y le dijera que es comida exótica de algún lugar lejano, Cat la probaría y diría que le gusta".

"Está abierta a nuevos sabores", dice divertido. "Parece que son muy cercanos. ¿Vive aquí?"

—Sí. Cat siempre ha estado ahí en los buenos y malos momentos, honestamente no sé qué haría sin su amistad.

—Es muy importante tener a alguien con quien puedas contar.

Asiento y una delicada sonrisa aparece inevitablemente en mis labios.

Compartir tu vida con alguien que te comprende es un regalo. ¿Conoces a alguien así?

Sin dudarlo, asiente con un gesto.

—Además de mi abuelo y mi hermana Steph, tengo a Klaus, Apollo e Isaac. Nos hicimos amigos durante mi estancia en Eton, en Inglaterra. Pasamos unos años allí; era un internado y vivíamos todos juntos, lejos de nuestras familias, así que fue natural que nos uniéramos. —Constantine niega con la cabeza, absorto en un recuerdo feliz—. Éramos tan unidos que empezaron a llamarnos los Tres Mosqueteros.

—¿Pero no sois cuatro?

Sí, Isaac es nuestro D'Artagnan, ya que era el último en llegar a la escuela y siempre nos metía en líos. Nos apodábamos más o menos según nuestras personalidades en aquel entonces, pero muchas cosas han cambiado.

—¿En serio? ¿Y quién eras tú? —pregunto, curiosa.

—Porthos, impulsivo y fanfarrón —dice haciendo una mueca.

Me eché a reír cuando escuché la descripción.

—No creo que seas así, impulsivo quizá, pero no me pareces un fanfarrón.

—¡Y aun así lo era! De adolescente, me encantaba presumir, pero con el tiempo he madurado y he descubierto que las posesiones materiales no son tan importantes.

—Excepto este yate —completa riendo.

—Sí, excepto Agnes, a quien probablemente os estoy mostrando con orgullo.

Niego con la cabeza, divertido por la conversación.

"Es increíble", le digo con sinceridad. "¿Y seguís en contacto?"

—Siempre estamos en contacto por teléfono. Hoy en día, todos vivimos en países diferentes, pero consideramos que es nuestro deber organizar nuestra reunión anual.

“¿Eso significa que se ven todos los años?”, pregunto con curiosidad.

Se encoge de hombros, como si fuera sencillo. Creo que para él realmente lo es.

"Hemos creado una rotación entre nuestros países, y a veces nos reunimos en lugares neutrales", dice, con una sonrisa que demuestra cuánto se preocupa por sus amigos. "Esta mañana estuve hablando con Isaac mientras te esperaba en tu habitación".

Recuerdo haberlo encontrado hablando por teléfono al llegar, pero no me había dado cuenta del tema. La conversación se prolongó durante horas, compartiendo pensamientos, sueños y recuerdos.


Capítulo 7

Elena Lazos

Es una noche especial y desearía que nunca terminara. Siento que cada segundo nos acerca más, y con cada nuevo descubrimiento que hago sobre él, me siento aún más atraída y fascinada.

"¿Y tu familia?", pregunta. "Me dijiste que tu madre está enferma, pero que se pondrá bien, ¿verdad?". Parece cauteloso en su pregunta, como si una simple pregunta pudiera inquietarme.

Y claro que tiene razón, pero me siento tan bien en su compañía que, por primera vez, puedo pensar y hablar de esto con más tranquilidad.

—No lo sé. Quizás nunca vuelva a ser como antes, pero quiero aferrarme a la esperanza...

—Te entiendo. —Se le nota el peso en la voz—. Mencioné que perdí a mi madre cuando era muy joven. Lo que no dije es que fue un golpe muy duro para mí y para Steph. Mi padre se casó con Selene poco después de que... Perdimos a nuestra madre, y fue difícil aceptar a otra mujer en su lugar. —Constantine se encoge de hombros, absorto—. Claro, entiendo que mi padre tenía derecho a empezar una nueva vida, pero fue muy rápido, ¿sabes? En ese momento, deduje que nunca quiso a mi madre.

- Lo siento…

—Bueno, ahora entiendo que probablemente no supe cómo lidiar bien con el duelo. Pero Selene y yo nunca nos entendimos, y Alexander siempre estaba en medio de todo.

-¿En qué sentido?

Yo tenía cinco años, Steph tres, y él nació poco después, así que soy seis años mayor que él. Pero a medida que crecíamos, Selene empezó a usar a Alexander para provocarme; creo que le molestaba que yo fuera la heredera de mi abuelo y quería que ese derecho le correspondiera a su hijo con mi padre, y no al hijo que tuvo con su primera esposa. Su comportamiento acabó creando animosidad entre él y yo: nunca pudimos ser amigos, y hoy, incluso cuando Alexander intenta acercarse, no veo con buenos ojos sus intenciones; siempre espero lo peor...

—Es una pena, las relaciones familiares son complicadas.

—Sí, hace unos años tuve un accidente, y aunque Selene ayudó a mi padre a cuidarme, siempre tuve la sensación de que ella estaba feliz de verme así —dice, con la expresión un poco sombría.

—¿Pero te llevas bien con tu hermana? —pregunto, dejando el tema pesado de lado.

—Mucho. Steph es la princesa Petrakis —explica con una amplia sonrisa, y la sombra que se cernía sobre su mirada da paso a una nueva luz: mimada, aburrida y entrometida.

“Suena encantador”, respondo riendo.

"Y lo es, por increíble que parezca. Es dulce y cariñosa, y se ha convertido en una mujer fuerte, decidida y muy leal. Pero aún la miman mi padre, mi abuelo y, por supuesto, yo", añade, sin poder contener la risa.

—Me lo imagino. Deberías regalarle un yate por su cumpleaños, bromeo.

Compartiendo mi sonrisa, de repente se levanta y me ofrece su mano.

—Vamos a sentarnos en la cubierta superior.

Con un gesto de agradecimiento despide a los músicos y luego me conduce por una escalera hasta el punto más alto del barco.

Las estrellas salpican el cielo nocturno, haciendo que el paisaje sea mágico. Mientras lo contemplo, hechizada, siento sus brazos rodeándome por detrás, rodeándome la cintura. Mi corazón late con fuerza en mi pecho, y aunque él no pidió nada ni yo prometí nada, sabía que cada detalle de esta noche nos llevaría a algo más grande.

Girándome en sus brazos, Constantino me mira a los ojos con ternura; la atmósfera que nos rodea parece cargada de electricidad, como si el aire estuviera lleno de la promesa de lo que está por venir. Eso está por venir. Su mirada recorre mi cuerpo con una intensidad que me deja sin aliento, y sé que este es el momento en que todas las barreras entre nosotros caerán al suelo.

Acercándome lentamente el rostro, siento sus dedos rozando delicadamente la piel de mis brazos, provocándome escalofríos de

placer. Cada roce enciende una llama ardiente, alimentando el fuego que ahora sé que arde en mi interior.

—Elena…—Su voz es ronca, el timbre lleno de deseo.

No puedo evitarlo, y mi respuesta es unir mis labios a los suyos en un beso apasionado y voraz. Mis manos encuentran sus hombros y exploro tímidamente cada centímetro de él, mientras me entrego de repente al fuego que nos consume.

Deslizando sus manos por mi espalda, Constantine toca los cordones que sujetan mi vestido, y gimo en señal de aprobación, permitiéndole avanzar esta vez. Se separa de mí un instante y saca su teléfono del bolsillo del pantalón.

Jadeando, lo miro un poco confundida, pero sus ojos permanecen fijos en los míos mientras lleva el dispositivo a su boca.

—Antonio, diles que estamos en la cubierta superior y que no quiero que me molesten por ningún motivo o me despedirán.

Aturdida por su tono imperioso, comprendo que sus intenciones son más que eso, pero no creo que pueda echarme atrás. Lo quiero.

Cuando me besa de nuevo, toma los cordones de mi vestido y esta vez los desata con facilidad. La tela se desliza sobre mi cuerpo, y Constantine me ayuda hábilmente a desatar los tirantes, dejando que el vestido caiga al suelo y me exponga a su mirada.

Sus ojos se oscurecen, llenos de lujuria, mientras contempla mis pechos. Me siento como una obra de arte, admirada por un amante apasionado. Su tacto es reverente, trazando líneas en mi piel mientras acerca su cuerpo al mío. Cada caricia es una promesa de placer, cada beso promete llevarme a las estrellas.

No necesitamos palabras, sólo el sonido de nuestra respiración agitada y nuestros corazones latiendo uno contra el otro, como si quisieran fusionarse.

Si el mundo entero desapareciera y solo quedáramos nosotros dos, quizá no nos daríamos cuenta. Nos acaricia la brisa marina, y en la cubierta del yate, el cielo atestigua el pecado que estamos a punto de cometer.

Cuando rompe el beso, siento que mi corazón se acelera mientras me convierte en el objeto de su lujurioso deseo. Hambriento,

su mirada recorre mis curvas, haciéndome sentir viva. Estoy excitada y ansiosa por entregarme a él por completo.

— Perfecto, Agape mou.

Inclinándose, Constantine toma uno de mis pechos en su boca, y es imposible no gemir. El deseo late en mi sexo, y me aferro a él para mantenerme erguida mientras su boca explora mi pezón, succionando, lamiendo y mordisqueando de una manera que me vuelve loca.

— Constantino…

Sus labios se apartan de mi piel; la ligera brisa contrasta con el roce de su lengua. Constantino se entrega al otro pecho, dándome un festín y chupándome con avidez.

Una oleada de placer me invade, intensificándose. Sus fuertes brazos me sujetan con firmeza mientras continúa explorando mi cuerpo. Sus besos recorren mi cuello, arrancándome gemidos, luego bajan por la hendidura entre mis pechos, y con cada avance anhelo más.

Le desabrocho la camisa, liberándolo de la tela. Nunca había llegado tan lejos, pero sé cuánto lo deseo y sé que su ropa me estorba. Ahora toco sus hombros desnudos y mis dedos se deslizan por su pecho, alcanzando su abdomen definido.

Es como estar ante una de las antiguas deidades griegas. Un cuerpo diseñado para tentar a jóvenes desprevenidas y conducirlas del cielo a las profundidades del Hades.

Sus dedos llegan al elástico de mis bragas y creo que es un buen momento para advertirle sobre mi virginidad, pero no quiero que Constantine se detenga.

Me quita la lencería mientras se arrodilla entre mis piernas. Su boca experta recorre el camino del éxtasis a lo largo de mis muslos. La calidez de sus besos me envuelve de nuevo, sus caricias intensifican el placer y siento la humedad goteando de mi sexo.

Con la punta de su dedo me toca, dibujando movimientos circulares que me hacen gemir cada vez más fuerte. Respiro con dificultad y me muerdo el labio cuando, al bajar la vista, veo... su sonrisa traviesa, antes de verlo hundirse en mí, chupándome como si fuera una fruta jugosa.

Grito su nombre, sin poder contener la lujuria que me produce, sabiendo que todos esos empleados están cerca y podrían escucharnos,

pero sin el más mínimo control.

—Así, Afrodita… —Sonríe y pasa la punta de su lengua por mi entrada—. Grita, para que todos sepan que te estoy lamiendo.

Me retuerzo bajo su tacto, gimiendo incontrolablemente mientras me lleva al clímax. Sus dientes rozan mi clítoris y su áspera barba crea una deliciosa fricción contra mi piel sensible. Lame y chupa, absorbiendo cada gota de excitación que rebosa de mí.

—Qué delicia saborear tu sabor, Elena. Este coño rebosa de deseo…

Su forma desinhibida de hablar me pone la cara roja, pero me excita aún más. Constantine es un maestro del placer, un hombre que sabe exactamente lo que quiere y cómo dármelo. Y en este momento, acepto que estoy destinada a explorar cada centímetro de él, a experimentar cada experiencia que pueda ofrecerme.

Cada movimiento suyo trae consigo un descubrimiento, una sensación electrizante hasta entonces desconocida. Su boca abraza mi sexo por completo y, agarrando mi clítoris entre sus labios, me estimula y me chupa con fuerza, mientras yo me muevo descaradamente sobre él.

Ver a este hombre darme placer es lo que me hace explotar por dentro. Ver al gran Constantino en Su rodilla, devorándome con su rostro hundido en mí, alimenta una creciente oleada de deseo que ya no puedo controlar. Grito su nombre mientras siento un espasmo en mi cuerpo, contrayéndose y llevándome al clímax.

Poco a poco, empiezo a descender, la pérdida de control se disipa y la razón regresa. Sonríe, se pone de pie y, sin esperar más, une su boca a la mía, haciéndome sentir el mismo sabor que yo.

Constantine camina conmigo, besándome sin parar, llevándome al sofá de la esquina y sentándome en él. Cuando lo veo desabrocharse el cinturón y bajarse la cremallera de los pantalones, me doy cuenta de que ya no puedo posponer la verdad.

—Soy virgen —digo de repente.

Se congela y sus manos quedan inmovilizadas instantáneamente.

“¿Eres virgen?” repite interrogativamente.

—Sí, a los veintitrés años todavía soy virgen.

Guarda silencio durante casi un minuto, mientras espero con la respiración contenida a que diga algo. Cuando lo hace, hace una mueca, como si las palabras le dolieran.

—Elena, lo siento. Debí haberte preguntado. Estabas receptiva y pensé que lo deseabas, pero…

—¡Lo quiero! —interrumpí sus palabras y le puse un dedo en los labios—. Lo quiero, Constantine. Lo deseo con todas mis fuerzas, y lo quiero ya.

- Pero…

—No tengo experiencia, pero puedes enseñarme.

Retiro mi dedo para dejarle responder y lo veo cerrar los ojos y pasarse la mano por la cara.

—Veintitrés años —dice, negando con la cabeza—. Soy siete años mayor que tú, Elena.

—¿Y cuál es el problema?

—No lo sé, simplemente no me lo esperaba.

Acaricio su rostro, obligándolo a mirarme a los ojos para que pueda ver la verdad de mi afirmación.

—Te quiero, quiero que estés conmigo, ahora, y no pido nada más que eso.

—Pero siento que te daré mucho más… —susurra.

—Mejor aún —respondo, depositando un delicado beso en su boca—, enséñame…

Nos besamos de nuevo, y lo interpreto como una señal de su asentimiento. Se quita los pantalones con urgencia y, hipnotizada, lo observo quitarse los bóxers, desnudándose por completo. Admiro su miembro erecto y, por un momento, temo el dolor. Constantine sonríe y se acerca de nuevo a mí, cubriéndome con el suyo.

—Tendré cuidado. No te prometo que no dolerá, pero sí te prometo que el dolor desaparecerá pronto, ¿de acuerdo?

Asiento, porque, a pesar del miedo, la anticipación es aún más fuerte.

Lo veo acercarse a mi entrada y chupar mi pecho. Constantine me provoca, devolviéndome el placer. Me besa y me chupa, animándome, y solo cuando gimo fuerte empieza a deslizarse dentro de mí. Estoy mojada, y eso facilita su entrada.

Abro la boca, nerviosa por la novedad, tensa. Pero el dolor dura solo un instante y se desvanece lentamente, justo después de llegar a mi límite.

—¿Está todo bien? —Me besa las sienes, esperando mi respuesta.

—Yo…yo creo que sí.

Constantine baja la mano hasta donde estamos unidos y me acaricia suavemente, estimulando mi punto sensible mientras besa cada parte de mi piel expuesta. Poco a poco, el dolor da paso al placer.

Lentamente, se mueve, entrando y saliendo de mí, a un ritmo pausado. Me acostumbro a la sensación y empiezo a disfrutarla. Con cada embestida, penetra más profundo y rápido, avanzando lentamente. Me entrego por completo a él, nuestros movimientos ahora sincronizados, y sus embestidas alcanzan partes de mí que ni siquiera sabía que existían.

Mientras mi cuerpo tiembla, presa de la misma oleada de espasmos que antes, Constantino me acompaña. Me llenan sus chorros, y al unísono, nuestra respiración y nuestros latidos comienzan a disminuir. Es como si todo el universo estuviera en armonía; me siento completa y plena.

Y me doy cuenta de que, por irracional y loco que parezca, me estoy enamorando perdidamente de Constantino.



Abro la puerta de mi habitación y me dejo caer en la cama con un suspiro apasionado. La noche ha sido larga y tan llena de emociones que los recuerdos del día parecen lejanos. Solo puedo pensar en Constantine. Sus caricias, sus besos, cómo me miraba bajo las estrellas y todo lo que hicimos. El ardor entre mis piernas es prueba de que fue real, no un sueño.

Cojo el móvil y marco el número de Caterine. Podría dejarlo para mañana, pero estoy nerviosa y sé que me costará conciliar el sueño, así que decido llamar a mi amiga y contarle la noticia ahora mismo. Contesta casi al instante.

—¡Hola, Elena! No me dijiste nada más, me moría de la preocupación —reprende sin parar—. ¿Cómo te va en casa del rico? ¿Y tu madre? Fui al hospital, pero no me dejaron entrar en cuidados intensivos...

—¿Puedes respirar, por favor, Cat? —pregunto bromeando—. Te llamé para contarte todo, pero necesito que me dejes hablar.

—¡Lo sé, insensible! Pero me has puesto ansioso sin noticias…

—Fue todo muy intenso, no vas a creer lo que pasó.

—¿Qué? Tu voz suena emocionada. No pasó nada malo, ¿verdad?

— No. Primero, respondiendo a tus preguntas, mi madre sigue igual, pero el médico dijo que podemos llevarla a la clínica en unos días para que puedas visitarla. También creo que allí se recuperará más fácilmente.

— ¡Qué buena noticia, seguro que tía Melina lo logrará!

- Amén…

—¿Y qué más?

—El trabajo va bien, pero han pasado muchas cosas —digo, y sin querer crear suspense, me lanzo a hablar—. ¿Recuerdas que el señor Petrakis quería que conociera a su sobrino?

—¿Lo sabías? ¡El hombre quería que me casara con su sobrino!

—Exactamente. Lo conocí en cuanto llegué y charlamos un rato.

— Mh… Me gusta la dirección que está tomando la historia.

—Estaban organizando una cena para la familia de la mujer con la que quieren que se case, pero cuando terminé mi turno salí a tomar aire y él estaba en el patio con esta Alexia.

—Ya no sé si me gusta…

—¡Escucha! Constantino me llamó y le dijo a la mujer que estaba enamorado de mí y que nos íbamos a casar, ¡y que por eso no podía casarse con ella!

— ¿Qué? ¿Este hombre se golpeó la cabeza?

—¡Justo lo que pensé! La mujer salió hecha una furia, y yo también, ¿no? Podría haber perdido mi trabajo por esa mentira.

—¡Claro! ¡Está completamente loco!

—Corrió tras de mí y me llevó a la biblioteca para que habláramos a solas, pero empecé a llorar, amiga mía, desesperada. Pensé que él también estaba loco, pero se disculpó y dijo que le explicaría a su familia que no era nada de eso…

— Hizo lo mínimo.

—Era… Hoy, cuando terminé de ayudar con el almuerzo, lo encontré en mi habitación.

—¡Mierda! ¡Amigo, este tipo está obsesionado contigo!

“Me lo dijo”, respondo riendo, “pero yo también siento algo por él”.

—¿QUÉ DIJISTE, ELENA?

—¡No pude evitarlo, amiga! Es el hombre más guapo del mundo, y me mira de una manera que me tiemblan las piernas. Es increíble.

—Si ese es el caso… ¿Pero qué pasó después de que lo encontraste en la habitación?

—Quería saber si mi abuelo había discutido con el suyo.

—¿No le dijiste que tus abuelos eran amigos y todo eso?

—No, tenía miedo de que pensara que había venido porque su abuelo me lo había pedido, y te juro que no. Vine por trabajo y por mi madre, pero Cat…

- ¿Qué?

—Es guapo, fuerte, romántico, encantador, y cuando sonríe, me vuelve loca. Sin mencionar que sabe exactamente lo que hace.

Su silencio es la prueba de que logré dejarla aún más sorprendida.

"¿Qué quieres decir? ¿Qué quieres decir con 'Él sabe lo que hace'?", pregunta con curiosidad, olvidando por un momento el tema de nuestros abuelos.

—Nos besamos cuando vino aquí y me invitó a salir.

Caterine no me interrumpe, la curiosidad puede más que ella.

—Constantino me llevó a una cena romántica hoy, Cat. En un yate.

—¡Dios mío, esto parece sacado de una película! Anda, cuéntame todos los detalles. ¿Qué hiciste ahí?

—Contrató a dos violinistas, ¿puedes creerlo? —Se echa a reír al otro lado, incrédula. —Lo sé, yo también. ¡Me pareció una pasada! Y sirvieron una cena increíble. ¡Hablamos de todo! Incluso hablé de ti, por cierto.

-Es mejor así.

—Después me llevó a la terraza, bajo las estrellas, amigo.

— ¡Aa ...

"¡De verdad que lo parece!" Nos besamos de nuevo, y él tomó el teléfono y ordenó que nadie nos interrumpiera, ¡lo juro! Su voz era tan autoritaria y sexy", digo, recordando cómo me sentí cuando escuché la orden.

- Oh…

—Después de esto te ahorro los detalles, ya sabes que soy un poco tímida, pero le dije que era virgen y que quería que ella estuviera con él.

—¿ELENA? ¿Estás diciendo que te acostaste con el guapo multimillonario?

—Bueno, nos… nos exploramos el uno al otro, de todas las maneras posibles. —Intento ser vago y dar una respuesta al mismo tiempo. —Constantine me hace sentir cosas que nunca antes había sentido, Catherine.

¡No puedo creerlo! Acabas de llegar y perdiste la virginidad. Estoy tan feliz, Elena. Y espero que sigan... ¿qué les parece? Explorándose mutuamente —concluye con una carcajada.

—Déjame en paz, insoportable. De verdad siento que soy especial para él. Espero no equivocarme, amigo.

—¡Claro que no te equivocas! ¡Mira todo lo que ese hombre ha hecho por ti! Además, ¿qué idiota te dejaría escapar?

—Gracias, siempre me haces sentir mejor.

—De nada, ¡por eso estoy aquí!

—Ahora me voy a dormir porque mañana me levanto muy temprano, pero quedemos en vernos y luego te cuento todo con más detalle.

—¡Vamos! ¡Vivo por los detalles, respiro por ellos!

Sonrío y termino la llamada despidiéndome. Constantine tiene razón, es maravilloso tener a alguien a quien contarle historias y alguien que siempre nos anima.


Capítulo 8

Elena Lazos

Eulalia, la cocinera de la villa, se encarga de asignarnos las tareas de cocina. Le encarga a Cassandra que se encargue de los platos, mientras que ella se encarga personalmente de los zumos y el café que el señor Petrakis insiste en tomar muy pronto. Hera y yo nos encargamos de poner la mesa y estar disponibles en el exterior, donde la señora Selene ha solicitado que se sirva el desayuno.

La familia de Constantino es realmente especial, como él mismo dijo. Entiendo que haya cierta animosidad entre él y su madrastra, porque son tan diferentes. Él es amable y saluda a todos, igual que su abuelo, excepto cuando intenta comprar una novia para su nieto, mientras que la señora Selene deambula por la villa con la nariz en alto y nunca nos mira, ni siquiera a Alma, la ama de llaves.

Ha pasado una semana desde que llegué y he notado que incluso cuando se queja o discute, levanta la barbilla y mira fijamente. Nada, como si no valiéramos ni una mirada. Eran poco más de las siete de la mañana cuando entró en la cocina, con sus tacones resonando en el suelo de piedra y unas gafas de sol cubriéndole casi toda la cara. Sin quitárselas, simplemente nos informó:

—Quiero que el desayuno se sirva en la mesa del patio.

Y se fue sin esperar respuesta. No es que nadie hubiera cuestionado su orden directa, ¡pero no estaba de más desearles buenos días!

Después de empujar un carrito lleno de fruta fresca (higos, melocotones jugosos, albaricoques, fresas, queso y una gran porción de loukoumades), espero a que llegue Hera con el otro carrito.

Este segundo plato está repleto de miel, yogur, mermeladas, pepinos picados, tomates y aceitunas. Empiezo a colocar los cuencos en la mesa, disponiendo también la vajilla para cinco personas, y Hera vuelve a la cocina a poner las bebidas en el carrito.

Al contemplar el paisaje desde arriba, parece más que comprensible que la Sra. Petrakis quisiera empezar el día con esta vista. La larga mesa está situada bajo una pérgola. Las enredaderas que trepan alrededor y por encima proporcionan sombra, pero permiten que los caprichosos rayos de sol se filtren entre las hojas. Desde una de las sillas de madera, se puede ver buena parte de la isla. Las casas

blancas de abajo, con sus tejados azules, las escaleras que se adentran cada vez más en el mar y el agua que rodea toda Mykonos.

A mi madre le encantaría relajarse en un lugar así, y yo desayunaría aquí todos los días si viviera en la villa. O sea, vivo aquí, pero no como miembro de la familia, así que tengo que... Me conformo con nuestra mesa en un rincón de la cocina. Al menos la compañía es agradable...

Concentrada en mi trabajo y perdida en mis pensamientos, no noto que se acerca el señor Alexander, y sólo me doy cuenta de su presencia cuando habla.

— Kaliméra. — Su voz me hace saltar, pero por suerte no dejo caer nada.

— ¡Oh! — Me vuelvo para mirarlo y me apresuro a devolverle el saludo. — Buenos días, señor.

—Disculpe que interrumpa su trabajo —dice con una sonrisa amable—. Tenía hambre y vine a ver si el desayuno estaba listo.

—Está listo, sí señor. Puede sentarse, ya estamos sirviendo las bebidas —explico, viendo a Hera regresar con el carro justo en ese momento.

—No hace falta. Me sentaré y esperaré a los demás, gracias.

Asiento y ordeno un par de cubiertos que, sorprendido por su llegada, había dejado torcidos. Me aparto un poco de la mesa y espero a que Hera se una a nosotros. Viene a mi lado y esperamos en silencio.

Alexander juega con su teléfono, sonriendo a la pantalla, y yo intento discernir algún parecido entre él y su hermano. Sé que comparten el mismo padre, pero físicamente no se parecen mucho. Como si hubiera captado mi análisis, de repente levanta la cara y sonríe, pillándome con las manos en la masa.

"No creo que nos hayan presentado", dice, sorprendiéndome. "Conozco a casi todos los empleados". de la villa, aunque oficialmente no vivo aquí, pero no me acuerdo de ti.

—Yo... —Le lancé una mirada suplicante a Hera, pero la maldita criatura bajó la cabeza y nos ignoró—. Empecé a trabajar aquí hace apenas unos días.

Su sonrisa permanece, pero es su mirada lo que me inquieta. No creo que sepa nada de Constantine, y yo no tengo forma de saberlo, ¿verdad? A menos que haya oído la conversación sobre nosotros, sobre la futura novia que se escapó.

Además, después de cenar en el yate, apenas nos vimos en la villa. Insistió en buscarme y nos besamos un par de veces, pero no pasó de ahí. Constantine está ocupado con el trabajo, pero no puedo evitar pensar que me ignora.

—Soy Alexander Petrakis. ¿Cómo te llamas?

Sonrío, intentando corresponderle con la cortesía con la que me habla. No es costumbre que los Petrakis se dirijan a nosotros, y el hecho de que se moleste en aprenderse nuestros nombres demuestra que no puede ser tan malo. Quizás el problema entre Constantine y él sea en realidad culpa de la señora Petrakis, después de todo.

—Mi nombre es Elena, señor.

—Elena… ¿Sabías que ese era el nombre de mi abuela? —pregunta, levantando una ceja cobriza.

—No, señor. —Miento.

No tendría sentido que yo le admitiera que lo sé, y él no puede imaginar que llevo este nombre precisamente por su abuela.

"Sufrimos mucho al perderla. Era una mujer maravillosa", dice, con el rostro repentinamente ensombrecido por la tristeza. "Dicen que era hermosa; quizá la belleza viene con su nombre. ¿Será que de joven era tan hermosa como tú, Elena?", pregunta, guiñándole un ojo.

Su sugerencia me avergüenza y pierdo la capacidad de responder. No sé qué decir, y para colmo, Constantine aparece de repente, de la nada. Aparto la mirada y veo su rostro de pura decepción. Es guapo, está impecablemente vestido y rebosa esa sensualidad que lo caracteriza, pero su mirada es fría y llena de ira.

—¿Qué está pasando aquí?

Alexander se da vuelta, al notar la llegada de su hermano, y se encoge de hombros, antes de volver a la mesa.

—Estaba hablando con mi amiga Elena. ¿Ya la conociste? Empezó a trabajar aquí hace poco.

Constantino me mira con una mirada posesiva, y lo veo apretar los puños. Sé que Hera también está boquiabierta ante la escena que está armando, y es imposible no percibir su irritación por algo tan inocente.

—Conozco a Elena —dice, entrecerrando los ojos, antes de apartar una silla para sentarse—. Pero no sabía que te llevaras tan bien con los empleados de la villa —añade, insinuando la arrogancia del otro.

—No lo sabías, ¿verdad? Supongo que no sabes mucho de mí. —Alexander toma una fresa de la bandeja, imperturbable ante el tono enojado de su hermano.

Respiro aliviado al ver acercarse al Sr. Andreas, acompañado de su hijo y su nuera. Imagino que, con el patriarca presente, al menos los hermanos disimulan su animosidad.

— Kaliméra, queridos míos —el señor Andreas se dirige a la cabecera de la mesa y se sienta inmediatamente después.

El padre de Constantino, Jasón, se sienta a la derecha de su padre, y su esposa se sienta frente a él, a la izquierda de su suegro.

—¡Qué tiempo tan agradable! ¿No te parece, Selene? —pregunta el señor Jason, volviéndose hacia su esposa.

Selene mira a su alrededor y asiente.

—Sí, es maravilloso que nuestra familia esté toda reunida aquí.

—No somos todos —responde Constantino—. Tengo una hermana.

—¡Claro que sí, querida! ¿Crees que me olvidaría de la dulce Steph? Pero quería decir que al menos la mayoría estamos aquí.

—Es cierto. Podrías llamar a tu hermana, Constantine —sugiere su padre—. Quién sabe, quizá puedas convencerla de que venga a pasar el fin de semana en la villa.

Discretamente lo veo asentir, pero no parece muy dispuesto a acceder a la petición.

—Hermosa Elena, ¿podrías traerme un poco de jugo? —pregunta Alexander levantando su vaso en el aire.

Rápidamente agarro la jarra y me acerco a él, sirviéndole bajo la atenta mirada de Constantino. Parece aún más enojado, aunque no hay motivo. Y aunque su actitud no tiene sentido, me halaga.

Tuvimos una noche inolvidable, y fue más que especial, pero su distanciamiento durante la semana me hizo preguntarme si lo sucedido quedaría en el pasado. Di vueltas en la cama, pensando que tal vez, para él, solo había sido una aventura casual, pero ahora, viéndolo tan celoso, espero significar algo más.

Los Petrakis siguen conversando de forma alegre y cordial, con excepción de Constantino, que permanece silencioso y hosco todo el tiempo.

Hera y yo nos movemos como fantasmas, sin decir palabra, asegurándonos de que sus vasos estén llenos y la mesa esté servida. Unos veinte minutos después, Constantine se levanta y tira su servilleta sobre la mesa.

- Permiso.

"¿Ya te vas?", pregunta Selene, mirándolo a él y luego a su esposo. "Pensé que aprovecharíamos este momento para hablar de eso".

Constantino la mira con el ceño fruncido, esperando que ella le explique.

—El compromiso —termina su padre, y sus palabras me revuelven el estómago—. Usaste una artimaña para deshacerte de Alexia ese día, pero esto no puede terminar así.

“Él ya ha aceptado que este matrimonio nunca se realizará”, dice ella, sin dudarlo.

—¡Constantino! —Su padre también se levanta—. Creí que entendías que esto no se discute. Debes casarte y conservar tu posición.

—Jason, basta —interviene el señor Andreas— ¿podemos tomar nuestro café en paz, sin que todo se convierta en una guerra?

—¡Tú mejor que nadie sabes que esto es necesario!

—Pero confío en que Constantino sea capaz de elegir por sí mismo.

Jason suelta una risa sarcástica, y Hera y yo intercambiamos una mirada, sintiendo que el aire se vuelve más pesado.

—¿En serio? ¡No quiere ni oír hablar de compromisos, padre! ¿Dónde encontrará una mujer seria que le haga pensar en cambiar sus hábitos?

—Quizás ya lo he encontrado —me interrumpe, dirigiéndome una mirada que no es nada discreta.

Si los demás se dan cuenta, no lo demuestran, pero a mí me gustaría cavar un hoyo en el suelo y meter la cabeza dentro.

"¿En serio? ¿Y cuándo conoceré a esta formidable mujer?" El tono de su padre no es para nada sincero; al contrario, el hombre destila ira.

—¿Quién sabe? Pronto, creo.

“¡Fantástico!” exclama el señor Andreas entre algunos aplausos.

“Elena, ¿puedo hablar contigo un minuto?”, pregunta Constantino, delante de toda su familia.

Sus miradas se dirigen a mí, y puedo leer diferentes reacciones en sus rostros: curiosidad, incredulidad, sorpresa, enojo y aprobación; esta última, por supuesto, del Sr. Andreas.

—Yo... —Intento encontrar una respuesta adecuada, pero no se me dan bien las situaciones de confrontación—. Tengo que terminar de servir el desayuno, señor Petrakis.

—¡Puedes irte, Elena! —le grita su abuelo—. Seguro que ya ni les apetece comer.

Su tono está lleno de diversión, no le importa en lo más mínimo la decepción de los demás.

— Además, Hera podrá cuidarse sola aquí, ¿no? — Esta vez se gira hacia mi colega, quien asiente sin dudarlo.

—Está bien entonces —respondo, con la cabeza gacha.

Constantino apenas espera mi respuesta y se dirige a la casa. Lo sigo de cerca, caminando lo más rápido que puedo para seguirle el ritmo.

Entramos a la sala y él continúa en silencio. Doblamos hacia el pasillo y me doy cuenta de que nos dirigimos a su habitación. Murmuro en voz baja lo inapropiado que es esto, pero ignora mis quejas. Abre la puerta, entra en la espaciosa habitación y espera a que entre. Solo entonces gira la llave en la cerradura.

No hemos hablado en al menos dos días, y a pesar de todo lo que hemos hecho y hablado, no sé qué decir ahora que estamos solos de nuevo. Pero él parece saberlo.

—No me gusta la idea de que otros hombres se acerquen a ti, Elena.

"¿No te gusta?", pregunto, tratando de entender qué significa realmente.

¿De verdad le gusto?

—No, sobre todo si ese alguien es Alexander. Ya te dije que no es buena persona.

Trago saliva. Me siento un poco incómoda con la posesividad que demuestra esta actitud, pero intento verlo desde su perspectiva y de forma positiva.

—Lo entiendo, Constantine. Me dijiste que no te llevas bien con tu hermano, pero eso no significa que sea mala persona —le explico con paciencia—. Alexander solo estaba siendo amable.

Constantino aprieta los labios y su expresión se suaviza un poco.

—Quizás estoy siendo tonta. Es solo que…

—Lo eres —coincido, cruzando los brazos—. Casi me has ignorado todos estos días y ahora esto.

— He tenido algunos problemas en Chronos, trabajar en remoto es más complicado — explica, en un tono más tranquilo. — Mi amigo Isac también está teniendo algunas dificultades en la empresa y Intenté ayudarlo. Pero pensaba en esa noche todo el tiempo, deseando repetirla.

Levanto una ceja, buscando sinceridad en sus ojos.

—Es cierto. Pero acabo de irme y ese buitre empezó a coquetear contigo —añade, haciendo una mueca.

"¿Qué fue eso?" Me acerco un poco más a él, porque no puedo evitarlo. Me atrae, cautiva de su magnetismo. "¿Estás celoso?", bromeo, esbozando una sonrisa.

Constantino se frota la cara, consternado consigo mismo, y sacude la cabeza.

—Obviamente no son celos, soy adulta.

—Claro que sí. Pero es normal sentirse un poco inseguro, ya que no hay nada definitivo entre nosotros.

Su mirada se vuelve felina y, sin previo aviso, me rodea con sus brazos, atrayéndome hacia su pecho.

—Es más que seguro, Elena. Eres mía.

No me atrevería a negarlo, no cuando su próximo movimiento es colocar sus labios sobre los míos, demostrando una vez más lo verdaderamente suya que soy.

Irremediablemente tuyo.



Salgo de la villa después de comer y siento el peso de mis pensamientos mientras camino hacia el hospital. Poco después de emprender el viaje, un coche negro de lujo se detiene a mi lado y baja la ventanilla, dejando ver a Alexander.

— ¿A dónde vas, hermosa Elena?

Su tono es educado, pero no quiero arriesgarme a tener otra discusión con Constantino por su culpa.

— Voy a visitar a mi madre, ¡nos vemos luego!

Le hago un gesto con la mano y sigo caminando, pero él me sigue en el coche, sin acelerar.

"¿Quieres que te lleve? Supongo que no está muy cerca, ya que la villa está aislada. Podrías llegar tarde y llegar sudando", añade, haciendo una mueca para intentar hacerme reír.

Finjo no captar la intención y niego con la cabeza.

—Muchas gracias, pero prefiero caminar. Es bueno para quemar calorías… —Me invento.

—¿En serio? No es que necesites bajar de peso, Elena.

— Exactamente. ¡Mantengo mi peso porque camino todos los días!

Acelero el paso, pero él no se rinde.

—Es lo menos que puedo hacer, Elena. No es un favor, considerando que yo también me voy.

—Gracias, pero es mejor que no lo hagas —respondo, más serio esta vez, para ver si entiende.

Alexander sonríe y asiente. Mira fijamente la carretera y luego me mira a mí.

—Por Constantino —concluye.

No es una pregunta, es una afirmación, así que no me siento obligado a responder.

—Solo porque te acuestas con él no significa que no podamos ser amigos.

Sus palabras me paralizan. De repente me doy cuenta de que nunca hubo sinceridad en su comportamiento anterior; todo fue intencional, con la intención de provocar a su hermano. Ninguna persona educada diría eso, ni siquiera si me acostara con Constantine.

—Creo que significa mucho —respondo más secamente, habiendo comprendido su juego.

—Elena… ¡No te enfades! Está claro que mi hermano puede ser encantador cuando quiere, pero no puedes ser tan ingenua como para creer que tienes que rendirle cuentas. Sabes muy bien que Constantine jamás consideraría una relación contigo, ¿verdad?

Mi mirada fría dice todo lo que no puedo expresar con palabras.

—No me malinterpretes, eres hermosa, y seguro que eres un espectáculo en la cama, pero Constantino tiene responsabilidades relacionadas con la fortuna familiar. Su futura esposa debe cumplir ciertos requisitos...

¡Qué imbécil asqueroso! Le gritaría si no fuera por poner en peligro mi trabajo, y se lo diría a Constantine enseguida si no fuera por empeorar las cosas. Solo puedo ignorarlo y fingir que nada de lo que dice me afecta. Y, sin embargo, la duda que Alexander plantó empieza a germinar.

"¿Por qué no vienes conmigo? Sabes que soy el Petrakis más joven, sin responsabilidades familiares", dice, y parece reír. "Podemos hacer muchas cosas juntos. ¡Soy libre y sin ataduras!"

Me giro para mirarlo, cediendo a la ira, con los puños apretados, y con gusto le daría un puñetazo en la cara si pudiera.

¿Le divierte burlarse de mí, Sr. Alexander? Lo que pasa entre Constantine y yo no es asunto suyo, y mucho menos sus intenciones hacia mí. Entiendo que siempre tiende a asumir lo peor de la gente, pero quiero que me mantenga fuera de su radar, por favor. No tengo nada que ver con sus disputas familiares.

Mi respuesta parece satisfacerlo de alguna manera enfermiza, como si simplemente quisiera hacerme perder los estribos. Asiente y finalmente se marcha, dejándome sola.

Al llegar al hospital, ya estoy más tranquilo, pero aun así paso por el dispensador y bebo un vaso de agua. Al entrar en la habitación tranquila donde descansa mi madre, me siento a su lado, agarrándole la mano con fuerza. afecto, y busco consuelo en su presencia, incluso si no puede responderme.

Hoy tiene los ojos cerrados. El médico me explicó que, en su condición, algunas cosas siguen igual: pasa algunas horas dormido y otras despierto; su cuerpo gestiona estas funciones.

"¿Cómo estás hoy, mamá? ¿Sabes que te vas de aquí mañana?", pregunto en voz baja. "Te llevaremos a una clínica de lujo, llena de médicos famosos, que te atenderán y te traerán de vuelta".

Miro los monitores al lado de la cama y observo que su ritmo cardíaco es regular y todo parece estable.

"¿Quizás incluso encuentres novio allí, eh? ¡Ya era hora! ¿Será un doctor encantador, o tal vez otro paciente? Quién sabe, quizá sueñen el

uno con el otro mientras estén enfermos, y al despertar, se reconozcan y se entreguen al amor?" Sonrío para mis adentros ante mi idea estúpidamente romántica.

"Hablando de pasión, tengo que decirte algo. Conocí a alguien", le suelto, entrecerrando los ojos como si fuera a regañarme. Pero los abro rápidamente para continuar: "Pensé en no decírtelo, temiendo que te molestara, pero ahora he cambiado de opinión. Quizás te haga feliz, ¿verdad?"

Respiro hondo, intentando concentrarme. Es muy difícil hablar conmigo mismo, y por mucho que desearía que me escuchara, no puedo evitar sentirme ridículo por pensarlo.

—¿Te volverás loca si te digo que es Constantine Petrakis? No te preocupes, es increíble, mamá. ¿Conoces al Sr. Andreas, ya sabes que su familia tiene mucho dinero, pero eso es lo de menos. Es un hombre inteligente, encantador y amable. ¡Y es increíblemente guapo! ¡Y puede ser tan romántico!

Sonrío, imaginando su cara si pudiera responderme. Diría que estoy perdidamente enamorada.

"Lo sé, soy una tonta, pero estamos saliendo, y creo que me enamoré de él así, en un abrir y cerrar de ojos", digo, chasqueando los dedos. "Pero no sé si es cierto. Es el sobrino de mi jefe, y hay cosas que no le he contado. Creo que la situación es bastante complicada".

Las lágrimas me resbalan por la cara al compartir con ella mis miedos e incertidumbres; anhelo guía, un consejo sabio o incluso una reprimenda. Pero solo tengo su silencio, e incluso eso me consuela.

Después de despedirme de mi madre, prometiéndole volver pronto, salgo del hospital y, para mi sorpresa, encuentro a Constantino esperándome una vez más.

—Te he estado esperando. ¿Podemos pasar un rato juntos?

Lo miro fijamente y mi corazón se acelera; ahora parece una costumbre en su presencia. Pero las crueles palabras de su hermano vuelven a mí, y es inevitable que me llenen de dudas e incertidumbre. Constantine dijo que soy suya, y así es como me siento de verdad. Pero ¿qué significa esto para él? ¿Una relación verdadera o solo una expresión de su posesividad?

—Está bien, pero tenemos que hablar.


Capítulo 9

Constantino Petrakis

Llevo a Elena a un pequeño café, pensando en un lugar donde podamos hablar en privado mientras disfrutamos de la impresionante vista. Presiento que la conversación que está a punto de desarrollarse volverá a girar en torno a mi actitud anterior, y la siento en una mesa al aire libre, con el suave sonido de las olas como banda sonora.

"Elena, quiero disculparme por mi reacción ante Alexander", le digo, anticipándome a ella. "Tenías razón, estaba celosa y no fue justo contigo. Prometo no volver a comportarme así".

Elena me mira seriamente, sus ojos azules buscando los míos.

—Te dije que estaba bien, Constantino. Pero tienes que entender que no me interesa Alexander —dice sin dudarlo. —Tu actitud posesiva me incomodó, sí, pero no por eso te pedí que habláramos.

— ¿No? ¿Y de qué se trata?

—Es que... —Parece nerviosa, girando las manos sin parar—. No sé si estoy siendo una tontería al mencionar esto.

En ese momento noto que la camarera del café se acerca a nosotros.

“¿Ya elegiste lo que quieres comer?”, pregunto señalando el menú.

“Tomaré el mismo que tomes tú…” dice, mirando por encima del hombro, notando también a la mujer.

— ¡Buenas tardes! ¿Quiere hacer un pedido?

—Sí, nos gustaría dos helados de albaricoque, acompañados de estas galletas de chocolate —digo señalando la foto del menú.

Espero a que tome el pedido y se aleje, luego retomo el tema.

—Quiero que sepas que puedes hablar conmigo de cualquier cosa, no tienes que fingir ni guardarte tus pensamientos.

Elena asiente y respira profundamente, todavía mirando sólo sus manos.

—Es que… no sé adónde vamos. Sé que solo hemos estado juntos una vez, pero tu forma de actuar y hablarme me hace ver lo que pasa entre nosotros como algo… Importante. Tengo miedo de engañarme y crear una novela que sólo exista en mi cabeza.

Sus palabras me sorprenden, porque desde mi punto de vista he sido bastante claro en mis intenciones.

— Pero te dije que eres mía.

—Lo dijiste... —Levanta la cara, con una leve sonrisa en los labios—. ¿Pero qué significa eso? ¿Que eres posesivo y celoso, o que estamos construyendo una relación? Y antes de que digas que soy una tonta y que solo llevamos poco tiempo conociéndonos, quiero que sepas que te entiendo, pero no me siento así, como si fuera algo casual.

—Y no deberías. Elena, siento una fuerte conexión entre nosotros, algo que nunca antes había sentido. No sé qué pasará, pero estoy tan comprometido como tú y quiero que este sea el comienzo de una verdadera relación.

La observo mientras se acomoda un mechón de su cabello rubio detrás de la oreja y contempla el mar, pensativa. Me fascina su belleza casi etérea. Su larga melena rubia brilla a la luz del sol; sus ojos azules reflejan el mar que se extiende ante nosotros. Su boca es exquisita, invitándome a un beso que ya no puedo resistir.

Me acerco lentamente y Elena comprende mi intención. Camina el resto del camino y nuestros labios se encuentran en un beso lleno de promesas. Sé que, pase lo que pase, solo sé que estoy dispuesto a descubrirlo.



Elena Lazos

A Hera y a mí nos han asignado servir la cena de los Petrakis. El Sr. Andreas, Jason, Selene, Alexander y, por supuesto, Constantine están sentados a la mesa. Hera y yo nos movemos de un lado a otro, manteniendo sus vasos llenos y haciendo lo que nos piden.

Aun así, la emoción entre Constantine y yo persiste. Hemos hablado y aclarado las cosas, pero la tensión sexual es más fuerte que nunca, dado que no hemos podido volver a vernos para saciar nuestro deseo, desde que cedimos.

Intercambiamos miradas furtivas, llenas de promesas silenciosas. El comedor está impecablemente decorado, y debería estar concentrada en hacer bien mi trabajo, pero apenas puedo mantener la atención, porque sentir sus ojos siguiendo cada uno de mis movimientos me distrae por completo.

—¿Puedes servirme un poco más de vino, por favor? —pregunta, levantando su copa.

Camino alrededor de la mesa para acercarme a él, y la señora Selene lo mira, con lo que debería ser la expresión de una persona preocupada, pero el botox no ayuda. Te permite fruncir el ceño. No te juzgo, yo haría lo mismo si tuviera dinero.

—Constantine, dijiste que llamarías a tu hermana, pero Steph aún no ha venido a visitarnos. Y no creo que debas quedarte mucho tiempo en Mykonos.

Como todas las miradas están puestas en nosotros, intento disimular esa declaración. No me había dicho cuándo se iba, y ahora no se me ocurre nada más.

“Creo que me quedaré aquí una o dos semanas más”, dice, y levanta su copa un poco más.

Sólo entonces me doy cuenta de que me he quedado quieto como una estatua, sin verter el vino, como debía haber hecho.

Mientras le sirvo, siento su mano deslizarse sutilmente bajo mi vestido, y casi me da tanto miedo que derramo todo el contenido de la botella. Sus dedos se deslizan para tocarme entre las piernas, y siento cuánto me excita este gesto, el placer de lo prohibido. Quisiera abrirme

un poco más de piernas y dejar que me toque, pero no lo hago. La racionalidad me domina, pero antes de apartarme, siento su mano deslizarse rápidamente en el bolsillo de mi uniforme, dejando un papel dentro.

Lo miro rápidamente, pero su rostro permanece impasible. Alexander, en cambio, parece observarnos, con una sonrisa pícara. No habrá visto nada desde donde está, pero probablemente pueda deducir algo de mi vacilación al realizar una tarea tan sencilla.

Su opinión ya no me importa; tengo cosas mucho más importantes que considerar.

—¿Eso significa que va a venir? —pregunta ahora el señor Andreas.

Pero ya no puedo prestar atención a la conversación. Me invade la curiosidad por saber qué hay escrito en la nota, y si no fuera tan arriesgado, lo haría ahora mismo, aquí mismo.

Pasa el tiempo, e inmediatamente después de servir el postre, los Petrakis empiezan a retirarse; apenas puedo contener la curiosidad y la emoción. Constantino parece esperar a que todos se vayan, solo entonces se levanta y sale del comedor.

Donna Alma me despide inmediatamente después de recoger y ordenar la mesa. Todavía en el pasillo que conduce a mi habitación, desdoblo rápidamente el papel y encuentro su letra, en pocas palabras: Nos vemos en la biblioteca cuando tengas tiempo.

Sonriendo y sin pensarlo dos veces, hago lo que me pide. Examino los pasillos, comprobando si hay alguien cerca, y cuando veo que no hay moros en la costa, me apresuro hacia nuestro punto de encuentro. No puedo arriesgarme a que me descubran.

Cuando cierro la puerta detrás de mí, noto que aún no ha llegado y hago una rápida búsqueda en toda la habitación, sólo para asegurarme de que no hay nadie más allí.

Deambulo entre las estanterías altas, hojeando los miles de títulos expuestos, y, de puntillas, saco un volumen desgastado de uno de los estantes más altos. Es una novela, y por la sinopsis, me doy cuenta de inmediato de que es justo el género que me gusta.

Saliendo del estrecho pasillo, regreso a los sillones y me siento en uno. Como la última vez que estuvimos aquí, enciendo solo la

lámpara de al lado, para que la luz no sea demasiado fuerte y nos delate.

Estoy rebosante de ilusión por la noche, y mi corazón late con fuerza mientras espero a Constantino. Para distraerme, hojeo las primeras páginas del libro y termino leyendo el prefacio. Sigo esperando, así que leo también el prólogo, y para cuando me doy cuenta, ya estoy devorando los capítulos.

Inmersa en la trama de la novela, me transporto a un mundo de pasión y erotismo, y es inevitable imaginarme como la protagonista, abandonada en los brazos de su amado. Cierro los ojos un instante, dejo volar mi imaginación y pienso en Constantino.

Antes de que pueda continuar, oigo que se abre la puerta y me incorporo en la silla sobresaltada. Constantine sonríe, gira la llave en la cerradura que tiene detrás y trae una cesta con una botella de vino, copas y algo para picar.

Siento que mi estómago ruge en señal de aprobación, y solo entonces recuerdo que no he cenado. Debería haberlo hecho al final de mi turno, pero con las prisas por verlo, ni siquiera lo pensé. Y por mucho que tenga ganas de besarlo en la boca y descubrir más sobre nuestra intimidad, me siento aliviada por la cantidad de comida que hay en la cesta.

—¿Esperaste mucho? Tenía que asegurarme de que todos se hubieran dormido de verdad y luego fui a la cocina a buscar algo.

Se acerca a mí, su imponente cuerpo irradia masculinidad, y lo observo sentarse a mi lado.

—No mucho —respondo sin apartar la vista de él—, pero estaba deseando que llegaras pronto.

“¿Has comido?”, pregunta descorchando la botella con un fuerte ruido.

Niego con la cabeza y espero a que sirva el vino en las dos copas antes de volver a hablar.

—Me pediste que me reuniera contigo aquí, así que vine inmediatamente tan pronto como me liberaron.

Constantino me mira con reproche. Mete un trozo de queso en su palillo y me lo lleva a la boca. Hasta que no me ve comer, no dice nada.

—No puedes hacer esto, Elena. Sé que primero tienes que atender a la familia por el trabajo, pero tienes que comer.

—No me pareció importante —respondo con tono divertido.

Pero su mirada no expresa diversión, es mucho más intensa y me provoca un escalofrío en la espalda.

—¿No? Contéstame una cosa, Elena. Si no estás bien alimentada, ¿cómo puedo follarte?

—¡Constantino! —jadeo ante la franqueza de sus palabras, y él aprovecha que tengo los labios abiertos para meterme una aceituna en la boca.

—Sin discusiones, Afrodita. Primero tienes que comer y luego venir a visitarme.

Bebe un sorbo de vino mientras espera a que coma un poco más. Tengo mucha hambre, y termino haciendo lo que me pide, apresurándome para llegar a la siguiente parte de la reunión.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —No esperes mi consentimiento. —Dijiste que tu madre está enferma y que la trasladarán a una clínica, pero no has explicado exactamente qué pasó. Sé que es un tema delicado, pero quiero saber más sobre ti y tu vida.

Termino de masticar una loncha de queso, pensando en esto. No puedo ocultarle nada si quiero que tengamos un futuro. Tengo que encontrar la manera de contarle sobre mi abuelo y el suyo, sobre la propuesta que no acepté y todo lo demás. Por ahora, hablar de mi madre no es un problema.

—Sufrió un derrame cerebral seguido de otro, estuvo en coma por un corto tiempo, pero cuando recuperó algunos de sus sentidos, ya no estaba consciente.

—¿Qué? Es…

—Está viva, pero en estado vegetativo. El médico dijo que podría recuperarse. Es una posibilidad remota, pero posible.

Él asiente, apretando sus labios en una fina línea.

— Si hay una posibilidad, tienes que creer que volverá.

"Lo creo. Es la única familia que me queda. Está claro que algún día quiero formar mi propia familia, pero quiero hacerlo con mi madre a mi lado", explico, revelando muchos de mis miedos y deseos en pocas frases.

Constantino se queda en silencio por un momento y parece preocupado por algo en mis palabras, pero no puedo entender qué es lo que le parece mal.

—¿Y tú? —pregunto con curiosidad—. ¿No quieres tener una familia algún día?

Sus ojos se encuentran con los míos y están llenos de emoción.

"Cuando tenía tu edad, mis amigos, los que ya te he contado, vinieron a pasar unos días aquí", dice, y aunque me sorprende, no lo interrumpo porque entiendo que va en serio. "A Isaac siempre le han fascinado las motos, y como habrás notado, me encantan los barcos, cualquier cosa que se deslice sobre el agua".

Asiento, sin abrir la boca para responder.

—Decidí que sería una excelente manera de mostrar más de la región si hacíamos un tour en moto acuática, y como era de esperar, les encantó la idea. Pero las cosas no salieron como lo habíamos planeado.

-¿En qué sentido?

“Estábamos usando la playa privada, pero quería llevarlos más lejos.” Niega con la cabeza, como si el solo recuerdo le molestara. “Es un recuerdo que he estado reviviendo desde entonces. ¿Y si no hubiera cogido las motos acuáticas ese día? ¿O si no hubiera...?” ¿Saliste frente a la villa? ¿O qué tal si fui a su casa, en lugar de al revés?

—No lo entiendo muy bien…

Salí en la moto acuática y los tres iban justo detrás de mí, pero al girar cerca de esa roca que había más adelante, a la que llaman la Piedra de Poseidón, vi a una chica nadando y me dirigí directo hacia ella. Me moví y choqué contra la roca; fue un impacto tremendo. Constantine me mira y dejo de respirar, esperando el final de la historia. Desperté en el hospital. Mis amigos me sacaron del agua y me trajeron allí. Me costó un poco recuperarme. Me rompí la pierna, pero eso fue lo de menos. El impacto me rompió los testículos, dejándome estéril.

Cielos…

Parpadeé un par de veces, incluso me quité las gafas y me las volví a poner, buscando algo que decir ante semejante confesión. No me lo esperaba; era solo una pregunta sin pretensiones.

—Así que sí. Puedo formar una familia algún día, siempre que ame a alguien y ella quiera recuperarla, pero no será de la manera tradicional, por desgracia.

Asiento, escuchando cómo termina, y sigo asintiendo, mientras absorbo lo real que es todo esto.

"Tienes razón", concluyo. "No será a la manera tradicional, pero eso no te detiene. Eres un Petrakis, después de todo. Ni siquiera el cielo es el límite para ti".

—Exactamente. —Sonríe.

Siento una punzada de tristeza en el pecho al darme cuenta de que esta realidad le duele aunque no quiera admitirlo, pero decía la verdad al asegurarle que esto no sería un obstáculo para él. Constantine no es un hombre que se doblegue a los caprichos del destino.

Nuestras miradas se encuentran de nuevo, y en las suyas hay incertidumbre sobre lo que nos depara el futuro, pero también pasión, y una tensión que dura demasiado tiempo, tangible casi hasta el punto de ser tocada.



Constantino Petrakis

No imaginé que contarle a Elena sobre mi condición me traería una liberación tan profunda. Temía que la alejara, pero no podía ignorar algo tan importante: si quería o no seguir conmigo tenía que ser su decisión, con todas las cartas sobre la mesa.

Ahora, liberado del peso de esa omisión, dejo que el deseo corra salvajemente por mi cuerpo. Solo mirarla, imaginando los escenarios más sórdidos, me eriza.

Avanzo hacia Elena, apoyándome en los brazos de la silla en la que ella todavía está sentada. Mi cuerpo está presa de la furia. y el deseo de lanzarme dentro de ella; los días pasados sin tocarnos fueron combustible para volvernos locos.

Sus labios se encuentran con los míos en un beso impaciente y hambriento. Mis manos recorren las curvas de su cuerpo, desesperadas por perderse en cada centímetro de ella. Quiero arrancarle los botones del uniforme, pero Elena se me adelanta y los desabrocha uno a uno, rompiendo el beso para hacerlo.

“Si me arruinas el uniforme, quiero ver qué excusa te pongo”, dice, regañándome.

—Basta con decir que el amo estaba loco por follarte el coño, y el uniforme estorbaba.

Espero que me regañe como siempre cuando me oye hablar así, pero hay un brillo travieso en sus ojos. Elena termina de desabrocharse los botones, se quita las mangas de los hombros y, levantando las caderas del asiento, se quita la ropa, dejándola caer al suelo a sus pies.

Sin esperar a que lo hiciera, se desabrocha el sujetador, dejando sus pechos redondos a mi mirada hambrienta. Los ahueco con las manos, sintiendo su suave piel, y con el pulgar, toco sus duros pezones, haciéndolos sobresalir deliciosamente para mí.

Arrodillado entre sus piernas, no puedo resistir la tentación de tomar una de ellas en mi boca. La chupo con fuerza, provocándole un gemido. Su cuerpo exuda un aroma embriagador, y mis labios hambrientos se deslizan lentamente sobre su piel, succionando un seno y luego el otro, saboreando y lamiendo, disfrutando de esos deliciosos pechos.

La chupo y beso cada centímetro, subiendo hasta su cuello, pasando por su escote, su abdomen, y perdiéndome en sus muslos. Elena gime mi nombre, levantando las caderas, suplicando con gestos lo que no se atreve a pedir con palabras.

En una placentera tortura, paso mis dedos por el interior de sus firmes muslos, besando y saboreando su sabor, acercándome y tentándome a su sexo ardiente. Beso sus bragas, jugueteando con ellas hasta que siento su lencería empapada.

Se lo quito de las piernas y corre la misma suerte que el resto de su ropa. Se me escapa un gruñido ronco de excitación mientras miro su coño suave y húmedo.

— Joder, Elena… Estás muy mojada. — Paso un dedo por todo su cuerpo, ensuciándome con su excitación, y luego lamo su sabor, mientras toco mi polla por encima de mis jeans.

— Constantino…

—Te voy a follar ahora mismo, guarrilla. Pero necesito lamerte ese chocho, se me hace agua la boca viéndote tan mojada.

— Huuum… — Ella levanta las caderas de nuevo, implorando.

Muerdo su coño rosado y ella suelta un grito; tomo su clítoris entre mis dientes, completamente loco.

—Jodido coño.

Mi lengua viaja por todo su cuerpo, saboreando cada gota de su calor, y separándome por un momento le doy una palmada en su carne hinchada.

—Fui el primero en comerte ese chochito, Elena, y seré el último. Tienes que correrte solo para mí, y seré el único que te lamará. —La miro a los ojos azules tras sus gafas, y lo que veo en ellos me quita la cordura. Por mucho que se sonroje y se calle, a Elena le encanta sentirme, y puedo ver cuánto deseo que cumpla todo lo que le prometo —. Quiero que me frotes ese chochito en la cara; quiero verte correrte mientras te mueves sobre mi lengua, bebiendo cada gota que cae de ti.

—Constantino, si no dejas de decir ciertas cosas…

Le chupo el clítoris con fuerza, y no puede terminar la frase. Al mismo tiempo, hago círculos con la punta de la lengua, y ella grita de nuevo. Ojalá todo el pueblo la oiga llamarme.

—Esta noche te correrás en mi polla, Afrodita.

Me bajo rápidamente los pantalones. Sostengo mi polla dura en una mano y, con un dedo, acaricio la punta, dándome cuenta de lo cerca que estoy de correrme en mis pantalones como una adolescente pervertida.

—Abre bien las piernas para mí.

Elena apoya los pies a ambos lados de la silla y yo acerco mi polla a su resbaladiza entrada. Me deslizo dentro de ella y ella echa la cabeza hacia atrás mientras la lleno centímetro a centímetro. Una vez que estoy completamente dentro, hasta la empuñadura, la agarro del cuello y la obligo a mirarme.

—¿Aún te duele?

Ella niega con la cabeza, lamiéndose el labio inferior, burlándose de mí sin darse cuenta.

—¿Y si hiciera esto? La saco casi por completo y la follo con fuerza, entrando hasta el fondo.

—No duele, hazlo otra vez…

—¿Quieres más? —Empujo fuerte y ella gime, instándome a continuar.

Aumento el ritmo de mis embestidas, olvidando cualquier pensamiento de bajar el ritmo. Embisto en su estrecha entrada repetidamente, entrando y saliendo cada vez más rápido. El sonido de mis bolas golpeando su coño es como música para mis oídos.

Ella me abraza fuerte y la follo tan fuerte que el sudor empieza a correr por mi espalda hasta el valle entre sus pechos.

—Levanta tus pechos para mí, hermosa.

Elena obedece sin protestar, levantándolos casi hasta mi cara. Le chupo los pezones duros mientras sigo embistiendo. Elena se retuerce debajo de mí, y los sonidos que salen de su boca se vuelven más fuertes e incoherentes.

Cuando su coño se aprieta y ella tiembla por todos lados, con los labios separados en el clímax, no puedo contenerlo más y me corro dentro de ella, llenando su coño con chorros calientes de mi semen.

Su respiración entrecortada se calma y sus ojos azules buscan los míos. Elena levanta las manos y me toca la cara, antes de sonreír.

—Fue incluso mejor que la primera vez.

Me inclino para besarla brevemente.

—Me vuelves loca, ¿sabes? La próxima vez quiero follarte por detrás, Elena.

Ella levanta sus cejas fruncidas y me mira con una curiosidad que será mi perdición.

—Y si me miras así, sucia, mientras sirves la comida, te daré una nalgada tan fuerte en el culo que te dejaré la marca de mis cinco dedos.

“No sé si me gusta”, responde frunciendo el ceño.

—Lo averiguaremos.



Constantino

La relación entre Elena y yo avanza cada día. Cambié mi fecha de regreso a Santorini para pasar más tiempo con ella, y aunque no se lo hemos dicho a mi familia, no he sido muy discreto.

Nos vemos a menudo, en secreto por la noche, pero también durante sus descansos por la tarde. Llevo casi un mes en Mykonos y me he ocupado de los asuntos urgentes de la empresa aquí en la ciudad, pero sé que no puedo quedarme mucho más tiempo. Mi tiempo aquí se acaba y necesito definir nuestra relación antes de que termine.

Elena sacó a su madre del hospital y la trasladó a una clínica privada; imagino que gasta todo su sueldo en esas instalaciones, pero se nota que está mucho más relajada y se propone visitarla al menos tres veces por semana.

Acababa de desayunar cuando oí la voz de mi abuelo pidiéndome que lo acompañara a la oficina. Si su expresión atenta me indica algo, puedo imaginar que el tema es serio. Sentí curiosidad al sentarme frente a él, pero no le pregunté, simplemente esperé, consciente de que esta conversación podría ser decisiva en muchos sentidos.

—Voy directo al grano, Constantino. ¿Qué te parece casarte con alguien que no sea Megalos?

Me sorprende su practicidad, y la idea resuena en mi mente, evocando imágenes de Elena. Su delicado rostro, sus brillantes ojos azules, invaden mis pensamientos. No soy tonto: sé que estoy enamorado de ella, y creo que el sentimiento es recíproco. La idea de casarme ya no me parece tan absurda como antes.

—Estoy dispuesta a considerar la posibilidad —digo, sopesando mis palabras—, siempre y cuando sea con quien yo quiera y nadie interfiera en mi decisión.

—No esperaba otra cosa. — Asiente.

—Sin embargo, sabes que no puedo tener hijos biológicos, por lo que no tengo forma de garantizar un heredero a Cronos—digo, sintiendo el peso de esa frase pesando sobre mis hombros.

—Un heredero no tiene por qué ser de tu sangre —se encoge de hombros—, siempre que sea tu hijo: también será mi nieto.

—No sé si los demás pensarán lo mismo.

"Y no me importan sus opiniones. Pero me gustaría saber: ¿tienes una novia en mente? ¿Tienes una prometida?", pregunta, reclinándose en su silla, dando rienda suelta a su curiosidad.

Sonrío al ver lo intrigado que está por el tema.

—Creo que puedo decir que sí.

—¿Y la conozco? ¿La amas? —insiste, encadenando una pregunta tras otra.

—¡Qué curioso, señor Andreas! —le reprendo, divertida—. Lo quiero, pero prefiero responder a la otra pregunta después.

—¡Así que la conozco! —dice dando un golpe en la mesa, haciéndome saltar de entusiasmo—. ¡Estoy deseando que me presenten oficialmente!

—De acuerdo, Pappou —sacudo la cabeza, riéndome de su reacción exagerada—. Hablaré con ella primero, pero luego te prometo que os presentaré.

Al salir de la oficina y volver a mi suite, me sorprende encontrarla allí. Elena está inclinada, absorta en la lectura de algunos de mis papeles esparcidos sobre la cama, y por su expresión seria, está completamente concentrada. Pero me oye y levanta la vista para mirarme; parece un poco confundida, y eso me hace preguntarme qué estará pensando.

—¿Qué son estos documentos, Constantino?

Me siento un poco incómodo al explicar la situación de mi amigo Isaac y los problemas que enfrenta con su empresa en Inglaterra. No porque no confíe en ti, sino porque estoy molesto conmigo mismo por no haber podido ayudarlo hasta ahora.

—Mi amigo Isaac. ¿Recuerdas que te hablé de él?

Ella asiente, sin dudarlo.

— D'Artagnan.

"Así es", confirmo. "Le dieron la dirección de la empresa porque su padre, el presidente, enfermó. Pero Isaac descubrió que alguien estaba desviando dinero. Sospechaba de una persona en concreto, pero no tenía pruebas y no podía calcular cuánto dinero faltaba. Intenté ayudarlo, pero mis conocimientos de matemáticas financieras no fueron suficientes".

Elena asiente, con los ojos brillantes. Si alguien la viera, pensaría que estaba contenta con la derrota de mi amiga, pero la verdad es que el desafío la emociona.

“Si me das algo de tiempo, puedo encontrar la figura que falta”, dice con seguridad.

-¿Está seguro?

Elena esboza una sonrisa.

- Absolutamente.

—No dudo de tu habilidad, Afrodita, pero mis amigos y yo hemos revisado estos documentos, al igual que algunos especialistas que contrató Isaac, y no hemos encontrado ningún rastro del dinero.

"Parece que duda de mí", observa, pero no se ofende; al contrario, su voz suena divertida. "Ya verá, señor Constantine Petrakis. Puede que usted sea el dios griego del sexo, pero yo soy la diosa de los números", añade, levantándose las gafas y ajustándoselas a su rostro perfecto.

"¿Soy el dios del sexo?", sonrío complacido. "Para que quede claro, sabes que, mitológicamente, no hay ningún Constantino en el Olimpo, ¿verdad?"

Hace un gesto de desprecio con una mano.

—Claro que no, te pusieron aquí en la Tierra.

"¿Qué tal si te muestro algo de mi poder ahora?" Extiendo la mano para intentar agarrarla, pero Elena recoge el montón de papeles de la cama y, enrollándolos, me da un golpe en la frente.

—¡Ay! ¿Otra vez esto? —Me masajeo el punto donde me golpeó.

Oigo su risa resonando mientras Elena corre hacia la puerta.

—Te revelaré este misterio y te mostraré mis poderes, luego podrás demostrar los tuyos tantas veces como quieras.

Desaparece en el pasillo, y solo puedo cerrar la puerta y tirarme en la cama. Aprovecho mi tiempo libre para hacer algo que llevo días posponiendo, y, cogiéndome el teléfono, llamo a Steph, quien, como siempre, contesta enseguida.

—¿Cómo es el hermano más guapo, inteligente y encantador de todo el universo?

Es imposible no sonreír ante su exuberante bienvenida.

—Estoy bien, si quieres saberlo.

"¿Incluso con papá y la gente de Petrakis? No me esperaba esa respuesta", dice, con la voz cada vez más seria. "¿Qué pasa?"

— Nada: ¿debería decir que estoy enfermo y triste para que puedas animarte?

—No deberías, pero eso es lo que suele pasar cuando te encuentras con el querido Alex y nuestra madrastra.

Pongo los ojos en blanco ante el apodo que insiste en usar para Selene. Stephanie lo sabe tan bien como yo: la mujer es una loba con piel de oveja, pero usa el término con ironía, con la ventaja de poder decirlo incluso delante de su madrastra.

—¿Sabes por qué me enviaron a Mykonos?

—Claro: el matrimonio concertado del siglo —responde, y por el tono se nota que está conteniendo la risa.

Ríete, pero no olvides que pueden volverse contra ti en cualquier momento, hermanita. Papá puede encontrarte un marido de ochenta años en segundos.

—¡Dios no lo quiera! ¡Toco madera, Constantino!

—No te llamé para provocarte —replico, y ahora soy yo quien contiene la risa—. ¿Cómo está mi dulce, tierna, adorable y consentida hermana?

— Mh… Muy bien, aprovechando el último regalo que me diste.

Entrecierro los ojos, intentando recordar cuál era el regalo, pero no se me ocurre nada.

—¿Y de qué regalo estamos hablando? No te he dado nada en los últimos meses, Steph.

—¿Por qué no? ¡Dijiste que podía usar la tarjeta de la empresa para emergencias!

"¿De verdad quiero saber qué clase de emergencia fue esta?" Me llevé la mano a la frente, imaginando ya lo que había hecho esta vez.

- No me parece.

Suspiro resignado porque ya no puedo hacer nada.

—¿Y esta emergencia costó miles o millones?

—¡Qué horror! ¿Crees que gastaría millones sin consultarte? Quizás no en papel, ¡pero tengo límites!

-Eso está mejor…

—¿Y entonces? Dijiste que no me llamaste para provocarme: ¿por qué lo hiciste?

—¿Qué te parece si vienes este fin de semana? Papá y madrastra no paran de hablar de ti.

—¡Una razón más para no venir! ¡Me sorprende que te hayan convencido de llamarme!

—Es que, en realidad, yo también quería verte…

Steph se queda en silencio por un momento y casi puedo imaginar su expresión de sorpresa al oírme hablar así.

—¿Me ves? No te estás muriendo, ¿verdad? ¡Ah, ya entiendo! ¿De verdad quieren obligarte a casarte y necesitas mi ayuda? ¡Puedo enterrar el cuerpo, pero no mataré una cucaracha con las manos!

—¿De quién es el cadáver? ¡Deja de decir tonterías! —la regaño, exasperada.

—¡De la novia!

—La verdad es que no sé quién crees que soy.

—Entonces, ¿por qué quieres verme con tantas ganas? Puedes venir a verme en cuanto regreses, además, estás tardando demasiado.

—Quiero presentarte a alguien.

—Uno... Espera, ¿dijiste que querías presentarme a alguien? ¿Como a una chica?

—Sí, exactamente.

—¿No mientes sólo para hacerme creer, Constantino?

—Claro que no, hablo en serio. Conocí a alguien, es diferente, creo que es serio. Me gusta y quiero que se conozcan.

—¿Y no es Alexia Megalos? Solo para confirmar...

—Claro que no, él trabaja aquí en el pueblo.

"¿ES EMPLEADA DEL ABUELO?", grita Steph, obligándome a apartar el teléfono de la oreja. "¿Por qué no me lo dijiste antes? ¡Voy a tu casa hoy! ¡Me encantaría presenciar tu rebeldía!"

— Eres decadente.

—¡Y me amas! Díselo a... ¿Cómo se llama ya?

—Elena.

— ¿Elena? ¡Ay! ¡Se llama igual que la abuela! ¡Dile que también la quiero, besos!

Y entonces Steph termina la llamada y me cuelga.

Éste es el ciclón, el acontecimiento cataclísmico al que llamo hermana.



Elena Lazos

Termino pasando la noche encorvado sobre los documentos que tomé de la habitación de Constantine. Mi cuerpo me pide descanso, mi cama casi me llama, pero mi cerebro se niega a apagarse hasta tener las respuestas.

Ya me he bebido unas cuantas botellas de agua, diría tres, y he robado cinco galletas de la despensa. Mi lápiz, con punta fina, trabaja sin descanso.

Isaac Borgato, uno de los mejores amigos de Constantine, director ejecutivo de una empresa multimillonaria en Inglaterra y uno de los hombres más guapos que he visto en mi vida.

Porque sí, acabo de buscarlo en internet. Me gusta abordar situaciones similares con ese viejo principio: ¿qué haría Sherlock Holmes? Y sin duda querría saber quiénes estaban involucrados en la trama antes de resolver el caso.

Mi caso se compone de números, hojas de cálculo y documentos muy confusos. Considerando las palabras de Constantino, la solución al problema no será nada superficial; de lo contrario, ya la habrían descubierto.

Sería bueno resolver esto y dar un nombre a los responsables, pero no es mi especialidad: ni siquiera lo sé realmente. La gente que trabaja en esa empresa, así que es imposible. Así que me concentro en lo que mejor sé hacer: calcular.

Desde el principio, noté que las cifras no cuadraban, lo que planteaba la posibilidad de fraude. Las sospechas de Isac, según la información que obtuve de los mensajes intercambiados con Constantine, se basaban en la facturación de los últimos años y la repentina caída de ese valor tras la enfermedad de su padre, el anterior presidente.

Así que alguien aprovechó el período de inestabilidad para enriquecerse y mantuvo sus cuentas en orden, pero con cifras mucho menores que antes. Al reunir todos los recibos, facturas y extractos bancarios, es evidente que ha desaparecido mucho dinero.

Después de horas de investigación y cálculos, revisando hojas de cálculo y leyendo documentos, me topé con un detalle crucial que no

había notado.

Una parte de la recaudación anual se destina a obras benéficas, y para todos los demás gastos, se pueden confirmar depósitos, excepto estos. Hay una cantidad general asignada a obras benéficas, pero nada específico.

Buscando más a fondo, encuentro los registros de tres de las cuatro instituciones, pero una de ellas, a pesar de existir teóricamente y estar registrada, no se puede rastrear por ningún lado. No encuentro dirección ni perfiles en redes sociales, y esto no tiene sentido: después de todo, una institución que depende de donaciones necesita ser reconocida.

Lo anoto y, a partir de ahí, todo fluye con facilidad. Con todos los recibos y extractos bancarios, logro llegar a una cifra, un valor astronómico. Soy... Estoy absolutamente seguro del destino del dinero y sé que si Isaac investigara esa institución encontraría allí toda la suma robada.

Sólo después de terminar los cálculos y confirmar los números varias veces, finalmente logro responder al llamado de mi cama y quedarme dormido.

Ya es de mañana cuando abro los ojos de nuevo, luchando por liberarme del reconfortante abrazo del sueño. La suave luz del día se cuela por la rendija de la puerta, acariciando mis sentidos mientras me estiro en la cama. Me toma un momento darme cuenta de que algo es diferente.

Una extraña inquietud me recorre el cuerpo, acompañada de una sensación de malestar en el estómago. Ignorándola, me levanto de un salto, intentando escapar de la pereza matutina.

En cuanto me levanto, un mareo repentino casi me derriba. Me agarro la cabeza con las manos y camino al baño, intentando disipar la niebla que aún me atenaza la mente. En cuanto llego a la puerta, las náuseas me golpean de nuevo, como un puñetazo en el estómago. Siento una oleada de calor que sube desde mi abdomen y un violento revolvimiento en mi interior.

Corro directo al baño, llego a tiempo para agacharme y vomitar. No logro recogerme el pelo a tiempo y termino despeinándolo un poco, pero mi estómago sigue con espasmos horribles. Es una sensación terrible, y recuerdo la cena de anoche, intentando averiguar qué pudo haberme hecho sentir mal.

Recibí los documentos por la tarde, pero luego tuve que trabajar. Después de servir a los amos, comí muy poco, ansioso por sumergirme en esos papeles y cálculos. Podría ser... Esa es la razón, pero recuerdo beber mucha agua y comer algunas galletas: no puedo deshidratarme y mi estómago nunca ha estado tan sensible.

De repente me viene un pensamiento con una fuerza sorprendente.

¿Qué pasa si estoy embarazada?

La idea es absurda, considerando lo que sé de Constantino, e incluso debería asustarme. Pero precisamente porque sé del accidente que tuvo, la mera posibilidad me conmueve. Intento procesar el torbellino que me abruma y, al mismo tiempo, me obligo a escapar de mis expectativas.

No puedo quedar embarazada de él, porque Constantine no puede tener hijos. Aun así, hemos tenido relaciones sexuales muchas veces, siempre sin protección. ¿Y si fuera posible? ¿Y si existiera una mínima posibilidad, y fuéramos recompensados con esa mínima posibilidad?

De pie frente al espejo, veo mi reflejo, pálido y aún ligeramente tembloroso. Inhalo y exhalo varias veces, me enjuago la cara y busco una paz que nunca llega.

No soporto que me agobien las náuseas matutinas, que podrían haber sido causadas por muchas cosas. Necesito más señales para hacerme una prueba, y más que eso, necesito estar absolutamente segura antes de hablar con Constantine: jamás le daría falsas esperanzas. Y ahora mismo, solo tengo sospechas infundadas.

Lo único que tengo que hacer es ducharme y limpiarme, lavarme el pelo y dejar que esta incertidumbre se disipe más tarde. Abro la ducha y me paro bajo el chorro de agua caliente, dejándolo correr desde la cabeza hasta los pies.

Estoy tensa y cierro los ojos, buscando un momento de paz; el vapor me envuelve y el agua caliente disipa toda mi tensión. Me enjabono lentamente, formando una espuma generosa que extiendo por brazos y piernas. Me lavo el pelo con champú y aplico una cantidad generosa de acondicionador en todo el cuerpo.

Lo que hago ahora es casi un ritual, diseñado para traerme paz. Necesito respirar y calmarme si quiero claridad. Y así, poco a poco,

logro alejar los pensamientos negativos y concentrarme en los positivos.

Obviamente, no podía quedarme embarazada. Fue solo una idea fruto de la ansiedad y los nervios. Constantine y yo estamos enamorados, creo de verdad que él también me ama, y quizá un embarazo no sería el fin del mundo, ya que, aunque sea en secreto, estamos juntos.

Pero no hay por qué alarmarse: él mismo dijo que no podía pasar y me explicó las razones. Debí haber cogido un virus; estas cosas aparecen así, de repente.

Aun así, quizá debería hacerme una prueba, solo para asegurarme. La pregunta resuena en mi mente, repitiéndose sin cesar, aunque intento apartarla.

Estoy convencida de que es demasiado pronto para saberlo. Mi regla debería llegar en los próximos días, y entonces esta duda desaparecerá: todo se resolverá de forma natural.

Decidida a dejarlo ir, termino de ducharme y cierro el agua. Me siento mucho mejor ahora, más tranquila y limpia. Me envuelvo una toalla alrededor del pelo y, después de secarme, me envuelvo otra alrededor del cuerpo.

Con las prisas, olvidé coger mi ropa, así que abrí la puerta y miré hacia afuera antes de correr a mi habitación. Llegué sin que nadie me viera, saqué mi uniforme de la percha y me apresuré a vestirme.

Ya es hora de ir a trabajar y no podré buscar a Constantine antes, pero después de desayunar le contaré todo lo que he averiguado sobre la empresa de su amigo. Sonrío al verme reflejada en el espejo del armario: le demostraré que conseguí el dinero y le daré una sorpresa.

Hoy tiene todos los ingredientes para ser un hermoso día.


Capítulo 11

Elena Lazos

Hoy estoy bajo la pérgola junto a Cassandra, ya que Hera se ha encargado de organizar la cocina. Permanecemos en nuestros puestos, listos para servir el desayuno de los amos, y vemos llegar a la Sra. Selene, delante de los demás. A juzgar por su vestido largo y su cabello recogido, el ambiente hoy será más formal.

Su esposo aparece inmediatamente después y, tras darle un beso en la mejilla, se sienta a su lado. Enseguida, entran juntos los Petrakis restantes: el Sr. Andreas ocupa su lugar habitual a la cabecera de la mesa, Alexander se sienta junto a su abuelo y Constantine se sienta más alejado.

Mi mente divaga, pensando en los compromisos de esta gente: si no me equivoco, todos vinieron a convencer a Constantino de casarse, lo cual no ocurrió. Se quedó aquí más tiempo del esperado y, como resultado, su familia también se quedó.

¿Esta gente no hace nada en la vida?

Son multimillonarios, ¿así que pueden sentarse en sus villas a tomar el sol y beber vino día y noche?

Veo a Constantine trabajando constantemente; está en reuniones en línea todos los días y constantemente al teléfono con los empleados, resolviendo problemas y recibiendo informes. ¿Pero los demás? Completamente inactivos.

Constantino me mira con cariño y siento una ternura que me llena el corazón. Le devuelvo el cariño con una sonrisa que no puedo evitar, sobre todo hoy, cuando me siento victoriosa por haber resuelto lo que he llegado a llamar el caso del dinero desaparecido.

Absorta, tardo un momento en notar las miradas curiosas de los demás familiares, y siento que me ruborizo. Alguien debió haberme hablado, pero no me di cuenta; estaba concentrada en él. Bajo la cabeza, nerviosa; no estoy acostumbrada a tanta atención, sobre todo de esta gente, pero todo empeora cuando Alexander rompe el silencio con su habitual veneno invasivo.

"¿Cuándo nos contarás qué está pasando entre ustedes dos?", pregunta, señalando a su hermano y a mí.

Casi me ahogo con mi propia saliva, tan grande es el impacto de sus palabras.

—¡Alejandro! —le regaña el señor Andreas.

Sigo tosiendo sin parar, pero al idiota no le importa lo más mínimo y sigue haciéndose el tonto.

—¿Qué pasa, abuelo? No dije nada malo, solo creo que ya todos se dieron cuenta de que tienen una… historia. —completo, enfatizando la palabra para mostrar que no se refiere a algo bello, sino sórdido.

Cassandra corre a buscar un vaso de agua, que me alcanza el Sr. Andreas. Doy un largo sorbo y aprovecho para observar las expresiones de los demás, dándome cuenta de que nadie se ríe ni les extraña lo que ha dicho Alexander. Tanto su padre como su madre parecen estar esperando nuestra respuesta.

—Estás avergonzando a Elena. —El señor Andreas intenta nuevamente ayudarme, mirando severamente a su sobrino.

Dejo el vaso sobre la mesa y miro a Constantino, que mira fijamente a su hermanastro, con una expresión que podría describir como asesina.

"¿Yo? Es su comportamiento lo que da vergüenza, escondiéndose en rincones y escabulléndose en plena noche." El hombre presumido niega con la cabeza. "Un empleado de mi abuelo, Constantine", dice, volviéndose hacia su hermano con expresión indignada, como si yo fuera un pedazo de mierda al que acababa de tropezar con su caro mocasín.

El corazón me late con fuerza y la vergüenza me corta el aliento. Me siento expuesto y humillado, y me giro hacia la casa, listo para huir, pero Constantine se interpone antes de que pueda ejecutar mi plan y camina hasta ponerse a mi lado. Le lanzo una mirada de advertencia, pero su expresión es la de un hombre decidido.

—Tienes razón. Solo te equivocaste en una cosa, Alexander —dice, y siento sus dedos entrelazarse con los míos, causando conmoción en su familia.

Oigo el jadeo de sorpresa de la señora Selene antes de continuar.

— Elena no es sólo la empleada de nuestro abuelo, es mi prometida, la mujer que amo y la que elegí para compartir mi vida.

¿Compartir tu vida? ¡Cielos!

"¡Debes estar bromeando!" Su padre se levanta con tanta fuerza que la silla cae al suelo con un golpe sordo. "¿Compartir tu vida? No me dirás que planeas casarte con este…"

Apretó los labios, anticipando la ofensa.

—Con esta bella mujer —concluye satisfecho el señor Andreas.

"¿Te estás volviendo senil?" Jason se gira hacia su padre, alzando la voz de una forma que considero muy irrespetuosa. "¡Es una criada!"

Parpadeo, dándome cuenta de repente de que soy el blanco de su ataque, pero sus palabras no me ofenden. Soy un empleado aquí, en el sentido de que este es mi trabajo, y si la intención de Jason Petrakis era humillarme, ha malinterpretado completamente sus palabras.

"No dejaré que nadie interfiera en nuestra relación, y quiero que se guarde su ridícula y prejuiciosa opinión", alza la voz Constantine. "Quería que me comprometiera con alguien, que me comprometiera, ¿no? Bueno, entonces, es hora de sonreír y celebrar, Bampá".

—Constantino, querido, ¿estás bien? —pregunta Selene, poniendo esa cara suya de ingenua y preocupada—. Lo sé. No es propio de ti ser tan superficial o salir con mujeres que no son de nuestra clase social.

—¡Siempre tan amable y aduladora mi madrastra!

Al oír otra voz femenina, me giro en su dirección, como lo hacen todos los demás.

—¡Stephanie! ¡Llegaste en un momento terrible, pobrecita!

—¿Yo? —La recién llegada camina hacia nosotros como si fuera una pasarela, y es tan hermosa que por un momento olvido la vergüenza a la que he sido sometida y me quedo allí parada viéndola desfilar, con su larga cabellera negra. —He llegado en el mejor momento, mejor dicho.

Se detiene frente a nosotros, sonríe y abraza a Constantine, quien le devuelve el abrazo sin soltarme la mano. Permanezco en silencio, observando su interacción.

Nunca la había visto, pero sé que es su hermana pequeña porque reconozco su nombre. Suspiro de alivio cuando, soltando a Constantine,

ella también me abraza, señal de que no nos desaprueba.

¡Qué hermosa eres! Bienvenida a nuestra familia, cuñadita. —Me pone las manos sobre los hombros y me ofrece una gran sonrisa—. Me alegra que mi hermano haya encontrado a alguien.

—Yo… Gracias.

"¿Para qué? No debes llorar", dice, al ver el brillo en mis ojos. "Son una manada de serpientes. Si perciben tu debilidad, te morderán", añade, señalando a los Petrakis.

—¡Stephanie! ¡Somos tu familia!

"Por eso te conozco tan bien, Bampá", responde, lanzándole un beso a su padre. "¡Pappoús!". Abre los brazos dramáticamente y corre hacia su abuelo, mostrando claramente quién es su favorito, y el Sr. Andreas le devuelve el gesto con una carcajada.

¡Mi novia está aquí! ¡Sabía que no me decepcionarías, Steph! Tienes buen ojo, igual que yo. —Nos señala a los dos, todavía tomados de la mano—. ¿No es perfecta para Constantine, Elena?

—¡Suegro! —espeta la malvada madrastra.

"¿Qué pasa, Selene?", pregunta el Sr. Andreas, frunciendo el ceño. "¿Te parece tan bien señalar con el dedo y seguir haciendo alarde de las diferencias de clase, dándole la razón a tu hijo prepotente? ¡Debes haber olvidado de dónde vienes, pero recuerdo bien que no tenías ni un céntimo cuando te casaste con Jason!"

—¿Qué? —La mujer parece que está a punto de desmayarse—. ¿Me estás comparando con esta mujer?

—No hay comparación, son situaciones completamente diferentes.

—Sí, además de que tú también eras pobre, madrastra —interviene Stephanie, todavía encaramada al cuello de su abuelo—. ¡Sin ofender, cuñada!

—No es un insulto, soy muy pobre —respondo, ahora mucho más tranquilo—, y eso no es un defecto.

—No —asiente Constantino—, pero falta de carácter, sí, además de falsedad y orgullo.

Selene abre mucho la boca, ofendida por su reproche, y Alexander, que después de sembrar el caos había permanecido en silencio todo el tiempo, se levanta y se abrocha la chaqueta gris, como si todo fuera absolutamente normal.

—Bueno, sólo quería que admitieras tu relación, después de todo no hay razón para ocultarla ¿verdad?

Y con eso, simplemente nos da la espalda y se va, ignorando el apocalipsis que ha desatado.



Constantino Petrakis

Apretando su mano con fuerza, la arrastro dentro de la casa, directamente a mi habitación. Sé que Elena necesitará tiempo para recuperarse, sobre todo porque seguro que todos los sirvientes estarán cotilleando sobre nosotros a estas alturas.

Cuando cierro la puerta detrás de nosotros, ella se tira sobre la cama, se quita las gafas y se tapa los ojos con las manos.

—¡Qué vergüenza, Dios mío! Ese cabrón de tu hermano, un delincuente y un canalla…

Sonrío ante sus insultos y me siento a su lado en el colchón.

— No te enojes por esto, es un gilipollas, eso ya lo sabemos, pero tarde o temprano le tendríamos que haber contado sobre nosotros.

—Lo sé, ¡pero no se suponía que fuera así! —Se descubre la cara para mirarme—. ¿Por qué lo hizo?

—Porque es un idiota, pero creo que lo manejamos bien.

—¿Bien? ¡Me odian porque soy pobre, Constantino!

—Mi abuelo y mi hermana te adoran, y los demás se acostumbrarán. Saldrán perdiendo si no quieren tenerte cerca, eres una mujer maravillosa. —La beso rápidamente en los labios, y con cada cualidad que menciono, la beso de nuevo. —Hermosa, amable, muy inteligente…

Ante el último cumplido, Elena se incorpora de repente en la cama, con sus ojos azules casi abiertos por el asombro.

—¡En medio de toda esta confusión, casi se me olvida decírtelo! —aplaude, repentinamente eufórica—. ¡Vamos, Constantine! Mírame ahora y dime que soy un prodigio matemático.

Elena se pone de pie de un salto y hace una reverencia, como si hiciera una especie de reverencia.

—¡Vamos, que estoy esperando los aplausos! Ya estoy dando las gracias, por si no te has dado cuenta.

—¿Así que eso es lo que haces? ¿Dices que eres un prodigio matemático? —En cuanto pregunto, recuerdo los papeles de Isaac que tienes contigo. —¿No estarás diciendo que encontraste la cantidad?

—Querida mía —Elena se señala y vuelve a colocarse las gafas en la nariz, con esa ternura que le es propia—, no sólo he descubierto la figura exacta, sino que además sé dónde la encontrará tu amiga.

- ¿Estás bromeando?

No es que dude de sus habilidades, pero llevamos más de un mes trabajando en ello sin poder resolver ese maldito misterio, así que me sorprende que lo hiciera de la noche a la mañana.

—¿Parece que estoy bromeando? ¡No, señor! Puede llamar a su guapo amigo y decirle que le salvé la vida.

Ignorando su victoria, entrecierro los ojos ante la última palabra.

—¿Mi amigo qué? ¿Quién te dijo que era guapo?

—Yo…—Elena parece darse cuenta de lo que ha dicho y hace el gesto de la cremallera sobre su boca, escondiendo sus manos tras su espalda.

Me levanto también y doy unos pasos hacia adelante; mientras avanzo hacia ella, Elena retrocede. Hasta que nos encontramos corriendo por la habitación, con su risa llenando cada rincón.

—¡Te atraparé, Elena! Y lo pagarás —digo, fingiendo una reacción exagerada—. ¡Soy el único hombre que te parecerá guapo!

—¡Basta ya! —grita, sin dejar de reír—. ¡Eres un drogadicto! ¿Quieres que te mienta y diga que es malo?

— ¡Quiero que lo encuentres realmente feo y desvergonzado!

—¡Claro! —responde, subiéndose al borde del jacuzzi para escapar de mí—. ¡Un metro ochenta, rubio, ojos azules, muy feo!

—¿Y cómo sabes qué aspecto tiene?

La alcanzo en la bañera y la subo a mi hombro. Corro de vuelta a la cama, la subo encima y empiezo a hacerle cosquillas en el estómago y el cuello.

—¡Habla ahora o afronta las consecuencias!

Su risa llena mi pecho con un sentimiento que sólo crece: me encanta el sonido de su risa, su voz y la forma orgullosa en que habla de sus cálculos y sus libros.

—En Google, lo vi en internet, ¡qué envidia! Ah… —Se retuerce, pateando sin parar y sin dejar de reír—. ¡Pero eres la más guapa de todas, te lo juro!

-Es mejor así…

Finalmente, la solté y me acosté a su lado. Nuestras miradas se cruzaron, y aún había una risa divertida en sus ojos azules.

Sí, definitivamente la quiero en mi vida todos los días.

Pasan unos minutos y Steph aparece en la puerta de la habitación; escucho los golpes frenéticos antes de que su voz emocionada me llame.

"¿Estás ahí, Tine?" pregunta en voz alta.

Elena levanta las cejas a mi lado y no oculta su risa.

— ¿Tine? ¿Te llamó Tine? — No necesita respuesta.

Me levanto y abro la puerta para que Steph pueda dejar de gritar, y ella sonríe mientras se desliza bajo mi brazo que está apoyado contra el marco de la puerta.

—Pensé que estabas aquí, escondido —dice perceptivamente.

Al no tener muchas opciones, vuelvo a cerrar la puerta.

“Es una locura aquí, ¿no?”, continúa emocionada.

Elena se sienta más lejos en el borde de la cama, un poco tímida por la presencia de Stephanie, quien ni siquiera se da cuenta.

“Sólo porque creen que pueden entrometerse en mi vida”, me quejo.

—Sí, ¿quién sabe si algún día nos dejarán en paz? —Niega con la cabeza, echándose el pelo oscuro hacia atrás—. No importa, vine a invitarte a tomar un café conmigo, Elena. ¡Para que nos conozcamos mejor!

Steph aplaude con entusiasmo y creo ver un destello de pánico en los ojos de Elena.

—Me… me encantaría, señorita Stephanie, pero estoy en mi horario de trabajo, justo regresaba para ayudar a preparar el almuerzo.

— ¿Señorita? ¡Por favor! Llámeme Steph. Y no se preocupe, ya hablé con el abuelo y me dijo que tiene la tarde libre.

- Pero…

¡Sois de la familia! ¡Vamos! Stephanie se dirige a la salida, esperando que Elena la siga, pero la detengo, parándome frente a ella.

—Elena está conmigo ahora, os conoceréis mejor en otra ocasión.

"¿En serio?", la niña mimada se pone las manos en las caderas, como retándome. "¿Y no tienes trabajo? ¿Ninguna reunión importante? Te arriesgas a perder el trabajo así..."

“Insoportable”, me quejo, aunque sé que tiene razón.

Incluso aunque Elena no esté saliendo con ella, no podemos estar juntos ahora, así que más vale que se conozcan y se diviertan un poco sin mí.

—De acuerdo. ¿Nos vemos luego? —pregunto, girándome hacia Elena.

Aunque con cierta reticencia, asiente. Creo que se ha dado cuenta de que no podrá escapar de Stephanie. Las veo irse juntas y veo el brazo de mi hermana entrelazado con el suyo, lo que debió sorprender a Elena.

Niego con la cabeza, regreso a mi habitación y, sin perder tiempo, tomo el teléfono para llamar a Isaac. Aunque apenas puedo creerlo, se quedará completamente impactado al enterarse de la noticia.

“Dime, Porthos”, responde y sonrío ante el apodo.

—Tengo una gran noticia.

Soy consciente de que el entusiasmo se nota en mi voz.

—¿En serio? Necesito buenas noticias…

— Elena logró encontrar la cantidad que faltaba, y lo hizo con una velocidad absurda.

Isaac guarda silencio un momento, absorbiendo mis palabras. Pero en lugar de un grito de entusiasmo, su voz es pura confusión.

—Espera un momento. ¿Debería saber quién es Elena?

Frunzo el ceño al darme cuenta de que nunca les había contado a mis amigos sobre ella. Debería haberle ocultado esto a mi familia hasta ahora, pero podría habérselo contado, y solo puedo concluir que me había enfrascado tanto en nuestra relación que olvidé que debería habérselo contado a los tres.

— Elena es… mi novia.

¡Mierda! ¿Qué quieres decir con tu novia? —grita Isaac, parece que lo sorprendió de verdad—. ¿Cómo ha pasado esto? Te fuiste porque querían obligarte a casarte y... ¡Madre mía! ¿De verdad te obligaron?

—Cállate y escucha. Elena no es la mujer con la que mi padre quería casarme a la fuerza. La conocí aquí en la villa; trabaja aquí.

—¿En la villa? —El tono confuso regresa—. ¿Estás diciendo que es empleada de tu abuelo?

Resoplo molesto.

—No entiendo por qué todo el mundo actúa como si importara.

"No es tan importante", reflexiona. "Simplemente me sorprende. No pensé que quisieras una relación seria. Pensé que todos nos quedaríamos solteros y tendríamos sexo para siempre".

Sé que está bromeando, aunque en realidad es un mujeriego, pero de todos modos pongo los ojos en blanco.

— Te quedaste solo.

—Pero en serio, ¡rechazaste la idea de tu padre con tanto enojo que pensé que no te comprometerías tan pronto!

—Es diferente, idiota. Quiero estar con Elena, no tengo por qué.

—¡Tranquilo, Petrakis! No tiene sentido enfadarse solo porque me sorprende. ¿Querías que aplaudiera que ahora tienes novia si nunca me lo habías contado? ¡Solo tengo curiosidad, maldita sea!

—Ahora ya lo sabes, estamos juntos y lo que te interesa es que ella es casi una diosa de las matemáticas.

—¡Ah, sí! Maldita sea, me quedé tan absorto en los chismes que casi olvidé por qué llamaste. ¿Decías que tenías una pista sobre el dinero perdido?

—Exactamente, en pocas horas Elena logró descubrir lo que nosotros no pudimos encontrar en un mes.

Isaac vuelve a quedarse en silencio, ahora está absorbiendo la parte correcta de la conversación.

"¿Mi dinero? Tu novia, Elena, nunca me contaste nada..." El idiota se ríe de mis murmullos. "¿Averiguaste cuánto dinero desapareció?"

Una sonrisa se extiende por mis labios al darme cuenta de que ella no esperaba esto.

—Eso es lo que te digo.

—¿Bromeas? ¿Dijiste que esta chica trabaja para tu abuelo en Chronos? ¡La quiero, necesito ese cerebro, Constantine!

—Ni hablar. —Ignoro la pregunta anterior, porque se sorprendería al descubrir que ella trabaja en limpieza: Elena realmente está desperdiciando su talento aquí, y esa es una conversación que quiero tener con ella más tarde. —Te enviaré los documentos por correo electrónico.

— ¡Amigo, dale las gracias de mi parte, mil veces! ¡Todavía no me lo creo!

—Y eso no es todo. Elena dijo que encontró cuatro organizaciones benéficas a las que su empresa contribuye, pero una parece muy sospechosa. Investigó un poco y no encontró casi nada en línea. Cree que es una fachada, una cuenta usada para... Recibe el dinero robado. Si Elena tiene razón, tu dinero estará ahí.

—¡Envíame esos documentos ahora mismo, Petrakis! Y por Dios, no dejes que esta mujer se escape. ¡Podríamos necesitarla otra vez!

Se me escapa la risa ante sus ridículas palabras. No lo dejaré pasar, pero mi último motivo es su destreza con las matemáticas.

—Te lo enviaré todo y no olvides mantenerme al tanto de tus investigaciones. Quiero saber adónde llevan estas pistas.

—Te llamo luego. Gracias, amigo.

—No hice nada.

Termino la llamada, satisfecha de haber contribuido, aunque sea indirectamente, a ayudar a Isaac. Sé que Elena se alegrará si de verdad logra resolver el problema. Poco a poco, nuestras vidas se entrelazan, se fusionan, y darme cuenta de esto me alegra.


Capítulo 12

La conversación con Stephanie fluye mucho más fácilmente de lo que imaginé. Aunque a primera vista no tenemos mucho en común, es tan divertida y alegre que su buen humor es contagioso.

Stephanie conduce su coche de lujo, que según me cuenta es un Porsche Macan. La carrocería es de un precioso color lila y el interior está decorado en tonos morados y negros.

"¿Es precioso, verdad?", pregunta Steph, mirándome de reojo. "Vi que van a lanzar un Taycan en un tono rosa empolvado, ¡y me encanta! Pero no pienso renunciar al lila; ha sido mi sueño durante mucho tiempo".

"Sí, es maravilloso", coincido, fijándome en cada detalle. Nunca podría permitirme uno, pero para Stephanie no parece nada complicado. "Porque era tu..." ¿Objeto de deseo? ¿Tardaste tanto en conseguirlo? —pregunto con curiosidad.

"Mi padre no quería comprarlo", responde ella, encogiéndose de hombros. "A veces me chantajea para que siga sus reglas. Bloquea mi tarjeta de crédito, me prohíbe comprar lo que quiero y no me deja usar el jet privado de la familia.

Parpadeo, un poco desconcertada. No por su forma de hablar, porque sé que no lo dice con arrogancia. Stephanie no intenta presumir de su lujoso estilo de vida; es simplemente lo que vive a diario, su vida cotidiana, y eso la hace aún más impresionante.

Sé que su familia posee toda esta riqueza, y he vivido con Constantine lo suficiente como para comprender el alcance de la fortuna de los Petrakis, aunque aún no he visto gran parte de ella de cerca. Aparte del coche, el yate y la villa, claro.

—¿Qué pasa? —Sonríe al notar mi expresión—. ¿Sueno como una snob al hablar así?

—No, claro que no. Es que está muy lejos de mi realidad…

Stephanie se encoge de hombros.

— No todo es color de rosa, apuesto a que tienes cosas preciosas que me gustaría tener y que no tengo.

—¿Yo? ¡Solo si te refieres a mis deudas! Son preciosas.

Mi comentario es espontáneo, pero la hace reír a carcajadas y echar la cabeza hacia atrás, divertida.

—No estoy hablando de bienes materiales, tonta.

Estoy a punto de preguntarle a qué se refiere, pero en ese momento Stephanie detiene el coche en la acera, aparcando en el espacio libre del café. Salgo y me aseguro de cerrar la puerta sin dar un portazo: ¡si le hago un rayonazo así, estoy arruinado! Trabajaría hasta el final de mi vida para pagarlo.

“¡Vamos!”, grita, esperando a que la rodee para reunirme con ella en el otro lado.

Juntos, nos dirigimos a una de las mesas del fondo, un poco más apartada, y nos sentamos. Como la camarera llega prácticamente al mismo tiempo, aprovechamos para pedir enseguida: ya es hora de comer, así que pido zumo de naranja recién exprimido y pescado a la plancha, y Stephanie pide lo mismo, solo que cambia el zumo por uno de manzana.

—¿Y bien, Elena? ¿Qué hacías antes de ir a trabajar a la villa?

—Estaba estudiando economía en Atenas.

—¿En serio? ¿No terminaste tus estudios?

Niego con la cabeza y esa punzada de tristeza intenta abrirse paso hasta mi pecho, pero trato de ignorarla.

No lo logré. Estaba en mi último semestre, pero mi madre enfermó y tuve que volver a Mykonos. Teníamos asuntos pendientes y tuve que quedarme aquí. Fue entonces cuando el Sr. Andreas me ofreció el trabajo y empecé.

"Lo entiendo", responde asintiendo. Supongo que no lo entiende del todo. Sé que solo intenta ser amable y empática, pero Steph no tiene ni idea de lo que eso significa. "¿Y tu madre está bien?"

—Está mejorando, está en una clínica, pero no sé todavía si se recuperará totalmente.

Sus ojos ahora lucen tristes y considera mi respuesta, antes de asentir.

—Haz todo lo que esté a tu alcance para salvar a tu madre, Elena.

—Lo hago, incluso más de lo que sería correcto —respondo.

-¿En qué sentido?

Demasiado tarde, me doy cuenta de que he dicho demasiado. Constantine aún desconoce mi acuerdo inicial con su abuelo, y es injusto que se lo diga a alguien antes de decírselo a él, cosa que pienso hacer hoy. No puedo guardar este secreto por mucho más tiempo.

—Bueno, dejé la universidad, trabajo mucho y hago lo que puedo para conseguir un buen trato.

—Si necesitas algo... Bueno, si puedo ayudarte en algo, solo házmelo saber. ¿Recuerdas que te dije que probablemente tengas cosas valiosas que yo no tengo?

Asiento, prestando atención a sus palabras.

—Tienes una madre. Sé que está enferma, pero ten fe en su recuperación y no pierdas ni un minuto con ella. —Su Tengo los ojos llenos de lágrimas. —Mi madre murió cuando yo era muy pequeña; Tine tenía cinco años y yo solo tres. No tengo muchos recuerdos de ella, y creo que eso es lo que más me duele.

- Lo siento mucho…

"Ha pasado mucho tiempo", desestima mis palabras con un gesto, "pero ojalá pudiera recordarlo, ojalá pudiera al menos tener algunas fotos. Mi abuela siempre la quiso mucho y hablaba maravillas de ella, al igual que Constantino y mi abuelo. Por desgracia, mi padre se deshizo de todas las fotografías, y apenas recuerdo su rostro..."

“¿Por qué tu padre hizo esto?”, pregunto, encontrando esa actitud bastante cruel.

Empezó con Selene poco después. Creo que no le pareció apropiado que su nueva esposa viera fotografías de la primera dama.

—Pero no había necesidad de tirarlas, era tu madre. Podría haberles dado las fotos a ti y a tu hermano para que las guardaran.

—Sí, pudo haberlo hecho. Pero no lo hizo, y éramos demasiado jóvenes para cuestionarlo.

—Qué pena. Intenta mantener viva su imagen en tu corazón: aunque no la recuerdes bien, sabes que fue una madre maravillosa y que te quería mucho.

-Es cierto.

—¿Y cómo murió? ¿Se enfermó?

—Sí, tenía un aneurisma cerebral, no nos habíamos dado cuenta y al final se rompió; fue un shock para todos nosotros.

—Me lo imagino…

—¡Pero hablemos de cosas buenas! Pensé que podríamos encontrar algo bueno en todo lo que nos pasa, incluso en lo malo. Claro, habría sido mucho mejor si tu madre no hubiera enfermado, pero conociste a Constantine gracias a esto, y si Dios quiere, cuando se mejore, tendrás a tu madre y también un novio.

Sonrío, pensando que quizá tenga razón. No es que las desgracias que han asolado mi vida y la de mi familia puedan considerarse positivas, pero sus consecuencias han sido, dadas las circunstancias, las mejores posibles.

En ese momento la camarera regresa con nuestra comida y pone todo en la mesa.

Arrugo la nariz ante el fuerte olor a pescado y de repente me siento mal. No sé si la comida no está fresca, si simplemente huele fatal o si soy demasiado sensible.

Observo como Stephanie coge su tenedor y se lleva un trozo a la boca sin dudarlo; intento hacer lo mismo, pero es imposible: basta con acercar el pescado para que las náuseas regresen, esta vez incontrolablemente.

- ¡Disculpe!

Me levanto y salgo corriendo del restaurante, buscando desesperadamente el baño. Por suerte, está cerca de la entrada, y logro arrodillarme en uno de los cubículos antes de devolver lo que comí hoy.

Me tiemblan las manos y tengo la vista borrosa; las lágrimas del vómito se multiplican y se convierten en lágrimas. Quizás pensé que era una infección viral u otra dolencia, pero ya no tengo dudas. Lo sé, a pesar de la falta de confirmación: estoy embarazada. Un hijo, mío y de Constantine.



Regresamos a la villa poco después. Le expliqué a Stephanie que no me encontraba bien, y ella fue amable y comprensiva, dando por terminada nuestra excursión.

Llamé a Caterine para explicarle mis miedos y sospechas y pedirle consejo sobre qué hacer. Como siempre, mi amiga actuó con rapidez y fue inmediatamente a comprar pruebas de embarazo para que pudiera hacérmelas. No me juzgó, no me preguntó si me había protegido o no, y esperó pacientemente conmigo los resultados.

Cuando aparecieron las dos líneas en la prueba, revelando un resultado positivo, Cat y yo nos quedamos en silencio, observando y absorbiendo lo que significaba.

Embarazada. Estaba realmente embarazada.

Decidí contárselo a Constantine hoy, porque, aunque estoy nervioso, sé que, con sus escasas posibilidades de ser padre, recibirá la noticia con alegría. También es hora de contarle cómo llegué aquí; no quiero secretos entre nosotros.

Ya lista para atender, respiro hondo y me dirijo a su suite. Llamo a la puerta y espero a que abra, pero nadie responde. Entro de todos modos y, al llamarlo, me doy cuenta de que no está.

Como ya casi es hora de servir la cena, decido dejarle una nota para que nos encontremos más tarde en la biblioteca. Abro el cajón junto a su cama y dentro encuentro un bolígrafo y un bloc, del que arranqué una hoja.

Escribo rápidamente, pidiéndole que venga a visitarme después de comer, y salgo de la habitación, dejando el periódico sobre la cama. Después de eso, solo me queda esperar.

Los Petrakis están excepcionalmente tranquilos esa noche, y solo puedo atribuir ese silencio a la nube gris que se cierne sobre la familia. En este caso, sobre mí. Es extraño estar aquí, sirviéndoles como siempre, considerando que ahora saben de mí y de Constantine, pero

hago todo lo posible por controlar los nervios y cumplir con mis obligaciones.

—Steph, no nos has contado cómo van las cosas en… el trabajo —comenta Alexander enfatizando la última palabra.

Me parece extraño el comentario, ya que he estado con ella y Stephanie nunca mencionó un trabajo, ni siquiera imaginé que tuviera uno.

“Muy bien, gracias”, responde ella, y por su expresión se nota que el tema le molesta.

—No sé cómo puedes prestarte a esto —interviene Selene, sacudiendo la cabeza.

Estoy empezando a sentir curiosidad.

—Dejen a la muchacha en paz, es hermosa, tiene derecho a mostrar esta belleza al mundo —interviene el señor Andreas.

Lleno su vaso con agua y trato de no demostrar mi curiosidad sobre el tema.

—Pero Stephanie no lo necesita, suegro.

“¿Qué tiene de malo ser modelo?”, pregunta Constantino, y por fin entiendo cuál es su trabajo.

La verdad es que Stephanie tiene el perfil adecuado, además de bella es muy carismática y puedo apostar que es fotogénica.

"No es que esté mal", reflexiona la madrastra, "pero toda esta exposición no tiene sentido, sobre todo con esta cosa de las influencers, ¡publicando fotos y vídeos por todas partes! No me extrañaría que estuviera grabando nuestra cena ahora mismo", añade bajando la voz.

"Si sigues insistiendo con esto, te filmaré mañana por la mañana. Sé cuánto te encanta tu cabello al despertar, madrastra", amenaza Steph con una risa maliciosa, "¡y Alex tiene tantos mocos en los ojos que apenas puede ver!"

Esta vez hasta Jason Petrakis empieza a reír y tengo que contenerme para no hacer lo mismo.

El resto de la cena transcurre con normalidad; hablan muy poco. Cuando empiezan a levantarse, siento un nudo en el estómago de

ansiedad. La prueba de embarazo está en mi bolsillo y parece que pesa al menos diez veces más de lo que realmente pesa.

Después de que Stephanie se levanta, la última en irse, recojo la mesa con Cassandra y Hera. En la cocina, nos dividimos las tareas: Hera recoge las sobras, Cassandra llena el lavavajillas y yo ayudo a Eulalia a preparar el desayuno del día siguiente.

Cuando nos despiden, mis compañeros se van a sus habitaciones, pero yo voy directo a la biblioteca. Hago todo lo posible por escabullirme y entrar en la sala lo más silenciosamente posible.

Ya todos saben de nosotros, pero lo que tengo que decirle hoy a Constantine no es algo que pueda decir delante de su familia. Aún no ha llegado, lo cual es extraño, considerando que tardé un rato en la cocina antes de venir. Como siempre, simplemente enciendo la pantalla de la lámpara para que la tenue luz no atraiga a nadie más, y camino nerviosamente mientras espero.

No puedo leer; no puedo concentrarme en una novela con tantos pensamientos en la cabeza. Saco el examen del bolsillo y lo sostengo en las manos, mirando fijamente las dos líneas y reflexionando sobre la importancia de ese pequeño detalle.

Me apoyo en la mesa, golpeteo el suelo con el pie y casi me desmayo cuando lo veo abrir la puerta y entrar. Suspiro aliviada, porque aunque el tema no es el más fácil, prefiero hablarlo enseguida y acabar con la angustia.

Sin embargo, cuando se acerca un poco más y la tenue luz de la lámpara ilumina su rostro, mi corazón se detiene un instante, y no por las razones habituales. No es Constantino quien viene hacia mí, sino Alejandro.

-¿Qué estás haciendo aquí?

Él sonríe y no me gusta en absoluto la mala sensación que me produce esa sonrisa.

—¿Yo? Tú dijiste que querías vernos —responde con cinismo en la mirada.

—No dije nada por el estilo, y si puedes irte ya, estoy esperando a Constantino. No le gustará que estés aquí conmigo.

—Sí. —El idiota se encoge de hombros—. ¿Pero qué puedo hacer, si insististe tanto con esa nota?

Abrí los ojos de par en par, asustada por lo que decía. Debió de haberme robado la nota, lo que significa que Constantine no la ha leído.

—¿Sabes qué? Es muy aburrido, Alexander —digo, cruzándome de brazos como si eso me protegiera de él—. No tenía nada en contra de ti, pero esta obsesión por irritar a tu hermano y provocarme no es nada digna.

—¿Dignificada? —Avanza más, cada vez más cerca—. ¿Te dignarías, Elena? Deslizándote en la cama del sobrino del amo, enviado por él mismo.

"¿Qué?" exclamo, y por alguna razón no asimiló de inmediato su venenoso comentario.

— Exactamente, ¿crees que no sé nada sobre tu acuerdo con el abuelo?

Abro la boca, buscando una respuesta adecuada, pero estoy desorientada. Sabía que debería haber hablado primero con Constantino, y que esto podría ser contraproducente en el futuro, pero no imaginé que Alexander se enteraría de la propuesta.

—No es cierto —lo niego finalmente—, al menos no como tú piensas.

Alexander se acerca tanto que su cálido aliento me roza la cara. No puedo alejarme porque la mesa está justo detrás de mí, así que intento apartarme, pero él apoya las manos en la superficie de madera y me rodea con los brazos.

—¿Quieres negar que el gran Andreas Petrakis te colocó aquí con este objetivo?

Intento organizar mis pensamientos para explicarme con coherencia, pero me sorprendo cuando Alexander me arrebata el examen. Había olvidado que lo tenía en la mano, y ahora esto.

"¿Embarazada?" Levanta las cejas y me mira. "Entonces sí que eres una puta, pero lamento decírtelo: tu plan no funcionará, porque Constantine no puede tener hijos".

—Yo… No hables así de mí —digo, intentando calmar la voz—. Sé que cree que no puede tener hijos, pero si hubiera una posibilidad, entonces…

Su risa resuena en la habitación silenciosa.

—¿En serio? ¿Intentas convencer a Constantino con esta mentira de que te han tocado la lotería de la vida?

—No es mentira.

¿Sabes qué, Elena? Si es tan estúpido como parece, quizá se lo crea. Ya veo por qué lo dejaste caer a tus pies. Sus dedos me rozan la cara y levanto la mano para apartarlo, pero Alexander me agarra la muñeca. «Bella, provocativa y, además, con esa cara de niña buena, virginal e inocente.

—Déjame en paz, Alexander.

—¿O qué? ¿Estás perdiendo al chico de oro? No te preocupes, no le contaré cómo la cagamos aquí, en esta mesa.

—¿Estás loco? ¡No pasó nada entre nosotros!

- Aún no.

El terror me invade al verlo acercar su boca a la mía, sujetándome con los brazos. Lo empujo, pero Alexander se ríe, sus labios pegados a los míos. Le muerdo la boca con fuerza y él gime, enfermo.

Cuando se aleja un poco, puedo ver perfectamente sus ojos y lo único que leo en ellos es la obsesión de un loco.

“Me mordiste, perra…” Sus manos van al frente de mi uniforme y arranca los botones en un solo movimiento, haciéndome gritar.

Entonces sus labios se posan en mi cuello y, tapándome la boca con una mano, presiona su cuerpo contra el mío, impidiéndome moverme. Siento que las lágrimas me nublan la vista y uso las piernas, pateo sin ver con claridad y creo haberle dado en la espinilla, pero Alexander solo suelta un gruñido. Grito, pero el sonido queda apagado.

Cuando pienso que todo ha terminado y estoy perdido, veo la luz más allá de la puerta que se abre.

— ¡Aléjate de mi chica o te arrancaré la mano y la polla!

Un momento lloro de miedo y estoy perdiendo hasta la última pizca de esperanza, y al siguiente mis lágrimas son lágrimas de alivio, porque Constantino lo agarra por el cuello de su camisa y lo tira al suelo.

"¿Qué carajo crees que estás haciendo?" grita, elevándose sobre Alexander.

Aprovecho el momento para intentar cerrar los botones con manos temblorosas y sólo entonces recuerdo que es imposible, porque me los ha arrancado con violencia.

"¿Qué hago? Creo que me malinterpretaste, hermano." "Oigo la voz de los malditos, intentando justificar lo injustificable."

— ¿Cómo? Porque cuando entré, estabas encima de Elena, ¡y ella estaba llorando, pedazo de mierda!

Alexander se levanta. No nota el puñetazo de Constantine hasta que lo recibe con toda su fuerza y vuelve a caer al suelo. No puedo disculparme.

Llevándose la mano a la boca, limpia la gota de sangre que resbala del corte provocado por el puñetazo de Constantino y luego sonríe.

Alejandro es demoníaco.

—Constantine, sé que me odias, pero no puedes culparme por esto. —El muy cabrón levanta algo frente a su cara, y tardo un segundo en darme cuenta de qué es—. Tu novia quería enseñarte esto, ¿no te parece interesante?

Constantino le arrebata el examen de las manos, lo mira un momento y luego se vuelve hacia mí.

—¿Qué es esto, Elena?

—Yo… —Me seco las lágrimas e intento controlar la respiración. —Te llamé porque quería decirte que hoy hice este examen y…

—¿Me llamaste?

Abro la boca recordando que Alexander me había robado el billete.

—Bueno, te llamé.

—Te llamó —interviene Alexander de nuevo—. No esperaba que pasara esto, hermano, pero no pude resistirme. Sabes lo hermosa que es Elena y…

—¡Mentiroso! ¡Deja de decir eso, te juro que es mentira, Constantino!

"¿Qué es mentira?" Mira primero a su hermano, luego a mí, con expresión tensa y confusa. "¿No lo llamaste?"

—¡No! ¿Por qué lo haría?

Alexander se encoge de hombros y mete las manos en los bolsillos de sus pantalones.

— Ciertamente no pensé que ella quedaría embarazada.

-¿Qué estás diciendo?

La voz de Constantino es apenas un susurro mientras pregunta.

—Bueno, ambos sabemos que no puede ser tu hijo.

Él quita los ojos de Alexander y los fija de nuevo en mí.

—¿Estás embarazada?

—Sí, lo sospechaba —digo, apresurándome a dar las respuestas necesarias y a repeler el veneno de Alexander—, pero no quería decírtelo hasta hacerme la prueba y estar segura. Sé que las probabilidades no eran muchas.

—No eran casi nada —me interrumpe el maldito.

—Pero creo que tenía que pasar —añado, agarrando a Constantino por la camisa, para que pueda mirarme a los ojos y ver la verdad.

—Elena, no puedo ser padre —dice, y noto una sombra en su rostro.

"No, sé que no pudiste, pero algo pasó", insisto, desesperada, porque necesito que me creas. "Sabes que era inexperta, no puedes pensar que estaba con otro hombre, que te engañé".

"¿Engañarte? Ni siquiera eran pareja", murmura Alexander, ofreciendo su contribución no solicitada a mi infierno.

—¡Cállate! —grito, perdiendo el control—. ¡Mentiroso! ¡Sabes perfectamente que nunca pasó nada entre nosotros!

Empiezo a llorar de nuevo, sin poder contener las lágrimas. Constantino da un paso hacia mí, ignorando a su infame hermanastro, pero entonces Alexander juega su última carta.

—No tienes que quedarte con él solo porque el abuelo lo quiso, Elena —dice, y de repente sé que estoy perdida—. Entiendo que por eso te trajo aquí, pero ¿no crees que inventar el embarazo de Constantino es demasiado, incluso para ti? —Alexander se dirige a la puerta, negando con la cabeza—. Estoy seguro de que el abuelo tampoco aprobaría esta estrategia tuya. Jugar con el deseo de un hombre de ser padre, aun sabiendo que es imposible, es realmente cruel.

—¿De qué estás hablando, Elena?

Los dedos de Constantino levantan mi barbilla, obligándome a mirarlo.

—Aún no lo sabe, ¿verdad? No te dirá la verdad, pero apuesto a que si acorralas al abuelo, confesará.

—¿Qué? —insiste Constantino.

Me eché a llorar aún más fuerte, sollozando, porque sé que no me creerá ahora, no después de todo esto.

—Era amigo de su abuelo e hizo un trato con Elena para casarse contigo. Su abuelo quería que la conocieras, Constantino. No sé cuánto le pagó, pero Elena puede darte los detalles.

—Eso son tonterías —replica Constantino, con un tono lleno de odio puro—. Díselo tú, Elena.

Sus ojos se encuentran con los míos, y percibo la duda acechando en ellos. Constantino no quiere que hable para demostrarle a Alexander que se equivoca, sino porque él mismo necesita oírlo de mí.

No puedo. No puedo explicarlo ahora, porque no puedo parar de llorar y porque me siento culpable por no haberle dicho antes. Lo intento de todas formas, intento formar palabras, pero solo me salen gruñidos incomprensibles.

—¿Elena?

Me cubro la cara con las manos y sólo entonces escucho el sonido de la puerta cerrándose.

Alexander se ha ido y, una vez más, no ha dejado más que destrucción a su paso.



Nadie respondió a las galanterías de Porthos: solo eran quimeras e ilusiones. Pero para el amor verdadero, para los celos auténticos, ¿podría existir acaso otra realidad más allá de las quimeras y las ilusiones?

Los tres mosqueteros


Capítulo 13

Elena Lazos

He intentado argumentar y explicar mi versión, pero desgraciadamente los acontecimientos recientes han pasado factura demasiado y razonar, ordenar los hechos para que sean coherentes, ha sido imposible.

Constantino me miró con dolor e incertidumbre antes de salir por la puerta, dejándome sola. No quería quedarme allí más tiempo, no quería quedarme allí imaginando lo peor y temiendo el regreso de Alexander. Así que corrí a mi habitación, me desplomé en la cama y dejé que mi mundo se derrumbara.

Las lágrimas no eran solo por la forma en que me miraba, sino sobre todo por el hijo que ahora llevo en mi vientre, por mi dulce sueño al lado del hombre que me robó el corazón, por mí misma, por el miedo que sentí en esa biblioteca, por recordar tan claramente el toque de ese demonio y por saber que nada de lo que dijera me haría daño. Cambió las cosas. Esa propuesta de su abuelo, aunque nunca la acepté, ya era mi perdición, incluso antes de que nos enamoráramos.

Me levanto muy temprano por la mañana: no he podido dormir más que un par de horas.

Después de ir al baño y vestirme, decido que lo mejor es hablar con el Sr. Andreas, porque es el único que puede ayudarme. Quizás hable con Constantine y le cuente la verdad. Cuando toco la puerta del estudio, oigo su voz diciéndome que entre, así que entro.

Me acerco a su escritorio. El Sr. Andreas tiene la cabeza canosa hundida en un libro, leyendo atentamente, pero cuando llego, levanta la vista y me ofrece una sonrisa, que se desvanece en sus labios en cuanto nota que tengo la cara hinchada de llorar toda la noche.

—¿Qué pasó, niña?

— Son tantas cosas que ni siquiera sé por dónde empezar.

“Siéntate y cuéntamelo todo entonces”, dice señalando una de las sillas.

Me siento frente a él, respiro profundamente, luchando por superar mi vergüenza y contarle lo que pasó.

—Estoy embarazada—Empezaré por lo que considero más importante.

“¿Qué… qué hay de Constantino?”, pregunta con los ojos desorbitados en su delgado rostro.

—Sé que se volvió estéril y que las posibilidades eran escasas —concluyo, temiendo que pensara que mentía—. No me preguntes cómo es posible.

—¡Dios mío! ¡Qué bendición, algo maravilloso! —Se tapa la cara con las manos, entusiasmado. Ojalá pudiera sentirme así. —Entonces, ¿por qué te ves triste?

— Le pedí que nos encontráramos en la biblioteca ayer, pero Alexander apareció primero.

Me encantaría contarles sobre el acoso y abuso que sufrí, que no fue mucho peor solo porque lo detuvieron, pero el Sr. Andreas es un hombre mayor y no merece decepcionarse al saber quién es realmente su nieto, así que omitiré algunos detalles.

“¿Alexander fue a la biblioteca?”, pregunta, animándome a continuar.

—Sí, dijo que sabía de mi acuerdo contigo, y me preguntaba si le habías contado algo…

Levanto la vista para analizar su expresión, pero él parece tan sorprendido como yo al oír a Alexander mencionar la propuesta.

—¿Sobre mi invitación a casarme con Constantino? Nunca le dije nada a nadie, sobre todo porque no aceptaste.

—De verdad que no entiendo cómo se enteró de esto... —Niego con la cabeza, sin poder creer mi mala suerte—. Alexander cree que soy una trepadora, que me acerqué a Constantine porque tú me lo pediste.

"Es escéptico, querida. Si su madre se casó por ambición y él conoce a fondo la relación de sus padres, no me sorprende que no crea en la buena gente ni en el amor", concluye, abriendo los brazos y expresando con libertad sus pensamientos sobre el matrimonio de su hijo. "Mi nieto nunca ha conocido estos sentimientos; no le hagas caso".

El problema no es la opinión que Alexander tenga de mí, señor Petrakis, sino que Constantine venga a la biblioteca y Alexander le diga todo esto, que me acerqué a él por interés propio, que usted me pagaba

para hacerlo. Estoy intentando controlarme para no volver a llorar; sé que si lo hago, será imposible parar. Y que no podría estar embarazada de Constantine, ya que él no puede tener hijos.

"¿Me estás diciendo que Constantino te creyó y discutió contigo?", pregunta frunciendo el ceño.

—Y ni siquiera podía explicarle, estaba nerviosa y llorando, pero ahora él piensa que no lo amo, porque sabe de la propuesta que me hiciste.

Solo cuando noto su mirada fija en la puerta que hay detrás de nosotros, me doy cuenta de que ya no estamos solos. Mirando por encima del hombro, veo a Constantine apoyado en el marco de la puerta, con una mirada tan fría como nunca la había visto.

"Vine a hablar con mi abuelo. Quería escuchar lo que tenía que decir sobre esta historia, para darte el beneficio de la duda", dice con tono áspero. "Pero, al parecer, llegaste primero".

—Constantino, yo…

—¿Qué? ¿Llegaste a un acuerdo con él sobre una justificación para no contradecirte?

—¡Basta! —interrumpe el Sr. Andreas y se levanta—. Elena, ¿puedes dejarnos solos un momento? Hablaré con mi sobrino y te llamaré más tarde, ¿de acuerdo? Y trata de mantener la calma; todo este estrés no le va a hacer bien al bebé.

Acepté sin responder y pasé junto a Constantino, sintiendo su gélido análisis. Es horrible ser el blanco de una mirada tan furiosa, después de haber recibido ya sus miradas más cálidas.

Tal vez después de que el abuelo le explique la situación podrá entenderla, y es con esta confianza en mente que los dejo solos.



Constantino Petrakis

Ni siquiera me acosté. No habría servido de nada, porque mis pensamientos frenéticos y turbulentos no me habrían dejado dormir. Alexander nunca fue mi persona favorita, y quizás, de no haber sido por la evidencia que tenía ante mis ojos, no le habría creído.

Elena llegó a mi vida y lo dominó todo, como una avalancha, pero la verdad es que nos conocemos desde hace poco. Dudé, sin querer imaginar que ella pudiera haberlo hecho. Todo eso, que había mentido, traicionado y engañado, pero cuanto más lo pensaba, más claro lo veía. Era un completo idiota.

Y yo habría permanecido en la ignorancia, incluso si la hubiera encontrado con Alexander en la biblioteca, porque lo habría culpado; jamás habría imaginado que estaba en sus brazos por voluntad propia. Incluso podría haber fantaseado con un milagro, culminando en un embarazo inesperado. Pero cuando Alex mencionó el trato con mi abuelo y Elena no lo negó, sentí que la tierra se abría bajo mis pies.

Constantine Petrakis, bastó una sola mirada falsa de ella y la miel de ese coño para volverme el más tonto de los hombres. ¿Cómo puede alguien fingir tanto y tan bien? Su dulzura, su inocencia y timidez, su repentina e intensa pasión.

Después de horas despierto pensando en ello, creí oportuno aclarar las cosas con mi abuelo y, para mi sorpresa —porque curiosamente aún puedo sorprenderme—, los encontré juntos, mientras Elena le contaba los últimos acontecimientos y mi descubrimiento respecto a la estafa.

Ahora estoy aquí, bajo la mirada atenta de mi abuelo, el hombre que siempre he admirado, en quien me he visto reflejada tantas veces y que no dudó un segundo en engañarme.

"¿Por qué te portas así con la chica? Está embarazada", me regaña.

Pero no me afecta.

—No creo que tengas mucha autoridad moral, ya que conspiraste conmigo para engañarme —afirmo lo obvio.

—No fue así. Deja de ser terca y escúchame —dice, negando con la cabeza—. Sí, le propuse matrimonio a Elena, pero no aceptó. Pensé en lo mejor para ti, pero me equivoqué, así que si quieres enojarte con alguien, enójate conmigo.

Su respuesta no es convincente.

—Si no aceptó ¿cómo llegó aquí?

"La contraté para trabajar y le dije que no tenía por qué aceptar lo que le propuse, solo conocerte. Su abuelo era un gran amigo mío", dice, dándome la confirmación que necesitaba.

Sólo conóceme.

Y si eso no fuera suficiente prueba, Alexander mencionó la amistad entre nuestros abuelos, algo que Elena nunca mencionó.

—¿Y me lo dices así? ¿No te avergüenza haberme apoyado para evitar el matrimonio con Megalos, mientras conspirabas a mis espaldas?

"Solo quería que nos conociéramos. ¡Sabía que se llevarían bien!", dice, pasándose la mano por el pelo canoso con impaciencia. "Pero sí, fue un error, y debería haberte consultado. Por eso, te pido disculpas."

— Ella es exactamente igual a mi padre; aparentemente soy el único que queda en esta familia excepto Stephanie.

—No hables así, Constantino. —Tiene la decencia de parecer triste. —Además, ahora tendrás un hijo, ¿no crees que es…? ¿Deberías hacer las paces con Elena y dejar ir al niño?

"¿Un hijo? La verdad es que no puedo tener hijos." La frase suena amarga incluso a mis oídos. "No sé de quién es este hijo, pero sé de quién no lo es."

La mirada de mi abuelo se oscurece, todavía parece juzgarme como el equivocado.

— Elena es una buena chica, estoy segura que no miente.

—No, porque eso no lo haces, ¿verdad?

Le ahorraré la verdad: si no lo sabe, no seré yo quien diga que el hijo que espera podría ser de Alejandro.

—Constantine, seamos prácticos, por favor. ¿No le crees a Elena? —De acuerdo —declara, asintiendo—. Pero está embarazada, y les dijiste a todos que seguirían juntos. ¿Quieres volver y darles esa satisfacción a tu hermano y a tu madrastra?

Sus palabras logran penetrar el escudo de frialdad y rabia que he construido, porque en cierto sentido tiene razón.

Dejar a Elena embarazada sería como anunciar al mundo lo idiota que he sido, sería darle a Alejandro una prueba de que no soy realmente el padre del niño, una confesión de ingenuidad y un signo de derrota, y eso no es lo que quiero.

Además, tarde o temprano me obligarán a casarme, me buscarán una novia, que será otra ambiciosa y disimulada, sin lugar a dudas.

—Quiere que me case, ¿verdad? Quiere un heredero para Cronos —digo, encogiéndome de hombros—. Bien, me casaré con Elena y reconoceré al niño.

Me levanto, empujo mi silla hacia atrás y finalizo la conversación.

"¿Lo harás?" Parpadea, atónito por mi cambio de actitud. "¿En serio?"

—Sí, lo antes posible. Hablaré contigo y lo arreglaré todo.

No le digo que no pienso vivir con ella y que nunca consideraré a su hijo ni a mi medio hermano como míos. Tendré un heredero para la empresa, como siempre quisieron, y, en cierto sentido, él tendrá la sangre de esta familia. Eso les bastará, y espero mantenerme lo más lejos posible de todos.



Elena Lazos

Los acontecimientos que siguieron al caos que se produjo entre Constantino y yo fueron como un borrón.

De repente, encontré una cajita en mi cama, acompañada de una nota muy breve de él, diciendo que quería casarse conmigo. Claramente, no me hacía ninguna gracia la propuesta, ni mucho menos.

Parecía que estaba cumpliendo con lo que consideraba una obligación por el bebé. Lo cual no tenía sentido, ya que no me creía lo del embarazo, así que rechacé su petición y le devolví la caja con el anillo ese mismo día.

Pero él insistió, vino a buscarme para hablar, y sus palabras fueron crueles y duras. Constantino ni siquiera consideró que se había equivocado conmigo, pero no quería que nadie más lo supiera. No quería que Alexander se sintiera vencido, ni que su familia celebrara nuestro fin.

Mantuve mi negativa, pero él utilizó al señor Andreas para hacer su trabajo sucio.

—Tienes que casarte con él, por el niño.

"¿Por qué? No se cree el padre, me llamó mentiroso y cree que lo usé", enumero. "Constantine está enojado conmigo ahora, y yo..."

Bajo la mirada, porque no quiero que él lea dentro de mí y entienda mis sentimientos.

— Enojado, estás enojado con él.

¿Cómo no iba a estarlo? Yo... lo amé tanto, y en tan poco tiempo. —Me abrí, sintiendo las lágrimas atascadas en la garganta—. Solo quería que creyera en mí y me diera la oportunidad de explicarlo todo, pero prefirió sacar sus propias conclusiones y ni siquiera me dio el beneficio de la duda.

—Pero esto puede cambiar, ¿no crees? Tienes que casarte con él y te explicaré las razones. —El señor Andreas se levanta y camina por la... Se sienta en el escritorio y me toma de las manos. —Primero, ¿por qué tienes que hacer esto? Ambos sabemos que no podrás seguir

trabajando aquí si ya no están juntos, después de todo, conociendo a toda la familia y siendo la madre de mi bisnieto.

En medio de tanto dolor y preocupación, ni siquiera pensé en qué sería de mí después de rechazar la propuesta, con un niño en mi vientre, y mientras digiero, continúa el señor Andreas.

—En segundo lugar, Constantino está herido, pero si lo provocas ahora, se pondrá furioso, y no quieres eso.

"No me importa en absoluto", respondo irritado.

—Es mentira, sabes que ese niño que llevas dentro es un Petrakis, y te aseguro que no tienes nada que temer de mí, pero…

La sugerencia sigue siendo implícita. Cree que, si me niego y una vez que se demuestre que mi hijo es un Petrakis, Constantine o incluso su padre podrían intentar obtener la custodia, y mi situación económica, sumada a mi falta de empleo estable, hablaría en mi contra.

—¿Crees que haría eso? ¿Que me quitaría a mi hijo?

—No sé qué decir. —Niega con la cabeza, pensativo—. Normalmente diría que no, pero está dolido y enojado conmigo; no me escucha. Además, hay algo más que debes considerar, Elena.

- ¿Qué?

—Se enamoraron, están tristes y enojados el uno con el otro, pero eso no cambia el hecho de que se aman —dice. buscando mis ojos, mientras me mira con cariño. — Después de que se casen, vivan juntos, las cosas se arreglarán, estoy segura que harán las paces.

—¿De verdad lo crees?

Una chispa de esperanza se enciende en mi pecho. Quizás tenga razón, Constantine está molesto. Yo también lo estaría si pensara que me contactó por un trato. Pero siente algo por mí, tan fuerte como yo por él, y viviendo bajo el mismo techo, solos, podemos arreglar las cosas.

—Por supuesto, no tengo dudas. —El señor Andreas es categórico.

Pero lamentablemente descubrí que esto no podría estar más lejos de la verdad.



La ceremonia fue maravillosa. Hermosa, según me habían dicho, pero no pude analizarla ni disfrutarla mucho, absorta en mis propias expectativas. Ansiaba que todo terminara y que estuviéramos solos, para finalmente experimentar una reconciliación.

Me hicieron un vestido exclusivo, y Constantino estaba impecable, el hombre más guapo del mundo. Después de decir "sí", me dio un largo beso en los labios, y por unos instantes, su tacto y su sabor dominaron mi... sentidos, haciéndome olvidar todos nuestros problemas y creer que sí, había esperanza para el futuro.

Estrechándome la mano delante de todos, era la personificación de un esposo devoto. Celebramos con su padre, su madrastra, Steph, y toda la familia, rebosantes de alegría por tener un hijo. Incluso Jason y Selene empezaron a tratarme mejor: después de todo, no veían la posibilidad de que Chronos tuviera un heredero directo, y ahora eso iba a suceder. Nos sentíamos como recién casados, perdidamente enamorados.

Pero en el fondo, temía la verdad. No me había contactado en absoluto después de la propuesta, y solo las palabras del Sr. Andreas me sostuvieron hasta la ceremonia, porque realmente creía que volveríamos a entendernos.

Sin embargo, cuando terminó la fiesta, nos subimos a una limusina y le indicó al conductor que siguiera una dirección, un lugar desconocido para mí, hasta donde estamos ahora. Es una casa enorme y lujosa, un poco más pequeña que la villa, pero nada de eso importa, porque es imposible pensar en otra cosa que no sean las palabras que acabo de oír.

“¿Entiendes o quieres que lo repita?”, pregunta con la mirada fría y la expresión llena de seriedad.

No se parece en nada al hombre que ha estado a mi lado durante las últimas horas.

—No sé si lo entiendo… —Reúno fuerzas para responder—. ¿Estás diciendo que esta villa es oficialmente nuestro hogar, nuestro hogar, pero que viviré aquí sola? ¿Con nuestro hijo?

—Lo entiendes perfectamente. Es tu casa, pero nuestra residencia oficial. Hoy vuelvo a Santorini porque Chronos me necesita —dice, como anunciando que está a punto de ver una película.

—¿Pero yo? ¿Por qué no puedo…?

—Nunca me has necesitado —lo interrumpe—, ni siquiera para quedarte embarazada. Su tono está lleno de desprecio.

—¿Alguna vez has pensado que quizá yo era sincero? ¿Y que tú eres injusto?

—¿Sincero? Es tu palabra contra la de los médicos que me diagnosticaron, contra las pruebas y la ciencia. —Su risa es puro sarcasmo. —Y también contra la de Alexander.

—Por supuesto, porque es muy confiable.

—No, no lo es. Pero decía la verdad cuando habló de la farsa que jugó con mi abuelo. —Constantine rodea el escritorio y se sienta en el borde del elegante sillón, abriendo el cajón bajo la tapa de madera.

Por un momento, me sorprende ver que la casa tiene un elegante estudio, y me extraña que siquiera lo considere, dado que no tiene intención de vivir allí. Apenas tuve tiempo de asimilar la decoración ni otros detalles: yo no elegí nada, todo lo hizo él, y ni siquiera me consultó. Al parecer, mi opinión era irrelevante, igual que ahora.

Siento que se me forma un nudo en la garganta y se me acumulan lágrimas en los ojos.

—Constantino, sé razonable —insisto un poco más—. Estoy embarazada de ti. Era virgen, por si no lo recuerdas.

—Eso es lo que dices.

—Llevo un hijo en mi vientre y hoy nos casamos. Deberíamos estar juntos. —Siento la humillación en cada palabra, pero las digo de todos modos.

—Tendrás un hijo que llevará mi nombre. —Saca unos papeles del cajón y los coloca sobre la mesa—. Serás mi esposa en teoría, pero no tendremos ningún contacto físico, Elena.

Él empuja los papeles hacia mí y coloca un bolígrafo sobre ellos.

-¿Qué es esto?

"Un contrato matrimonial, un acuerdo", dice con una sonrisa de lado. "Deberías conocerlo, ya que te gusta hacer tratos que involucran dinero".

—Me estás insultando.

Las lágrimas fluyen silenciosamente ahora, no puedo creer que realmente esté pasando por esto.

"Si no quieres leerlo, el contrato dice que recibirás esta casa, que está a tu nombre, y que puedes usar mi dinero como quieras, actuando como mejor te parezca", explica, pronunciando las palabras, para comprobar mi atención. "Debes aceptar verme en ocasiones especiales, festivos o eventos de Cronos que lo requieran. En cuanto a nuestras familias, actuaremos como una pareja de verdad, excepto con mi abuelo".

—¿Sabía de tus intenciones? —pregunto, temiendo que el señor Andreas también me hubiera traicionado.

—No lo sabía, pero se lo diré antes de irme. —Junta las manos sobre la mesa, mirándome con gran seriedad—. El contrato también estipula que no se me debe informar sobre tu vida privada; sé que la fidelidad es un rasgo de carácter y no te la pediré, pero hay una cláusula que te impide revelar tus aventuras extramatrimoniales, preservar mi nombre y decirle a nadie, ni siquiera a familiares y amigos, que el niño no es realmente mi hijo.

Estoy segura de que la sorpresa se refleja en mi rostro. Quiere que firme un documento prometiendo no revelar mis aventuras ni divulgar que nuestro hijo es biológicamente de otro hombre, una mentira absurda que solo Constantine y su odiado hermano parecen creer. Y sin dudarlo, me ofrece un contrato de matrimonio, como si fuera una empleada sujeta a las obligaciones impuestas por su jefe.

“¿Quieres que lo firme?” pregunto absolutamente sorprendido.

—Obvio. Ya firmé.

—¿Y si…? —No puedo terminar la frase, porque las lágrimas que he estado conteniendo por fin se escapan. Constantino me ha abierto el pecho con ambas manos, me ha arrancado el corazón y lo ha hecho pedazos. —Si no firmo, ¿qué pasa?

Cuando lo interrogo, duda por un segundo, antes de revelar toda su crueldad.

"Tu madre está en una clínica; se está recuperando. Lo curioso es que descubrí que la clínica la paga Chronos", dice con frialdad. "Si no firmas el contrato que me protege de tu comportamiento inapropiado, tu madre dejará de recibir tratamiento y retiraré la villa de tu nombre, lo que significa que tendrás que buscar una nueva". —Otro lugar donde vivir, además de volver a trabajar —amenaza, sabiendo que no tengo con quién dejar al niño para hacerlo—. Sé que puedes arreglártelas sola, pero piensa en tu hijo y en tu madre.

El dolor inicial comienza a ser reemplazado por odio, gradualmente.

El hombre del que me enamoré, a quien le entregué mi cuerpo y mi alma, me chantajea, me obliga a elegir entre mi dignidad y mi madre, entre la humillación y el bienestar de mi hijo.

Constantine Petrakis. Romántico, dulce, mi primer amor, pero ahora no es más que un monstruo.

Busco el bolígrafo sobre la mesa, intentando contener las lágrimas que caen y manchan el papel. Todavía llevo puesto mi vestido de novia cuando, con mano temblorosa, firmo el documento.

Satisfecho, se levanta, se abrocha el traje y, sin dudarlo, mete el contrato en un sobre.

—Creo que no hay nada más que decir. Alma estará aquí a partir de mañana y se encargará de la casa y la comida. Si necesitas algo, puedes pedirle que me llame.

—No te necesitaré —alcanzo a decir entre lágrimas.

—Mejor. —Saca la cartera del bolsillo, la abre y saca una tarjeta, que deja sobre la mesa—. Esta es tu tarjeta; te envié el PIN a tu celular. Puedes comprar lo que quieras, para ti, para el bebé y para tu madre. Solo te pido que no me contactes a menos que sea inevitable.

Y sin decir más, me da la espalda y sale del estudio.

Me aferro a la mesa con fuerza, obligando a mis piernas a mantenerme erguida hasta que oigo el sonido de la puerta al cerrarse. Cuando estoy completamente sola, me rindo, deslizándome al suelo y, apoyándome en las rodillas, dejo que las lágrimas me dominen.

Después de unos minutos, me arranco el velo y las pinzas del pelo, y las tiro. Lo dejo salir todo: el resentimiento, la tristeza y la horrible sensación de rechazo. Duele tanto que siento que podría morir, pero sé que nadie ha muerto por amar demasiado. En medio del sufrimiento, crecen las certezas, nacidas del odio.

Constantino se arrepentirá de lo que me hizo y me suplicará perdón. De rodillas.

Elena, a quien conoció —una chica ingenua, ingenua y enamorada a la que abandonó sin mirar atrás— ya no existe. La mató.

Me pongo la mano sobre el vientre, aún plano. No hay rastro visible del bebé que llevo dentro, pero acaricio su piel como si estuviera tocando a mi propio hijo.

—Lo juro, mi angelito, por ti. Nadie volverá a humillarme. Él nos dejó, pero yo nunca te dejaré, y pronto, te lo prometo, seremos una familia feliz, tú y yo.



Cuando Alma llega a la mañana siguiente, sus ojos revelan todo lo que no está diciendo.

—Buenos días, señora Petrakis.

Señora Petrakis. Dejé de ser Elena, su subordinada, y me convertí en su amante, la esposa de uno de los hombres más influyentes del mundo. Una constatación que ahora me llena de asco.

— Buenos días, Alma.

- ¿Cómo estás?

¿Cómo te sientes después de ser abandonada por tu marido en tu noche de bodas?

¿Cómo estás, embarazada de un hombre que me pidió no ser contactado por mí?

Las preguntas están en sus ojos, aunque no las diga; hay piedad y compasión.

—No necesitas mirarme así, Alma.

—Es que la señora tiene los ojos hinchados.

—Sí, porque lloré mucho —lo admito, ya que no tiene sentido negarlo—, pero ya pasó: fueron las últimas lágrimas que derramé por él.

Alma asiente, esbozando una leve sonrisa.

—Cierto. Fue el señor Constantine quien pidió que me trasladaran aquí, y siempre lo he considerado como un hijo, pero lo que está haciendo con la señora es muy injusto e incorrecto.

—No hablemos más de eso: seguiré con mi vida y haré todo lo posible por no pensar en él hasta que llegue el momento. Además, no tiene sentido que me llames «señora»; suena muy raro.

Alma acepta, respirando aliviada.

—Suena exactamente así; soy casi cuarenta años mayor que tú, pero quiero que sepas que haber sido ama de llaves mientras trabajabas allí no cambia nada. Haré lo que me pidas y siempre tendrás mi respeto.

—Gracias. Creo que nos haremos amigos entonces.

La dejo que prepare el almuerzo, porque ya he desayunado, y me dirijo al estudio. En medio de la noche... Después de pasar un tiempo solo en esa enorme cama, hundido entre una pila de almohadas, mi plan comenzó a tomar forma.

Estaba a un semestre de terminar mis estudios cuando todo pasó, y ahora ya no tengo ninguna deuda con la universidad, porque el Sr. Andreas lo pagó todo. Podría haberme graduado en seis meses. No tengo suficiente dinero para hacerlo por mi cuenta, no es dinero que realmente me pertenezca, pero sé cómo conseguirlo.

Planeo terminar mis estudios durante el embarazo y, antes de que nazca mi bebé, empezaré a ofrecer mi trabajo. Con los contactos adecuados, crearé mi propia empresa. Cada céntimo gastado en el periódico que dejó Constantine será para nuestro hijo, porque esa obligación es tanto suya como mía. No quiero nada para mí, y cuando me recupere, tendré mi propio dinero y estabilidad financiera; devolveré cada euro, pagaré todo lo que Constantine me dio y luego solicitaré el divorcio. Ningún juez me quitará a mi hijo si mantengo una conducta adecuada y las condiciones para mantenernos.

La próxima vez que Constantino escuche mi voz será para pedirme que firme unos papeles, y esos serán mi carta de liberación.

Durante la primera semana después de la boda, me dediqué exclusivamente a estudiar. No salí de casa y me dediqué a finalizar mi plan de negocios. Contacté con la universidad, expliqué la situación de mi madre y el embarazo, y me dijeron que podía estudiar a distancia el último semestre. Con eso resuelto, tenía que dar el siguiente paso.

Y por eso, después de días de no aparecer, hoy estoy en la villa.

Por suerte, todos los que me hicieron daño ya no están en Mykonos; han vuelto a sus vidas. Solo encuentro al Sr. Andreas y a las criadas, quienes con el tiempo se han convertido en mis amigos.

“Qué amable de tu parte venir a visitarme”, dice tan pronto como me da la bienvenida a la sala de estar.

Esta vez vengo no como empleado, sino como parte de la familia, una familia distorsionada y horrible.

—Me hubiera gustado venir antes, pero tardé unos días.

El señor Andreas asiente y aprieta los labios.

—Escuché lo que pasó y lo siento, Elena. Te llamé varias veces.

—No quería hablar más, lo siento.

—¿Por qué? Yo te dije que todo se arreglaría después de la boda, pero nunca imaginé que Constantino regresaría a Santorini y te dejaría aquí.

— No es su culpa.

"Sí, lo es. Me equivoqué desde el principio", dice ella, negando con la cabeza. "Ahora mi sobrino no me habla. Me llamó justo después de la boda, me contó sus planes y me dijo que no quería que me entrometiera más en su vida".

Él suspira profundamente y puedo ver lo que esta tensión entre los dos y los acontecimientos recientes le han hecho al hombre mayor.

—Constantine le pidió a Alma que cuidara su casa. Intenté convencerlo de que no volviera a Santorini ni te llevara con él, juro que lo intenté, pero se negó y ahora ni siquiera contesta el teléfono cuando lo llamo.

“Me hizo firmar un contrato”, digo, porque por fin puedo hablar de ello, con más rabia que tristeza. “Un documento que dice que recibiré dinero para hacer lo que quiera y que él registrará al niño, pero que no debo buscarlo, porque nuestra relación ya no es recuperable.

— ¿Qué? —El señor Andreas se exaspera y su rostro se sonroja intensamente.

—No creo que te haya contado esta parte…

—¡Voy a matar a ese mocoso! —tronó, poniéndose de pie—. Espera aquí, Elena; les diré que se preparen para el vuelo, porque quiero hablar con él ahora mismo.

—No, señor Petrakis, por favor —le suplico, tocándole el brazo —. Esto no es lo que quiero, y no es por esto que vine.

—¡Pero no puedo dejar las cosas así! ¿Cómo se atreve? ¡Esto es inaceptable!

—Claro que es absurdo, pero no quiero un marido que se vea obligado a estar conmigo; yo merezco algo mejor, y mi hijo también.

—Lo sé, pero —vuelve a sentarse— me siento culpable, quiero ayudar a arreglar las cosas.

Niego con la cabeza y tomo su mano.

—Muchas gracias, pero nuestra relación es insalvable. Si de verdad quieres ayudarme, tengo algo que pedirte.

—Lo que sea —dice, apretándome los dedos—. ¿Qué necesitas?

Constantino dejó una nota para gastos, pero no quiero nada de él, al menos para mí. Quiero ser independiente, y solo puedo lograrlo si termino mis estudios.

—¿Quieres que te pague las cuotas restantes para que puedas terminar el curso?

—Sí. No quiero que lo hagas como un favor —le explico, cansada de que me malinterpreten— ni que me des el dinero, sino que sea un préstamo.

"Claro que no. Ahora eres mi nieta, y tu bebé es mi bisnieto", responde con firmeza. "Eres familia, Elena, no solo por Constantino, sino por la amistad que existía entre tu abuelo y yo".

"No quiero que me des el dinero, porque no puedo sentirme en deuda", le digo, explicando mis sentimientos. "Pero sé que tardaría demasiado en devolverlo si dependiera de los recursos comunes. Así que lo que he imaginado es devolver el préstamo ayudándote con tus inversiones", sugiero, presentando inmediatamente mi idea.

Al contrario de lo que pensaba, no parece sorprendido ni incrédulo.

—Constantino dijo que eres muy bueno en los cálculos y que salvaste la empresa de su amigo.

Asiento, pensando que lo sucedido al menos me sirvió como referencia.

—Quiero tener mi propia empresa, orientada a inversiones de riesgo.

—Entonces define tu compensación, te confiaré parte de mi dinero para que lo inviertas —concluye entendiendo mi propuesta.

—Gracias. Te lo agradezco mucho y, si no es mucho, me gustaría pedirte un último favor.

—De nada, Elena.

—Si crees que mi trabajo es bueno, si confías en mí, me gustaría pedirte que me recomiendes con posibles inversores. Conozco tu influencia y espero que, para cuando me gradúe, tenga una buena cartera de clientes con la que empezar.

— Cuente con nosotros, los mejores clientes de siempre.

— ¡Muchas gracias! — Esta vez tengo los ojos llenos de lágrimas, pero son de emoción, de agradecimiento. — Pero no lo hagas todavía, espera los resultados de mi trabajo antes de decidirte.

Confío en ti, Elena. Y esta será mi forma de redimirme, al menos un poco. Si de verdad eres tan buena, tu empresa prosperará en un año, te lo garantizo. —Hace una pausa e inclina la cabeza, dándole vueltas a una idea—. También me gustaría preguntarte algo.

- Dime.

"Soy un hombre mayor y solitario", dice, sin autocompasión ni victimización, sino simplemente como una declaración. "Mis nietos casi nunca aparecen, y creo que ahora ocurrirán aún menos. Así que quiero formar parte de tu vida y de la de mi bisnieto, sea hombre o mujer, para seguir tu embarazo y estar cerca incluso después. Sé que tienes razones más que válidas para estar enfadado con Constantine, pero te pido que separes lo que te hizo de quién soy yo".

— No estoy enojado contigo.

—Lo sé, pero entiendo adónde quieres llegar con ese deseo de independencia. Quieres la libertad de poder separarte de él en el futuro, y cuando eso suceda, espero que no me rechaces también. ¿Puedes prometerlo?

Asiento sin dudar. Es evidente que, en mi ira, no quería volver a ver a nadie de esa familia, pero el Sr. Petrakis es un buen hombre, que cometió errores pero sigue siendo una buena persona; era el mejor

amigo de mi abuelo, y de no haber sido por él, mi madre no habría tenido ninguna oportunidad.

—Te lo prometo, quiero que seas parte de todo.

—Entonces tenemos un acuerdo.

Otro trato, porque al parecer mi vida se ha convertido en una montaña de acuerdos y contratos.

—Consideremos entre un 20% y un 30% de las ganancias que obtendrás de tus inversiones —sugiere, y mis ojos se abren de par en par ante ese porcentaje absurdo.

—No tiene por qué ser mucho. Normalmente, con inversiones exitosas, obtengo alrededor del quince por ciento, y eso es más que suficiente para pagar la universidad y vivir.

—Sí, pero quiero apoyar el inicio de tu emprendimiento.

—El treinta por ciento es demasiado, no puedo aceptarlo —me niego, negando con un gesto.

—Veinte, y listo. Pero quiero una ganancia exorbitante para asegurarme de que obtengas suficientes ganancias.

—Aún no me he graduado, señor Petrakis.

—No depende del título, sino del talento, y sé que tienes mucho. Apuesto mucho y quiero verte ganar.

—Muchas gracias, entonces acepto el veinte por ciento —asiento con la cabeza—. Prometo no decepcionarte.

—Sé que no, te transferiré el dinero hoy. Solo tengo una petición más...

- Por favor.

—Es un poco vergonzoso.

- ¿Qué?

—¿Puedes dejar de llamarme señor Petrakis o señor Andreas y llamarme abuelo?

Una sonrisa se dibuja en mi rostro al ver la vergüenza en él. De verdad, es el pariente más cercano que tengo ahora, incluso en estas

circunstancias. Además, aparte de mi madre, ya no tengo... Familia y tener a alguien, aunque sea pariente de Constantino, me llena de alegría.

—Te llamaré abuelo.



Ya es de noche cuando suena mi teléfono: es una llamada de Catherine. Alma ya se ha ido a descansar; hemos decidido que tendrá las noches libres y dormirá en su casa con su familia. Esta fue la razón principal por la que aceptó dejar su cómodo trabajo de limpieza y venir a trabajar aquí.

Así que ahora estoy solo en mi gran cama, con la televisión encendida y un plato de pasta que recalenté.

—¿Cómo estás, amigo? Perdona que te interrumpa la luna de miel, ¡pero tenía muchas ganas de hablar contigo! —Cat empieza a hablar en cuanto le contesto.

—Estoy bien, Gato. ¿Y tú?

Ella aún no sabe qué ha pasado en los últimos días y, por lo que vio en la boda, debe pensar que Constantino y yo hemos hecho las paces y que estamos viviendo mil y un momentos de amor.

—Bien. Excepto por Aquiles, que me está volviendo loco.

—¿Tu hermano? ¿Por qué?

—Decidió irse a vivir con mi sobrina, se le metió en la cabeza que son una carga aquí en casa y que necesita un espacio para ellas.

—Pero él siempre te ayudaba con los gastos…

—¡Claro que sí! ¡No sé de dónde sacó esa idea!

"¿Has pensado alguna vez que a veces solo quiere su propio espacio?", sugiero. "Está soltero, quizá quiera conocer a alguien, no sé".

—Mi amigo Achille no ha salido con nadie desde que está en silla de ruedas. ¡Necesita una novia! Me preocupa; ¿cómo se las arreglará sin nosotros?

—Tranquila, Cat. Es un hombre tranquilo, y la silla de ruedas no le impide hacer cosas ni cuidar de Pandora. Seguro que todo saldrá bien.

—¡Ojalá que sí! No quiero ofender a mi hermano con mis miedos, pero estoy preocupado.

—Lo sé, y Aquiles también lo sabe.

—¿Y tú? ¿Ha mejorado la relación con tu marido desde la boda? Estuviste muy romántica en la fiesta.

Suspiro, resignada, y paso la siguiente hora contándole a mi amiga los últimos acontecimientos. Quería ocultarlo por vergüenza, pero no serviría de nada, porque en algún momento Cat se daría cuenta de que Constantine nunca está y que nuestro matrimonio no es más que una farsa.

Para cuando termino de explicarle, ya ha agotado la lista de todos los insultos del mundo.

—No te preocupes, amiga. Te apoyaré y estaré ahí para lo que necesites, al igual que el señor Petrakis, ¡y estoy segura de que la tía Melina pronto se recuperará y será la abuela más problemática de Grecia!

—Que el cielo lo escuche, Gato.

—¡Lo hará! Y te prometo que, si alguna vez me encuentro con ese idiota de tu marido o con ese gusano de su hermano, encontraré la manera de vengarme de lo que te hicieron. ¡Lo juro!

—Seguiremos adelante. Cuando menos lo espere, recibirá mi solicitud de divorcio.

—Sí, criaremos muy bien a este sobrino o sobrina mío. Tú no tuviste padre y te has convertido en una mujer increíble. Yo no tuve madre, y mira dónde estoy. Este niño recibirá mucho amor.

—Gracias, amiga. Te amo.

—Yo también te amo, Elena.



Constantino Petrakis

Estamos sentados en una mesa al fondo del pub. Siempre que estamos en Londres, Isaac nos lleva a sitios como este, donde podemos beber y charlar hasta tarde.

"¿Quieres decir que te casaste con Ella y no nos invitaste?" pregunta Klaus frunciendo el ceño.

Resoplo, molesto por el interrogatorio.

—¿No oíste nada de lo que dije? Dije que no era una boda de verdad.

"Le gustas, y le gustas", señala Isaac. "Se vistió de novia, y tú te pusiste un esmoquin, le diste el 'sí, quiero' y todo lo demás. ¿En qué se diferencia eso de una boda de verdad?"

—No me gusta —refunfuño, tomando un sorbo de cerveza para ignorarlo.

—El día que me llamaste te gusté.

—Fue antes de que descubriera quién era realmente, las cosas han cambiado.

Capto las miradas que intercambian los tres; al parecer, creen que estoy a la deriva, y no es del todo mentira. En nuestra última conversación, en la oficina, fui lo más duro posible, e incluso con enfado, dudé al mencionar a su madre, que estaba enferma. Me sentí como un monstruo, a pesar de que me había engañado.

—¿Entonces Helena era una aventurera? —pregunta Apolo. Levanta la mano y empieza a contar con los dedos—. ¿Te engañó con tu hermano, se embarazó e intentó engañarte diciendo que el niño era tuyo?

- Exacto.

—Y también tenía un trato con tu abuelo para obligarte a casarte con ella— completa.

—Dios mío…—Klaus niega con la cabeza.

No era el momento de nuestra reunión anual, pero todo lo sucedido me obligó a reunir a mis amigos. Tenía que contarles a los tres toda esta mierda, y no habría habido mejor manera que charlando, tomando algo.

—Esa mujer es una psicópata —dice Isaac, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. ¿Cómo pudo ser tan mentirosa? Estabas convencido de que estaba enamorada, ¡y hasta me ayudó!

—Debería haber sospechado cuando dijo que estabas buena —murmuro, vaciando mi vaso de whisky.

—¿Tu esposa dijo que yo estaba sexy?

—No la llames así —gruño, irritándome de nuevo.

—Pero es tu mujer, Porthos —dice Apolo estallando en carcajadas.

—Cállate. Lo dijo, pero ahora creo que fue el menor de sus deslices.

—Vamos, soy bastante guay —responde, señalándose—. Al menos no se equivocaba en eso, ni mentía.

¿Quieres morir, D'Artagnan? Te reuní porque necesitaba apoyo, y solo me estás sacando de quicio.

—Pidamos otra botella y vaciémosla en honor a nuestro maldito amigo —decide Isaac, asintiendo a Klaus.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Sin dudarlo, Klaus le pide a la camarera otra botella y la abre, llenando nuestros vasos.

“Brindemos”, sugiere Apolo, casi tan borracho como yo.

—Sí. Por el trabajo y la suerte en los negocios, porque el amor solo existe para fastidiarnos. —Las palabras de Klaus están llenas de resentimiento, y me hacen creer que sabe de lo que habla.

Nuestros vasos chocan y nos lo bebemos todo de un trago; el líquido me quema la garganta y los recuerdos continúan atormentándome.

La dejé en casa, con ese maldito vestido de novia. Lloraba, la falsa traidora, pero aun sabiéndolo, era como si hubiera dejado atrás mi

corazón.

Frente a Elena, tuve que hacer acopio de todo el orgullo que tenía dentro, obligarme a recordar una y otra vez todas las razones para no quedarme y no creer lo que esos ojos azules me decían.

Una bruja, o una diosa con poderes místicos. Porque solo así puedo explicar por qué sufro y siento pena por alguien que me apuñaló con tanta crueldad.


Capítulo 15

Elena Lazos

Tres meses de embarazo…

El primer trimestre pasó rápido. Esto se debe a que no me dejé abrumar por la tristeza y la conmiseración; en cambio, me puse manos a la obra y comencé a prepararme para el futuro, para lo que estaba por venir.

He vuelto a mi curso de economía, cursándolo a distancia, y eso es lo que me llena cada tarde. Durante el día, he aplicado todos mis conocimientos a invertir el dinero que me han confiado, analizar las rentabilidades e identificar posibles inversores.

Mi empresa ya tiene nombre: Elênica Investments, y aunque aún no me he graduado, ya tengo dos clientes satisfechos que generan ganancias crecientes. Con esto, y la buena rentabilidad que he obtenido para el abuelo Petrakis, he logrado pagarle la totalidad de su deuda. Es mi último semestre de universidad y también he empezado a rehacer mi vestuario, comprando ropa formal, femenina o simplemente más elegante.

Además, junto con Heitor e Irene, me estoy preparando para reabrir Lazos y dejar el restaurante bajo su gestión, con el apoyo de Achille, el hermano de Caterine, en la cocina.

Pero hoy, mientras el abuelo, Cat y yo esperamos a que nos llamen para saber finalmente el sexo de mi bebé, Stephanie está hablando conmigo por teléfono sobre un asunto más frívolo.

—Iré a verte para arreglar esto, espérame cuñada.

Ella desconoce la verdad sobre Constantine y yo, porque, como él dejó claro y estableció en una cláusula contractual, nuestras familias no deben ser informadas. Así que Steph simplemente cree que su hermano ya no está en Santorini por trabajo, sino que viene a Mykonos los fines de semana.

—No necesito mucho, Steph. Compré ropa nueva y con eso me basta por ahora.

No es que no quiera, es que no puedo permitírmelo ahora mismo.

—Tienes dinero ilimitado, querida. Claro que necesitas comprar zapatos, joyas y bolsos que combinen con tu ropa nueva. Lo que es de Tine también es tuyo.

Dios ayúdame…

"Lo pensaré y quizá compre algo dentro de unos meses", digo, encontrando lo que considero la excusa perfecta. "Estoy embarazada, ¿recuerdas?"

"¿Y eso qué tiene que ver? ¡Ni siquiera deberías haber empezado con la ropa! Te crecerá la barriga y ya no te quedará, pero las joyas y los bolsos se quedarán", dice Steph, y me doy cuenta de que su lógica tiene todo el sentido. "Y luego, vamos a ver al Dr. André para que te quite esas gafas enormes".

—¡Steph! ¿Qué les pasa a mis gafas?

Oigo la risa del abuelo a mi lado y lo veo negar con la cabeza: conoce bien a su nieta. Incluso Catherine parece estar disfrutando.

—¡Ni hablar! El problema es que esas gafas te tapan los ojos, los más bonitos que he visto. Es casi un crimen ocultarlos. Ponte las lentillas ahora mismo.

Resoplo resignada y pienso en una respuesta evasiva para que deje el tema, pero en ese momento aparece el médico en recepción.

—¿Nos vamos, Elena?

El Dr. Fabio está siguiendo mi embarazo, así que ya nos hemos visto varias veces. Pero esta es la primera vez que siento ansiedad. Cat me sonríe nerviosa, con los ojos brillantes de anticipación.

—Tengo que irme, Steph. Es hora.

—No olvides llamarme luego. Quiero ser el primero en saber si es niño o niña. O sea, el primero después de mi hermano.

Siento un nudo en el estómago. La verdad es que Constantino será el último en enterarse, y si por mí fuera, quizá nunca lo supiera.

—Claro, te llamo cuando terminemos.

Después de colgar, guardé el teléfono en mi bolso y seguí al médico hasta su consultorio, con mi abuelo y Cat a mi lado.

—Puedes ponerte el camisón y subirte a la cama, Elena.

Siguiendo las instrucciones, corro al baño y me cambio sin dudarlo, regresando enseguida con los demás. Me subo a la mesa de exploración y respiro hondo, intentando controlar la ansiedad. El abuelo arrastra un taburete y se sienta a mi lado, tomándome de la mano. Catherine también se sienta cerca de mi cabeza, justo delante del monitor.

Comienza el examen y el Dr. Fabio me aplica el gel frío en el vientre, deslizando el transductor. Las imágenes en blanco y negro empiezan a tomar forma en la pantalla. Revelan la silueta de mi pequeño milagro, y entonces el latido de su corazoncito llena la habitación. Lo había oído antes, pero esta es la primera vez que lo veo.

"¿Este... es el corazón de mi nieto?", pregunta el abuelo, volviéndose hacia el médico con evidente fascinación.

—Sí, señor. Es emocionante, ¿verdad?

—¡Suena como una melodía!

Cat me agarra la otra mano y la aprieta con fuerza. A pesar de la emoción, su rostro se ilumina con una sonrisa radiante.

—Ya es hora, amigo. ¡Lo averiguaremos!

"¿Estáis preparados?", nos pregunta el doctor Fabio sonriéndonos.

Asiento, incapaz de contener mi ritmo cardíaco acelerado, que se mezcla con el de mi bebé, mucho más rápido. Deslizando con cuidado el transductor, el médico lo posiciona con precisión. Y entonces, las palabras mágicas llenan la habitación.

—Felicidades, mamá. ¡Vas a tener un niño!

Mientras las lágrimas de alegría inundan mis ojos, Cat salta y celebra, abrazando torpemente mi cabeza y besando mi cara con entusiasmo.

—¡Un niño! ¡Estoy deseando que llegue!

El abuelo Petrakis me aprieta la mano con más fuerza y luego la besa. Su sonrisa es radiante.

"Un niñito, Elena...", murmura, con una mezcla de gratitud y felicidad. "Estoy orgulloso de ti, querida, y estoy deseando conocer a nuestro pequeño tesoro".

Por un instante, un pensamiento fugaz me llega, y el momento de alegría queda eclipsado. Constantino debería haber estado aquí.

Pero no, él no quería estar allí.

Y entonces pienso en mi madre. ¡Cómo me gustaría que despertara!

Seis meses de embarazo

Enorme. Puede parecer gracioso, pero me incomoda que mi barriga siempre llegue primero a donde quiera que vaya, e incluso en estas condiciones, Stephanie no para. Arrastrándome por el centro comercial al aire libre, de una tienda a otra, comprando cientos de cosas.

Gracias a Dios, mi negocio va viento en popa: ya tengo ocho clientes y, si todo sale como espero, cerraré hoy la venta con Theodore Lykaios. Fiel a su promesa, el abuelo Petrakis me recomienda a sus amigos, y es raro que una recomendación suya no surta el efecto deseado.

Si él, con su fortuna astronómica, confía en mí, ¿por qué no deberían hacerlo los demás? Creo que esa es la creencia común.

Theodore tiene casi tanta riqueza como los Petrakis (no puedo distinguir la diferencia exacta), pero si todo va bien, sé que la inversión que pretende hacer será enorme y será mi pasaporte a la riqueza y la estabilidad.

—¡Vamos, Elena! Aún falta mucho, y tú caminas como un patito.

—Claro —resoplé—. Intenta tener un bebé gordito que se cree futbolista en tu barriga, y luego hablamos.

—¡Mi sobrino no está gordito! Su tía es modelo —dice, como si eso demostrara algo.

"Sí, claro..." Me detengo a mitad de camino, poniendo las manos en la espalda, que empieza a doler. "¿Qué falta? Ya tengo mis lentes de contacto, mi vestido está listo en casa, y me hiciste comprar unos tacones que ni siquiera sé si podré usar".

—¡Es tu graduación! Que mi hermano no pueda venir no significa que tengas que estar guapísima, ¿sabes? Nos vamos a peinar, hacer las uñas, maquillar y, por último...

- ¿Qué?

Stephanie me señala una joyería elegante al otro lado del pasillo, una que no puedo permitirme ahora mismo. Aunque gano cada vez más

y ahora incluso puedo pagar los servicios de Caterine, que trabaja conmigo en Elênica, tengo otras prioridades.

Mi libreta siempre está en mi bolso; la llevo a todas partes. Enumera todos los gastos que he hecho con la tarjeta de Constantine, sobre todo para nuestro hijo, así como el valor estimado de la casa y todos los muebles que he rechazado o donado. Aún me falta mucho para llegar a la cantidad total, y si sigo gastando en cosas innecesarias, solo retrasaré el proceso.

—No necesito una joya, ya tengo esto —digo, mostrando el anillo en mi dedo.

—Eso ni siquiera es un accesorio, es un collar, cuñada. Necesitas unos aretes y un collar nuevos para esta noche.

Él tira de mi mano, arrastrándome hacia la joyería, y yo gimo, quejándome como siempre de la situación en la que me ha metido su idiota hermano.

“Nos gustaría ver collares y pendientes”, le dice a la dependienta, quien sonríe al reconocer su rostro.

— ¡Por supuesto que te traeré nuestras mejores joyas!

—Mira en qué lío me has metido, Steph —refunfuño—. ¡Reconoció a la heredera derrochadora y nos traerá las cosas más caras!

—¿Y entonces? Las más queridas también son las más hermosas, y tú mereces lo más espléndido de todo —concluye, pellizcando mi mejilla.

Cuando la mujer regresa con una bandeja, Stephanie me empuja más cerca del expositor y comienza a probarse las piezas, sosteniéndolas cerca de mis orejas y mi cuello.

"Es difícil elegir", se queja, haciendo una mueca. "No hay ninguno que no te quede bien".

—Estoy de acuerdo. La vendedora asiente, mirándome fijamente.

"¿Qué pasa?", pregunto, pasándome una mano por la cara, buscando alguna imperfección o algo extraño.

—Nada, es que eres hermosa. Creo que nunca había visto una mujer tan hermosa…

—¡Oye! —exclama Steph, fingiendo ofensa.

—Disculpe, señorita Petrakis. Quería decir que nunca había visto a dos mujeres tan hermosas.

"No tienes que justificarte, ¿vale? Mi cuñada es maravillosa, pero está casada con mi hermano, así que olvídalo", dice, dejándonos a la vendedora y a mí avergonzadas.

“Gracias”, digo un momento tarde.

La verdad es que no me siento tan bella estando embarazada, pero los elogios sinceros siempre aumentan mi autoestima, y los agradezco mientras sostengo una figura parecida a una sandía frente a mi cuerpo.

Tomemos los pendientes azules, que combinan con sus ojos — Steph señala la joya que cuesta un ojo de la cara— y el collar con un colgante que lleva un pequeño diamante.

— Steph, no quiero comprar nada tan caro, prefiero ahorrar dinero — susurro para que la vendedora no pueda oír.

Pero Stephanie pone los ojos en blanco con incredulidad.

—Será un regalo de mi parte, deja ya esa obsesión por ahorrar dinero.

Todavía quejándome, salgo de la joyería con ella y me arrastro inmediatamente a la tienda de al lado.

—¿Y qué hacemos aquí?

—Estamos comprando lencería. Te vi cambiándote hoy, ¿recuerdas? ¡Imagínate si la pobre Tine viniera a visitarte este fin de semana y encontrara esas bragas! ¡Dios no lo quiera! Estamos comprando ropa muy sexy.

¡Ni hablar! Me sonrojo y me dan ganas de gritarle que ni Constantine ni nadie más verá mi lencería, pero prefiero usar la excusa que siempre me ha funcionado. "¡Estoy embarazada!"

—¿Y? ¿Debes estar embarazada y ser una fanática?

Como de costumbre, Stephanie no me deja otra opción que arrastrarme hacia los expositores. Proporcionando la información. La dependienta, incluso de mi talla, que no sé cómo lo descubrió, elige

varias prendas sexys llenas de encaje y telas transparentes, cosas que nunca he usado en toda mi vida.

Primero porque era virgen y tímida, y ahora porque realmente no tengo con quién usarlos.

— Anda, ve a probártelos.

—No puedo probarme bragas…

"Pero sujetadores, sí, y estos bustiers", dice, lanzándome las prendas al regazo, "y no te olvides de los camisones. Si te quedan bien y te gustan, ¡puedes ponerte bragas para probártelos!"

—¿Y cómo carajos voy a probarme un corsé con esta barriga, Stephanie?

Sus ojos se abren de par en par y se echa a reír, echando su cabello negro hacia atrás.

—¡Dios mío, qué tonta soy! Perdón, los corsés pueden esperar…

Sin embargo, me empuja hacia el vestuario y se sienta en un banco no muy lejos, esperando.



Constantino Petrakis

Estoy en mi oficina, analizando los informes que acaban de llegar de varios países, detallando la cantidad de aviones que volaron este mes, la cantidad de boletos vendidos por nuestra compañía y las aeronaves que han reportado problemas y necesitan ser reemplazadas. Es un trabajo para varias personas, pero intento al menos estar al tanto de las solicitudes antes de delegar.

Mi teléfono vibra sobre la mesa y el nombre de Stephanie aparece en la pantalla, pero prefiero ignorarlo. Últimamente, me ha estado enviando mensajes y llamando constantemente para hablar de Elena, y como no puedo decirle la verdad, me veo obligada a escuchar y responder con lo que mi hermana quiere oír.

Nos casamos hace cinco meses y esa fue la última vez que la vi. No he buscado fotos suyas, no he usado redes sociales y me he mantenido lo más alejado posible para desintoxicarme, pero, por supuesto, mi familia nunca pierde la oportunidad de mencionar a mi esposa.

Elena y su compañía lo están haciendo genial, ¡deberías estar orgulloso de ella!

Claro, tener acceso ilimitado a mi dinero hace que sea fácil iniciar un negocio y prosperar, pero sería extraño si no funcionara.

Elena dijo que pasasteis un fin de semana increíble en Milos.

Sólo puedo imaginarme con quién fue realmente, definitivamente trajo a algún amante para una escapada romántica.

Elena dijo que vas a tener un niño, ¡qué feliz debes estar!

Sí, estoy muy feliz de ser padre del hijo de otra persona. En este caso en particular, no me escatimé en detalles: mi abuelo tuvo la amabilidad de enviarme una foto de la ecografía, una imagen en la que no pude ver nada, pero con el pie de foto apropiado: "Vas a ser padre de un niño, aunque este niño no tenga padre".

Y ahora Stephanie, que pasó toda la semana hablando de la graduación de Elena y de lo absurdo de mi ausencia.

Maldita sea. ¡No para de llamar!

—¿Qué pasa, Stephanie? —respondo. El buen humor con el que me había despertado apenas se evapora al recordar a Elena.

¡Guau! ¡Qué amable! —responde con sarcasmo—. ¿Dormiste mal?

— No. — Respiro profundamente, intentando no descargar mi ira en ella. — Estoy trabajando.

—Entonces me daré prisa —baja la voz hasta un susurro casi inaudible—. Sabes que hoy es la graduación de Elena y ya me dijiste que no podrás venir.

—Sí, estoy muy ocupado, pero le enviaré un regalo más tarde — miento.

—Eso es precisamente de lo que quiero hablarte. ¡Elena es tan tacaña, Tine! —comenta, riendo inmediatamente después—. ¿Puedes creer que no quiera comprar bragas para ahorrar? Sí, has oído bien. ¡Bragas!

Frunzo el ceño, sorprendida por la novedad. Es lógico que, al ser Stephanie, no sean solo bragas, sino... lencería lujosa y muy cara; sin embargo esta actitud no corresponde al comportamiento que esperaba de Elena.

—¿En serio? —Por desgracia, una imagen inapropiada me cruza la mente y termino recordándola bajo las estrellas, en ese yate, con las bragas entre las manos… —Le dejé una tarjeta ilimitada para que compre lo que necesite —digo, interrumpiendo mi hilo de pensamiento.

¡Lo sé! Pero creo que cree que te hará sentir miserable si la usa. ¿O quizás es porque de verdad odiabas a los especuladores? —sugiere, insegura—. Quizás quiere demostrarte que está contigo por amor, porque te juro que no compra nada.

-¿Está seguro?

—Por supuesto, salvo algo para Lelè, y en cualquier caso nada caro.

Lelè, según tengo entendido, es el nombre del bebé que está a punto de nacer, o un apodo; nadie me ha dicho aún su verdadero nombre, y aún tengo miedo de decir alguna tontería. Podría preguntarle a Alma, pero me da vergüenza.

—Hablaré contigo sobre ello —digo, mintiendo una vez más.

"No sirve de nada, podría ser su personalidad, con todo este rollo de inversionista-economista. Fui a comprarle una joya para su graduación, ¡y se negó! Tuve que decirle que era un regalo para que la aceptara", dice, completamente sorprendida. "Pero te llamé para ver si podías pagarme la lencería. Al fin y al cabo, tú eres quien se va a beneficiar", concluye riendo.

Ojalá pudiera negarme. Ya le di la tarjeta para que comprara lo que quisiera. No es mi problema si no la usa. Por desgracia, eso parecería demasiado extraño.

"Te enviaré la información de contacto de la tienda y harás una transferencia bancaria, ¿de acuerdo?", decide Steph sin esperar respuesta. "Porque estoy segura de que no usarás esa maldita tarjeta".

—Mmm… —Me froto la cara, frustrada. Todas estas mentiras me ponen en situaciones similares. No me importa hacer una transferencia bancaria si me ayuda a preservar mi secreto. —Vale, lo haré.

—¡Gracias! ¡Eres el mejor! O casi, lo mejor sería que vinieras a la graduación, pero en fin, como agradecimiento, te enviaré un regalito, espera.

— ¿Un pequeño regalo?

—Es una sorpresa, besos.

Aliviada, termino la llamada. Vuelvo a concentrarme en mis documentos, pero las notificaciones de mi hermana me distraen de nuevo.

En el primero, recibo el IBAN de la tienda y el importe total. Arqueo las cejas, notando que no es una cantidad elevada, no para nosotros, y no tiene sentido que Elena se niegue a pagar, a menos que quiera dar la impresión de estar distante.

El segundo mensaje es una foto que nunca debí haber abierto. Lo único que me impide caerme hacia atrás es que ya estoy sentado.

Elena está en un probador, frente a un espejo, vistiendo una diminuta camisola, que deja ver sus curvas y gran parte de su piel.

¡Maldita sea! La odio, no quiero ver sus fotos.

Movida solo por la curiosidad, me acerco y examino su gran barriga, embarazada de seis meses. En el espejo, veo sus pechos, más grandes y redondos de lo que recordaba, apenas contenidos por el

escote de su camisola corta. Tan corta que puedo ver perfectamente las bragas asomando entre su firme trasero.

Mi polla se pone dura dentro de mis pantalones.

¡Mujer diabólica y cachonda! Mi mente sabe exactamente quién es, pero al parecer esta racionalidad no aplica a mis erecciones, que no entienden nada de tramposos y manipuladores.



Elena Lazos

Nueve meses de embarazo

Paso junto a Caterine, que está sentada en la silla de recepción de Elênica, y me dirijo tan rápido como mi estómago me lo permite hacia el dispensador de agua.

—Amigo, me voy a reunir con Theodore, ¿de acuerdo? Necesitamos hablar sobre qué hacer con sus acciones, y él pidió que la reunión fuera en persona.

El gato levanta una ceja y me mira cínicamente.

—¿Almorzar? Se nota que Theodore está loco por ti, Elena.

Pongo los ojos en blanco ante su visión romántica.

—Theodore sabe que soy una mujer casada.

—Pero no lo eres, no realmente —replica él encogiéndose de hombros.

—¡Baja la voz! Ya sabes que los Petrakis siempre aparecen, por no hablar de nuestros clientes que pertenecen al mismo círculo social.

—Tu suegro y su odiosa esposa ni siquiera están en Mykonos, y el abuelo lo sabe todo, ¡así que no cambies de tema! Theodore está muy interesado en ti; ¡este hombre no para de invertir! Pronto tendrá que retirar sus solicitudes para sobrevivir.

¡Exagerado! Si está invirtiendo, significa que estamos obteniendo una gran rentabilidad, Cat. No es mi culpa, por Dios —concluyo, poniendo los ojos en blanco—. Y además, conoce a Constantine desde que eran adolescentes, y ni siquiera he mencionado lo obvio.

- ¿Qué significa?

—Voy a tener un bebé, por si no te has dado cuenta. ¡Mira el tamaño de esta bola en mi barriga! —Señalo mi barriguita.

—¿Y? Si es tan grande, significa que está a punto de nacer.

—¡Cómo es posible! Pero ves cosas que no existen. Theodore es un cliente excelente, un hombre amable y educado, por eso me trata tan bien, pero no hay nada más.

“Excelente cliente, amable, educado y simpático. Se te olvidó esa parte”, dice con una sonrisa irónica. “¿O quieres decir que no te diste cuenta?”

—Por supuesto que me di cuenta, pero eso no cambia el hecho de que todavía estoy casado.

—Por un ratito —me guiña un ojo Cat— pronto tendrás el valor completo del piso y una buena estabilidad, diría que en dos o tres meses podrás volver a ser Elena Lazos.

—Que Dios te escuche, pero mientras tanto…

—Vale, pero no digas que no te lo advertí. ¡Este Theodore sí que quiere acostarse contigo!

Decidiendo ignorar a mi amiga, agarro mi bolso y salgo de la oficina a la calle. La Elênica está ubicada en una calle concurrida y fue mi primera excepción presupuestaria: invertí mucho en la hermosa fachada, de estilo típico isleño pero con detalles que la hacen aún más elegante, en los muebles y en toda la decoración, todo para que mis clientes, personas de gran éxito, se sintieran como en casa.

Como Mykonos es una isla pequeña y sus habitantes no son muchos, una buena parte de mis clientes viven en Atenas o en otros países europeos, pero cuando deciden venir a mí quiero darles la bienvenida en un lugar bonito y cómodo.

Sin embargo, desde que Theodore Lykaios se unió a mi cartera de clientes, mis proyectos han avanzado mucho. Él cree en mi trabajo y me confía su dinero sin dudarlo, lo que nos genera una rentabilidad cada vez mayor.

Lo que Cat no sabe es que gracias a esto he logrado saldar toda mi deuda con Constantine, pero estoy evitando la confrontación por un tiempo más. Mi hijo nacerá en dos semanas como máximo, estaré frágil durante un mes, y no es así como quiero afrontar ese encuentro.

Además, ha llegado el momento de hacer lo que Stephanie insistió, pero con mi propio dinero, fruto de mi propio trabajo. Puedo comprar, gastar, prepararme para lucir espectacular —porque soy humana y sé que esto le hará bien a mi ego— y finalmente mirar a los ojos al hombre que me abandonó, solo para despedirme.

Me subo a un taxi y le doy al conductor la dirección del restaurante, pensando en lo que dijo Catherine. Theodore siempre está cerca y es un hombre verdaderamente guapo y caballeroso, pero jamás

ha hecho una sola insinuación ni ha hecho un comentario irrespetuoso. Solo sus ojos lo delatan; la forma en que me mira cuando cree que no lo estoy viendo lo revela.

Sonrío al reflexionar sobre esto. Al contrario de lo que insinuó Constantine, es obvio que no me he atado a ningún hombre estos últimos meses: estoy casada y embarazada, y prefiero no pensar en cuántas mujeres han pasado por la cama de mi marido durante ese tiempo. Pero eso cambiará pronto, y quizás pueda darle una oportunidad y conocer otra faceta de Theodore.

Estoy absorta en mis pensamientos cuando suena mi celular. Lo saco del bolso y veo que es de la clínica donde está ingresada mi madre. Desde el principio, he ido a verla tres veces por semana, hablándole y contándole todo lo nuevo en mi vida, menos lo malo, pero cada día que pasa, tengo menos esperanzas de que recupere la cordura.

"Hola", respondo un poco curiosa por la llamada.

—Señora Petrakis, tiene que venir enseguida. ¡Su madre ya despertó!



Elena Lazos

Las últimas veinticuatro horas han sido de intensa emoción.

Cambié de rumbo en cuanto recibí la llamada de la clínica y cancelé la comida con Theodore con un mensaje. Mi felicidad y la emoción de volver a ver a mi madre, después de tantos meses, me hicieron olvidar por un momento lo diferente que era mi mundo del que ella conocía.

Cuando llegué a la puerta de la habitación y ella posó sus ojos en mí, parecía que estaban a punto de salirse de sus órbitas, y fue entonces cuando me di cuenta.

Mamá empezó a gritar, a punto de sufrir un ataque al verme embarazada de nueve meses, y necesitábamos la ayuda del personal de la clínica para calmarla. Logré explicarle que durante ese tiempo me había involucrado con un hombre y que me había quedado embarazada. Totalmente en shock, quiso saber quién era el padre del niño, y tuve que ceñirme a la historia que Constantine había establecido. No por la cláusula de confidencialidad, sino porque despertar y encontrar mi vida tan diferente ya habría sido bastante difícil. Pero afrontar la verdad lo habría sido mucho más.

Le conté sobre la boda y la sede de Chronos en Santorini, explicándole su ausencia. Le hablé de mi título, mi empresa y el restaurante, que va viento en popa bajo el cuidado de Heitor, Irene y Achille. Mamá escuchó mi historia con cara de confusión y luego rompió a llorar por haber perdido tanto.

Aunque en ese momento me sentí increíblemente feliz de tener a mi madre nuevamente a mi lado, el estrés, la ansiedad y las emociones pasaron factura: fueron ellas las que me provocaron las primeras contracciones.

Y así, con mi madre gritando, decidida a venir conmigo, y por supuesto retenida, me llevaron en ambulancia al *Centro de Salud.*

Y así, ese mismo día, mi madre resucitó y nació mi hijo. Decidí llamarlo Leónidas, en honor a mi abuelo, y como es un nombre demasiado adulto para... Un recién nacido, lo llamamos Lelè desde el final del embarazo.

En cuanto lo pusieron llorando encima de mí para nuestro primer contacto, no pude hacer mucho más que ofrecerle mi dedo para que me lo apretara. Estaba completamente agotada, con las emociones destrozadas y un sueño como nunca antes me había sentido, lo que me hizo dormir en cuestión de minutos.

Me despierto y, al mirar a un lado, encuentro a Cat desplomada en una silla, con el teléfono en la mano. Nota mi movimiento y se endereza, sonriendo.

- ¡Hola, amigo!

— Hola. ¿Dónde…?

"Lelè está durmiendo", responde antes de que termine la pregunta, señalando el moisés junto a la cuna. "Me dijeron que fuiste muy valiente, que viniste en ambulancia, ¡sola! Y que dijiste que no hacía falta llamar a nadie", dice con reproche.

—Sí, pero eso fue solo hasta que el dolor empezó a desgarrarme —recuerdo, estremeciéndome—. Me arrepentí de no haber pedido que me llamaran, porque necesitaba que alguien me rompiera los dedos.

"¡Qué dulce!", bromea, pero su rostro se pone serio al instante. "Oye, tenemos un problemita".

—Lelè…

—Está bien, tranquila. Solo querían llamar a los Petrakis a cualquier número. Dije que no sabía el número y que cuando despertaras, podíamos llamar. ¿Qué hacemos?

Por el tono de disgusto sé exactamente a qué se refiere Petrakis.

“Da los datos de contacto de tu abuelo a recepción y diles que avisen a Constantino porque quiere darle una sorpresa”, digo, repitiendo el plan que venía haciendo desde hacía días.

—Entonces, ¿en realidad no vamos a hablar con él?

—Para nada. Tengo cosas mucho más importantes en qué pensar ahora mismo.

—¿Te gusta tu recuperación? —sugiere, asintiendo.

—No es eso, mi madre se despertó —digo, sintiendo una sonrisa en mi rostro—. ¿Puedes creerlo? ¡Se despertó y nació mi hijo, el mismo

día! Parece que mi vida va por buen camino, Cat.

—¿Ya despertó la tía Melina? —Se levanta con la boca abierta—. ¿Y solo pensaste en decírmelo ahora?

—Es que ya había dado a luz antes, por si no te habías dado cuenta —respondo riendo.

— ¡Te perdonaré sólo por esto!

"¿Puedes decirles que llamen al abuelo entonces? Y cuando venga a hacerme compañía, ¿puedes quedarte con mi madre?". Ni siquiera espero su respuesta y continúo de inmediato: "Sé que la pobre se va a volver loca de la preocupación. Me puse de parto allí mismo en la clínica, justo cuando se despertaba".

—¡Cielos! Voy a arreglarlo todo y vuelvo enseguida.

Y lo hace con su habitual rapidez. Cuando me dan el alta, Lelè y yo volvemos a casa, acompañados por el abuelo Petrakis.

Hablamos mucho durante el camino porque, aunque estaba muy debilitado, había muchas cuestiones que resolver y aclarar.

"¿Qué has decidido hacer?", pregunta. "Sé que Jason y Selene querrán conocer a su nieto, querida. Stephanie será la primera en aparecer. Nos las hemos arreglado para todo porque no viven aquí, es más fácil, pero notarán algo muy extraño si se quedan varios días después del nacimiento de tu hijo y Constantine no aparece".

—Lo sé —coincido suspirando profundamente—. Yo también lo he pensado mucho y no sé cómo solucionarlo.

—Tal vez podríamos pedirle que venga…

—No, en absoluto —lo interrumpo con vehemencia—. No quiero ver a Constantino ahora mismo, y por favor, no dejes que Alejandro venga a visitarme.

—Está bien, lo intentaré…

—No hace falta que mires, abuelo —digo con firmeza—. Puedes decirle a Alexander claramente, lejos de los demás, que no quiero que me visite y que le prohíbo que aparezca.

—¿Y si pregunta por qué?

— No lo hará, sabe muy bien lo que ha hecho.

No me extenderé en el tema, porque el abuelo es el que no sabe todo lo que Alexander me hizo, y prefiero que así sea.

—Bueno, tardaremos una semana en decírselo —reanudo el tema—. Y luego, cuando vengan, podremos decir que Constantine pasó toda la semana conmigo y con Lelè, pero que tuvo que volver a Santorini por una emergencia del trabajo, y por eso se extrañaron.

—Creo que podría funcionar —asiente—, pero ¿qué pasa con tu madre?

"Ahora que está despierta, quiero que venga a vivir conmigo", digo, animándome un poco. "Tardará unos días. Los médicos quieren que se quede allí para pruebas y observación, pero cuando salga, no le diré nada del contrato. Cuando esté lista, le diré que nos separaremos".

—¿De verdad estás pensando en pedir el divorcio?

“Abuelo, nunca nos hemos casado”, respondo con calma, sabiendo que el tema le entristece.

—Sí, lo sé, pero sigo pensando que es una pena todo lo que pasó. ¿Estás pensando en hacerte una prueba de ADN?

—Si Constantino lo quiere, lo pedirá. No soy yo quien duda de la paternidad de mi hijo.

Él asiente con el ceño fruncido.

—Tienes razón, no creo que tenga dudas después de ver a nuestro bebé. Lelè se parece mucho a él.

“Desafortunadamente”, murmuro sin poder contenerme.

La verdad es que esperaba que mi hijo naciera con mi pelo claro, pero heredó los rasgos oscuros típicos de la familia Petrakis. Lo cual también desentona con el tono rojizo del idiota de mi cuñado, ya que heredó el rojo de Selene.

—Al menos los ojos son tuyos. —El abuelo toca con la punta del dedo la cara dormida de mi hijo. —Hermoso.

Lo miro en mis brazos y niego con la cabeza. Pienso que, solo porque Constantino dudó, nuestro hijo nació casi como una copia de él. Las líneas de su nariz, el contorno de su boquita e incluso la forma de sus cejas. Aún es demasiado pequeño para que eso sea definitivo, pero al menos mirándolo ahora, puedo ver a su padre en él.



Constantino Petrakis

“ Mi hermana dijo que el bebé nació”, le digo a Klaus por teléfono.

Estoy bebiendo solo otra vez. Se ha vuelto una costumbre desde que volví a Santorini, pero se ha acentuado en los últimos días, desde que me enteré.

—¿Tu bebé?

—No es mío, es suyo —respondo.

—Sí, esa niña. ¿Pero te lo contó tu hermana? —pregunta con curiosidad—. ¿No le pareció extraño que no lo supieras?

— Stephanie no pensó que me lo estaba contando, llamó para felicitarlo por el nacimiento y dijo que vendría a Mykonos pasado mañana para conocer a su nieto.

—No está del todo equivocado, de una forma u otra es su sobrino. Ese idiota me está provocando.

- Hijo de puta.

Su risa del otro lado me irrita aún más.

"¿Vas a pedir una prueba de ADN?" "No sé, solo para acabar con su mentira", sugiere.

—No voy a preguntar, porque no cambiaría nada; de todas formas registraré al bebé.

—¿Y por eso no tendrás que ir allí?

—Eso pensábamos, pero el registro ya lo hacen en el hospital, según tengo entendido, y Elena ya lo hizo.

— ¿Sin ti?

—Sí, pero él puso mi nombre como padre, al menos eso dijo mi abuelo cuando pidió mis documentos, que me registrarían y que no tuviera que ir.

—¿Y tú? ¿Llamaste?

—Sabes, no, Elena no se ha puesto en contacto conmigo en todos estos meses —digo, sintiendo el fastidio que me produce esta constatación.

—Justo lo que le dijiste que no hiciera, ¿verdad?

—Sí, Athos, siempre pragmático. Hay algo que me da curiosidad.

- ¿Qué?

Respiro hondo, apoyo la frente en la mano y me levanto de la silla. Desde donde estoy sentado, en el edificio que alberga la sede actual de la empresa, puedo ver el resto de la isla, las casitas blancas que terminan en el mar.

—He analizado los extractos de la tarjeta que le dejé a Elena y casi no la usa. Compró ropa de bebé en una tienda al principio del embarazo e hizo algunas compras en el supermercado. Después de eso, no la ha vuelto a usar.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo se mantiene entonces?

—Exactamente. Oí que abrió su propia empresa, pero no sé cuánto dinero gastó. Pensé que usó mi tarjeta para eso, pero no gastó nada.

— ¿Quizás alguien más esté pagando por todo?

—Hmm… —su comentario me incomoda aún más; es increíble que todavía me sienta tan posesiva con él. —Tal vez; no debería sorprenderme, no me habría respetado solo porque estamos casados en el papel.

—Amigo, hace nueve meses que no se ven. ¿Pensabas que se mantendría casta? Claro que no, igual que no has estado solo todo este tiempo —dice, tocándose la herida, metiendo el dedo y retorciéndolo, sin darse cuenta.

Pero me quedo callado y termino confesando.

—¿Porthos? ¿Has tenido sexo con alguien últimamente, verdad?

¿Qué demonios quieres que diga? —Es raro —admito—. No le debo ninguna explicación, no hablo con esa mujer, pero no puedo hacer nada. Es como si estuviera casado y me cayera un rayo cada vez que pienso en acostarme con otra mujer.

—¡Qué carajo! ¡Ese té que te dio debía de ser potente, porque algo así no es posible! Amigo, o no te importa, o vuelves con esa chica.

—Estás completamente loco ahora. ¿Quieres saberlo? Me detengo aquí.



Elena Lazos

Esta es la primera vez que Donna Melina viene a mi apartamento. Le dieron el alta hoy, dos semanas después de despertar, y ya había arreglado que trajeran sus cosas.

— ¡Esto no es una casa, Elena!

—¿No? Ya me lo imaginaba —bromeo.

—Sabes exactamente a qué me refiero. —Se pone las manos en las caderas—. ¡Mira qué grande es este lugar!

—Lo sé, es bastante exagerado para mí y para Lelè.

—Y para tu marido —completa mirándome de reojo.

Mi madre deambula por la casa, curiosa por cada rincón. Sube las escaleras para visitar un ala, abriendo una puerta tras otra, luego pasa a la otra ala y continúa su recorrido, descubriendo todas las habitaciones, las que usamos y las que no.

—¿Cuántas habitaciones hay?

- Siete.

—¿Qué sentido tiene? ¡Tu marido está muy pasado de la raya, Elena!

No estoy comentando el hecho de que en realidad no hay tantos, al menos no según los estándares de Petrakis.

Se ríe. Desde que descubrió todos los cambios que ocurrieron durante su ausencia, está encantada de que tenga marido, hijo y negocio. Le encantaba saber que las deudas se habían liquidado y que el restaurante iba viento en popa; todo le parecía maravilloso, y por eso aún no me he atrevido a hablarle del divorcio, y mucho menos a contarle todo lo que he pasado durante este tiempo: que me abandonaron cuando me quedé embarazada y que los Petrakis me humillaron antes de aceptarme.

Me alegro de tener a mi madre de vuelta. Me alegro mucho de haberle hecho creer que Constantine y yo tenemos una relación maravillosa, aunque no he sabido nada de él en casi un año.

—A Constantino le encanta presumir.

- ¿En realidad?

—Sí. —Sonrío al ver su ceño fruncido por el tamaño de la habitación de Lelè. —Sus amigos lo llaman Porthos, uno de los Tres Mosqueteros, ¿sabes? El más vanidoso.

Ella se ríe, sacudiendo la cabeza, y continúa su exploración abriendo la puerta del estudio.

- ¡Qué bonito!

La veo correr con su cabello claro y sentarse en mi silla. Gira de un lado a otro, riendo como una niña pequeña.

—¿Aquí es donde trabajas? O sea, cuando trabajas desde casa…

Asiento, mirando también a mi alrededor. He reorganizado todos los muebles de esta habitación y la he redecorado a mi imagen. No se parece en nada a cómo era antes, cuando se fue.

— ¡Ven, mamá, ahora te mostraré tu habitación!

—Elena, ¿estás segura? ¿Tu marido no se enfadará? Viviendo contigo, no sé…

—Claro que no se enojará. Constantino estará feliz de saber que tengo compañía. Ya sabes, pasa mucho más tiempo en Santorini por la compañía.

—Lo sé, no debe ser fácil estar separados tanto tiempo. De hecho, estoy deseando conocer a mi yerno en persona. ¡Tu cuñada es guapísima! ¡Apuesto a que él también!

Lo dice porque Steph vino a ver a Lelè y las dos conversaron largo y tendido; desde entonces no ha dejado de elogiarla.

—Te enseñé las fotos, mamá.

—¡Pero no es lo mismo! De hecho, deberías llamarlo y decirle que lo espero pronto. ¡Es una falta de respeto de su parte no venir a conocer a su suegra, que falleció hace tiempo!

—Yo… Él vino, pero tú no lo viste. — Miento, porque esa es la historia en la que coincidimos mi abuelo y yo.

Constantino llegó la primera semana después de que nació Lelè, se quedó unos días y fue a visitar a mi madre a la clínica, pero desafortunadamente ella durmió en las tres ocasiones.

—Lo sé, me dijiste que estaba durmiendo, ¡y lo vi un par de veces cuando era niño! Debería haber esperado a que despertara. Sé que es un hombre ocupado, y veo que te cuidó mucho, pero eso está mal; Lelè también debe extrañarlo. Y a ti, claro.

—Lo llamaré, no te preocupes —digo, sintiéndome fatal por la mentira.

Abro la puerta de una suite al final del pasillo; es la segunda más grande, así que la he preparado para mi madre. Los muebles son preciosos y clásicos, del estilo que le encanta, y hay un... gran bañera para sus baños, sin olvidar la terraza, casi tan grande como la mía, ambas con vista a los jardines.

He llenado su armario con su ropa favorita y otras nuevas; está sorprendida.

— Mamá… ¿qué te parece?

—¡Me encanta! ¡Es precioso, Elena! Pero ni siquiera tengo dónde ponerme toda esta ropa elegante; definitivamente no es para un restaurante.

—Te llevaré a fiestas y cenas elegantes, te lo prometo. —Pero mamá…

-¿Qué es?

“Quiero decirte algo”, decido pensándolo.

No tiene sentido mantener la imagen de una relación perfecta entre Constantine y yo, porque seguirá pidiéndome que lo llame. Quizás una verdad a medias funcione.

—Constantino y yo no estamos en nuestro mejor momento.

— Hum… — Se sienta en la cama y me mira fijamente, esperando que continúe.

"Tuvimos una pelea, por eso no está aquí y por eso aún no se conocen", le digo, encogiéndome de hombros. "Perdona que no te lo dijera antes, no quería ponerte triste".

—¿Y tú crees que soy tonta, hija mía? —su rostro no expresa juicio alguno, está serena—. Deduje que las cosas no son así. Estaban bien como dijiste y usé mis trucos para hacerte confesar de una vez por todas.

—¿Entonces insististe en que lo llamara a propósito?

—Sí. En todos los días que llevamos juntos, nunca te he oído hablar con él por teléfono, ni siquiera te veo mencionarle a su padre a Lelè, y además...

- ¿Qué?

—Ese cliente tuyo, Theodore, te llama a menudo.

—¡No, mamá! —exclamo avergonzada—. ¡Theodore es solo un cliente, jamás haría algo así!

—Claro que no, pero tu marido te da motivos para interesarte por otras personas, ya que nunca aparece. Y si discutieran, no creo que intentes reconciliarte.

"No creo que haya otra opción, mamá", confieso, más aliviada ahora que lo he dicho. "Voy a pedir el divorcio".

"¿Quieres separarte?" "Pero... Lelè es tan pequeña, ¿no crees que podrías sentar cabeza?", pregunta esperanzada. "La tuya es una familia preciosa, hija mía".

Me siento a su lado en la cama y sostengo su mano en la mía.

—No creo que haya solución, mamá.

Me dejó aquí y nunca preguntó si estábamos bien o vivos.

"Ay, Dios..." Donna Melina se gira y me abraza. "Te apoyaré en cualquier decisión que tomes. Ojalá hubieras encontrado el amor y la felicidad, pero si no nos entendemos, quiero que seas feliz. ¿Ya has hablado con él?"

Niego con la cabeza, aliviado de al menos poder ser honesto sobre esto.

—Todavía no, quiero esperar unos meses. Estoy frágil tras el nacimiento de Lelè y necesito recuperar la compostura para afrontar esta decisión.

—Claro, querida. Tómate todo el tiempo que necesites, y cuando llegue el momento y estés lista, estaré a tu lado.



Cinco meses después

Constantino Petrakis

Mi secretaria viene a la oficina por tercera vez. No sé qué le pasa hoy, pero está mucho más olvidadiza que de costumbre.

Primero vino a traer los informes y... se olvidó por completo de ellos. Luego regresó a su habitación a buscarlos, y le pedí que contactara a nuestro gerente de ventas; regresó con los documentos, pero cuando le pregunté qué había respondido el hombre, salió corriendo a llamar.

Y ahora por fin aquí está la respuesta a lo que pedí.

—Señor Petrakis, usted dijo que había declarado todos sus ingresos y gastos de los últimos meses, pero el aumento de hace dos semanas todavía no aparece.

—Está bien, Gaia. Gracias.

En cuanto cierro la puerta, mi teléfono vibra con otro mensaje de mi abuelo. Después de mi boda, hablé con él muy pocas veces, evitándolo lo más posible. Así que, sabiendo que no contesto sus llamadas, empezó a usar mensajes de texto para enviarme sus alertas, y aunque no responda, creo que está contento de saber que las leo.

Abro la notificación, dispuesta a borrar lo que sea, pero de repente me falta el aliento.

En la pantalla, veo la foto de un bebé recién nacido en brazos de Stephanie. Podría ser su hijo, se parecen tanto, salvo por sus ojos, que son azules.

El cabello es negro y él…

Aparece otra imagen: la segunda es una foto antigua, y me reconozco en ella. La he visto incontables veces; está en un marco en la villa. Sin embargo, si no lo supiera, sin duda asumiría que esos dos niños son la misma persona.

Empiezo a escribir.

Quién es…

¿Quién es este niño?

Puerta.

Un mar de sensaciones me abruma el pecho y siento una punzada de ansiedad. No necesito preguntar quién es.

Elena me prohibió enviarte fotos suyas, pero cuando vi tu foto en el marco, no pude resistirme. Espero que me perdones, pero quería que conocieras a tu hijo, Constantine, aunque solo fuera a través de una foto. Este precioso bebé es Leonida Lazos Petrakis, mi bisnieto, que ya tiene cinco meses. Quizás seas idiota, después de todo, pero cada día que pasa, el pequeño se parece más a su padre.

Mierda. Joder. Mierda...

Esperaba que al verlo, me encontrara ante el cabello rubio de Elena, o ante la evidencia de una traición, encarnada en mechones rojos, como los de Alexander.

No pensé que tendría que lidiar con mi propia copia.

¡Soy estéril, maldita sea! ¿Cómo pudo pasar esto?

Y sobre todo: ¿qué coño hice?



Elena Lazos

Me voy de Elênica, camino a encontrarme con mi madre y Lelè en el restaurante. Las cosas en Lazos van cada vez mejor, y hace unos dos meses, la señora Melina volvió a tomar las riendas; ella y Achille se ayudan mutuamente y a veces se turnan en la cocina, y el comedor está a cargo del señor Heitor e Irene.

Desactivo la alarma del coche y me siento; no puedo evitar sonreír mientras coloco mi bolso en el asiento junto a mí y apoyo mis manos en el volante.

Es mi primer coche y no pude haber empezado mejor. Después de ahorrar todo el dinero que necesitaba para pagarle a Constantine, empecé a hacer realidad mis sueños, y el Porsche Taycan en tono rosa quemado era el más grande. Desde que Steph me convenció de ir a un concesionario y probarlo, nunca lo he olvidado, y ahora es mío.

En cuanto empiezo a conducir, una llamada interrumpe mi música y veo el nombre de Theodore en la pantalla del estéreo. Contesto con manos libres, sin apartar la vista del tráfico.

—¡Buenas tardes, Theo! ¿Todo bien?

“Mejor ahora”, responde haciéndome sonreír.

—Genial. ¿Me necesitas?

—Siempre, pero hoy no por las razones de siempre. ¿Estás libre para cenar? Quiero llevarte a un restaurante que acaban de abrir para celebrar el retorno de su última inversión. La comida tiene una pinta fantástica.

Estas invitaciones son bastante comunes, pero cada vez son más frecuentes. Pensé que, después del nacimiento de mi hijo, Theodore intentaría distanciarse para no complicarnos las cosas, pero ocurrió lo contrario.

No veo ningún motivo para negarme, él nunca ha dejado de mostrar respeto y nuestras conversaciones siempre son amistosas.

—Todavía no lo sé; puedo ver si mi madre puede quedarse con Lelè. Siento que te debo esta cena. Acabo de comprar mi coche, y no habría sucedido si no hubieras creído en mí.

—Tenía que pasar tarde o temprano, y siempre creeré en ti.

—Gracias. Te hablo y te llamo en unos veinte minutos, ¿de acuerdo?

—Claro, esperaré.

Al llegar a Lazos, aparco en la calle lateral y salgo del coche, ajustándome las gafas de sol. Cojo mi bolso del asiento y activo la alarma antes de salir al patio.

Siento la brisa marina rozar mi cara y mi cabello, y suspiro con satisfacción. Hoy ha sido un buen día, y creo que no tiene nada de malo tomarse una o dos horas para disfrutar de la compañía de un amigo.

“¿Mamá?” llamo, pasando bajo el arco de piedra de la puerta.

Aunque está abierto, el restaurante no empezará a servir la cena hasta una hora después. Veo a Irene primero, saludándome con la mano desde donde está, sosteniendo una escoba con la que está barriendo el suelo.

—¿Cómo estás, Elena?

- Bien gracias ¿y tú?

"¡Feliz! Hay una energía increíble aquí, con el regreso de Melina, y además tenemos a Lelè, que siempre viene a animarnos; Heitor y yo estamos encantados", dice sonriendo.

Aunque el restaurante reabrió hace meses, sé que tener a mi madre cerca ha marcado una gran diferencia, y en los últimos dos meses, los clientes han vuelto en masa. Irene ha sido relevada de las tareas de cocina y ahora solo puede encargarse del comedor, lo que ha reducido significativamente sus responsabilidades.

—Y por cierto ¿dónde está mi bebé?

—En la cocina; le advertí que hace mucho calor, pero le encanta ver a Aquiles cocinar.

— Achille anda con Lelè en la silla, eso es lo que le gusta… — digo, conociendo bien a mi hijo.

Tiene cinco meses y, claro, todavía no habla, pero su risa revela muy bien sus preferencias: adora a Aquiles.

Entro en la cocina y oigo el tintineo de ollas y sartenes. Mi madre está removiendo una especie de guiso en el fuego, mientras Achille pica verduras a una velocidad surrealista, con ese característico tic-tic de la cuchilla al golpear la tabla de cortar.

Lelè está en su cochecito, no muy lejos, con la espalda apoyada en el respaldo y la mirada fija en los movimientos de Aquiles.

—¡Muy bien, Sr. Achille! Enseñándole a mi hijo a manejar cuchillos a esta edad… —Al oír mi voz, gira la cabeza por encima del hombro y esboza una leve sonrisa, sin girar la silla.

—Le estoy enseñando a Lelè las cosas que hace un verdadero hombre.

—Y es que… ¿cometen asesinatos con armas blancas?

—Están cocinando, Elena. ¡De verdad!

Me echo a reír a carcajadas y me dirijo hacia mi hijo, que me abre los brazos en cuanto me ve. Lo saco del cochecito y aspiro su pelo perfumado, abrazándolo con fuerza.

—Mmm… ¿Se acaba de bañar? —pregunto.

Mi madre asiente y se acerca a nosotros con su cuchara de madera extendida. Toma una de mis manos y la golpea suavemente con la cuchara para verter un poco del caldo del guiso.

—¿Está bueno?

—¡Qué rico! Mmm… ¡Cómo me encantaría comerme su almuerzo hoy, señora Melina!

—¿Y por qué no comes?

—Bueno, Theodore me invitó a cenar para celebrar su última inversión, y estaba pensando en aceptar. ¿Puedes quedarte con Lelè hoy? Sé que abres pronto, pero estará dormido y no se despertará hasta mañana.

—Por supuesto que puedo quedarme con él; ¿puedes dejarlo dormir primero?

- Cierto.

—¿Y vas a casa a ducharte y cambiarte?

Miro mi ropa, tratando de descubrir qué tiene de malo.

—¿Soy fea?

—Preciosa, pero ¿camisa y pantalones a medida? ¿No sería mejor usar un vestido bonito para la cita? —Me guiña el ojo.

—¡Mamá! Sabes que no es una cita, ¡es una cena de negocios!

"¿A qué hora pasas a recoger a mi hermana?", bromea Aquiles. "Porque si es de Elênica, Cat tiene que irse, ¿no?"

—¡Ustedes dos son aburridos! Saben que sigo casado y no haré nada hasta que se concrete el divorcio.

—Pero no saldrá a menos que hables con el chico guapo y le pidas que firme—completa mamá, ganándose la aprobación de Aquiles.

—¡No sé por qué crees que tienes algo que decir en esto, Aquiles! Hace años que no te veo salir con nadie, ¿sabes?

—¿De verdad quieres comparar nuestras situaciones? ¡Tengo una hija!

— Y yo soy un recién nacido.

“Estoy atrapado en esta silla…” dice, señalándola con enojo.

—Y estoy encadenada a Constantino —replico—, pero no te haré enfadar más: dormiré a mi hijo y me iré a mi cena de negocios.

“Cita”, dice, riendo ahora.

Voy al fondo del restaurante y empiezo a mecer a mi pequeño con sus nanas favoritas. Después de unos quince minutos, Lelè se queda dormido y lo pongo en su cuna, envuelto en sus mantas calentitas. Hemos acondicionado la sala de nuestra antigua casa como su segundo dormitorio, un lugar donde puede estar más cómodo cuando se duerme aquí.

Suelo llegar tarde y lo llevo conmigo. Los días que mi madre no está, viene con nosotros, y cuando tiene que quedarse a cenar, vuelvo a recogerla al final de la tarde, como haré hoy.

Me voy rápido a casa para ducharme y desvestirme, cambiándome todo por un vestido negro y unos tacones bajos. Completo el look con unos pendientes discretos y me aplico un poco de maquillaje. Después de echarme un poco de perfume, decido que estoy

guapísima y por fin cojo uno de los muchos bolsos que Stephanie me obligó a comprar y salgo a ver a Theo.

Cuando llego al restaurante, siguiendo la dirección que me envió Theodore, soy recibido por un valet que lleva mi auto al estacionamiento, mientras otro hombre con el mismo uniforme me escolta dentro del restaurante.

Es un restaurante bastante clásico y noto que la mayoría de la gente viste elegantemente. Por suerte... Me puse el vestido negro, lo que me hace encajar bien con el entorno. Podría haber llevado un vestido largo, pero al menos no doy una mala impresión.

— Teodoro — Lo saludo cuando llego frente a la mesa.

Se levanta, con una sonrisa en su atractivo rostro. Theodore siempre viste trajes formales, lo que a veces me recuerda a Constantine, pero las similitudes no son muchas. Mientras que a uno le encantan los libros, la buena comida y viajar, el otro habla mucho de música y deportes, cosas de las que no entiendo mucho, pero hago todo lo posible por escucharlo con atención.

Tiene ojos claros, como los míos, pero su cabello es oscuro y está rematado con una barba rala. Tiene músculos donde debe estar, y evidentemente, nunca lo he visto sin camisa, pero a diferencia de Constantine, dudo mucho que tenga tatuajes ocultos.

"Te ves hermosa", dice, acercándose para besarme la mejilla y apartando la silla para que me siente.

—Gracias, tú también te ves muy elegante.

Sentado frente a mí, recibe la carta de vinos y hace su pedido. Elegimos nuestros platos inmediatamente, lo que nos permite charlar más tranquilamente.

Hablamos de la inversión unos minutos, y Theo elogia mi trabajo, agradeciéndome mis estrategias y mi compromiso. Cuando llega el vino, nos vuelve a llenar las copas, y noto que su mirada se posa en mi anillo de bodas mientras bebo un sorbo.

—Elena, no quiero ser indiscreto, pero me gustaría preguntarte algo.

—Puedes preguntar.

Tomo una de las aceitunas que están sobre la mesa como aperitivo y la pincho con mi tenedor.

—¿Por qué Constantino nunca está cerca?

Detengo mi tenedor a medio camino hacia mi boca cuando escucho su pregunta directa.

— Vaya, no fuiste nada sutil —comento sin contener la sonrisa.

Teodoro hace una mueca, pero termina abriendo las manos, en un gesto que dice ser de evidente curiosidad.

—Bueno, es imposible no darse cuenta: pasamos mucho tiempo juntos. Seguro que te veo mucho más que él, que es tu marido.

Medito sobre su curiosidad y decido cuánto es seguro contar.

—No viene mucho a Mykonos —digo, todavía pensativo.

—¿Y os lleváis bien?

Revuelvo el vino un momento, ganando tiempo, pero al final decido ser sincera. Al menos, tanto como puedo.

—Hace meses que no hablo con él —lo admito.

Theo asiente y no parece haber ninguna sorpresa en su rostro.

—Pensé que había algún problema.

—¿Sólo porque no nos ve juntos?

Él sonríe.

—Porque sé que ningún hombre en pleno uso de sus facultades te dejaría aquí, sola.

Pestañeo ante su comentario más directo, pero termino sonriendo. Hace tiempo que dejé de ser esa chica tímida y tonta: sé lo que ven los hombres cuando me miran, pero también sé que la atracción sexual y los sentimientos no son lo mismo.

—Es muy amable de tu parte decir... gracias.

—No soy amable. Bueno, sí lo soy, pero no lo digo por amabilidad, sino porque estoy enamorado.

- ¿Cómo?

Esta vez sí, me sorprende. No estaba preparada para una declaración. Me encuentra hermosa, sí, e incluso pensé que quería llevarme a la cama, pero ¿enamorado?

"Eso es exactamente lo que oíste", responde con una sonrisa tranquila. "Llevo mucho tiempo enamorado de ti, Elena. Sé que estás casada, y te declaro mi amor no porque espere que estés conmigo ahora, sino para que sepas que te estaré esperando".

- ¿Esperar?

—Sí, y cuando estés libre te invitaré a salir y no será para una cena de negocios.

Analizo su expresión y noto lo tranquilo que está. Yo tampoco me siento nerviosa: durante todo el embarazo he trabajado en mi autoestima, mi confianza y en la certeza de que lo merezco. Mucho más de lo que la vida me ha dado. Pero ser madre fue el detalle que faltaba para que algo en mí cambiara, para que yo pudiera girar la llave.

Ya no tiemblo al ver una mirada, e incluso he aprendido a conocer mi propio cuerpo y mis propios gustos. Quizás no en la práctica, teniendo experiencias físicas con otros hombres, sino en solitario, experimentando sensaciones y cosas que antes solo conocía por novelas; cosas que experimenté con Constantine, pero no lo suficiente como para explorarlas más a fondo.

Theodore podría ser un buen socio algún día, pero todavía no.

—¿Qué te hace pensar que seré libre pronto?

"¿Vas a seguir en un matrimonio sin sentido?", pregunta, no para presionarme, sino con sinceridad. "No se hablan, no se ven, y él no te ofrece nada".

- ¿Nada?

—Me dijiste antes que compraste tu primer coche gracias a la rentabilidad de nuestra inversión, pero tu marido tiene una docena de coches en el garaje, Elena. ¿Qué clase de matrimonio es este?

—Tienes razón —lo admito, entendiendo su punto de vista—, aún no hemos hablado de ello, pero pienso divorciarme pronto, es solo que…

-¿Qué pasa?

—Incluso cuando eso suceda, puede que pase algún tiempo antes de que esté lista para involucrarme con alguien nuevamente.

—No hay problema. —Se recuesta y cruza los brazos—. Tengo paciencia.

La velada continúa agradablemente, y como se hace tarde, le escribo a mi mamá para avisarme que voy a salir. Después de un delicioso postre, Theodore se ofrece a acompañarme a casa, pero le explico que no es necesario, ya que todavía tengo que recoger a mamá y a Lelè.

Nos despedimos frente a la puerta del restaurante y Theo me espera hasta que el aparcacoches trae mi coche. Antes de entrar, me abraza, pero termina yéndose antes de que siquiera se lo pida. Sé que no hemos hecho nada, pero la isla es pequeña y los Petrakis son los reyes aquí; prefiero que no hablen de mí, como dicta mi maldito contrato.

Conduzco hasta Lazos y, después de aparcar, voy a ayudar a mi madre a conseguir todo lo necesario. Lelè sigue dormido, como preveía, pero cada vez que sale de casa, siento como si se mudara. Lo metemos todo en el asiento trasero y en el portabebés, y solo entonces nos vamos a casa.

—Tu coche es precioso, hija, pero es pequeño, ¿no crees? Para llevar estos cacharros de Lelè.

—Sí, pero pronto crecerá un poquito y las maletas disminuirán.

- Tienes razón…

Cuando llegamos a la villa, aparco el coche en el patio y vuelvo caminando a la conserjería. Salgo mucho, así que me gusta. Hable siempre con los guardias en la caseta de vigilancia y compruebe si ha llegado alguna correspondencia.

—Buenas noches, señor León —saludo al guardia nocturno—. ¿Hay algo para mí?

—Aquí no—responde con una risita extraña.

Arqueo una ceja, desconcertada por el comentario, pero termino ignorándolo. Asiento, me despido y volvemos a la puerta principal.

Marco el código al parar frente a la puerta. Se abre, pero mi madre la empuja para que podamos pasar, porque tengo la sillita del coche en una mano y el bolso de Lelè en la otra.

—Estoy muy cansada hoy, Leninha —dice mamá con un suspiro —. Voy a ducharme y tirarme en la cama.

—¿Mañana es día libre?

Aún a oscuras, me quedo paralizado en la entrada. Un olor característico me invade la nariz, uno que reconocería en cualquier parte del mundo; aún no lo he visto, pero sin duda puedo oler su presencia.

Cuando mamá entra al recibidor, las luces se encienden con sensores. Doy un paso al frente y mi mirada se posa en la imponente figura sentada en el sofá. Él me devuelve la mirada, y una oleada de emoción fluye de él hacia mí, recorriendo mi cuerpo como un escalofrío.

Sus ojos son los mismos que siempre han despertado tantas sensaciones en mí, su rostro es exactamente el mismo, absolutamente nada ha cambiado.

—Buenas noches, esposa. Ya estoy en casa.



Constantino Petrakis

Llevo esperando casi una hora cuando por fin se abre la puerta y oigo su voz hablando con otra persona. El sonido me produce un hormigueo inusual, que ya no debería estar presente, no después de todo lo que ha pasado.

Cuando Elena mira hacia el sofá y me ve, el tiempo se detiene por un instante, con su mirada fija en la mía y un silencio absoluto.

—Buenas noches, esposa. Ya estoy en casa —digo con indiferencia.

Pero, aunque lo parezca, por dentro estoy en un caos total.

"¿Qué… qué haces aquí?", pregunta, y aun con el susto inicial su voz permanece firme.

Me tomo unos segundos para admirarla y me quedo sin palabras. Elena siempre ha sido hermosa, pero cuando la conocí, su apariencia era pura dulzura y sencillez, una jovencita.

Elena, ante mí ahora, es una mujer, en toda la extensión de la palabra. Ha perdido sus gafas, dejando al descubierto sus ojos azules; el vestido negro que lleva es lo suficientemente ajustado como para acentuar sus curvas, más generosas de lo que recordaba. Lleva los labios pintados de rojo y su cabello rubio recogido en un moño alto, dejando al descubierto su esbelto cuello.

La imagen de la niña inocente ha desaparecido, dando paso a una mujer segura y muy sexy.

Considerando su postura falsa y disfrazada de hace un año, esta versión expresa mucho mejor su verdadera personalidad. Elena me engañó con su dulce actitud, pero siempre ha sido ambiciosa y audaz: yo era quien se equivocaba.

—¿Así me recibes, Afrodita? —pregunto—. ¿Después de tanto tiempo?

Sé que Elena se sorprendió de encontrarme aquí, y se sintió extraño entrar a casa con mis llaves, pero habría sido aún más extraño esperar afuera. Simplemente no estaba preparada para la sorpresa esta noche también.

—Elena…—La señora a su lado la llama en voz baja, y esa es la única razón por la que recuerdo que no estamos solas.

Elena me mira, luego la mira a ella y cierra la puerta tras ella.

—Éste es Constantino, mamá —dice, presentándolos—. Y ella es mi madre, Melina.

“Elena quiere decir que soy su marido”, aclaro con una sonrisa.

Sé que mi amada esposa no tomará bien este arrebato, pero nuestro acuerdo establece claramente que nuestras familias no deben saber nada sobre el contrato y debo actuar en consecuencia.

¡Ah! ¡Mi yerno! —exclama la madre, sonriendo—. ¡Qué alegría conocerte por fin!

Melina camina hacia mí y me levanto para saludarla, pero soy absorbido por un abrazo que me toma completamente desprevenido.

—Yo también… me alegro de conocerla, me alegro de que se haya recuperado.

—¡Gracias! —La mujer me mira con atención, apoyando las manos en las caderas—. Pero no sé si creerme tus felicitaciones; has tardado demasiado en venir.

“Es cierto, he estado muy ocupado”, me justifico sabiendo que no es una excusa suficiente.

—¿Incluso para venir a ver a Lelè? —me regaña entrecerrando los ojos.

Lelè, el hijo que no pensé que fuera mío.

Elena lleva al bebé en una especie de portabebés o soporte o algo así, pero desde donde estoy no puedo ver su cara, y eso me pone aún más ansioso y nervioso.

"Lo siento mucho, esta ausencia es imperdonable", digo, y por primera vez soy completamente sincera. Miro a Elena, antes de apartar la vista hacia el portabebés que sostiene. "Debe de pesar, puedo llevarlo a..."

— ¡No! — Da un paso atrás, alejándose de mí. — Lelè está durmiendo, no puede despertar ahora.

—Elena, querida—insisto, con mirada firme.

Espero que esto le recuerde que estamos frente a su madre y que, a todos los efectos, somos una pareja amorosa que no se ha visto desde hace mucho tiempo.

Me acerco sin dudarlo, y a cada paso que doy, sus ojos se abren un poco más. No coopera en absoluto, considerando que no la he molestado en todo este tiempo. Lo mínimo que puede hacer es cumplir nuestro acuerdo.

Y quítate ese maldito lápiz labial rojo.

“Cuánto te extrañé”, le digo, poniendo mi mano sobre uno de sus antebrazos.

Mi objetivo es ver a mi hijo, pero para mi sorpresa encuentro un pañal cubriendo su cabeza.

“¿Te extrañé?”, pregunta, y cuando la miro noto la mueca de disgusto.

Tiene la audacia de mirarme con cara de asco, y sonrío, dándome cuenta de que ahora sí que está demostrando quién es. Pero también sé disimular. Sin previo aviso, la agarro por la nuca y la atraigo hacia mí, pegando mi boca a la suya.

Pretendo que sea un beso rápido, solo para provocar a Elena y porque es lo que se espera de un marido que lleva tiempo sin estar en casa, pero al apartarme, me doy cuenta de lo que aún me produce el simple roce de sus labios. Todavía huele a mar, a frescura, pero mezclado con la dulzura de su embriagador perfume.

Cuando su mirada se encuentra con la mía, Elena no muestra ninguna sorpresa por el beso, al contrario, sus ojos brillan de ira.

—Mamá, ¿puedes llevar a Lelè a la cuna? Necesito hablar con Constantino.

Melina me mira de reojo y se aleja, haciendo lo que le pide su hija. Veo los rasgos de Elena en su madre, y aunque Melina es al menos treinta años mayor, todavía parece muy joven para ser abuela. Coge a su nieto y camina por el pasillo, llevándoselo consigo, llevándose consigo la oportunidad de conocer a mi hijo.

Aprieto los puños, irritado, pero no quiero imponerme porque creo que una discusión ahora complicaría lo que ya es difícil.

—¿Dónde podemos hablar, Elena?

Ella me mira con desprecio y levanta una ceja bien definida.

— Date prisa, tengo que trabajar temprano mañana por la mañana.

La observo mientras coloca la bolsa del bebé en el sofá, antes de pasar junto a mí.

—En el estudio—dice, ya en el pasillo.

La sigo, cada vez más asombrada al ver un cambio tan drástico en ella. Elena camina con tacones y rebosa seguridad, incluso en el movimiento de sus caderas con ese vestido ajustado.

Maldición…

Al entrar al estudio, se acerca al sillón y se sienta, señalando la silla que tiene delante.

—Cierra la puerta y siéntate.

Arqueo las cejas, molesta por su tono autoritario. Hago lo que dice, porque reconozco que merezco esta frialdad; puede que me haya traicionado y mentido sobre muchas cosas, pero no mintió sobre nuestro hijo, y lo abandoné.

—¿Qué quieres, Constantino?

—Vine por nuestro hijo —respondo directamente.

—¿Nuestros? —Su risa está cargada de sarcasmo—. Creí que no podías tener hijos.

Respiro profundamente porque sé que ésta no va a ser la conversación más amistosa.

—Yo también lo pensé, Elena. Tenía un dos por ciento de posibilidades, como mucho, ¿recuerdas? Eso ni siquiera se puede considerar una posibilidad.

—Lo recuerdo muy bien.

—Sé que no solucionaré todo con solo admitir esto, pero quiero ser parte de su vida.

Elena me mira fijamente un buen rato, cruzando las piernas y reclinándose en su silla, pensativa. Mis ojos recorren su esbelto cuello hasta posarse en su escote. ¿Cómo se puso aún más guapa esta bruja?

Me analiza como si me estuvieran juzgando, con desprecio, y su mirada declara que ya estoy condenado. Pero solo puedo pensar en cómo sería verla con las piernas abiertas sobre este escritorio.

“¿Por qué ahora?”, pregunta, sacándome de mi letargo.

Ese no es el punto. Sea bueno o malo, me engañó, y solo estoy aquí por mi hijo, porque tengo que recuperar el tiempo perdido.

—El hecho es que…

—¿Sabes qué? No importa —lo interrumpe, enderezándose de nuevo—. Como te dije antes, tengo que trabajar pronto, así que seré directa. No sé si serías un buen padre, no confío en ti y no quiero que estés solo con mi hijo.

—Elena…

Él levanta la mano y me impide continuar.

—Lo sé, suena como las palabras de una mujer resentida, pero no lo es.

—Tienes que ser más racional, podemos tener una conversación sin insultarnos.

—Sí que podemos. Me paso de la raya al recordar que la última vez que estuvimos en esta oficina, yo estaba en tu lugar, llorando, mientras tú tirabas todas tus reglas sobre la mesa.

— Sé que dije que no quería tener contacto contigo ni saber nada del bebé, pero hasta entonces creía que no era mi hijo.

"Constantino", dice, y la forma en que mi nombre suena en sus labios es muy distinta a como solía pronunciarlo. "No sabemos qué pasó entre nosotros: la verdad es que no eres padre. No sabes qué hacer si tiene hambre ni cómo dormirlo. Estoy seguro de que no sabrías qué hacer si se enfermara".

—No lo sé —lo admito—, pero tú sí.

- ¿Así que lo que?

—Quiero conocer a Lelè, pero puedes quedarte…

—No puedo —interrumpe sacudiendo la cabeza—. Lo siento, pero prefiero no tener contacto contigo.

“Me di cuenta”, digo sarcásticamente, “que nunca intentaste llamarme”.

Pero Elena frunce el ceño.

—Me lo prohibieron por contrato, así que aunque quisiera no podría, a riesgo de que dejaran morir a mi madre.

Golpe bajo.

—Nunca dije que dejaría morir a tu madre.

— ¿No? Debí haber entendido mal.

— Elena, sé razonable, sé que te hice daño, pero tuve mis razones y tú lo sabes: sabes todo lo que hiciste.

—Sé todo lo que dices que hice. Pero tengo curiosidad: si todavía me consideras culpable de todos esos cargos, ¿por qué viniste aquí?

—Para mi hijo ya lo dije.

Sus ojos se entrecierran, escrutándome como si fuera una bestia salvaje al acecho.

—¿Has visto alguna foto de él?

-¿Cómo lo sabes?

—Y entonces te diste cuenta de que él es tu viva imagen.

—Se parece mucho a mí cuando era bebé. —Estoy de acuerdo, porque no tengo motivos para negarlo.

"Bueno, puedo dejar a Leonidas en el pueblo con el abuelo Petrakis dos veces por semana", dice con naturalidad. "Puedes quedarte con ellos allí. Tu abuelo está acostumbrado a cuidar de su bisnieto, y así estaré más tranquila".

—¿Estás diciendo que sólo me dejarás ver a mi hijo dos veces por semana?

"¿Te parece poco? Hace cinco meses que no lo ves", responde ella con una sonrisa falsa.

Resoplo, porque sé lo que he hecho, pero Elena no está dispuesta a dejar de echármelo en cara.

—Sí, pero no lo sabía.

—Claro que no, hay muchas cosas que no sabes.

"Elena, no estás siendo nada razonable", le respondí, perdiendo los estribos. "Intento ser paciente, porque entiendo por qué reaccionas así. Pero estamos legalmente casados, y soy su padre —de momento solo en teoría—, pero estoy aquí y quiero ocupar mi lugar".

—Por un breve tiempo —dice ella con incisión.

Pero no entra en demasiados detalles.

—¿Por un corto tiempo qué?

— Casados. Llevamos poco tiempo casados.

Abre el cajón del escritorio, saca unos papeles y en mi mente se reproduce una película: parece que la escena se repite, pero esta vez es ella quien dicta las reglas.

"Estos son nuestros papeles de divorcio. Puedes llevártelos a casa y leerlos cuando quieras", dice, colocándolos delante de mí. "Una vez que los hayas firmado, por favor, devuélvemelos".

—¿Divorcio? Ahora que tienes tu propio negocio y los medios para mantenerte, ¿quieres rescindir nuestro contrato y quedarte con la mitad de mis bienes? —pregunto, porque estoy furiosa y soy irracional.

Elena se ríe, meneando la cabeza.

¿Sabes qué? Llevo pensando en esto desde que te vi en la sala, y no entiendo cómo he podido sufrir tanto por un imbécil. —Elena se inclina sobre el escritorio para acercarse a mí—. Primero, no quiero ni la mitad de tu fortuna. Nunca la he necesitado, y no la necesito ahora. De hecho, he tardado en pedir el divorcio porque quería devolverte todo el dinero que gastaste en mí.

- ¿Devolver?

Ahora estoy realmente sorprendido.

"Sí. Esta casa, los gastos de tu tarjeta de crédito, la clínica de mi madre y el anillo de bodas", enumera, anotando cada detalle. "Mañana iré al banco y les pediré que transfieran el dinero a tu cuenta".

Esta vez no puedo responder de la misma manera, porque no estaba preparado para escuchar esta mierda.

"El acuerdo de divorcio ya estipula que cada uno puede conservar sus bienes", continúa. "Como la casa está a mi nombre, pensé que sería más fácil pagarte su valor".

—La casa siempre ha sido tuya.

—Lo compré con tu dinero y no quiero endeudarme contigo.

—No sé qué decir, Elena —respondo, levantando los brazos con frustración—. Esto no tiene ni la más mínima lógica.

—No tiene ninguno, ¿verdad? Al menos no en la imagen que te hiciste de mí, cuando preferías creer en el diablo de tu hermano. —Y levantándose, camina hacia la puerta del estudio. abriéndolo. —Creo que ya terminamos. Tuve un día largo y luego la cena, estoy cansado.

"¿Sabes que esta casa también es mía?", pregunto, dándome cuenta de que me está echando.

—Creí haber dejado claro que lo pagaré.

Eso era exactamente lo que faltaba.

—¿Qué pasa si no quiero aceptar?

Su sonrisa se amplía y sacude la cabeza, mirándome fijamente.

—Entonces será tu problema. Puedes quedártelo o venderlo. Yo compraré otro.

Miro a Elena y los papeles que aún están sobre la superficie de madera y siento que la ira crece.

—Todavía no he firmado este maldito divorcio, y no tengo por qué salir de casa.

La maldita es la personificación de la calma, se cruza de brazos mientras me escucha, como si yo no fuera más que una piedra en su zapato.

—Estoy seguro de que hay leyes que te obligarían, Constantino. No has pisado aquí en un año; eso sin duda se considera abandonar el hogar conyugal. No sé por qué estamos hablando de esto; ¿por qué querrías quedarte aquí?

Cierro los ojos, pienso, pero parece que se acerca un ligero dolor de cabeza: es demasiado para digerir y quizá hoy pueda hasta estar de acuerdo con ella, al menos en parte.

— Me quedaré en el pueblo, llevaré a Lelè cuando vayas a trabajar y luego hablaremos más de ello.

—Si me apetece.

—¡Elena!

—Constantino… —Sonríe provocativamente.

Me levanto y la miro a la cara. Mi mirada es traicionera, recorriendo de nuevo el esbelto cuerpo apoyado en la puerta, sus muslos torneados metidos en el vestido, su pintalabios intacto, incluso después del beso, que, por cierto, ni siquiera mencionó, como si no fuera lo suficientemente relevante.

—¿Qué te pasó? Me cuesta reconocerte.

—Fuiste tú: me hiciste entender lo que significa odiar a alguien.

Y con esa frase, la mujer pasó junto a mí y entró en la sala. Elena no dudó en abrir la puerta y echarme.

—Hasta pronto, Constantino.

—Elena…

—¿Y ahora qué más?

—¿No vas a decir nada del beso? —pregunto.

Probablemente porque he vuelto a ser un idiota.

—¿Qué beso?

Su pregunta me deja aún más sorprendido.

—¿Como qué beso?

La única respuesta que obtengo es la puerta cerrándose de golpe en mi cara.



Elena Lazos

Desde la ventana, veo a Constantine subirse a su coche y marcharse. La forma en que chilla en la carretera desierta lo ha enfurecido.

Sé que mi madre debe tener cierta curiosidad por saber qué pasó, pero primero necesito hablar con Caterina, una de las pocas personas que conocen la verdadera naturaleza de nuestra participación.

Vuelvo corriendo a la oficina, con el corazón todavía latiendo en mi pecho después de ese maldito beso.

¡Idiota! ¿Quién se cree que es para besarme así? Y ese imbécil lo hizo delante de mi madre, así que tuve que fingir. Desde luego, no se esperaba la petición de divorcio.

Todavía estoy temblando cuando cojo el móvil y marco el número de Caterina.

“Hola, Elena”, responde rápidamente, con voz soñolienta.

— ¡Amigo, despierta! No sabes lo que pasó.

— ¿Qué? — Su voz ya está mucho más alerta.

— Salí a cenar con Théo y cuando volví, ¡Constantine estaba aquí!

— ¿QUÉ? — Ahora está despierta. — ¿Quieres decir que reapareció de la nada?

"Entré en casa y lo encontré sentado en el sofá de la sala. Casi me da un infarto", digo, llevándome la mano al pecho para intentar recuperar la compostura.

—¿Entró? ¡Qué descaro!

“Técnicamente, compró la casa y me dijo que era nuestra residencia oficial”, recuerdo, haciendo una mueca de disgusto. “Pero pensé que, después de todo este tiempo, esa tontería ya no tenía sentido”.

—¿Y entonces? ¿Qué hizo?

—Abrazó a mi madre y la llamó suegra. ¿Puedes creer su valentía?

—Amigo, si por casualidad me lo encuentro y lo atropello con mi auto… ¿iría a la cárcel?

Sólo Caterina podía hacerme reír en un momento así.

—Lamentablemente, sí. Pero me porté bien: puse las cartas sobre la mesa, hablé del divorcio y fijé los días en que podía ver a Lelè —digo, orgullosa de mí misma.

— ¿Lelè? ¿Quieres ver a mi sobrino ahora?

—Ella descubrió que él realmente es su padre.

El gato se echa a reír al otro lado, tan incrédulo como yo.

—¡Cielos, qué genio! Pero menos mal que fuiste duro con él y le pusiste límites. El dios griego no debió de tomárselo muy bien.

—Se quedó sin palabras, ¡apenas podía hablar del susto! Creo que ha perdido la voz: al menos por ahora ya no me molestará.

-Si Dios quiere.

—Estaba muy nervioso, amigo. Temblaba y el corazón me latía con fuerza, pero no lo demostré, ni siquiera cuando ese perro me besó.

— ¿CÓMO? ¿TE BESÓ?

Su grito me obliga a apartar el teléfono de mi oído.

—Justo delante de mi madre, para no poder darle un puñetazo en la cara, obviamente.

— Elena, no me hagas encontrarme con ese Constantino o acabaré en la cárcel.

—Peor aún: también dijo que esta casa era suya, que quería dormir allí, ¿te lo puedes creer? Lo eché con clase.

—¿Al menos firmó el divorcio?

Mis ojos se posan en los papeles olvidados en el escritorio.

— No, dejó los documentos aquí, pero se los llevaré mañana para que los lea y los firme.

—¡Bien! Muéstrale quién manda.

Al despedirnos, dejo el teléfono sobre el escritorio y respiro hondo antes de salir de la oficina, sabiendo que aún tengo que hablar con mi madre y contarle, en parte, lo que hablamos Constantine y yo. No es fácil tener que ocultar ciertas cosas, cuando lo único que quiero ahora mismo es un abrazo para llorar.


Capítulo 19

Constantino Petrakis

En cuanto llego al pueblo, llamo a mi amigo Klaus. Como está en Italia y hay una diferencia horaria, debería estar despierto. Por desgracia, no puedo añadir a Isaac y Apollo a la llamada, porque me matarían si los despertara a esta hora, pero la verdad es que los necesitaba a todos aquí.

—Ya es medianoche —responde Klaus adormilado.

—Aquí es la una y no me quejo de hablar contigo.

Su risa sale un poco estrangulada.

—¿Te das cuenta de lo que dices? ¡Yo no te llamé, hijo de puta!

— Detalles. Te llamé porque necesito hablar contigo y es urgente.

Murmurando algo, creo que se está levantando de la cama, porque poco después su voz se vuelve más clara.

- Dime.

—Se trata de Elena, todo pasó demasiado rápido, estoy en Mykonos y ni siquiera tuve tiempo de decírtelo antes.

—¿A qué fuiste allí? ¿Te encontraste con ella?

Estoy caminando de un lado a otro en mi habitación, ya he intentado entender las decisiones de Elena por mi cuenta, pero nada parece suficiente para justificar sus decisiones.

"Mi abuelo me envió una foto del bebé, y es igualito a mí. Espera..." Recorro las fotos en mi teléfono un momento, seleccionando las que me envió mi abuelo y enviándoselas a Klaus para que entienda de qué hablo. "Te envié las fotos, échales un vistazo".

Oigo el ruido de las teclas mientras escribe y espero su respuesta, pero lo que recibo suena más como un grito.

— ¡Maldita sea! ¡Es como si te viera en ambas fotos!

—Y creo que no hace falta explicarte nada más para que entiendas lo que significa.

— ¡El bebé es tuyo, maldita sea!

—Sí, mi hijo, Klaus. Hoy vine a Mykonos y fui a hablar con Elena.

—Claro, pero supongo que no fue una conversación agradable —comenta, todavía sorprendido.

—No, pero fue muy diferente a lo que imaginaba. Ha cambiado mucho; prácticamente me cerró la puerta en las narices y me echó.

El italiano murmura una maldición al otro lado del teléfono.

—Creo que lo esperaba. Cada uno comete sus propias estupideces y luego afronta las consecuencias. Dudaste de ella y no estuviste presente durante su embarazo y parto: las mujeres pueden ser resentidas.

—Sabes mucho sobre eso, para ser un tipo que ni siquiera tiene novia —repliqué, burlándome de él.

—¿Y bien? ¿Pudiste ver a tu hijo?

—Dijo que Lelè estaba durmiendo y que lo vería mañana.

— Um, ella era bastante firme.

—¿Parar? Elena simplemente me llevó a la oficina, programó los días que podía ver a mi hijo y me tiró los papeles del divorcio. ¿Qué crees que significa eso?

Klaus se queda en silencio un momento, imagino que está pensando, pero luego simplemente responde.

—¿Qué quieres decir, amigo? Quiere decir que quiere separarse de ti. ¿No es obvio?

—Esa parte no. —Suspiro, cansada—. No quiere nada de mí, solo quiere que firme.

—¿Qué quieres decir con “nada”?

— Elena dijo que nunca necesitó mi dinero, quiere comprar la casa en la que vive con Lelè.

—¿Pero la casa no es suya ya? Si no recuerdo mal, la pusiste a su nombre cuando te casaste.

—Exactamente, pero no quiere deberme nada, así que hizo tasar la propiedad y dice que hará la transferencia mañana. Cuando le dije que no tenía sentido, me respondió que me parecía extraño porque no encajaba con la imagen que me había formado de ella.

—Entonces quiere divorciarse gratis, pero no quiere tu dinero. Estoy de acuerdo en que eso no encaja con la imagen de una mujer interesada. ¿Y dijiste que nunca ha usado tarjeta de crédito?

Asiento y sólo entonces me doy cuenta de que Klaus no puede ver nada.

—Sí, lo usó unas cuantas veces, sólo para las necesidades del bebé, pero también lo tuvo en cuenta en sus cálculos; dijo que incluso me reembolsaría el valor de mi anillo de bodas.

—En resumen, quiere devolverte todo lo que recibió de ti, quiere el divorcio y te permitirá acercarte a tu hijo sin tener que ir a juicio, pero solo si todo es en sus términos. ¿Me perdí algo?

—No, eso es todo. —Tomo el control remoto de las cortinas y las presiono para abrirlas, dejando ver el patio y entrar la fresca brisa nocturna. Mucho mejor así. —Elena es otra persona: quedé como un idiota delante de ella, no estaba preparado.

—¿Otra persona en qué sentido?

—No sé, estoy confundida. Antes vestía muy dulce, era tímida, se sonrojaba por todo, tenía una belleza surrealista pero inocente. Y ahora es una mierda: ¡casi se me pone dura solo con oír el odio en su voz!

Mi sinceridad hace que Klaus estalle en una carcajada que acaba contagiándome también a mí.

"¿Quieres que te diga qué?", pregunto riendo. "¡Es la verdad! Pero si antes era falso y oculto, entonces fingía inocencia, y esa es su verdadera naturaleza".

—¿Y cuál es la confusión?

—Es que no era la sensación que yo tenía: ha crecido mucho en poco tiempo, ha madurado, tiene su propia empresa, pero esos cambios no me hicieron ver una mujer ambiciosa y sin escrúpulos.

—Mierda… Tengo una sospecha, pero no te va a gustar.

—Entonces dímelo ahora mismo: te llamé precisamente por eso, porque estoy cansado de intentar armar este rompecabezas.

—¿Has considerado alguna vez que quizás no te he mentido ni engañado? —pregunta, mucho más serio ahora—. No solo sobre tu hijo. Quizás me guíe por otras experiencias, pero, Constantino, no todo es lo que parece, amigo.

"¿Crees…?", asimilo lentamente su sospecha: la idea es demasiado tentadora, pero nunca la había considerado porque me parecía absurda. "¿Estás diciendo que quizá no estaba con Alex?"

—Alexander es un bastardo, no me sorprendería que inventara todo esto sólo para lastimarte.

Cuando todo salió a la luz, había demasiadas coincidencias a la vez, demasiadas cosas que apuntaban contra Elena, y me parecía imposible siquiera asumir que estaba diciendo la verdad.

Es un imbécil, ¿pero no te parece que es exagerado? Dijo que estaba con Ella, que Elena fue quien lo buscó, que podría ser el padre del niño, y me contó del trato entre Ella y mi abuelo. ¿De verdad crees que sería tan hijo de puta?

—Es una posibilidad, Porthos. ¿No te parece extraño que cuando te casaste con ella y reconociste al niño, él no dijera nada? Si estaba tan seguro de que no eras el padre, ¿por qué no dijo nada? ¿Por qué no reveló su relación con Helena a su familia?

—¿Y por qué haría eso?

—Porque su objetivo siempre ha sido quitarte la presidencia, convertir a tu hijo en ilegítimo o, peor aún, convertirlo en su heredero: eso lo habría beneficiado. No tiene sentido que no usara esta historia a su favor.

"De verdad que no tiene sentido. Mi padre y Selene aceptaron a Lelè como su primera nieta, y como mi padre siempre pensó que nunca tendría hijos, creo que lo consideró un verdadero milagro. Pero si Alex de verdad creía que yo no era el padre, no tenía por qué mantenerlo en secreto", digo, mientras la cabeza me da vueltas cada vez más rápido.

—Pero lo que más me molesta de esta historia es esto —dice mi amigo, con su sabiduría ayudándome a aclarar toda esta mierda—: tu abuelo nunca toleró a Selene, porque ella se acercaba a tu padre para pedirle dinero.

— Es una víbora interesada.

—Y él ama a Elena, ¿verdad?

—Solo falta que extienda una alfombra roja a sus pies.

—Si ella hubiera hecho un trato con él para casarse contigo por dinero, ¿no crees que él tendría una opinión similar de ella como la que tiene de Selene?

—¿Sabes qué? Me estás tomando el pelo, Klaus.

—Solo te estoy ayudando a pensar. —Se ríe, pero no parece de buen humor—. Habla con el Sr. Andreas y luego cuéntame cómo te fue.

No puedo pegar ojo después de colgar. Los recuerdos me asaltan una y otra vez: cada momento que pasamos juntos, las palabras exactas de Elena, incluso aquella noche en la biblioteca.

Estaba llorando cuando le quité a Alex de encima, y durante mucho tiempo atribuí las lágrimas a que me habían pillado. ¿Pero y si no era así?

¿Y si Klaus tenía razón? ¿De verdad mi medio hermano caería tan bajo, solo para separarme de ella e intentar impedir que reconociera a mi hijo? Por mucho que la duda me consuma, afrontar la verdad me asusta. Porque si Elena fuera sincera, destruí todo lo que teníamos, y la destruí a ella en el proceso.

Son las seis de la mañana, la luz del sol inunda la habitación y decido levantarme. Sé que mi abuelo ya estará despierto, y como Elena aún tarda en traer a mi hijo, aprovecharé para hablar con él primero.

Al salir de la habitación, lo encuentro sentado a la mesa del comedor. Hay dos cubiertos juntos, y me siento a su lado, quien deja el periódico al verme llegar.

"¿Qué le apetece, señor Petrakis?" Se acerca una chica de pelo rizado. Recuerdo que ya estaba trabajando aquí la última vez que estuve. "Tenemos zumo, café y té".

—¿Cómo dijiste que te llamabas?

—Cassandra, señor.

—Gracias, Cassandra. Puedo ayudarme sola. Si nos das unos minutos, me gustaría hablar con mi abuelo en privado.

Con un gesto de la cabeza, Cassandra se aleja hacia la cocina. Mi abuelo, sin embargo, mantiene la mirada fija en mí y solo habla cuando se da cuenta de que estamos solos.

— Kaliméra, Constantino.

— Kalimera.

—¿Llegaste a la isla ayer? No te vi, ni siquiera sabía que estabas en el pueblo.

— Llegué ayer, después de que me enviara las fotos, pero fui primero a casa de Elena.

Detiene la taza de café en el aire y la vuelve a colocar sobre la mesa.

—¿Has hablado con ella?

—Sí, y luego vine aquí, después de que me echara de casa —digo, sabiendo que esto aliviará un poco el ambiente.

Tal como lo imaginé, se ríe y mueve la cabeza.

—No esperaba nada diferente de mi Elena.

—Su Elena, ¿eh? Su Elena era mi abuela.

Él frunce el ceño y esboza una sonrisa torcida.

—¿Estás celoso, Constantino? ¿De mí? ¡Qué vergüenza! Elena es mi sobrina.

—No estoy celoso, pero soy su sobrino.

—¿En serio? Hace un año que no te veo y ni siquiera me contestas los mensajes. Elena, en cambio, viene a verme casi todos los días: salimos juntas y nos divertimos.

—Está bien, admito que he estado un poco inflexible últimamente.

Como la humillación sólo tiene valor cuando se hace en grandes proporciones, lo observo tomar una fruta de la bandeja, ignorando por completo mi comentario.

—Muy firme—insisto.

—Eras un idiota.

—Puede ser, pero tuve mis razones.

"¿Y puedo saber cuáles eran?", pregunta, tirando la manzana sobre la mesa. La fruta rueda hasta caer al suelo, pero a él no le importa. "Dijiste que estabas enamorado, que te ibas a casar con ella, la dejaste embarazada, le pediste que se casara contigo y nunca regresaste. ¿Qué te llevó a comportarte de forma tan cuestionable?"

—Tú mismo admitiste haberle hecho una propuesta a Elena.

—Sí, cometí un error y me disculpé. Pero también te dije que ella no lo aceptó, y tú fingiste no oírme.

—De acuerdo. Cuéntame qué tal te fue —pregunto, manteniendo la calma ante su arrebato—. Por favor —añado.

Murmurando que soy un malcriado y creo que las cosas son fáciles, toma otra manzana, le da un mordisco y luego se gira para mirarme.

—Leonida y yo fuimos muy amigos desde niños. Fue por sugerencia mía que Melina le puso a su hija Elena, en honor a su abuela.

Tengo curiosidad, pero prefiero no interrumpirlo, así que me sirvo un vaso de jugo de naranja de la mesa y espero.

—La vi crecer, igual que vi crecer a Melina. De joven, tu madre era muy cercana a ella, ¿sabes? Bueno, tus padres ya estaban casados, y como siempre iba al restaurante familiar a hablar con Leonida, a veces me acompañaba. En una de esas ocasiones, conoció a Melina y se hicieron amigas por un tiempo.

—¿Mi madre y la madre de Elena?

Él asiente, sorprendiéndome aún más después de esas palabras.

—Sí, pero tenías cinco años cuando Agnes se fue. Melina se embarazó unos años después de un turista que desapareció, dejándole a Elena como un «regalo» —dice sonriendo—. El abuelo estaba loco por ella, igual que yo por mis nietos. Incluso te llevé allí un par de veces, cuando eras muy pequeña; quizá no lo recuerdes.

Busco en mi memoria y recuerdo algunos momentos de ir con él a un viejo restaurante junto al mar, pero no recuerdo muchos detalles. Había una niña...

—¿Esa niña era Elena?

—Exacto, ella era recién nacida y tú debías tener ocho años.

—Soy siete años mayor que ella.

—Sí, más o menos. Steph también es unos cinco años mayor. Lo más cercano a su edad era Alex, pero Selene no me dejó llevarlo, ya sabes cómo es.

Tengo la tentación de desviar la conversación para hablar de Alex, pero estoy esperando a que termine la historia.

—Bueno, pasaron los años, creciste, te fuiste a estudiar y yo me quedé aquí con tu abuela. Cuando ella murió, Leonida ya había perdido a su esposa y nos reencontramos. Siempre fue orgulloso, no me dejaba ayudarlo con dinero, pero nuestra amistad nunca cambió.

—No recuerdo que viniera aquí.

Vino aquí un par de veces, pero como no vivías en Mykonos, no te acuerdas. Elena creció y se convirtió en una niña hermosa, y yo siempre bromeaba con Leonidas diciéndole que casaría a uno de mis sobrinos con ella. No por su belleza, sino porque era amable, educada, trataba a todos muy bien y era una chica muy inteligente. Fue a estudiar economía a Atenas, y no la volví a ver en unos años. Hasta el funeral de Leonidas... —Niega con la cabeza, entristecido—. Fue duro perder a mi amiga; sentí que era el único que quedaba atrás.

—No seas tonto, abuelo. Está aquí porque aún le queda mucha vida por vivir.

Después de eso, Melina nunca volvió a ser la misma. Ya había perdido a su madre, y luego falleció su padre. Sufrió un derrame cerebral, y luego otro poco después, que la dejó en coma —dice, y recuerdo haberlo oído de Elena, hace mucho tiempo—. Pero solo duró un día, si no me equivoco; luego recuperó parte de su función cerebral, pero no respondía. Entró en estado vegetativo.

—Me lo dijo Elena.

Regresó de Atenas para estar con su madre y descubrió que estaban endeudados. Estaban a punto de perder los Lazos, que habían pertenecido a su familia durante muchos años; no pudo terminar la universidad porque llevaba varios meses de retraso en sus pagos. La pobre chica se encontraba en una situación desesperada.

—Debió haber sido difícil.

—Mucho. No podía trabajar fuera porque tenía que cuidar a su madre y no había nadie más que pudiera hacerlo. Pero tenía que trabajar porque no había forma de mantenerse a sí misma y a su madre sin dinero. Fue entonces cuando nos conocimos. —De nuevo, y coincidió con la loca idea de tu padre de casarte con Megalos —recuerda, señalándome con el dedo—. En un momento de locura, porque no podía aceptar que me obligaran a casarme con esa chica rara, le hice una propuesta completamente absurda a Elena.

—Que se case conmigo.

Y a cambio, habría pagado sus deudas y habría internado a su madre en una residencia de ancianos, para que tuviera una oportunidad. Si lo piensas, Constantine, la mayoría estaría de acuerdo. ¿Sería capaz de juzgar, sabiendo que su madre podía morir y que no le quedaba nadie? —Niega con la cabeza, respondiendo por mí—. Excepto que Elena no aceptó. Dijo que era absurdo que le hiciera esa propuesta, ya que ni siquiera se conocían. Claramente no te recordaba cuando fuiste a Lazos; era demasiado joven.

—¿Se negó?

—Claro, pero me había empecinado en que eran perfectos el uno para el otro y que, si se acercaban, se enamorarían. Así que le ofrecí un trabajo, que necesitaba con urgencia, y a cambio, además de su sueldo, pagaría los gastos médicos de Melina. Mira, eso fue solo un acuerdo comercial.

—Entonces no me pagaste para que te acercaras a mí…

— ¡Esto es ofensivo en tantos niveles que ni siquiera te responderé!

—Dijo que vino a hacer esa propuesta.

—Sí, pero lo dices como si fuera una grosería, como si mi intención fuera engañarte. Solo quería que se conocieran, que se enamoraran. Y lo único que le dije, que podría haber sido malinterpretado, fue que, mientras estuvieran en el pueblo, se encontrarían; ella no tenía que hacer nada: solo quería que te conociera.

—Y entonces llegó Elena.

Él vino, y acabaron conociéndose por casualidad. Incluso me dijo, antes, que estaba loco por pensar que tenían algo en común. Pero luego se acercaron más, y vi cómo se enamoraban. Nada de lo que Elena dijo o hizo fue mentira, Constantino. Rechazó mi oferta precisamente porque creía en el amor verdadero: esa chica no se habría vendido ni aunque muriera. A día de hoy, no entiendo cómo pudiste pensar que Lelè no era tu hijo.

— Alexander — Lo digo de una vez por todas.

Cuanto más me cuenta, cuanto más habla de quién es Elena a través de sus ojos, más me doy cuenta del gran error que he cometido.

- ¿Lo que sucede?

—Era él. Fui a buscar a Elena a la biblioteca, porque siempre nos encontrábamos allí, pero cuando llegué los dos se estaban besando.

— ¿Qué? — La sorpresa en su rostro es evidente.

Le quité a Alex de encima y le pregunté qué significaba eso. Fue entonces cuando me dijo que tenían una aventura, que Elena estaba embarazada y que probablemente él era el padre.

—¡No puedo creer algo así! ¿Qué dijo Elena?

—Eso fue mentira. Lloraba tanto que no podía decir nada, y entonces Alexander dijo que tenía un trato contigo: que se acercaría a mí y se casaría conmigo, y que a cambio recibiría dinero. ¿Cómo supo de tu loca propuesta?

—No tengo ni idea. Debió haber oído media conversación y deducido el resto, pero, hijo mío, estoy completamente seguro de que Elena nunca ha estado con Alexander. ¡Qué tontería! ¡No entiendo cómo nadie me lo había dicho antes!

—Después de escuchar tu versión de la historia y conocer la verdad sobre cómo llegó al pueblo, empiezo a pensar que tienes razón.

"No tengo pruebas, pero entre creerle a Elena y creerle a tu hermano, no me cabe duda de quién dice la verdad en esta historia", dice, con el rostro rojo de ira. "Pero entiendo por qué lo escuchaste: es difícil imaginar a un hermano cayendo tan bajo. Nunca fueron amigos, pero lo que hizo es increíble. Ahora entiendo lo que Elena me preguntó cuando nació Lelè".

—¿Y qué preguntó?

—Dije que tu padre venía a ver a su nieto, y Elena me rogó que hablara con Alexander, advirtiéndole que tenía prohibido ir allí. Cuando le pregunté por qué, dijo que sabía perfectamente lo que había hecho.

El recuerdo de la escena que vi vuelve con fuerza a mi mente, y es inevitable que me cuestione aún más. Si Elena siempre ha dicho la verdad, entonces lo que vi fue... Mucho peor que un beso robado. Su vestido estaba abierto, las lágrimas corrían por su rostro.

—¿Y ahora? ¿Qué harás?

Mata a ese bastardo.

—Elena debería estar aquí —digo en voz alta—. Conoceré a mi hijo, abuelo. Pero después saldaré cuentas con Alexander e intentaré evitar el divorcio.



"La vida es demasiado corta y demasiado larga para pasarla sin alguien".

Los tres mosqueteros


Capítulo 20

Constantino Petrakis

Ansioso, camino por el patio, pero termino sentado en el banco bajo la pérgola. Oigo el ruido de un coche y me levanto, nervioso. Para mi sorpresa, veo el Porsche rosa entrar en el patio y no puedo evitar sonreír. Claro que habría sido rosa.

Aparca, abre la puerta y observo cómo se desarrolla la escena ante mis ojos, casi a cámara lenta. Primero veo uno de sus delicados pies, calzado con una sandalia blanca de tacón, y luego sus piernas torneadas, expuestas por su falda corta. Elena lleva traje; su blusa beige está desabrochada, pero los botones superiores también, dejando ver claramente su escote.

Su cabello rubio cae en rizos perfectos por su espalda, y de pie junto al coche, se ajusta las gafas de sol y se dirige a la puerta trasera. Cada movimiento suyo derrocha sensualidad, y me doy cuenta de que, una vez más, estoy cautivado por ella.

Elena se inclina hacia el coche y su falda se sube un poco más. Dejo escapar un gemido de frustración, porque si se le subiera un poco más...

Maldita sea, eso es genial.

Cuando cierra la puerta, trae consigo el mismo huevo de antes, y mi corazón se acelera de ansiedad. Ahora mi atención está completamente centrada en él, esperando el momento en que finalmente lo conozca.

— Kaliméra, Elena.

—Tú también —responde, sin asomo de sonrisa—. Este es Lelè, supongo que ya lo sabes, pero se llama Leonida, en honor a mi abuelo.

—Es un nombre bonito.

Elena levanta una ceja y creo ver un atisbo de sonrisa, pero desaparece rápidamente.

—Sabemos que no parece adecuado para un recién nacido, no hace falta que mientas.

—Bueno, la intención era hermosa.

Encogiéndose de hombros, Elena inclina un poco el asiento para que pueda ver. Los ojos del pequeño están abiertos; son tan azules y familiares, pero extraños a la vez, porque los veo por primera vez. Me miran con absoluta inocencia. Mi hijo.

Me arde el pecho, una mezcla de alegría, remordimiento y arrepentimiento, todo entrelazado. Busco las palabras, pero no puedo. Extiendo la mano, vacilante, y Elena frunce el ceño.

—¿Quieres llevarte a Lelè?

—Lo quiero, pero no recuerdo haber sostenido nunca a un recién nacido. ¿Y si hago algo mal? —pregunto con vacilación.

Es tan pequeño…

—¿Y si me quedo con este huevo? —sugiero, volviendo mi mirada hacia Elena.

“Se llama asiento elevador, pero puedes llevar a Lelè, te ayudo”, dice, en un tono que no es el más entusiasta.

Señala el banco y vuelvo a sentarme. Elena coloca la silla del coche sobre la mesa de madera y, agachándose un poco, saca al bebé y lo pone en mis brazos.

—Mantén una mano debajo de su cabecita y con la otra sujeta todo su cuerpo.

Asiento, rígidamente, temiendo que un movimiento repentino lo destroce. Pero entonces la mirada de mi hijo se encuentra con la mía, y por un instante, es como si me despojara del alma. Dejo de respirar por unos segundos, sintiendo una conexión indescriptible.

Mis ojos se ponen vidriosos, y el peso del tiempo perdido, de los recuerdos jamás creados, cae sobre mis hombros. Sin embargo, sus manitas agarran la tela de mi camisa, y todo cambia. Una sola caricia, y puedo imaginar lo que me depara el futuro. He perdido cinco meses, pero tenemos toda una vida por delante.

Le ofrezco mi dedo, que él agarra, mientras emite los sonidos más dulces; miro fijamente a mi hijo, observando cada detalle de él. Su cabello es tan negro, su nariz es tan pequeña y su boca es tan burbujeante.

— Hola, Lelè… Perdona que haya tardado tanto, soy tu padre, ¿lo sabías?

Elena y yo creamos a este niño. Me asombra su grandeza: este hermoso niño lleva mi sangre, y al mirarlo a los ojos, prometo en silencio ser el padre que se merece. Quiero estar cerca de él, ver sus primeros pasos y sus primeras palabras, acompañar cada descubrimiento, cada momento de felicidad, y estar presente en todos los desafíos de la vida.

Es imposible borrar el pasado, pero sí podemos construir un futuro, y es aquí, en el pueblo de mi familia, bajo los rayos dorados del sol filtrándose entre las hojas de la pérgola, que me doy cuenta de que se abre un nuevo camino, un camino de aprendizaje y de amor incondicional.

Cuando supe que no podría tener hijos, la vida me golpeó duro, pero ahora siento que me acaban de dar un regalo, la gracia de poder vivir para ver crecer a mi hijo.

— Hum… voy a hablar con el abuelo y vuelvo enseguida — dice Elena interrumpiendo mi momento de admiración.

La miro, pero Elena ya está de espaldas, caminando hacia el interior de la casa, y aprovecho el momento a solas con él.

—Lo hice muy mal, Lelè. ¿Crees que puedes perdonarme? — pregunto en voz baja, para que solo él pueda oírme. —Eres tan pequeña y hermosa, y te prometo que haré todo lo posible por protegerte y cuidarte. Mi pequeño milagro…

A veces nos preparamos durante mucho tiempo para vivir según nuestros planes, pero sólo hace falta un momento para que la vida cambie para siempre.

Me llena de alegría, pero las garras del remordimiento me arañan. Tengo un hijo, y nuestra historia acaba de comenzar, pero me duele no haber estado presente desde el principio, haberme perdido su gestación y su nacimiento.

Me seco una lágrima que se me escapa con el dorso de la mano y escucho sus pasos, sus tacones resonando en el suelo de piedra.

“¿Ya te vas?” Levanto la vista, esperando que Elena no note que acabo de llorar.

—Sí, ¿puedes llevártelo a casa más tarde? Mi mamá está allí, así que puedes venir cuando quieras.

—Está bien, iré después del almuerzo, pero me gustaría pasar tiempo con él nuevamente mañana.

Elena hace un ruido de desaprobación y se cruza de brazos.

—Hablaremos de ello más tarde.

Se inclina para besar a nuestro hijo, su cabello rozando suavemente mi rostro. Inhalo, oliendo el aroma de su piel, y hago una mueca, murmurando para mí.

—Hasta luego, mi amor. —Se da la vuelta y empieza a caminar hacia el coche—. Sus cosas están en su bolso. Si necesitas hablar conmigo, pídele a tu abuelo que me llame.

— Me llamaré yo mismo.

“Prefiero hablar contigo lo menos posible”, responde antes de subir al coche.

Al parecer Elena tiene sed de venganza.



Sin saber si Elena aceptará dejarme cuidar a nuestro hijo al día siguiente, decido tenerlo conmigo en el pueblo hasta tarde y traerlo a casa solo cuando ella esté a punto de salir del trabajo.

Melina abre la puerta con una sonrisa y me invita a pasar, pero prefiero evitar otra discusión con Elena, al menos hasta que tenga claro qué pasos dar.

Esa noche ni siquiera duermo, y a la mañana siguiente me subo al coche y tomo el ferry hacia Atenas.

Y aquí estoy, después de tanto tiempo, frente a la casa donde crecí. No quiero que sepan que estoy ahí: el asunto de Alexander no les incumbe a los demás, aunque, dependiendo de cómo salgan las cosas, sea imposible mantenerlo en secreto.

Llamo desde la calle y espero que conteste, no tarda mucho.

"¿Quién murió?", pregunta con una sonrisa en la voz. "Solo por eso ya justificaría que mi querido hermano mayor me llamara".

— Nadie ha muerto. — Todavía. — ¿Dónde estás?

—Vine a casa a almorzar. ¿Por qué?

—Tenemos que hablar. Nos vemos en el bar de la esquina.

Sin esperar respuesta, cierro la puerta y arranco el motor. Me miro al retrovisor y lo veo salir de casa; aparco frente al bar y salgo, apoyándome en la puerta para esperar.

El corazón me late con fuerza en el pecho y parece retumbar en mis oídos mientras miro a Alexander. Me cuesta aceptar que sea tan inescrupuloso: aunque no éramos amigos y crecimos con desacuerdos y hostilidad, admitir que miente significa reconocer que mi medio hermano no es mejor que la escoria de la humanidad. Y, sin embargo, por nauseabunda que sea, la idea se me ha metido en cada célula del cuerpo y no puedo quitármela de encima.

—Constantino—me saluda, con las manos en los bolsillos, con una sonrisa—¿has bajado del trono para visitar a tu hermano plebeyo?

— Alexander, vine porque quiero hablar de lo que pasó entre tú y Elena — digo ignorando su broma.

Su mirada se desliza hacia el suelo por un momento, luego me responde en un tono frío y calculador.

—Te casaste con ella.

- ¿Así que lo que?

Se rasca la barbilla, enmarcada por su cuidada barba.

—Supuse que la perdonaste y te hiciste una prueba de ADN.

“Y nunca más lo mencionaste, ni siquiera me preguntaste por mi bebé”, respondo, observando cada una de sus reacciones.

Alex se encoge de hombros.

"¿Por qué debería? Creo que soy lo suficientemente inteligente como para no tomar el hijo de otro hombre; supuse que ya habías confirmado la paternidad. ¿Sabes que mi madre aún tiene dudas?", dice sonriendo. "Nuestro padre fue quien le impidió obligar a Elena a

hacerse la prueba; dice que el niño se parece mucho a ti y que no es necesario".

—Es evidente que tu madre no está de acuerdo: si no tengo un heredero, las posibilidades de que la empresa pase a tus manos aumentan.

—No niego que nos sería útil.

-¡Hijo de puta!

"De verdad, Tine", dice, usando el apodo que me dio Steph. "Sabemos que nuestra hermanita no tiene ningún deseo de apoderarse de Chronos; está ocupada derrochando dinero y posando para fotos. De hecho, si no hubiera perdonado a Elena y me hubiera casado, hoy podría estar al mando; los accionistas no estaban muy contentos con tus travesuras".

—La cuestión es que no debería haber perdonado a Elena, porque tú y yo sabemos que ella no hizo nada malo —digo, haciendo una pausa para escuchar su reacción.

—¿En serio? Qué alivio saber que la damisela era inocente.

—¿Qué ganaste con esas mentiras?

Alex ni siquiera tiene la decencia de avergonzarse.

"Pensé que era obvio. Si la hubieras dejado, no habrías reconocido al niño, y yo habría sido el heredero. Pero quizá ni siquiera sería tuyo, por ese problema tuyo", dice, señalando mi zona con desdén.

-¡Hijo de puta!

—A nuestro padre no le gustaría oírte hablar así de su mujer.

—Si admites que nunca has estado con Elena, ¿sabes lo que eso significa?

Él se encoge de hombros.

—¿Que no compartimos el coño de la rubia?

La furia estalla en mi interior: sin pensarlo corro hacia él, abrumada por el impulso.

El primer puñetazo carga con la fuerza de años de resentimiento: Alexander cae al suelo en medio de la calle. Lo agarro

por el cuello y lo levanto con violencia.

"¿Intentabas robarme a mi novia, hijo de puta?" Es una pregunta retórica; si lo niega (y los encontré en la biblioteca), la respuesta es un sí rotundo.

Alex se lleva la mano a la nariz, que sangra; el recuerdo de aquella noche vuelve a mi mente con claridad.

—Perdón, ¿vale? Pensé que solo era una puta, no creí que fuera cierto.

Esa es la última palabra racional que pronuncio. El segundo puñetazo le da en la barbilla, seguido de dos más. Alexander se recupera del susto y contraataca, golpeándome el ojo derecho.

La pelea atrae a la gente, que se reúne a nuestro alrededor gritándonos que nos detengamos y pidiéndonos que nos separemos, pero nadie se atreve a intervenir solo.

—Basta, Constantino —me advierte, dándome una patada en el estómago—. ¿Estás golpeando a tu hermano como un animal por una puta?

Me tambaleo por el impacto, pero el coche que va detrás de mí evita que me desplome.

—¡Troya es tu madre!

Me recupero y ataco de nuevo con aún más ferocidad. Cada puñetazo y patada es una explosión de ira acumulada durante años y la comprensión de que él realmente es un monstruo. Es mi manera de hacerle entender el dolor que le ha causado a Elena.

La sangre me retumba en los oídos, el mundo que nos rodea se reduce a nada; el único objetivo es que Alexander pague por lo que ha hecho. Cuando me golpea de nuevo, partiéndome la ceja, el dolor me palpita en la cara, pero no me rindo.

Con una serie de golpes lo mando de nuevo al suelo y me pongo encima de él, decidido a hacerle pagar por sus mentiras y traiciones.

Al final no sé qué policía logrará separarme, pero una cosa es segura: el respeto que quedaba entre nosotros ahora está manchado de sangre y violencia.

Nos llevan a la comisaría y, tras una reprimenda, nos sueltan por separado. Me da igual: no descansaré hasta asegurarme de que Alexander pague de una vez por todas.

El sonido del barco rompiendo el agua es mi única compañía mientras regreso a Mykonos, sumido en pensamientos turbulentos. El sol ya se pone en el horizonte cuando bajo del ferry. El cielo está teñido de naranja y rojo, pero no aprecio la belleza del paisaje.

Cojo el teléfono y marco el número de Klaus. Contesta tras unos timbres y, sin dudarlo, le cuento todo lo que acabo de descubrir: mi voz tiembla de rabia.

Mientras hablo, mis sentimientos se intensifican. Klaus escucha en silencio al otro lado, sabiendo que simplemente necesito desahogar el odio que siento.

—¿Y ahora? ¿Qué piensas hacer?

—Ese cabrón pagará por todo, sobre todo por haberle puesto las manos encima a Elena contra su voluntad. Quizá le corte la mano.

—Maldita sea… Piénsalo mejor, Petrakis. Has perdido demasiado tiempo con tu mujer y tu hijo por su culpa; si te precipitas, podrías acabar en la cárcel, y el bueno de Alexander seguirá libre ahí fuera, en el mismo mundo que Elena y tu hijo.

—Aún no sé exactamente qué hacer, quiero hablar con Elena primero —lo admito, porque en medio de todo esto logro Concéntrate sólo en ella: intenta compensar lo que hemos perdido en este tiempo separados.

"¿Sigues enamorado de ella?", pregunta, pero no espera mi respuesta. "Puede que sea más difícil de lo que crees. Isaac me envió una foto hace un rato y no sabía si enseñártela".

— ¿Foto? ¿Cuál foto?

—Lo vio en el Instagram de Theodore. Él y Elena cenaron juntos hace un par de noches.

Hago una pausa por un momento, sintiendo que se me forma un nudo en la garganta mientras absorbo las palabras de Klaus.

—¿Teodoro Licaio? ¿Con mi Elena? —La sola idea parece surrealista, casi imposible de creer. —Estás bromeando.

Solo hemos visto sus fotos un par de veces, así que podría haber sido otra persona, pero D'Artagnan revisó su perfil para asegurarse, amigo. Y efectivamente era Elena.

Un torbellino de pensamientos inunda mi mente, cada uno más angustioso que el anterior.

—Claro que una mujer como tú no habría esperado a que este idiota despertara un día —refunfuño, más enfadada conmigo misma.

—En los comentarios, algunos hablaban de una posible aventura entre ellos; alguien dijo que era tu esposa, y Theodore borró la publicación. Pero, hombre, formalizaste tu matrimonio con un contrato: sabes que aunque salga con Lykaios, no te engaña, ¿verdad?

—¡Maldita sea! Te lo di en bandeja de plata. ¿Y ahora qué hago?

Klaus se queda en silencio por un momento, probablemente pensando en las palabras adecuadas para decirme.

—Si quieres a Elena y a tu familia, tienes que involucrarte, Constantino. Y esta vez no hablo de puñetazos ni patadas.

—Sí, iré a verte enseguida.

De camino, marco su número y lo dejo sonar varias veces, pero Elena no contesta. Claro que no: había dicho que no quería hablar conmigo y que no la llamara. Sabiendo que no me contactaría voluntariamente, busco la dirección de su empresa en internet y voy allí en cuanto la encuentro.

Elênica está situada en una calle muy transitada; el edificio típico de la isla es blanco, con ventanas y puertas azules, de dos plantas, y su nombre está expuesto en la entrada.

El coche de Elena está aparcado al otro lado de la calle, lo que significa que sigue aquí. Veo otro aparcado enfrente: significa que tiene invitados.

De todos modos, entro por la puerta lateral y me encuentro frente a una chica de cabello rizado, que me mira con los ojos muy abiertos.

—Buenas tardes —digo, sintiendo el ardor del corte en el labio —. Necesito hablar con Elena.

“¿Constantino?” pregunta la muchacha, evidentemente sorprendida.

—Sí, ¿nos conocemos?

La sorpresa da paso a una mirada fulminante y la niña se levanta, arrastrando su silla hacia atrás.

—¿No te acuerdas de mí? Estuve en tu boda, si es que podemos llamarla así.

—¡Ah! Catherine, ¿verdad? La amiga de Elena —observo, recordando que nos habían presentado brevemente.

Estaba tan enojado ese día que apenas noté su figura.

— Exactamente. Pensaba saltar sobre ti la próxima vez que nos viéramos, pero parece que alguien se me adelantó.

Frunzo el ceño y pienso que no estoy en mi mejor forma. Al bajar la vista, noto que mi ropa también está sucia, después de rodar por el suelo con Alexander.

—Hum, creo que te mereces mi enojo.

—¿Ira? Te mereces que te caiga encima un montón de desgracias y mierda.

Aunque estoy de acuerdo en que he sido un imbécil, lo que dice es gracioso, pero me controlo porque imagino que si sonrío, me va a clavar el bolígrafo que agarra con fuerza en una de sus manos.

—¿Podrías llamar a Elena, por favor?

—Está ocupada con un cliente; si quieres hablar con ella, tendrás que esperar.

—Entonces esperaré—acepto sentándome en una de las sillas.

—Y déjame ser claro, la próxima vez que nos veamos no seré tan amable ni educado.

—¿Fuiste amable y educado ahora?

—Sólo porque creo que necesitas una ambulancia y algunos puntos, tienes la cara toda ensangrentada, por si no te habías dado cuenta.

— Aún no me he mirado al espejo…

En ese momento se abre la puerta del estudio y Elena sale riendo. El sonido se apaga en sus labios al verme, pero es el hombre que está a su lado quien encarna la cúspide de las desgracias del día.

Teodoro Licaio, con la mano apoyada casualmente sobre su hombro.

—Teodoro—saludo entrecerrando los ojos.

“¡Constantino!” exclama Elena, tapándose la boca con una mano.

—¿Soy tan horrible?

—Podría preguntarte cómo estás, ya que hace tiempo que no nos vemos —comenta Lykaios con una sonrisa—, pero creo que la respuesta es obvia. ¿Qué demonios te ha pasado?


Capítulo 21

Elena Lazos

Por mucho odio que sienta, es inevitable que mi corazón se acelere y la ansiedad me invada al ver el estado de Constantino. Su ojo derecho está prácticamente cerrado, hinchado y morado; tiene sangre en gran parte de la cara y un corte cerca de la boca; su ropa está sucia y parte de su camisa está rota.

Corro hacia él por puro instinto y, levantándole la cara con una mano, observo mejor las heridas.

¿Qué pasó?, pregunto nerviosamente.

—Yo también estoy empezando a preocuparme: debo estar muriéndome para que te preocupes por mí.

Me alejo inmediatamente de él, dándome cuenta demasiado tarde de que lo he tocado, pero me giro para mirar a Caterine, que observa la escena con aire de aburrimiento.

—¿Fuiste tú, Gato? ¡Te dije que no podías atropellar a Constantino!

Oigo una risita baja y me vuelvo hacia él, con la mano rozando el corte que tiene en la boca mientras intenta contener la risa.

—¿De qué te ríes? ¡Tienes que ir al hospital!

—Perdona, pero me hace gracia que pienses que Caterine, tan menuda, me haría algo así.

—No me tientes, Petrakis —grita el Gato, poniéndose de pie—. ¡Haría algo mucho peor!

—Se peleó, Elena. Y, al parecer, lo golpearon hasta matarlo —interviene Theodore, recordándome su presencia.

Abro la boca para preguntarle a Constantino, pero él simplemente se encoge de hombros.

—Deberías haber visto al otro chico.

—¿Y qué te hicieron para meterte en una pelea, Constantino? —le reprendo, cruzándome de brazos—. ¿Acabas de llegar y ya estás armando jaleo?

Enigmático, me dirige una mirada intensa que me pone los pelos de punta. Es impresionante, considerando que lo hace con un solo ojo abierto.

—Tocaron a mi novia.

Tragué saliva con fuerza, sintiendo el peso de su declaración. Claro que tendría una amante; habría sido una locura creer que Constantine había estado solo todo este tiempo.

—¿En serio? —pregunta Theo con una sonrisa.

Al parecer le gusta ver el estado de mi futuro ex marido.

—Sí, ahora estoy esperando al próximo oponente.

La risa de Teodoro resuena detrás de mí.

—Quizás le diste vía libre, ¿no crees? Ahora enfréntalo, amigo.

—¿Qué quieres decir? —Constantino se levanta y camina hacia Theo.

Sólo entonces me di cuenta que se referían a mí.

—Si quieres llegar a los golpes, ya sabes dónde vivo, pero no me meto en una pelea para salir derrotado —digo señalando el rostro de Constantino.

Atónito, observo cómo se desarrolla la escena. Creo que he perdido la capacidad de hablar, porque la tensión entre ambos me pilla completamente desprevenido.

"¿Nos vemos en la fiesta, Elena?" Theo se gira hacia mí, ignorando la mirada sedienta de sangre del otro.

—Oh, claro…

Inclinándose, me besa en la mejilla antes de despedirse de Constantine y salir de la oficina. Oigo un silbido y, acto seguido, la voz de Catherine se alza.

—¡Guau! Hacía mucho que no veía perros marcando su territorio.

—¿Qué fue eso, Constantino? —pregunto, volviendo a mi habitual irritación con él—. ¿Por qué provocabas a Theodore?

—¿Por qué estabas con él a puerta cerrada en la oficina? —replica ella.

— ¡No puedo creer que realmente me preguntes eso!

Cuando mira en dirección a Cat, puedo decir que se pregunta cuánto sabe ella.

—¿Quieres demandarme porque le conté a mi mejor amigo lo que hiciste?

—No, mis amigos también lo saben —dice encogiéndose de hombros.

—Genial, que bueno que sepan del imbécil al que llaman amigo.

—Me… me gustaría responder a lo que dijiste, pero creo que no me siento muy bien —dice, volviendo a sentarse.

Me quejo, frustrado por la insensatez de seguir preocupándome por esa maldita cosa.

—Ven conmigo, te limpiaré y te pondré una venda.

Un poco vacilante, se levanta y me sigue a la oficina.

—Deberías ir al hospital, quizá te rompiste algo.

“No rompí nada”, dice, dejándose caer en mi sillón.

Voy al baño y agarro la cajita que tengo aquí con medicamentos y apósitos. Abro una gasa y la humedezco con un poco de suero fisiológico.

Volviendo hacia él, me agacho ligeramente y empiezo a limpiar la sangre seca con la gasa.

—¿Vas a decirme quién te hizo esto? Creo que es lo menos que puedes hacer, después de obligarme a limpiarte las heridas, cuando debería estar golpeándote.

“Mi hermano”, dice y mi movimiento se detiene.

"¿Ese cabrón de Alexander te golpeó?" Me invade una oleada de ira. "No me importa que Constantine sea idiota y que lo odie; Alexander es un cretino que no debería existir". "¿Quién se cree que es? ¡La próxima vez que lo vea, le clavaré el pie en la cara, Constantine!"

El idiota sonríe y, con el rostro completamente destrozado, aún logra ser tan guapo que provoca un bloque de hielo en mi estómago.

—Me alegra saber que te preocupas por mí, Afrodita.

—No me llames así —interrumpo—. ¿Por qué peleaste?

—Ya te lo dije, se lió con mi novia.

"¿En serio?" Me froto el moretón con más fuerza y sonrío al ver su mueca. "¿Te fuiste al perro por tu amante? ¡Por Dios! No sé quién es peor". entre ustedes dos: tú, por prestarte a esto, o Alejandro por querer siempre lo que es tuyo!

—Es lo peor, lo sabes bien.

Tomándome por sorpresa, Constantine detiene mis movimientos con la gasa y toma mis manos, llevándolas a sus labios. Jadeo, impactada por sus besos en mis palmas y dedos.

—Perdóname, Elena. Fui un idiota por todo lo que hice, pero sobre todo por culparte sin darte cuenta de que me necesitabas…

Mi corazón se acelera al oírlo, y me separo de él, apartando las manos. Llevo mucho tiempo esperando este momento, soñando con el día en que se disculpe, quizás de rodillas, pero ni en sueños me habría quedado tan atónita.

—¿Te estás disculpando?

—Juro que pagará por lo que hizo —continúa, con la voz temblorosa de rabia—. Si me lo pides, puedo matarlo. ¿Quieres que lo mate, Elena? ¿Por ponerte esas sucias manos encima?

Se me llenan los ojos de lágrimas, porque sus palabras me transportan a aquella noche. Cuando Alexander me abrumó y casi consiguió lo que quería, pero aun así me arrebató todos mis sueños y mi felicidad.

—¿Qué dices? ¿Sabes que mentía?

“No lo sabía, pero ahora lo sé”, declara, intentando acercarme más con sus brazos.

—¡No! —señalo, deteniéndolo—. Te lo dije, te lo repetí una y otra vez, te rogué que me creyeras, y me diste la espalda, Constantine.

¿Sabes qué? —Mi pecho sube y baja con la respiración agitada—. ¡No te perdono, nunca te perdonaré! Te odio.

—Elena…

Se levanta, me toca la cara y me aparta un mechón de pelo. Su mirada está fija en mí, su presencia me distrae, el calor de su cuerpo me reconforta y despierta deseos latentes.

—Ahora puedo ser tu esposo, si me lo permites. Sé que no será fácil olvidar lo que hice, pero si me das la oportunidad de explicarlo, te pediré perdón todos los días.

En el fondo, estas son las palabras que tantas veces he anhelado escuchar. No respondo, porque no puedo concentrarme lo suficiente como para apartar la vista de su boca, tan cerca de la mía; no puedo ignorar su cálido aliento rozando mi piel y su suave caricia que ahora recorre mi nuca.

Constantine se mueve rápido, y cuando me doy cuenta, su boca está sobre la mía, robándome un beso que no tiene tiempo de avanzar lentamente. Sus manos atraen mi cuerpo hacia él, y cierro el puño, golpeándolo en el pecho, pero mi resistencia se derrumba en cuanto lo toco.

Mis manos parecen tener vida propia mientras recorren sus hombros y envuelven su cuello, y mi lengua rebelde encuentra refugio en su boca, que me devora en un beso que me excita por completo.

Sin dudarlo, me levanta en brazos y me coloca sobre el escritorio, besándome con lujuria. Sus labios se deslizan hasta mi barbilla y me chupa el cuello, murmurando palabras incoherentes que me excitan y me preparan para hacer una locura.

—Afrodita… —me besa de nuevo, su boca se mueve en sincronía con la mía en un ritmo loco.

Constantine me arrastra hasta el borde del escritorio y se acomoda entre mis piernas. Solo cuando siento la firmeza contra mi pelvis me doy cuenta de cuánto estoy cediendo.

De repente le muerdo el labio con fuerza y él se aparta con un grito.

— Maldita sea… ¡Me mordiste!

—Lo mordí —digo, saltando al suelo—. Así aprenderás a no besarme más. No somos marido y mujer, Constantine, nunca lo fuimos. No te perdono, nos estamos divorciando, y ni siquiera me gustas.

—Puede que me odies ahora, pero estabas enamorado de mí. Y sin duda aún amas mis besos.

Caminando alrededor del escritorio, camino hacia la puerta y la abro.

—¿A quién no le gustan los besos? Un pequeño beso no tiene nada de especial.

"¿Un beso? Puedo hacer mucho más", dice, inclinándose de nuevo.

Levanto mi mano para detenerlo y él se detiene.

—Constantine, sé que pasamos buenos momentos en el pasado, pero ahora las cosas son diferentes. He tenido muchas experiencias —miento, sin la menor vergüenza—, he aprendido lo que me gusta del sexo, y no creo que lo que hicimos pueda satisfacerme hoy.

—¿Muchas experiencias?

—Dijiste que estaba bien, siempre y cuando no fueran públicos —respondo, encogiéndome de hombros.

—¿Y por casualidad Theodore es una de esas experiencias tuyas?

—No es asunto tuyo, pero si quieres saberlo, Theodore no es poca cosa; él quiere estar conmigo cuando nos divorciemos.

—Claro que lo quiere, pero tú no estás disponible, Elena.

—¿De verdad que no? —Sonrío, satisfecha de haberlo impresionado—. Lo seré muy pronto.

—Tenemos un hijo.

— ¡Qué golpe bajo, Constantino! Tendremos un hijo incluso después de separarnos.

—Elena…

—Tengo que terminar un trabajo antes de irme, si me lo permites —digo, abriendo el vendaje y aplicándoselo en la cara con

enojo.

Aturdido, Constantino hace lo que le pido y cruza la puerta, que cierro rápidamente, apoyándome en ella.

¡Maldita sea, Elena! ¿Por qué dejaste que se acercara tanto?

Niego con la cabeza, apartando los pensamientos intrusivos que me gritaban. Vino a buscar a Alexander, discutió con él y vino a disculparse conmigo.

"Puedo ser tu marido ahora, si me lo permites."

Pero no, eso nunca pasará. Me lastimó una vez, me destrozó el corazón en pedazos tan pequeños que nunca pude encontrarlos, y por eso nunca más dejaré que se acerque a mi corazón.

Nunca más.



Constantino Petrakis

El camino de regreso a la villa es corto, pero lo aprovecho para reflexionar más profundamente sobre los acontecimientos recientes.

Elena no podrá alejarme con su actitud y su negativa; sentí la forma en que se entregó en mis brazos, y todavía creo que hay algo por lo que vale la pena luchar.

Todos los errores son míos, y ahora también lo son sus consecuencias. La perdí porque no confié, porque preferí creer en quienes no valían la pena y porque cerré mi corazón por miedo.

Fui un tonto, un idiota y, como a ella le gusta recordarme, un imbécil. Pero mis sentimientos por Elena nunca han cambiado, a pesar de todo lo que ha pasado, y si ya no me quiere, usaré todos los medios a mi alcance para recuperarla.

Estaciono en la entrada, pero en lugar de ir a mi habitación, me siento bajo la pérgola y hago una videollamada a Stephanie.

—¡Por el amor de Zeus, Tine! —exclama—. ¿Qué te pasó en la cara?

A pesar de la mueca involuntaria, casi me estoy acostumbrando a estas reacciones. Me observo la cara en el retrovisor del coche y reviso el vendaje que me puso Elena, sonriendo al ver los diseños de flores rosas impresos. Está en mal estado, pero se pasaron. Después de que Elena quitó la sangre seca, los moretones son evidentes: se desinflamarán y cambiarán de color en los próximos días. El corte en el hueso de la ceja no es profundo, nada que requiera puntos como sugeriste; el que está cerca de la boca, aún menos; si logré besar a Elena con tanta pasión, debió ser menos grave.

“¿Soy guapo?” pregunto intentando sonreír.

—¡No bromeo, Constantino! ¿Quién te hizo esto?

—Tu hermano.

—¿Alex? ¿Qué demonios le pasó a ese cabrón? —pregunta exasperada.

—Yo lo empecé, él es peor.

—¿Y por qué, en nombre de Zeus, fuiste a discutir con Alejandro?

—Ese es precisamente el punto. Para explicarte, tengo que contarte muchas mentiras que he acumulado durante el último año y cosas que he hecho que te harán querer destruir lo que queda de mi cara.

—¡Entonces dispara!

—Prefiero hablarlo en persona. ¿Puedes venir o tienes la agenda llena?

—Tengo una sesión de fotos mañana por la mañana, solo puedo ir mañana por la noche, y no voy a sentir curiosidad hasta entonces. ¡Habla ya!

—¿Te acuerdas de mi accidente de hace unos años?

A pesar de su expresión confusa, Steph no cuestiona la forma en que decido iniciar la conversación.

—Claro, estabas en moto acuática con tus amigos mosqueteros, y creo que había otras personas…

—Así es, Klaus, Isaac y Apolo vinieron y dimos una vuelta con Teodoro Licaio y su hermano; Alejandro estaba con nosotros. Casi atropello a una chica y me desvié; ya sabes lo que pasó después.

—Sí, el médico dijo que no podías tener hijos, que las posibilidades eran casi nulas. ¿Sabes? Zeus todavía desafía a la medicina —dice muy seria.

Steph tiene la costumbre de reemplazar "Dios" por "Zeus" en sus exclamaciones y charlas, porque cree que no tiene sentido. Debería tomar el nombre de Dios en vano; pero cuando habla en serio invoca el santo nombre todo el tiempo.

—Después de mucho tiempo, conocí a Elena y me enamoré de ella casi a primera vista, Steph. Era hermosa, inteligente y muy dulce…

— Ahhh, fueron tan dulces juntos — dice ella sacudiendo la cabeza.

—Y te habrás dado cuenta de que después del matrimonio ya no somos así.

Frunciendo los labios, ella asiente.

—Sí, no quise entrometerme. ¡Sigues diciéndome que soy intrusivo! Pero te has convertido en un marido terrible. No me lo habría imaginado, viendo cómo eras con ella al principio de vuestra relación.

—Lo que no sabes es que entre esos dos momentos de nuestra relación una serie de acontecimientos lo cambiaron todo.

-¿Qué quieres decir?

—Encontré a Elena y Alex en la biblioteca, besándose.

— ¿QUÉ? ¡No! ¡No lo puedo creer!

Al principio, yo también tenía dudas; les pregunté a ambos qué significaba, y cada uno me dio una versión diferente. Elena dijo que él la había agredido, y Alexander dijo que habían tenido una aventura conmigo. Fue él quien me dijo que Elena estaba embarazada, me mostró la prueba y dijo que él podría ser el padre del bebé.

Stephanie está atónita, pero no dice nada. Debe ser la primera vez que la veo sin palabras.

—Incluso se burló de que no pudiera ser padre por ser estéril. A pesar de eso, lo cuestioné todo; entonces Alex me dijo que Elena y nuestro abuelo habían hecho un trato para que ella se acercara a mí y se casara conmigo, a cambio de dinero.

- ¿Estás bromeando?

—Ojalá… Elena lloraba y apenas hablaba. Corrí hacia nuestro abuelo y me di cuenta de que la historia del acuerdo era cierta; no dejé que ninguno de los dos diera explicaciones. Por eso nuestro matrimonio fue tan repentino: decidí tomar al niño como mío para evitar que descubrieran mi fracaso, y me casé con ella.

—Mira, Tine, esta historia es horrible, pero igual de absurda. ¿Estás segura de todo lo que me estás contando?

—Lo era entonces; me casé, fui lo más repugnante posible, le ofrecí un contrato para que nunca le dijera a nadie que nuestro matrimonio era una farsa, y luego volví a Santorini. Nunca me viste con Elena después de la boda porque nunca nos volvimos a ver.

—¿Una farsa? ¿Todo este tiempo?

- Sí.

—¿Y Lelè?

Niego con la cabeza.

—A él tampoco; no lo había visto hasta ayer.

Constantine, mi nieto se parece mucho a ti, no hay forma de que no sea tu hijo. Te entiendo, yo también me habría confundido en ese momento: estabas enamorado, se acababan de conocer, y Alex, con todo lo imbécil que es, es tu hermano. Y además está todo este asunto del abuelo...

Stephanie reflexiona sobre sus ideas antes de concluir.

—Conozco a Elena desde hace más de un año; la he visto enamorarse de ti, la he visto llevar el Lelè, hemos salido juntos varias veces. Estuve con ella cuando nació mi sobrino, cuando su madre despertó; la he visto convertirse en una madre maravillosa y una mujer exitosa que lucha por sus propios intereses. Yo misma te dije que nunca gastó ni un céntimo de tu dinero. ¿No te parece todo muy extraño? Es una persona tan buena y fuerte, que no la veo capaz de todo esto.

—Fui un tonto por celos y rabia, Steph —admito—. Cuando nuestro abuelo me envió una foto de Lelè, me di cuenta de que realmente era mi hijo y que no lo conocía de nada.

— Ah, Tine… — mi hermana me mira con ojos llorosos.

Los míos no son muy diferentes.

—Perdí el embarazo de Elena, perdí el nacimiento de mi hijo y perdí a la única mujer que he amado. Llegué a Mykonos y hablé con el abuelo, quien me explicó toda la historia del supuesto trato; Elena ni siquiera lo había considerado; lo único que había aceptado de él era un trabajo para pagar el tratamiento de su madre enferma.

—Ni siquiera sé qué decir. ¿Se lo inventó todo Alexander?

—Creo que él creía que el trato era real, pero la relación entre ambos, las traiciones de Elena y la posibilidad de que él fuera el padre del bebé... todo fue inventado. Y eso no es lo peor.

—¿Qué podría ser peor que esto? ¡Ese miserable!

—Cuando los encontré besándose, Elena lo negó. Dijo que él la agarró. ¿Recuerdas que te lo dije? Tenía la ropa un poco rota y estaba llorando, Steph. No me imagino qué habría pasado si no hubiera llegado a tiempo.

—¿Crees que estaba… obligando a Elena? —pregunta, disgustada ante la idea de pronunciar la palabra correcta.

—Lo admitió, Steph. En mi cara, dijo que lo hizo porque creía que era una zorra —digo, con la ira resurgiendo.

—¿Y si lo fuera? Podría follar con todo un equipo de fútbol a la vez si quisiera, ¡y eso no le daría derecho a nadie a pensar que puede obligarla! Me follo a quien quiero, ¿así que deberían violarme por ello?

Sé que es una pregunta retórica. Stephanie está llorando, porque ninguno de nosotros estaba preparado para enfrentar al monstruo en el que se ha convertido nuestro hermano.

—Quería matar a Alexander, Steph. No lo hice solo porque…

—Para tu hijo.

—No, la verdad. Estaba completamente loco en ese momento, pero llegó la policía para detener la pelea. Pero quiero compartir dos cosas contigo y luego preguntarte una tercera.

- ¿Qué?

—Primero, quiero que sepas que haré todo lo posible para que pague, Steph. Puede que no me manche las manos de sangre, pero encontraré algo y meteré a ese cabrón entre rejas. Si lo intentó con Elena, probablemente también lo haya intentado con otras chicas. Y espero que cuando llegue ese día, me entiendas —le digo, mirándola a los ojos—. Te quiero, niña mimada, y no quiero perder también a mi hermana.

— Y no me perderás, estoy contigo hasta el final — responde, sin dudarlo.

— Segundo, no te enojes con Elena por no decirte la verdad: te lo prohibí con ese contrato.

—Si me enojara con alguien de este matrimonio, sería contigo, Tine. Ella no ha hecho nada malo.

Asiento, no esperaba menos de ella.

—Y tercero, y más importante.

—¿Más importante?

—Sí. Elena me odia, quiere el divorcio, ya tiene los papeles preparados y los dejó aquí en la villa. Theodore la ronda como un perro sarnoso, esperando a que me haga a un lado y esté con mi esposa.

— ¿El Lykaios? — levanta las cejas. — Maldita sea, hermano, ¿ese bombón?

—No me estás ayudando, Steph.

—Pero te lo buscabas, ¿verdad? Hiciste un montón de estupideces y desapareciste de la vista, y solo por eso te habría odiado y no querría volver a verte. ¿Y luego aparece ese dios griego y quiere estar con ella? ¡Tu situación va de mal en peor!

—Sí, adelante, frótalo en la cara. Y de todos modos, soy el dios griego, ¿de acuerdo?

—¡Cuánta humildad!

—No es eso, Elena me llamó así.

"Ah, ya veo..." Stephanie se lleva el pulgar a la boca, mordisqueándose la punta de su larga uña mientras piensa. "Así que, por lo que tengo entendido, quieres recuperar a Elena, pero estás de pie, con un metro ochenta y un bronceado de infarto, en la carretera".

Mi gruñido debe haber sido bastante audible, porque Steph estalla en risas.

—De acuerdo. ¿Pero tengo razón con lo demás?

—Sí, eso es justo lo que quería preguntarte. Quiero que me ayudes a descubrir qué puedo hacer para recuperar a Elena.

—¡Puedo ayudarte con eso! —Entorna los ojos, pensativa—. Max Lykaios tiene una fiesta mañana, ¿sabes?

—Hum… —Recuerdo la conversación que escuché en la oficina de Elena. —Theodore invitó a Elena a una fiesta mañana.

- ¡Perfecto!

—No es perfecto, es terrible.

— No, es perfecto porque a mí también me invitaron a esa fiesta y puedo llevar un acompañante.

—¿En serio? ¿Vienes entonces?

Stephanie sonríe y me mira con una expresión que promete problemas.

— Llegaré allí temprano por la noche.


Capítulo 22

Constantino Petrakis

Me paso toda la mañana en mi habitación, y ya es tarde cuando salgo de la villa en coche. Quizás estoy evitando a mi abuelo para que no me pregunte por el moretón en el ojo, aunque dudo mucho que me regañe. Con la capota bajada, el calor del sol me calienta los brazos y las manos, que agarran con fuerza el volante.

No puedo dejar de pensar en Elena y los breves momentos que la tuve en mis brazos ayer. Mi conversación con Stephanie aún está fresca en mi memoria, y estoy listo para luchar por la mujer que amo. La determinación me acompaña en cada giro, mientras planeo cómo hacer que su día sea memorable.

Aparqué frente a la floristería y, al entrar, me recibió el dulce aroma de las flores y la vista de las docenas de plantas que llenaban el espacio. Mis ojos vagaron por los estantes. Estoy buscando algo parecido. Debería saber cuáles son sus flores favoritas, pero no tengo ni idea.

Le escribo un mensaje rápido a mi hermana para preguntarle, pero ella no lo ve.

—Buenas tardes señor, ¿necesita ayuda? —se acerca la vendedora.

—Buenas tardes, creo que sí. Quisiera comprarle flores a mi esposa —digo, usando el título que espero se haga realidad en la práctica—, pero es la primera vez, no sé cuáles le gustarán.

— Eh… ¿Tienes un estilo más tradicional? ¿O prefieres algo diferente? Tenemos una gran variedad de flora exótica.

"Elena es… una mezcla de ambas, diría yo. Tiene valores y principios tradicionales, pero le gusta la innovación", respondo, pensándolo mejor. "Las flores tienen un significado, ¿verdad?"

—Claro que en todo el mundo, pero aquí muchas especies se asocian con la mitología y los dioses antiguos. Por ejemplo, los lirios representan la pureza y se asocian con la diosa Hera, mientras que los claveles se usaban para honrar a la diosa Perséfone.

—¡Perfecto! ¿Qué flor representa a Afrodita? —pregunto, repentinamente inspirada.

—Ah, son las rosas —sonríe la niña—, especialmente las rojas, representan la belleza, el amor y la pasión.

—Entonces serán rosas.

Con cuidado, la vendedora selecciona las rosas más bonitas para preparar un ramo y le pido que haga lo mejor que pueda para Empaquételo de forma segura, para que llegue intacto a las manos de Elena.

Mientras espero, veo una pequeña librería al otro lado de la calle, y eso me da una nueva idea. Con mi terraza lista, cruzo la calle y entro en la tienda, buscando algo muy específico. No tardo mucho en encontrar lo que busco: mi mirada se dirige a un estante cercano, y en un lugar destacado veo una edición ilustrada de Harry Potter y la Piedra Filosofal.

Llamo al librero y le pregunto si tiene la misma versión del sexto volumen; el hombre desaparece en el almacén. Pasan menos de cinco minutos y lo veo regresar con Harry Potter y el Príncipe Mestizo en las manos.

Emocionada, imagino la alegría en los ojos de Elena al abrir el paquete y encontrar el libro, su radiante sonrisa al hojearlo. Pido que también lo empaqueten con cuidado y, tras pagar, regreso al coche llena de ilusión.

Como es sábado, supongo que no fue a la oficina, así que voy directo a su casa. Cruzo la calle a toda prisa y encuentro al guardia en la puerta. Cuando le pido que le entregue los regalos a Elena, colocando la nota que había escrito encima, el hombre me frunce el ceño, encontrando el gesto extraño.

Debe parecer extraño que el marido le pida a otra persona que haga esto, en lugar de entrar él mismo a la casa y sorprender a su esposa, pero aún así el guardia me quita los dos paquetes y se dirige a la puerta principal.

Mientras él hace su parte, camino a paso rápido de vuelta al coche. Desde donde estoy, imagino que nadie me ve. Elena, pero puedo ver el dintel de la puerta y medir su reacción.

Desde lejos, observo al guardia tocar la puerta y la veo abrirla poco después; su larga cabellera rubia es claramente visible, aunque le cubre la cara. El hombre le entrega los paquetes y espero con ansiedad a ver qué hace. Quizás se lo lleve todo y vuelva a entrar sin reaccionar.

Al fin y al cabo, ¿qué esperaba? ¿Que saliera corriendo, saltando de alegría? Francamente...

Se mete mechones de pelo detrás de la oreja, revelando su perfil. Veo una sonrisa en su rostro y la veo agacharse para oler las flores. Orgullosa de mi gesto, la observo arrancar el papel del libro. Pasa las páginas rápidamente y mira al guardia, preguntándole algo.

El hombre le entrega mi tarjeta y Elena la abre al instante. Veo cómo su sonrisa se desvanece poco a poco mientras lee; la alegría se convierte en algo parecido al aburrimiento. Juraría que está poniendo los ojos en blanco, pero no veo muy bien.

Mi emoción se desvanece inmediatamente después de la suya, y se me revuelve el estómago al ver a Elena caminar hacia el cubo de basura frente a la casa y tirar todo allí, como si fueran cosas desechables. Mis ojos siguen fijos en la escena, pero no puedo creer lo que veo.

¿Qué pude haber hecho mal? Recuerdo nuestra cena en el yate y cómo dijo que le encantaba ese libro. Quizás ya tenía esa edición, pero eso no justifica tirarlo así, sin el más mínimo remordimiento.

La observo un momento más, esperando ver alguna señal de remordimiento o una explicación, pero no hay nada. Elena Él simplemente regresa a la casa, ignorando completamente mi gesto.

Maldita sea… no lo puedo creer.

Respiro hondo antes de volver a cruzar la calle, pero esta vez me escabullo del guardia y toco la puerta. Como el hombre sigue mirándome como si estuviera loca, saco mis llaves del bolsillo, abro la puerta y entro de inmediato.

Elena aparece inmediatamente, abriendo mucho los ojos al encontrarme en medio de la sala de estar.

—¡Constantino! ¿Otra vez estás entrando a mi casa? ¡Quiero tus llaves hoy! ¿Te imaginas si te encuentro desnudo?

—Me encantaría.

—Imbécil. ¿Te imaginas si encontrara a mi madre desnuda?

Frunzo el ceño.

— Él sabe que tienes marido, es mejor que andes por la casa vestida.

Elena me mira con dureza y se cruza de brazos, gruñona.

—¿Qué quieres ahora?

—Tiraste mis regalos. ¿Por qué lo hiciste? —pregunto, entrecerrando los ojos—. Los elegí con mucho cuidado, Elena.

— Eh, no quiero nada de ti, ya te lo dije.

—Bueno, pero ¿sabías que las rosas representan a Afrodita?

Elena levanta una ceja.

—¿Y? Afrodita no significa nada para mí.

—No hables así.

Siento una mezcla de dolor y frustración creciendo dentro de mí.

—No puedes aparecer cuando quieras, tienes que avisarme primero y preguntar si estoy disponible.

La decepción comienza a dar paso a la ira, y estoy listo para explotar con una respuesta aguda, pero antes de hacerlo, destruyendo mis posibilidades de recuperar a Elena de una vez por todas, la dulce voz de su madre resuena detrás de nosotros.

—¡Sabía que oía tu voz! Qué bonito que estés aquí, yerno. Ven a tomar un café conmigo. —Pasa junto a Elena, que la mira boquiabierta, y me agarra del brazo, arrastrándome a la cocina—. Tenemos que hablar, ¿no crees? ¡Quiero saberlo todo sobre ti!

Acepto su invitación sin dudarlo y sigo a Melina, sintiendo la mirada furiosa de Elena clavada en mi espalda. No puedo evitar sonreír, sabiendo que mi presencia la molesta, y aunque no es lo que quiero, la ira es mejor que la apatía.

—Vamos, Lelè sigue dormido, pero despertará pronto —dice Melina, cogiendo tres tazas del mueble sobre el fregadero—. ¿Te apetece un café, Elena?

- No.

La veo pasar junto a nosotros, abrir el refrigerador y coger una jarra de agua. Elena suelta la puerta del refrigerador con fuerza,

mostrando su enfado. Sonriendo para que me vea, arrastro una silla y me siento.

—Estás muy musculoso, ¿verdad? —dice mi suegra, mirándome con aprobación—. Necesitas una dieta equilibrada para mantenerte en forma.

Por un momento dudo que siga su razonamiento, porque introdujo el tema de una manera completamente casual.

—No hago dietas, pero como bien la mayor parte del tiempo.

—Genial, entonces aprovecho esta conversación para animarte a que vayas a Lazos, ¡tienes que probar mi comida!

—Constantino solo come en platos con ribetes dorados, mamá. Y no acepta nada que no cueste una fortuna —interrumpe Elena con malicia.

—¿En serio? Bueno, mi cocina es sencilla, pero es...

—Claro que no es verdad, Melina. Elena está enojada conmigo porque está enojada, probablemente ya te habrás dado cuenta.

La mujer aprieta los labios, pero no responde, lo que me lleva a pensar que sí, entiende que Elena está furiosa.

— Ella sabe que estoy enojado, sí, no sé por qué te invitó a entrar.

—Porque esta sigue siendo su casa, Elena —le dice a su hija, pero enseguida se vuelve hacia mí—. Constantine, cariño, ¿por qué no duermes en casa?

—Es complicado —digo, mirando de reojo a Elena—. No quiere estar conmigo, y le estoy dando espacio mientras intento reconstruir nuestra familia.

—Constantino, cállate. —Elena se irrita.

Su madre, por el contrario, parece apreciar mucho mis palabras.

—Como puedes ver, ella aún no está lista para perdonarme.

—Bueno, no podemos forzar las cosas, a veces lleva tiempo sanar las heridas más profundas, hay que tener paciencia…

Elena murmura algunas maldiciones, pero yo simplemente tomo la taza de café que me ofrece y pienso, continuando la conversación y fingiendo ignorar su presencia.

—Lo intento, Melina. Claro que sé que acabo de llegar, pero hago todo lo posible por demostrarle cuánto lo siento y cuánto la quiero. —La oigo jadear a mi lado—. Hoy le compré flores y una edición de su libro favorito.

—¿En serio? ¿Y qué pensaba él? —pregunta ella, llena de esperanza.

—Todo lo tiraste a la basura, ¿no, Elena?

—Si sigues molestándome, te tiraré a la basura también.

Señalo a Elena con mi dedo, mirando a mi suegra, quien asiente.

—Entiendo tu postura. Como le dije a Elena cuando mencionó el divorcio, siempre apoyaré sus decisiones, Constantine, pero me gustaría mucho que se reconciliaran. Así que no te rindas todavía. El amor verdadero supera cualquier obstáculo.

—No me rendiré. Superaré obstáculos, sí. Incluso a aquellos que miden casi dos metros y están bronceados como el pecado —digo, repitiendo las palabras de Stephanie.

Pero frunzo el ceño al darme cuenta de que, viniendo de mí, suenan extraños.

Molesta por mi presencia, y sobre todo por nuestra conversación, Elena sale de la cocina dando pisotones y se dirige al pasillo. Me levanto para seguirla, porque me encanta provocar a una pantera salvaje.

—Disculpa, Melina. Me encantó nuestra conversación. Voy a ver si Lelè ya despertó.

Saliendo de la cocina, sigo a Elena hasta una habitación y me doy cuenta de que efectivamente es el dormitorio de mi hijo al observar la decoración toda azul y blanca y la cuna en la esquina.

—¿Por qué me sigues, Constantino?

—Solo quería saludar a mi bebé. —Me acerco a la cuna e inevitablemente se me escapa una sonrisa. —¡Mira quién se ha despertado!

—¿No deberías volver a Santorini y Cronos?

"No tengo intención de volver", digo, pero en realidad esta decisión acaba de ocurrírseme. "Me quedaré aquí, con mi familia, ¿verdad, Lelè? ¿Cómo podría irme ahora que he conocido esa sonrisa desdentada?"

¿Podrías tomarte esto un poco más en serio? Te estoy hablando a ti. ¿Qué te pasa con ese ojo morado? —pregunta, con la voz un poco más baja—. ¿Fuiste al hospital?

"Me tomo las cosas en serio cuando es necesario, pero ahora solo quieres discutir, y no quiero eso. En cuanto al hospital, no fue necesario. Tú misma me pusiste una venda con tanto cariño, me puse hielo antes de dormir, y hoy ya me siento mucho mejor", digo, señalando la venda rosa. "¿La elegiste con las florecitas a propósito? ¿Para burlarte de mi virilidad?", bromeo.

—Eres imposible.

—Lo soy. —Tomo a Lelè en brazos, lo levanto de la cuna y lo acerco—. Soy insistente, aburrido y hermoso, ¿verdad, hijo? Tu madre dice que me odia. ¿Qué te parece? Creo que todavía me quiere —susurro, bajando el tono, pero sabiendo que me oye.

Ella se echa a reír y me da la espalda.

Elena busca algunos objetos en uno de los cajones y los coloca sobre una cómoda, justo encima de un pequeño colchón.

-¿Qué es esto?

—Un cambiador, trae a Lelè aquí para poder cambiarle el pañal.

—¡Genial! —Me emociona la idea de presenciar este momento, y lo llevo hacia Ella, colocándolo donde Elena me indica. —¿Cómo lo haces?

En posición semiinvertida, cambia el peso del cuerpo de una pierna a la otra.

—¿Quieres probar?

- ¿Puedo?

— Primero, quítale los pantalones.

Sigo su orden, mientras Lelè mueve sus patitas sin cesar, emitiendo gruñidos incomprensibles.

—Ahora tienes que abrir el pañal, un lado a la vez.

- Cierto…

— No hizo popó, solo pis, así que puedes levantarle sus piernitas y sacarle el pañal entero de ahí.

Tomando el pesado pañal de mis manos, Elena lo enrolla para tirarlo y abre el bote de basura que está al lado de la cómoda, arrojándolo dentro.

—En ese paquete hay pañales limpios, toma uno.

Concentrada, continúo mi misión. Abro el pañal e intento averiguar qué lado va delante y cuál detrás. Elena simplemente observa, esperando a que entienda el problema del pañal desechable. Deduzco que la parte más grande va en su trasero, y como Elena no me critica, creo que he acertado.

—Coge una toallita húmeda para mantenerlo más limpio y, después, sólo tendrás que cerrar el pañal.

Con las últimas instrucciones dadas, limpio al pequeñito, teniendo cuidado de ser delicado y luego cierro el pañal, abriendo las partes adhesivas y fijándolas.

—¿Lo hice bien?

—Está bien. Ahora solo tienes que ponerle la ropa. —Señala unas bermudas color paja y un polo azul.

"¿Lelè se pondrá esto?", pregunto sorprendida. "Creía que solo usaba pijamas y ropa de bebé".

“Es ropa de bebé”, responde sonriendo, “pero mi hijo es un niño con mucho estilo”.

—Yo… ¿Puedo comprarle un traje entonces? ¿Lo has pensado, Elena? ¡Será como ver un Constantino y una copia en miniatura!

Encogiéndose de hombros, ignora mi entusiasmo.

—Lo compro. Por cierto, has cambiado todo en la casa —digo, mirando a mi alrededor—. Has cambiado todos los muebles.

Tomando la camisa, la deslizo suavemente sobre su cabeza, sosteniéndola como Elena me indicó que hiciera.

—Sí, quería dejarlo todo a mi gusto, ya que antes no había elegido nada.

—Tienes un gusto excelente, el dormitorio de Lelè es precioso.

Ella sigue mi mirada, recorriendo los muebles que ya conoce, y yo comienzo la misión Bermuda, deslizando la cabeza por sus piernecitas regordetas, más allá de la barrera del pañal, y luego cerrando.

Listo. Ahora solo faltan los zapatos, pero no los veo.

—Quería crear un espacio acogedor para él, donde pudiera dormir pero también jugar cuando empezara a sentarse y caminar.

—Se ve muy bien aquí. —Veo que la sonrisa desdentada se extiende de nuevo.

—Puedes llevarlo a la cocina, allí hay una silla alta y mi madre le dará de comer.

Con mi pequeño en brazos, salgo de la habitación y lo acompaño a la cocina. Melina está de pie junto al fregadero, de espaldas a mí; creo que está machacando fruta.

—Mira quién está aquí —digo para llamar su atención.

Melina sonríe y extiende la mano para coger a su nieto, llevándolo a la trona que Elena había mencionado. Con todo bajo control, regreso a su habitación con la intención de despedirme de Elena, pero no la encuentro.

Busco puerta por puerta y la encuentro en el estudio. Elena está inclinada sobre la mesa, examinando un papel; los pantalones cortos que lleva son cortos, y en esa posición parecen aún más cortos.

No puedo resistirme a esa imagen ni al aroma de su cuerpo, que siempre me ha atraído. Al acercarme, levanto la mano. Y le aparto el pelo, dejando al descubierto su nuca. Veo un escalofrío recorrer su piel y siento la tensión que crece entre nosotros mientras me inclino y le doy un beso.

Oigo un suave suspiro, y sus reacciones me impulsan a seguir adelante. Mis labios trazan un camino a lo largo de su nuca, hasta su

hombro.

—Tu perfume tiene un poder mágico sobre mí, me vuelve loca— susurro cerca de su oído.

Elena permanece en silencio, ignorándome como si estuviera absorta en sus pensamientos. Cuando por fin responde, sus palabras son como un látigo que me corta la carne.

—No me importa si estás loco o cuerdo, Constantino. Y que te guste o no mi perfume es irrelevante.

Elena me da la espalda, pero le tomo la mano, decidido a mantener la cercanía que teníamos apenas unos minutos antes.

—Déjame ir, tengo que ducharme ahora, tengo una fiesta a la que ir.

Me dejó sola en el estudio y se dirigió a su habitación, pero sus palabras aún resuenan en mi mente y la desesperación intenta abrumarme. Pero si Elena ha sufrido tanto por mi culpa, puedo tolerar su rechazo y su ira.

Con este pensamiento, la sigo a la suite, decidido a decirle que no me rendiré y que estaré en la fiesta. Sin embargo, al acercarme, tengo la gracia de una visión del paraíso.

Elena se va desnudando, sus movimientos captan mi atención y con cada prenda que se quita deja ver un poco más de su cuerpo. Lo cual es mi perdición. Me siento hipnotizado por la visión que tengo ante mí.

Su cabello cae en cascada sobre sus hombros y, tras quitarse la camisa, solo queda en lencería. La observo en silencio, incapaz de apartar la mirada; todo mi ser anhela estar más cerca de ella, tocarla, sumergirme en ella una vez más.

Abre un cajón y saca algo, un paquete pequeño que no puedo ver muy bien, y entra al baño, cerrando la puerta tras él.

Respiro hondo, sabiendo que quedarme aquí esperándola no me da ninguna ventaja, pero ansiosa por cada segundo que podamos tener. Estoy a punto de darme la vuelta e irme cuando oigo...

Esto es…

Abro la puerta lentamente y, sin hacer ruido, me acerco al baño. Unos gemidos apagados se filtran por las rendijas de la puerta, y mi corazón se acelera al despertar mi pene.

Tras esa puerta, Elena se toca. Atraído por esos sonidos, lucho contra el impulso de abrir la puerta y observar la escena. Sé que no puedo hacerlo; podría irritarse, y un movimiento precipitado destrozaría todas nuestras posibilidades.

Emocionada y frustrada, me doy la vuelta, lista para irme, cuando oigo mi nombre; me quedo sin aliento unos segundos mientras asimilo su significado. Elena se toca y piensa en mí.

Descuidada o no, abro la puerta lentamente para no asustarla, y la escena que se despliega ante mí es la más sexy que he visto en mi vida. Elena está sentada en la encimera de mármol, cerca de la bañera, con los ojos cerrados en éxtasis, un vibrador en la mano, acariciándose el clítoris; sus rasgos se contraen de placer mientras susurra mi nombre.

Me quedo quieto un momento, incapaz de apartar la mirada de su coño húmedo, extendido ante mí. La idea de sumergirme en ella, de follarla a ese nivel, casi me hace correrme.

—Elena…

Sus ojos se abren.


Capítulo 23

Constantino Petrakis

Sus ojos, siempre tan azules, ahora están oscurecidos por el deseo y sus pupilas dilatadas. Creo que detendrá sus movimientos y me apartará, pero para mi sorpresa, Elena se entrega aún más al placer. Mueve el objeto con destreza, provocando sus propios gemidos ante mi mirada sedienta.

La bañera detrás de ella se está llenando, pero Elena está sentada en la encimera de mármol que la sostiene y no parece importarle el vapor que comienza a llenar el baño.

Cada sonido que sale de sus labios parece una llamada al sexo, y llevo la mano a mi pene, tocándolo por encima de mis pantalones, pero enloquecido por el deseo de liberarlo. El deseo me grita que me acerque, que ocupe mi lugar; nunca pensé que sentiría celos de un vibrador, pero ese día ha llegado.

Doy un paso adelante y Elena levanta la mano, deteniéndome con un gesto y una mirada intensa que me detiene. La bruja sonríe de lado y se muerde el labio mientras desliza el vibrador en su resbaladiza vagina.

— Maldita sea, Elena…

Es la viva imagen de la tentación: su cabello rubio cae sobre sus pechos carnosos y deliciosos, sus pezones erectos, suplicándome que los chupe, sus piernas abiertas. Me provoca con cada movimiento, cada suspiro, cada caricia. Y aunque estoy desesperado por follarle el coño, me quedo donde está, respetando sus límites.

—¿Te gusta mirarme, Constantine? —pregunta con voz ronca y baja—. ¿Te gusta saber que te odio y, sin embargo, me masturbo pensando en ti?

— Maldita sea, me encanta.

—Eres un cabrón —dice ella, metiendo el vibrador hasta el fondo—. Te odio, pero mi cuerpo no lo recuerda.

—Entonces deja que tu cuerpo hable, Afrodita.

—Ábrete los pantalones —ordena, echando la cabeza hacia atrás entre un delicioso gemido.

No hace falta repetirlo. Me bajo la cremallera de los bóxers y los bajo lo justo para liberar mi polla, dura como una piedra; la punta empapada de líquido preseminal demuestra claramente lo jodido que estoy. La acaricio desde la base hasta la punta, inspirándome en la imagen que tengo delante.

Ella mira mi polla y simplemente lame sus labios regordetes, haciéndome fantasear con su boca para follar.

—Elena, ya basta de este juego, ¿vale? Déjame follarte, déjame entrar, Afrodita.

Sonriendo como un demonio, ella se niega.

—No entrarás, Constantino. Pero si quieres, arrodíllate ante mí —sugiere con picardía.

-¿Arrodillarse?

Abriendo aún más las piernas, saca lentamente el vibrador y lo coloca de lado sobre el mostrador.

—Sí, de rodillas para lamerme.

—¿Crees que puedes castigarme así? —Me rebajo, poniéndome a la altura que Ella dicta. —Llevo un año soñando con tu sabor, Elena.

Sus ojos brillan al verme. A esa puta le encanta verme de rodillas, y si ese es el placer que busca, no desaprovecharé la oportunidad.

Acerco mi rostro y, sin previo aviso, chupo su húmeda abertura, bebiendo cada gota y sacándole un grito.

—Te obedeceré, Afrodita, pero debes callarte o tu madre nos oirá.

—Cállate…—ordena con autoridad.

Sonrío antes de lamerle todo el coño, atrapando su clítoris entre mis labios y provocándola aún más. Elena levanta las caderas y deslizo un dedo dentro de ella, empezando a bombear mientras devoro su delicioso coño. Su sabor es... mi ruina, pasaría horas inmerso entre sus muslos, bebiendo de su placer.

—Elena…

— ¿Zumbido?

—Guárdame tus pechos, déjame verte tocarlos mientras te lamo.

— No, eres tú quien hará lo que yo quiero.

"¡Perra!", respondo, dándole una palmada en la carne hinchada de su sexo.

— Creí que era una diosa. — Está disfrutando de mi rendición.

—Siempre has sido una diosa, pero ahora eres una guarra, y en mi cama serás una pequeña puta.

—Ya veremos, ahora deja de hablar.

Le muerdo el coño con fuerza y vuelve a gritar, entre gemidos fuertes. Elena vuelve a levantar las caderas cuando le meto otro dedo y se mece, untándome la cara con la excitación que gotea.

Estimulo su clítoris y aumento la fricción de mi lengua, sintiendo constantemente lo cerca que está. Mientras su orgasmo la abruma, sigo chupando y lamiendo, besando y disfrutando de los segundos que tengo, mientras ella se pierde en el éxtasis.

Todavía temblando y respirando agitadamente, Elena se levanta del suelo y mete un pie en la bañera, luego el otro, sumergiéndose inmediatamente en el agua.

"¿Nos vemos mañana?", pregunta provocativamente.

—¿Quieres dejarme con la polla dura, Elena?

Ella se encoge de hombros.

—Estoy seguro de que sabes qué hacer.

—Mierda…

—Vete ya, tengo que bañarme e ir a la fiesta.

Furioso por haberme echado otra vez, salgo furioso del baño, subiendo la cremallera de mis pantalones antes de abandonar la habitación.

Maldita sea, mujer vengativa. ¿Hasta cuándo seguirá provocándome así?



Elena Lazos

Estoy lista para ir a la fiesta, analizando mi imagen en el espejo cuando escucho las voces de mi madre y Catherine acercándose por el pasillo.

"No es lo mismo, Catcat", dice mamá, usando el apodo que le puso a mi amiga. "Son situaciones completamente diferentes. Su padre me abandonó y nunca regresó".

Entendiendo el rumbo de la conversación, permanezco en silencio para escucharlos mejor.

—¿Y qué hizo Constantino? —pregunta Cat nerviosa y me doy cuenta de que está a punto de revelar la verdad.

Corro hacia la puerta, atrayendo la atención de ambos hacia mí antes de intervenir.

—Es completamente diferente, Cat —digo, asintiendo sutilmente—. Constantine y yo nos casamos porque estábamos enamorados, pero nuestras diferencias crearon un vacío entre nosotros que creció hasta que decidí pedir el divorcio.

Los ojos de mi amiga se abren y sus labios se aprietan al darse cuenta de que mi madre no sabe toda la verdad.

—Claro —asiente—, pero lo que digo es que las malas relaciones están condenadas al fracaso; es mejor estar sin él.

Con el apocalipsis bajo control, regreso al espejo, pero los dos me siguen, deteniéndose frente a la puerta.

— No estoy de acuerdo, lo está intentando, ¡incluso decidió quedarse en Mykonos!

—¿Cómo lo sabes, mamá?

—Hablé con él antes de que se fuera, lo cual, por cierto, tardó un poco. ¿Qué hacías en la habitación, Elena?

El gato me mira con desprecio.

—No te rindiste, ¿verdad, Elena? —pregunta con las manos en las caderas.

-Absolutamente no.

Su mirada permanece fija en mí, tan intensa que parece leer mi alma.

—¿Ni un poquito?

—Quizás solo un poquito, pero hice que pareciera que estaba a cargo, así que creo que está bien, ¿verdad?

—¡Elena!

—Exacto, Elena —exclama mi madre con júbilo, haciéndome poner los ojos en blanco—. Creo que deberías hacer las paces.

El gato cruza los brazos, indignado.

—¡Tía Melina, deja de meterle esas ideas en la cabeza! La energía ahora es de Theodore, ¿entiendes? Lykaios es el futuro, Petrakis es el pasado.

—¡Qué pasado! Está muy presente; hoy le trajo flores y su libro favorito.

—Lo tiré a la basura, mamá.

Ella me mira con los ojos entrecerrados.

—¿Crees que soy tan fácil de engañar como tu marido? Lo tiraste a la basura y le dijiste a André que lo recogiera cuando Constantine se fue.

Me quedé sin palabras, conmocionado por la traición de André, el guardia de día.

—¿Te lo dijo?

—No te enfades con el pobre. Vino a traerme el libro y las flores, y cuando le pregunté qué era, se sintió muy influenciado a decírmelo. Constantino es el regalo —dice, volviéndose hacia Catherine.

—Sólo porque aún no lo he invertido.

“Hablando de inversiones, ¿qué te pasó en la cara?”, pregunta astutamente Donna Melina.

“Se peleó con su hermano”, digo mientras me ajusto los pendientes para completar mi atuendo.

—¿Y por qué?

—Alexander es un gilipollas, habló mal de mí y Constantino se le echó encima —digo dejando de lado las razones más serias.

"¿Lo viste? La defendió, destruyendo la relación con su hermano", continúa su defensa, volviéndose hacia Cat.

Mi amigo resopla.

—¡Ya lo destrozaron, tía Melina! Solemos llamarlo gusano, a ese Alejandro.

"¿Podrían parar esta tonta discusión?", pregunto, interrumpiendo a la defensa y a la fiscalía de Constantine. "No tiene sentido continuar, porque Catherine tiene razón. No perdonaré a Constantine. Cometí un pequeño error, lo admito, pero esta noche voy a la fiesta con Theodore, y el divorcio ya está en marcha".

Me miro al espejo de nuevo y veo el reflejo de una mujer segura y hermosa, y así es como debería sentirme. El vestido largo es verde esmeralda, de satén, y se ajusta a mis curvas, abriéndose justo debajo de las rodillas.

Aunque tenía cita con la maquilladora, tuve que maquillarme yo misma, y opté por un toque atrevido con un labial rojo, dejando la mirada más discreta. Mi distracción con Constantine en el baño me hizo llegar tarde y perdí mi cita con la profesional, obligándome a conformarme con lo que sabía hacer. Me rizé el pelo y me lo recogí en un moño suelto, adornado con unas pinzas doradas, del mismo color que mis pendientes y mi pulsera.

"Te ves maravillosa", dice Cat sonriendo con aprobación.

—¡La más hermosa! —asiente mi madre, juntando las manos bajo la barbilla.

Estoy satisfecha con el resultado, me siento una mujer poderosa, capaz de conquistar el mundo, pero mi mente está invadida por un pensamiento invasor.

¿Qué diría Constantino si me viera así?

Me regaño por preguntar; después de todo, no debería darle importancia; su opinión es irrelevante. Niego con la cabeza para alejar ese pensamiento, recordando que esta noche se trata de divertirme,

disfrutar de la compañía de Theodore y, quién sabe, descubrir qué tengo en común con él.

No tiene nada que ver con Constantine. Con un suspiro, aparto la mirada del espejo y me quedo mirando mi teléfono, que vibra con un mensaje.

Estoy aquí.

Frunzo el ceño, porque no imaginé que vendría a buscarme, y me giro para mirar a mis espectadores.

—Theodore está aquí, es hora de irnos. ¿De verdad no te importa quedarte con Lelè esta noche? Los Lazos…

—Puedes irte con calma. Achille está haciendo un buen trabajo en la cocina, y Heitor e Irene se encargan del resto. Catcat se quedará aquí conmigo a ver una película.

Tranquilizado por sus palabras, la beso a ella y a mi hijo antes de salir de casa. Encontré a Theo apoyado en su coche, aparcado delante. La imagen me recuerda a otra época, a otra persona que me esperaba así.

—¡Guau, estás guapísima, Elena! Te robarás todas las miradas en la fiesta.

—Gracias, Theo. Tú también estás guapísima.

"¿Nos vamos?", pregunta alejándose un poco del coche.

—No sabía que vendrías a recogerme. ¿Puedo ir en coche?

Theodore frunce el ceño y mete las manos en los bolsillos de sus pantalones.

—¿Temes que alguien nos vea y nos malinterprete? Ahora que…

—No es eso —lo interrumpo para tranquilizarlo—, aunque preferiría que no hablaran de nosotros hasta que se arregle lo de Constantine. Pero quiero ir en mi coche. porque si pasa algo y mi madre me llama o Lelè me necesita, puedo volver más rápido.

—Podría llevarte de regreso, pero si eso te hace sentir más a gusto, me parece bien.

Arreglado esto, saco el coche del garaje y sigo de cerca a Theodore por las calles, porque no sé la dirección de la fiesta.

Al llegar, queda claro que, a pesar de la vestimenta formal requerida, la elección es solo una excusa para lucir un atuendo elegante, ya que el ambiente en sí es todo menos clásico. La música es animada, hay gente bailando, el personal del bufé está ajetreado sirviendo bebidas y aperitivos, y Theodore me guía por el salón brillantemente iluminado.

“¿Es esta tu casa?” pregunto en voz alta, intentando hablar por encima de la música.

—En cuanto a mis padres, me mudé a vivir sola hace unos años, pero mi hermano todavía vive aquí.

Theodore señala a un niño un poco más adelante, que debe tener mi edad, con cabello castaño que le cae sobre los ojos.

—Ven, déjame presentarte.

Guiada por Theo, me dejé llevar. Debería haber imaginado que me presentaría a su hermano, ya que es su fiesta, pero solo ahora me doy cuenta de que podría dar una impresión equivocada: toda esta gente conoce a Constantine, y no quiero humillarlo sugiriendo que estoy saliendo con otros hombres mientras aún estamos casados. Quizás se lo merezca, pero no es parte de mí.

"¿Max?" Theo le toca el hombro, y él se gira al oír su voz. "¡Feliz cumpleaños, mocoso!"

"Eres el mocoso, debes serlo..." El chico me nota y sonríe, un poco avergonzado. "Perdón, es la costumbre."

"Ella es Elena, mi inversionista y una querida amiga", dice Theo, y sus palabras me tranquilizan un poco. Al menos no me presentó como su interés amoroso, aunque ahora sé cuáles son sus intenciones. "Este es mi hermano, Maximiliano, conocido como Max, y obviamente es el cumpleañero".

— ¡Un placer conocerte, Max! — Le extiendo la mano para saludarlo. — Feliz cumpleaños.

—Gracias por venir. Mi hermano probablemente no habría venido si no hubiera tenido compañía, ¿te lo puedes creer? Mis fiestas le parecen aburridísimas —confiesa, como si Theodore no lo oyera.

—Y normalmente así es —dice Theo, ignorando la mueca de Max al oírlo.

—Quédate aquí, te traeré champán.

Max se aleja, corre tras un camarero y regresa poco después, con tres copas en las manos. Nos entrega nuestras copas, levanta la suya y propone un brindis por sí mismo, lo que nos hace reír y, por supuesto, nos unimos a él.

Mantenemos una conversación animada y disfruto escuchando las historias de Max. A pesar de la gran cantidad de invitados y de ser la estrella de la fiesta, se queda, creo que apreciando la compañía de su hermano.

Dice que tocará una banda más tarde —no cualquiera, sino su favorita— y la noticia me sorprende. La velada es agradable y, por un momento, olvido las preocupaciones y tensiones del mundo exterior, pero todo se desvanece cuando, en medio de la conversación, Max nos mira por encima del hombro y esboza una gran sonrisa.

—¡Stephanie!

Lo primero que pensé fue que era una coincidencia, obviamente. Otra persona con el mismo nombre, sobre todo porque Steph no está en Mykonos.

"¿De las pasarelas del mundo a mi humilde grupo?", añade, pasando a mi lado para dar la bienvenida a su invitado.

Y mi segundo pensamiento es que no puede ser coincidencia. Cierro los ojos un momento, preparándome para enfrentar a mi cuñada.

—¡Max! ¡Qué nostalgia! —responde alegremente, y es lógico que me reconozca, aunque solo sea de espaldas. —¿Elena?

Miro a Theodore, pero él está mirando fijamente a Stephanie, con el rostro contraído por la ira, y solo puedo respirar profundamente y darme la vuelta.

Cuando lo hago, me sorprendo. No solo Steph está frente a mí, con un elegante vestido azul, sino también su hermano, con esmoquin, observándome con una sonrisa cínica.

-¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Yo? —Se señala a sí misma, abriendo mucho los ojos—. ¿Qué te pasa?

—Tú no, Steph —la corrijo, y, acercándome, la abrazo con cariño —. Me refiero a tu hermano.

—¡Ah! Max me invitó y, como no tenía compañía, llamé a Constantine para que me acompañara —dice, sonriendo de nuevo—. Espero que no te importe.

Una oleada de emociones contradictorias me recorre mientras lo observo, con la mirada fija en él sin querer. Es increíble, como siempre: el traje se ajusta a la perfección a su cuerpo musculoso, y su postura es tan segura e imponente que nadie diría que estaba de rodillas apenas unas horas antes.

Rápidamente me obligo a mirar hacia otro lado, concentrándome en mantener una postura inamovible.

—Te ves perfecta esta noche, Afrodita —dice, y su voz seductora me provoca escalofríos.

"¿Se conocen todos?" pregunta Max, visiblemente confundido.

—Por supuesto, Elena es mi cuñada —explica Steph, volviéndose hacia su amiga.

—¿Tu cuñada? ¿Estás saliendo con ella?

—No, Max. Elena es mi esposa —aclara Constantino, sonriéndole a su anfitrión.

—¡Ah! Ahora lo entiendo... —Pero por cómo aparta la mirada y mira a Theodore, se nota que no entiende nada. —Tu esposa, la cuñada de Steph, la inversionista de Theo y mi nueva amiga, ¿verdad, Elena?

—Por supuesto que sí.

—Agape mou, ¿qué es eso en tu vaso? —pregunta Constantino señalando mi bebida.

Aprieto los dientes por la forma cariñosa en que me habla, sé que es intencional, para marcar su territorio y provocar a Theodore.

— Champán.

“No deberías beber, sabes que es malo para nuestro hijo, por la lactancia”, le sugiere, haciéndose el solícito.

Oigo la risa de Theo a mi lado, y todas las miradas se dirigen a él. Ya sé lo que va a decir, incluso antes de que lo diga.

—¿Qué pasa, Teodoro? —Constantino cierra los ojos.

"Nada, es solo que es gracioso que hayas estado fuera tanto tiempo que olvidaste que tu esposa no podía amamantar", dice, encogiéndose de hombros con indiferencia.

Constantino mira desde él hacia mí y veo la ira iluminarse en sus ojos, pero Theo todavía juega la última carta.

—Lelè es un bebé sano, toma mucha leche, y el cuerpo de Elena no pudo satisfacer la demanda, ¿verdad? Si lo ves mamando un día, entenderás a qué me refiero.

Es obvio que Theo ha oído hablar de mis dificultades con la lactancia, porque ocurrió al principio de nuestra colaboración, cuando a menudo estaba destrozada, con las hormonas al rojo vivo, irritada y llorando. Debí justificarme contándoselo en algún momento. Además, Theo ha visto a mi hijo dos o tres veces, y Lelè nunca suelta el biberón, pero por cómo lo cuenta, parece que me tiene mucho respeto. Intimidad con mi bebé y que compartí todo con él de una manera muy personal. Esto también demuestra algo.

Max deja escapar un silbido bajo y Stephanie parece encontrar un hilo fuera de lugar en su vestido, porque lo mira con determinación.

—¿Y cómo lo sabes? —pregunta furioso mi dignísimo marido.

Veo su mandíbula apretada y la furia en sus ojos oscuros.

—Estaba cerca. Pero no te preocupes, no es nada que la preocupe hoy, pero Elena estaba muy triste y molesta en ese entonces, así que es mejor cambiar de tema.

"¿Quieres enseñarme qué es lo que pone triste a mi esposa?", replica, y por la ira en su rostro parece dispuesto a arruinar la fiesta.

—Por el amor de Dios, usted es el experto en el tema.

—Escucha, Lykaios…

—Disculpe, tengo que ir al baño —interrumpo, cortando la discusión.

Salgo de entre ellos, furioso. Constantino me siguió hasta aquí, porque no me convence toda esta historia de acompañar a Stephanie, y ahora parece dispuesto a montar un escándalo.

¿Por qué tuvo que aparecer? Claro, Theodore lo provocó, pero ¿dónde mintió? Constantine no estaba allí, y me dolió más de lo que jamás había sentido en mi vida.

Salgo de la sala, entro en un largo pasillo y empiezo a caminar, sin saber adónde voy. Giro a la izquierda y creo que me estoy acercando a la cocina, porque el alboroto va en aumento.

De repente, una mano me agarra el brazo y, al darme la vuelta, me encuentro frente a él, mi tormento diario.

—¿Qué quieres ahora, Constantino? —susurro, intentando liberarme.

—Habla —dice.

Abriendo la primera puerta frente a nosotros, me arrastra adentro. El lugar es muy oscuro y bastante estrecho. Constantine tantea la pared hasta que encuentra un interruptor que enciende una bombilla tenue que cuelga entre nosotros.

—Esto es… una despensa, Constantine —digo, mirando a mi alrededor—. ¿No quieres hablarle a una caja de cerillas? ¡Sería más cómodo!


Capítulo 24

Constantino Petrakis

Me siento como un animal enjaulado. Mi cuerpo rebosa adrenalina, ansioso por avanzar y retroceder, pero contenido en este pequeño espacio. Detrás de nosotros, veo varios estantes llenos de todo tipo de conservas e ingredientes para cocinar.

Elena y yo estamos de pie, a apenas un metro de distancia, demasiado cerca. Ambas respiramos con dificultad, la ira crece y la tensión aumenta.

—¿A qué viniste, Constantino? ¡Sabías que iba a la fiesta con Teodoro y viniste a buscarme!

—¿Y entonces? Eres mi esposa, no deberías estar en una fiesta con otro hombre —respondo, dominada por los celos.

"¿Tu esposa?", ríe, cruzándose de brazos desafiante. "Nunca estuvimos realmente casados, y lo sabes. ¡Espero que ya hayas firmado el divorcio para que pueda deshacerme de ti cuanto antes!"

—No he firmado ni tengo intención de firmar —gruño furioso.

—¿Vas a obligarme a seguir casada contigo? ¿Tendré que ir a juicio?

—¿Por qué quieres separarte, Elena? ¿Cuál es la verdadera razón? —pregunto, acercándome a ella.

—¡Aléjate! Este lugar ya se queda pequeño sin ti.

—Solo quiero estar cerca de ti —bromeo—. Contéstame, Elena.

—Quiero el divorcio porque te odio, lo sabes. Le daré una oportunidad a Theodore en cuanto nos separemos.

—Solo sobre mi cadáver —digo, con las manos temblando de rabia—. No me odias.

—¡Te odio, sí! ¿Quieres saber más? —replica con petulancia, atrayendo mi mirada hacia su boca roja.

—Sabes que ningún hombre te follará como yo. —Le paso un dedo por el cuello y la veo tragar saliva—. Y eso es lo que te hace odiarme.

—¿Quién dijo eso? ¡Puedo encontrar a alguien que me haga sentir igual en segundos!

—¿En serio? ¿Theodore te pone cachonda, Elena?

No responde, sus ojos azules fijos en los míos, su cuerpo apoyado en la pared, su respiración agitada, su pecho subiendo y bajando. Mi dedo se desliza hacia su pubis y recorre los lados de sus pechos. Sus pezones se levantan, marcando la tela de su vestido.

— ¿Hace que tu cuerpo ruegue?

—Conmigo no se hace eso, Constantino —niega, pero su voz está ronca y llena de deseo.

—Si te tocara el coño ahora, ¿estaría mojado, Elena?

- No.

Inhalo su dulce aroma y beso su cuello; ella jadea, agarrando fuertemente la tela de su vestido, como si eso pudiera evitar que me toque.

—¿Puedes demostrármelo?

Elena me mira intensamente, mi corazón late descontroladamente y mi polla dura se frota contra su pelvis.

—Míralo con tus propios ojos.

Toco sus piernas por encima del vestido y encuentro la abertura en su muslo. Mi mano se desliza sobre su piel bajo la tela y recorre su sexo, cubierto por unas bragas que no veo, pero siento.

—Un poco mojado.

—Es solo tu impresión, la tela está fría —justifica mordiéndose el labio.

Muevo sus bragas a un lado y sumerjo un dedo en ella, deslizándome en su lubricación.

—Empapada por mí, Elena.

— Mmm… — La chica traviesa se mueve en mi dedo, buscando su propio placer.

—¿Me dejarás entrar, Elena?

- No.

—Es solo sexo, esposa. Prometo follarte duro hasta saciarme y luego te dejaré ir.

— Constantino…

—¿De verdad que no quieres?

—Hijo de puta, sabes que lo quiero.

Sonrío ante el insulto y su rendición. Me bajo rápidamente los pantalones y saco mi polla. Levanto una pierna de Elena, que ella coloca rápidamente sobre mi cadera, aparto sus bragas y la penetro en un solo empujón.

Su gemido me está volviendo loco y el calor apretando mi polla es perfecto.

—Joder, Elena... —Apoyo la cara en la curva de su cuello, dándome unos segundos para sentir cómo se siente estar dentro de ella de nuevo—. ¿Lo sientes? Este ajuste, Agape mou, mi polla enterrada profundamente en tu coño.

—Yo… Por favor, Constantino.

Me retiro de su interior, escuchando su queja, solo para hundirme de nuevo, con fuerza.

— Rebosantemente bueno.

Bajo los tirantes de su vestido, dejando al descubierto sus pechos desnudos.

—Ahora me obedecerás y me sostendrás el pecho.

—¿Así? —los toca, levantando un poco su peso en sus manos.

— Exactamente. — Agarro a una de ellas con mi boca y ella gime fuerte. — Tranquila, Afrodita.

La penetro repetidamente, aumentando el ritmo. El sonido de nuestros cuerpos al chocar, el sonido de sus gemidos y las voces al otro

lado, la sensación de que podrían sorprendernos en cualquier momento, y el hecho de que finalmente estoy dentro de ella, después de tanto tiempo: todo me hace perder el control.

La penetro más profundo y rápido, alternando entre chuparle los pechos y besar su deliciosa boca. Elena me muerde como el otro día, pero esta vez estoy preparado y le correspondo chupándole el cuello con fuerza, dejándole una marca.

—Constantino, estoy a punto de…

- Aún no.

Me alejo de ella y Elena parpadea, confundida, hasta que la confusión es reemplazada por ira.

—¿Quieres hacerme pagar?

—Ni hablar; con lo vengativa que eres, se la darías a otra solo por retarme. Date la vuelta, porque quiero follarte mientras te miro el culo.

Obedientemente, Elena no discute esta vez, se da la vuelta y apoya las manos contra la pared. Acercándome a su raja, juego con ella, provocándola un poco, haciéndola arquear el culo, suplicando ser follada.

—¿No te dije que serías una puta en mi cama, esposa?

—Lo dijiste, pero no estamos en una cama.

Le doy una fuerte palmada en el trasero, marcando la piel blanca con mis dedos.

- Tenaz.

Le abro un poco las piernas y deslizo mi mano por su cuerpo. Aprieto su pezón, retorciéndolo entre mis dedos, provocándole otro grito. Sonrío, satisfecha de ver a mi Afrodita rendida. Su coño está empapado, y deslizo la cabeza de mi polla sobre su raja, empezando a penetrarla. Subo la mano, la agarro con fuerza por el cuello, y ella vuelve a gemir, volviéndome loco.

—¿Sientes mi polla, Afrodita? Confiesa que te encanta que te la folle.

Elena maldice, moviendo sus caderas y arqueando su trasero, mientras entro en ella con toda mi polla.

—Dilo, Agape mou… Di que quieres que te folle todas las noches y te haga el amor por la mañana. Eres mía, Elena. Este coño estrecho es mío, y te llenaré de semen. ¿Lo quieres?

Ella asiente, moviendo la cabeza rápidamente.

Le solté el cuello y le di otra palmada en el trasero, antes de agarrarle las caderas y hundirme en su canal. Bombeé más rápido y más profundo, embestida tras embestida, mis bolas golpeando su redondo trasero.

Nuestros movimientos frenéticos son frenéticos y chocamos contra uno de los estantes, tirando varias latas al suelo y haciendo un ruido fuerte. Si nos oyen desde el otro lado, que se jodan: espero que Theodore oiga y reconozca su lugar.

— Constantino…

"Ven, zorra. Ven a la polla de tu marido", ordeno, como una fantasía.

No puedo esperar a escuchar a Elena llamarme “marido”, sin sarcasmo ni ironía.

Se retuerce debajo de mí, apretando su coño mientras me llama. Incapaz de contenerme más, embisto con fuerza unas cuantas veces más, escuchando sus gemidos y liberándome dentro de ella, llenándola de semen.

Abrazo su cuerpo, apoyando su espalda en mi pecho, y permanecemos en silencio unos minutos, mientras nuestros corazones se calman y nuestras respiraciones encuentran un ritmo más tranquilo.

"¿Vas a ir a casa conmigo y dejarme ensayar lo que hicimos toda la noche, o vas a volver a la fiesta con tu cita?", le pregunto, susurrándole al oído.

—Tú mismo dijiste que solo era sexo, Constantine. Eso no significa que te haya perdonado.

"Para nada", sonrío, dándome cuenta de lo terca que puede ser. "Entonces volverás sin bragas", respondo, deslizando el top de encaje por sus piernas y guardándolo en mi bolsillo. "Y con mi semen

goteando de ti. Quiero que cualquier hombre que se acerque huela mi aroma impregnado en tu cuerpo y entienda que tienes un amo".

—No soy de tu propiedad —dice ella mientras se gira para mirarme y ajusta los tirantes de su vestido.

— Para nada, pero tu coño sólo responderá ante tu marido.

Elena se alisa el pelo desordenado con los dedos y me mira con desdén, como si no estuviera de acuerdo con mis palabras.

"¿Cómo está mi lápiz labial?", pregunta ella ignorando lo que dije.

- Equivocado.

— Mierda. ¿Y ahora qué? ¿Qué pasa con mi pelo?

—Un desastre.

—Es todo culpa tuya, ¿entiendes? ¡Mira lo que me has hecho! ¿Cómo vuelvo a la fiesta ahora?

- No lo sé.

Elena aprieta los labios, irritada, pero sus ojos aún brillan de deseo.

—Me voy a casa. Dile a Theo que no me encontraba bien y que me fui, y si dices algo más, me avisarás, ¿vale?

—¿Cómo qué? ¿Que te cansaste después de que te follaran en su armario? Jamás haría eso, Afrodita.

Con una última mirada, abre la puerta y sale, dejándome a mí para recoger las latas caídas y todo lo demás. Puede que no le diga nada a Theodore, pero mi corbata desabrochada y la marca de su lápiz labial en mi camisa servirán.



Estoy en la mesa, desayunando con mi abuelo, cuando aparece Steph, todavía en pijama.

"¡Kaliméra!" Le da al abuelo un sonoro beso en la mejilla, me mira con malos ojos y se sienta a su lado. "¿Qué te pasó ayer? Me dejaste sola un buen rato y luego entraste diciendo que ya era hora de irnos."

—Elena—respondo simplemente.

Mi abuelo levanta la vista del periódico que está leyendo.

- ¿Qué pasó?

—Nada, discutimos un poco.

"¿Es por eso que tu camisa estaba manchada con lápiz labial?", pregunta Steph perceptivamente.

Es inevitable que sonría.

—Eso fue después de la primera discusión y antes de la segunda.

—¡Por Zeus! Ya es una evolución, creo. Si estás follando, puede que estés a punto de arreglar las cosas.

—Lo somos, no pienso renunciar a ella.

"Así se dice", asiente el abuelo. "Has hecho muchas estupideces, ahora ten paciencia hasta que decida perdonarte".

—Su madre dijo lo mismo.

— Melina es una mujer maravillosa, la adoro.

"Le gusto", digo con orgullo. "Me apoya".

—¿Sabe lo que hiciste?

—No sé hasta qué punto lo sabe, no creo que todo.

El abuelo asiente.

—Deberías hablar con ella, entonces. Porque Melina fue abandonada por el padre de Elena estando embarazada. Puede que cambie de opinión sobre ti cuando se entere, pero si le explicas cómo te arrepentiste y cuáles fueron tus motivos, podrías tener una oportunidad.

— Maldita sea, ¿por qué no lo pensé antes?

—¿Hablando con Melina?

—No: por eso Elena se resiste tanto a perdonarme. Cree que podría volver a hacerlo, que podría desaparecer y dejarlas a ella y a Lelè, como hizo su padre. ¡Soy tan idiota!

—Estamos de acuerdo en eso —asiente Steph, tomando un sorbo de su jugo—, pero tenías razón sobre golpear a Alex, se lo merecía.

La miro con frialdad, pero ya es demasiado tarde: mi abuelo ya lo ha oído.

—¿Tú y Alexander se pelearon? ¿Por eso anduviste por el pueblo con gafas de sol y me evitaste toda la semana? Déjame verte la cara, Constantino.

Resoplando, me quito las gafas, y Steph aparta la mirada, dándose cuenta de su error. Desde hace unos días, el moretón morado ha empezado a mejorar y ahora es más verde que otra cosa.

—¿Fuiste a hablar con él? —pregunta mi abuelo, imperturbable ante los moretones—. ¿Qué te dijo?

—Que lo hizo a propósito, porque si no hubiera reconocido a mi hijo, él habría sido mi heredero —digo, sin una pizca de remordimiento.

—¡Qué serpiente tan bien criada! ¡No heredará ni un centavo de mi empresa!

—Tranquilo, abuelo. —Steph le pone una mano en el brazo—. Ignoremos a Alex y vivamos nuestras vidas sin pensar en él, ¿de acuerdo?

—¡No está nada bien! Lo que hizo fue absurdo, por no mencionar que intentó agarrar a Elena a la fuerza —grita furioso—. Creen que es estúpido, solo porque... ¿Soy viejo? Si ella no quería estar con él y Constantino los vio juntos, eso fue exactamente lo que pasó. Por eso lo golpeaste, ¿verdad?

Asiento, con los dientes apretados por la situación. No es que no quiera entregar a Alexander, solo me preocupa el bienestar de mi abuelo.

— ¡Lo arreglaré, puedes estar seguro!

—Y pediré una prueba de ADN.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? —Stephanie se sorprende, igual que yo.

Él asiente, con un gesto, arrojando la servilleta sobre la mesa.

—Siempre he desconfiado de Selene: no creo que Alexander sea realmente el hijo de Jason.

—¿Qué quieres decir, abuelo? —Steph se gira en su silla, con los ojos muy abiertos—. ¿Por qué?

Sabes que ella trabajaba en la empresa y se acercó a él por puro interés propio. A tu padre le gusta parecer autoritario, pero es ingenuo: se dejó engañar. Estaba solo tras la muerte de tu madre, e inmediatamente Selene apareció embarazada. Resulta que tus padres intentaron tener un hijo durante años, hasta que Agnes se embarazó de ti, Constantine, y tuvieron a Stephanie con más facilidad solo porque siguieron un tratamiento durante dos años.

—Pero… el problema pudo haber sido de mamá —sugiere mi hermana.

—Pudo haber sido, pero puede que no. Entonces tu padre se acuesta con esa mujer una o dos veces y ella se queda embarazada: claro que puede pasar, pero esto siempre me ha dejado con dudas, sobre todo porque Alexander es muy diferente de tu padre y de todos nosotros.

—Tiene el pelo de Selene, abuelo. Quizá se parezca a la familia de su madre —comento.

—Sí, quizá exagero, pero algo me dice que no. Quería obligar a Elena a hacerse una prueba: fue Jason quien no lo permitió —dice, repitiendo lo que ya le había dicho Alexander—. Ahora quiero ver cómo se las arregla cuando se cuestiona su palabra.

— Caos general. — Stephanie me mira fijamente, con verdadero terror. — En eso se convertirá esto pronto.

Creo que mi abuelo ya puso en marcha su plan, porque mi padre me llama todo el día y Selene me envía varios mensajes, pero prefiero ignorarlos y hacer como si no supiera qué está pasando.

Ya es tarde cuando recibo una llamada a mi celular de un número desconocido. Contesto, suponiendo que podrían ser ellos y listo para colgar, pero oigo la voz de Melina al otro lado.

—Buenas tardes, Constantino. ¿Estás bien?

—Todo está genial, Melina. ¿Y tú?

—Bien, gracias a Dios. Solo tengo un problemita: se reventó una tubería en el restaurante y ya llamamos al fontanero, pero es domingo y los empleados están de vacaciones.

—¿Quieres que vaya al restaurante y le abra al fontanero?

Elena me acompañará. Tengo que ir porque puedo explicárselo todo bien. Pero si estás libre, quería ver si podrías venir a quedarte con Lelè mientras vamos.

—Claro, ya estoy en camino.

- Gracias.

—No hace falta agradecer: cuanto más tiempo pueda pasar con él y Elena, mejor.

—¡Genial entonces!

Le explico a Stephanie que voy a salir y me advierte que está tramando un nuevo plan para recuperarme. No quiero ni pensarlo, pero si funciona como la fiesta, completaré el desafío con gusto.

Al llegar a casa, los encuentro en la sala, listos para salir. Elena está guapísima, con vaqueros y una camiseta verde oliva, el pelo recogido en una coleta alta y gafas de sol, aunque el sol ya se está poniendo. Pero es Melina quien me ve primero.

—¡Ya está aquí, vamos!

—Gracias por venir, Constantino —dice Elena molesta.

—De nada, Agape Mou. ¿Dónde está Lele?

—Aquí mismo. —Señala una alfombra en el suelo, llena de juguetes que cuelgan de un arco sobre su cabeza. —Tomó un biberoncito, pero si llegamos tarde le puedes dar otro, ya están preparados en la nevera.

—¿Y la cena?

"Todavía no ha cenado", explica, y me siento culpable por pasar por alto, una vez más, lo que debería ser obvio. "Solo come un poco de fruta machacada por la mañana y leche en otros momentos. El mes que viene empezaré con papillas".

—Bueno, entonces será fácil. Déjamelo a mí, ¿vale, campeón?

Elena y Melina salen poco después, y me siento en la alfombra junto a mi pequeño. Está dando patadas en el aire y parece encantado con los colgantes que tiene delante.

—Eres lo más hermoso del mundo, ¿lo sabías? Papá ya te ama más que a nada, y seremos grandes amigos, Lelè.

Su risa suena como comprensión, y aunque sé que no es así, prefiero fingir que sí.

—Claro que sí, seremos muy felices. Mamá, tú y yo —digo, apretándole el meñique—, en cuanto me deje ir a vivir contigo. Y también está la abuela, que se quedará con nosotros, ¿no?

Después de un rato en esa posición, decido levantar a Lelè de la colchoneta y cargarlo. Busco música agradable y le pido al asistente virtual que la reproduzca, y luego empiezo a bailar con él, moviéndome por la sala.

A Lelè le encanta la nueva actividad: su risa llena la habitación y mi pecho de alegría. En un momento dado, me pone las manos abiertas en la cara y se inclina, mordiéndome la nariz con su boca desdentada.

—¡Ay, granuja! ¿Así que fuiste tú quien le enseñó a tu madre a morder?

Pasamos la mayor parte de la tarde juntos: le cambio el pañal y me recompensa con una caquita con un olor delicioso. Luego le doy el biberón y Lelè se queda tranquila en mis brazos.

Sé que tiene sueño y quiere dormir, y debería ponerlo en su cuna, pero es tan agradable tener a mi hijo así, apoyado en mi pecho, con sus dedos regordetes alrededor de mi pulgar, que me siento con él en un sillón y empiezo a contarle un cuento, el primero que me viene a la mente.

—Había una vez un niño llamado D'Artagnan. Venía de Gascuña. Su sueño era ser mosquetero…


Capítulo 25

Constantino Petrakis

Elena lleva dos semanas evitándome, desde lo que pasó en la fiesta. Aunque he estado yendo a su casa a pasar tiempo con nuestro hijo casi todos los días, se las ha arreglado para eludirme cada vez que he intentado acercarme.

Sé lo que esto significa: Elena sabe que ha perdido terreno y que he logrado superar algunas de sus barreras, y ahora ha erigido un muro aún más alto entre nosotras para impedir mi progreso. Pero no contaba con mi cómplice, Stephanie.

—Hoy vamos de compras.

—¿Nosotras? —pregunto, frunciendo el ceño—. Llama a Elena para que te acompañe, Steph.

— No, la llamarás y los dos harán la compra.

-¿Qué estás haciendo?

"Dijiste que querías comprarle algo a Lelè, ¿verdad? Puedes ir a la aldea de Nammos e invitar a Elena: será una salida familiar y podrás aprovechar para mimar un poco a tu esposa", dice, cerrando la conversación con un guiño.

—No es una mala idea.

—Esa es una gran idea, la verdad. ¿Tienes alguna idea mejor?

No respondo, pero mientras hablaba con Alma, me confesó cómo, en el pasado, la gente conquistaba a sus amantes. Quizás no sea muy original, pero me aseguró que a cualquier mujer le encantaría este gesto, y ya lo tengo todo preparado para esta noche.

Intrigado por la sugerencia de Steph, llamo a Elena, quien finalmente responde después de dejar sonar el teléfono varias veces.

—¿Qué pasa, Constantino?

—Qué mujer tan dulce y encantadora, casi pareces la niña que eras cuando nos conocimos.

Él murmura algunos insultos, haciéndome sonreír.

—Quiero ir a la aldea Nammos a comprarle algunas cosas a nuestro hijo. ¿Qué te parece?

—Genial, te paso la talla que usa ahora.

—Estaba pensando en ir juntos. Tú sabes qué le conviene y puedes orientarme mejor —le sugiero, esperando que acepte.

—Tengo que trabajar.

—Yo también, pero podemos tomarnos la tarde libre, ¿no? Ya es viernes, así que empezarás el fin de semana un poco antes.

—No sé, no…

—Tu madre estaría contenta —digo, y de repente se me ocurre una idea—, ¿qué te parece si llevamos también a Melina?

—Sí, desde que salió de la clínica, no ha estado en muchos sitios aparte de Lazos. Esta podría ser una buena oportunidad para que haga un recorrido.

—Perfecto; veremos el mar y algo de gente: te sentará bien.

—Está bien, ¿vendrás a recogernos?

—Sí, en media hora.

- Aceptar.

Satisfecho, cuelgo la llamada y recibo el aplauso de Stephanie por llevar a cabo su idea. De vuelta en mi suite, me ducho y me visto, optando por un polo y unas bermudas. El centro comercial Mykonos está justo detrás de un popular club de playa y es al aire libre, así que mi ropa elegante no encaja del todo con el ambiente.

Cuando termino de arreglarme, me subo al coche y voy directo a su casa. Elena también se ha quitado la ropa formal y lleva un vestido holgado y floreado, que le recuerda mucho a los que solía usar. Lelè está súper elegante, con una camiseta de tirantes, shorts vaqueros, sandalias y un sombrero que le protege la cabecita del sol. Melina los sigue de cerca y, a juzgar por su sonrisa, he dado en el clavo con la sugerencia.

—Ha pasado mucho tiempo desde que fui a un centro comercial, y ciertamente nunca estuve en una tienda Nammos.

— Bueno, entrarás hoy.

Ella se ríe.

—Hijo mío, seguro que no tengo medios para comprarme un dulce en esas boutiques.

—Pero yo sí, y lo mío también es tuyo, Melina. Te regalaremos un día de compras estupendo, ¿verdad, Elena?

—Eh, claro —responde mirándome de reojo.

Al llegar, Elena me entrega el portabebés: un portabebés para llevar al bebé sujeto al cuerpo del adulto, como una mochila. Satisfecha, dejé que lo ajustara a mis hombros y espalda antes de meter a Lelè.

—Ya veo por qué se llama riñonera —comentó, ajustándose la gorra y echando la visera hacia atrás—. ¿Así está mejor, hijo?

Después de eso, comienza la saga. Recorrimos tiendas, Elena me llamaba la atención con cada compra y Melina se quedaba boquiabierta con los precios. Compramos varios vestidos para Lelè, todos del estilo favorito de Elena, y muchas cosas para mi suegra: vestidos, pantalones, camisas nuevas, zapatos y todo lo que cree que no necesita. Naturalmente, la inundo de regalos que se niega a aceptar, pero al final cede, agotada, e incluso me compra unos pantalones nuevos.

Al pasar por una librería, Melina señala un volumen de Harry Potter en el escaparate.

—¡Mira, Elena! Es el mismo que tienes junto a tu cama…

- ¡Mamá!

Entrecierro los ojos ante el comentario de Melina, y Elena se sonroja ante mi mirada inquisitiva, haciéndome sonreír. Hacía tiempo que no la veía sonrojarse por algo.

—¿No lo tiraste?

— ¡Lo tiré a la basura!

—¿Pero luego lo devolviste?

Elena se encoge de hombros, como si no fuera gran cosa.

"Está ilustrado...", murmura, bajando la mirada. "¡Pero tiré las flores a la basura!"

—Los tiraste, sí —confirma su madre— al cabo de una semana, cuando estaban completamente marchitos.

—Mamá, ¿está haciendo esto a propósito?

Seguimos nuestra aventura por el paseo marítimo, y cuando Lelè se vuelve demasiado pesado, cambiamos el portabebés por la sillita del coche, turnándonos para llevarlo. Sigo cargando a mi hijo mientras cargo con las maletas.

Al detenerse frente al mapa, veo que hay una perfumería arriba y la guío hacia el ascensor para subir.

—Puedes apoyar el huevo un poco en el suelo —sugiere Elena —, debe ser pesado.

Siguiendo su consejo, lo dejé a mi lado mientras el ascensor subía al piso superior. Elena también dejó las bolsas y se estiró un poco.

Cuando se abren las puertas, le agarro sus compras para aligerarle la carga, y me agradece. Salimos a la planta designada y caminamos hacia la tienda.

—¿Qué quieres comprar aquí?

—Un perfume para Steph, es un agradecimiento por un trabajo en el que me está ayudando —digo, sin revelar la verdadera naturaleza del encargo.

— Me encantan los perfumes — suspira soñadora — pero últimamente sólo uso los muy suaves, para no molestar a Lelè.

Elena se queda congelada, mirándome a mí, a su madre y a nuestras manos llenas de bolsas.

—¿Dónde está Lelè?

—Contigo llevé las maletas y tú…

—¿Dejaste a Lelè en el ascensor, Constantino? —pregunta con los ojos encendidos de ira.

Mierda.

Dejé a mi hijo en el ascensor.



Elena Lazos

Estoy acostado en la cama, listo para dormir. Mi día de hoy se me hizo interminable, pero en general, han sido unas semanas agitadas.

Además de mi ya consolidada rutina como madre, tenía que lidiar con clientes y sus inversiones, y eso era lo fácil. Tenía que escuchar las reprimendas de Caterine cuando le conté sobre el sexo con Constantine en el armario, y aun así satisfacer su curiosidad por los detalles. Porque sí, se enojó, pero la chismosa Cat prevaleció.

Me costó un esfuerzo sobrehumano resistirme a las insinuaciones de Constantine, quien consideraba oportuno aparecer todos los días para ver a Lelè, ignorando mi regla de dos veces por semana y aprovechando la oportunidad para rodearme en casa con comentarios excitantes y manos traviesas siempre que podía. Pero estoy decidida a no ceder otra vez.

También tuve que lidiar con Theodore y su mirada de desaprobación, porque obviamente sabe que he estado teniendo una aventura con Constantine en algún lugar de esa casa. Ayudando a mi madre con el restaurante y la plomería, quedando con Stephanie para satisfacer sus deseos de compras hasta... Quédate en la ciudad y ve a visitar a mi abuelo, de lo contrario habría sido negligente con él.

No es fácil ser Elena Lazos Petrakis, y para colmo, Constantine dejó a nuestro hijo en el ascensor. ¡Me dieron ganas de retorcerle el cuello!

¡Qué pesado! Cuanto más intento apartarlo, más se me pega. Últimamente, incluso he estado soñando con él, y en mis sueños no estoy nada decidida: tengo sexo con él en lugares que jamás hubiera imaginado. Como si encontrarme con él constantemente no fuera suficientemente malo.

Y ahora, justo cuando pensaba que no podía empeorar, ¡hasta puedo oír su voz! No solo habla, ¡sino que canta! Al parecer, mi mente sabe cómo suena la voz de Constantine al cantar, aunque nunca la haya oído.

¿Él está… cantando en italiano?

Eso era justo lo que me faltaba: cantar en un idioma romántico. Debo estar loca, loca de amor y deseo por ese cabrón. ¿Cómo puedo

ceder a sus caricias y seguir sintiendo algo por él después de todo lo que ha hecho? Resistirme a este hombre me está volviendo loca, porque oírlo cantar en italiano es algo fuera de lo normal.

Niego con la cabeza, evadiendo su voz, y me tapo la cara con la almohada. Pero la música sube de volumen y oigo que alguien me llama.

—Elena, ¡Ágape mou! Abre la ventana, por favor.

Frunzo el ceño y me siento en la cama. No estoy alucinando.

Me levanto y corro hacia la ventana, apartando la cortina para echar un vistazo abajo. Constantine está de pie en medio de mi jardín, cantando a todo pulmón, completamente solo. Por suerte para él, esta vez no trajo violinista, o el músico habría presenciado su vergüenza.

Abro las puertas del balcón y asomo la cabeza.

—¡Constantino! ¿Qué crees que estás haciendo?

Él sonríe ampliamente cuando me ve, como si le estuviera agradeciendo y no insultándolo.

—¡Helena, mi Afrodita! Canto mi amor por ti —dice, abriendo los brazos como uno de esos galantes hombres de las películas.

“Me estás haciendo sangrar los oídos y perturbando mi sueño, eso es lo que pasa”, le susurré.

—No seas así, anda —dice con esa sonrisa que me hace bajar las bragas—. Sabes que quieres dejarme entrar...

— ¡No quiero! ¡Lo estabas haciendo bien, pero olvidaste a Lelè en el ascensor!

"¿Lo estaba haciendo bien?", sonríe, y me doy cuenta demasiado tarde de lo que he dicho, pero no me presta atención. "Elena, perdóname, te juro que pensé que estaba en tus brazos. Fue un momento de distracción, pero solo subió tres pisos en el ascensor, fue todo tan rápido".

¡Uuurgh! ¡Eres imposible, Constantine! Tienes un reflejo condicionado en tu cerebro para abandonarnos, ¿no te das cuenta? —digo, sabiendo que mi madre debe oírnos desde su habitación—. Olvidaste a tu hijo en el ascensor porque, después de todo…

—No digas tonterías —me interrumpe—. No volveré a separarme de tu lado, te lo prometo, y puedo comprar esas pulseras para unir mi brazo al de Lelè cuando salgamos, si eso te tranquiliza.

— ¡No me tranquiliza!

—Entonces cantaré un poquito más para calmarte.

Su voz resuena en la noche una vez más y tiene el efecto contrario al que promete, poniéndome aún más nervioso, y si continúa así despertará a Lelè.

Buscando a mi alrededor, encuentro el grifo en la pared y corro a la casa, regresando con un cubo. Mientras él se cree un dios griego, hijo de Zeus, repartiendo sus canciones proféticas al mundo —hasta ahora, Constantino solo ha cantado sobre amor y reconciliación—, lleno el cubo.

Reaparezco en el balcón con el cubo en la mano y, cuando comprende mis intenciones, la canción muere en sus labios y una sonrisa aparece en los míos.

—¡No lo harás, Elena!

—Entonces deja de cantar.

—¡No pararé! —responde con terquedad—. Solo si me dices que me quieres.

—¡Eres insoportable! —Vuelvo el cubo de agua, apuntando a su cabeza, pero Constantino se hace a un lado rápidamente y logra esquivar el aguacero.

“¡Fallaste el objetivo!”, bromea, mirándome como si fuera un juego.

Furiosa por sus payasadas, y con los nervios de punta después de una semana de deseo reprimido, decido bajar y acabar con su alegría muy rápidamente, con mis propias manos.

Regreso al dormitorio y de allí voy a la cocina, abriendo la puerta trasera. Una vez en el patio, conecto la manguera al grifo y doy la vuelta a la casa, saliendo justo detrás de él.

— Oye, dios griego…

Al girarse al oír mi voz, Constantine abre los ojos de par en par al ver mi pesado armamento. Levanta las manos para cubrirse la cara mientras presiono mi dedo contra la punta de la manguera, creando un chorro de agua fría que cae sobre su cabeza.

—Te dije que dejaras de cantar.

— ¡ELENA! ¡Para ya!

—No me detendré en absoluto. —Sonrío, agitando el tubo para completar el trabajo.

"¡Mujer loca!", se queja, sacudiendo su cabello, que salpica agua por todas partes.

—¿Se acabó el espectáculo?

—Sí, ya basta, me voy.

Cuando se rinde, bajo un poco la manguera y la guardia, lo cual es mi gran error. Es rápido, y en pocos pasos me alcanza, rodeándome la cintura con el brazo y arrebatándome la manguera de la mano, rociando agua al aire, empapándonos de pies a cabeza.

— ¡Ah! ¡Constantino!

—¿Te lavamos el pelo, Afrodita? —pregunta, mojando mis mechones sueltos—. ¡Qué guapa! Pareces una chica mojada.

—¡Te mataré!

Me levanta del suelo y empieza a reír; su risa es tan hermosa y contagiosa que, sin darme cuenta, yo también río. En sus brazos, el hombre que juré odiar para siempre.

Tirando el tubo a un lado, me baja y me da la vuelta, quedando cara a cara. Constantine me roza la cara con sus dedos fríos y su mirada se clava en la mía, magnética. Lo veo inclinarse y sé lo que pretende hacer, pero estoy atrapada, gravitando a su alrededor, y no puedo, no quiero, alejarme.

Acercando lentamente su boca, espera a que me aleje y, cuando se da cuenta de que ha ganado esta batalla, sonríe, antes de pegar sus labios a los míos en un beso que explora y propaga nuestro deseo reprimido.

Respiro hondo y lo agarro del cuello, deslizando mis manos hasta sus hombros y sintiendo las suyas en mi espalda. Constantine se desliza hasta mi trasero y me levanta en sus brazos, obligándome a rodear sus caderas con mis piernas.

Él lame mi cuello y mi barbilla, chupando mi piel, antes de volver a devorar mis labios.

—Elena, te deseo tanto…—susurra, sin dejar de besarme.

— ¡Hola! ¡Ustedes dos!

Mis ojos se abren de par en par al oír la voz de mi madre, y Constantino de repente me suelta, pero me atrapa antes de que pueda caer pesadamente al suelo.

“¡Mamá!” exclamo avergonzada.

—Suegra —la saluda y, como el canalla que es, finge una sonrisa.

—Entra y dúchate ahora mismo. Te vas a enfermar con esta ropa mojada. Sobre todo tú, señora Elena, que no sientes ni una brisa sin resfriarte.

—Mamá, son los virus los que transmites…

—No importa, el virus siempre te encuentra cuando tienes frío o llueve, anda, muévete.

—Me voy a casa —dice Constantino educadamente.

—No te vas para nada. Te marearías antes de llegar; entra y dúchate aquí: al fin y al cabo, esta es tu casa. ¡Y ya basta de ruido y cantos, acabarás despertando a mi sobrino dormido! No basta con que casi lo pierdas hoy. —Dándonos la espalda, regresa a su habitación.

Constantino y yo intercambiamos una mirada, y por un momento pienso en volverme terca y mandarlo lejos, pero él se me adelanta.

—Tu madre me ordenó ducharme aquí, y estoy segura de que no desobedecerás a Donna Melina, Elena.

—De acuerdo —acepto, fingiendo una irritación que ya no siento—. Vamos.

Asiento y la sigo dentro de la casa, y vamos directos a su habitación. En cuanto Elena cierra la puerta, la agarro de nuevo, le saco

el camisón por la cabeza y descubro que solo lleva bragas debajo.

—Me matarás, Elena.

Sin dudarlo, tira de mi camisa, liberándome de la prenda mojada, y sus manos vuelan hacia la cremallera de mis pantalones, que la ayudo a abrir.

Beso su boca, deslizo mi lengua dentro y me trago sus gemidos, sintiendo sus pechos apretados contra el mío. Nos abrazamos desesperadamente, a tientas, camino al baño, y Elena abre el grifo de la ducha junto a la bañera vacía.

Tomo el jabón, lo enjabono un poco con las manos y las paso por su cuerpo, enjabonando sus pechos y pellizcando sus pezones, completamente duros y salvajes por el deseo de volver a penetrarla. La giro para que quede de frente a mí, oyéndola jadear mientras la empujo contra el azulejo frío. Deslizo el jabón por su espalda, hasta su trasero, y deslizo mis dedos en su entrepierna.

Bajando un poco más, encuentro su entrada y la penetro con un dedo, deleitándome con sus gemidos contra la pared mientras el baño se llena de vapor. Me mira por encima del hombro y observa mi pene, que toco con la otra mano. De repente, Elena se gira, me empuja el pecho y me sumerge bajo el chorro de agua caliente.

—Ahora es mi turno…

Bajando lentamente, fija mi mirada en cada uno de sus movimientos y envuelve su mano alrededor de mi erección, iniciando una tortura de caricias cada vez más rápidas.

—Dime cómo te gusta —pregunta, con la boca cerca de mi polla.

—En fin, Elena. Follarte la boca es uno de mis sueños de toda la vida.

Riéndose de mi respuesta, saca la lengua y me lame, tragándose la cabeza inmediatamente después.

— Maldita sea, Elena.

Me chupa, subiendo y bajando, titubeante al principio, como si probara mi placer, luego más rápido, con un ritmo perfecto que casi me hace correrme en su boca. Estoy a punto de correrme cuando la levanto del brazo y la empujo contra la pared; con una mano busco su coño caliente y luego me coloco detrás de ella.

—Qué delicia, Afrodita. Soy adicto a ti desde la primera vez —digo, antes de entrar en ella por completo de una vez.

Empiezo a embestir más fuerte y rápido; el agua que cae amortigua un poco el sonido de nuestros cuerpos. Tiro de su cabello, acercando su rostro, y le mordisqueo la oreja.

—Me has estado evitando todos estos días, Elena. ¿Por qué hiciste eso?

—Porque no quería.

—¿Lo juras? ¿Entonces por qué te mojas tanto cuando estoy cerca? Tu castigo por privarnos de esto será cabalgar mi polla toda la noche.

—Mh…

"Dormiré en tu cama, Afrodita, y te follaré hasta que estés agotada; lo disfrutarás tanto que despertarás agotada." Le pellizco el clítoris para hacerla gritar.

—No hagas promesas que no puedas cumplir, Constantino.

— Ah, pero los guardaré, y será con gran placer.

Mi polla entra y sale con fuerza mientras empujo mis caderas más profundamente.

—Quiero conocer todos tus gustos, los que has adquirido lejos de mí, Elena. Te mostraré cuánto más placentero es conmigo, y quiero oír de tus propios labios que soy el dueño de este coño tuyo.

—Basta, Constantino, me estás provocando —gime ella, ansiosa por correrse.

—Entonces dilo, dilo y te dejaré disfrutarlo —bromeo sacando mi polla de ella.

- Por favor…

—Dilo, perra, sólo dilo y te daré lo que quieres.

—Mi coño es tuyo, ¿estás satisfecha? Solo tú me pones así de mojada.

—Eso es, buena niña.

La penetro más fuerte y rápido, mis dedos recorriendo su clítoris en círculos, llevándola al éxtasis. Elena gime mi nombre mientras me corro con fuerza dentro de ella, liberando todo mi deseo.



Constantino Petrakis

Cumplí mi promesa, satisfecho de tener a Elena entre mis brazos una vez más. Ver su cuerpo moverse sobre el mío, cabalgándome, se ha convertido en una de mis vistas favoritas del mundo. Entrelazar mis dedos con los suyos, empujar contra su sexo caliente, sin apartar la vista de sus pupilas dilatadas, es una de las mejores sensaciones.

Pero ya es de mañana y realmente no se ha despertado, no se ha movido ni me ha echado de la cama, lo que empieza a preocuparme.

—¿Elena? Es hora de despertar. Seguro que Lelè ya tiene esos grandes ojos azules bien abiertos en la cuna.

—Mmm… quiero dormir un poco más —gruñe con voz nasal.

—¿Te sientes bien? ¿Fui yo quien te cansó tanto?

—No sé, me duele todo el cuerpo.

Llevo mi mano a su cara y su piel arde.

—¡Tienes fiebre! No puedo creer que tu madre tuviera razón.

— Oh, mierda… Creo que realmente estoy resfriada — murmura, sollozando — Tengo mucho trabajo.

—Hoy no trabajo, chica. Es sábado. Quédate ahí tumbada y le pediré a Alma que te traiga un antipirético, avísale a tu madre y vigila a Lelè.

Elena se incorpora en la cama, pero noto el esfuerzo que pone: tiene la nariz roja y los ojos llorosos. Incluso cuando está enferma, es maravillosa.

—Tiene que mamar y el pañal estará lleno.

—Déjamelo a mí, ¿vale? No puedo perder a nuestro hijo en casa —digo, intentando hacerme el gracioso.

Elena frunce el ceño, creo que está tratando de imaginar escenarios en los que podría causar problemas, pero finalmente su influencia gana sobre su razón y accede, recostándose nuevamente.

Me levanto de la cama y sólo entonces recuerdo que ayer tenía toda la ropa mojada, pero por suerte compré unos pantalones nuevos en el centro comercial: son elegantes y no tengo camisa, pero por ahora me servirán.

Después de ponerme los bóxers, que por suerte no se habían mojado, y los pantalones, salgo de la suite y cierro la puerta, dejándola en la comodidad de la oscuridad. Primero, voy a la habitación de nuestro hijo y lo encuentro con los ojos abiertos, como esperaba, pateando y agitando los brazos, murmurando en su propio idioma.

—¡Hola, papá campeón! —Lo levanto de la cuna y lo llevo al cambiador, como me enseñó Elena.

Cambiar pañales cada día es más fácil, le voy cogiendo el truco y sé que pronto lo haré en segundos, como Elena.

"Vamos a tirar este pañal apestoso", digo abriendo el cubo con el pie, "y ahora vamos a limpiar tu pequeño pene para que huela bien".

Mirando su carita, de repente me doy cuenta de que dije algo estúpido.

—Lo siento, zoì mou. Papá no quería ofender a tu… pippin. —Lo intento. —Solo usé el diminutivo porque eres un niño, pero él crecerá, ya verás.

—Dudo que a Lelè le importe, señor Petrakis.

Me asusto cuando escucho la voz de Alma detrás de mí, pero le sonrío.

— ¡Alma! Qué gusto verte. No nos vimos ayer.

—La señora Petrakis ha reducido mi trabajo a tres veces por semana, así que no estoy aquí todo el tiempo.

—¿En serio? Menos mal, te mereces descansar.

—Gracias, ¿seguiste mi consejo? —pregunta, recordándome la noche anterior.

—¿Sobre la serenata? Sí, la conocí, y por eso estoy aquí —digo, guiñándole un ojo.

Alma sonríe, juntando las manos como si estuviera rezando.

—Estoy apoyándote, aunque creo que mereces sufrir un poco por lo que le hiciste pasar a esa chica—me regaña.

Alma siempre ha sido como una madre para mí, después de la muerte de mi madre, y por eso tiene derecho a ser franca, sabiendo que escucharé sus consejos.

Así que frunzo los labios en señal de acuerdo, porque tiene toda la razón.

—Lo sé, fui una tontería, pero ahora me quedaré aquí y la cuidaré, a los dos, ¿vale, hijo? Y hablando de cuidarme, ¿puedes traerle a Elena un antipirético? Se despertó con fiebre y resfriado.

—Claro, voy enseguida.

Alma nos deja solos y va a buscar la medicina. Me vuelvo hacia el pequeño travieso que tengo delante y juego con él, agarrándole los piececitos.

—¡Parecen dos trocitos de pan tierno! Me muero de ganas de morderlos… —Y no puedo resistirme, les doy un mordisco a cada uno, gruñendo, y su deliciosa risita me recompensa.

—Ya traje la medicina. —Alma regresó, apoyándose en el marco de la puerta—. ¿Disfrutaste la serenata, entonces?

Esto me hace reír, lo cual coincide con la risa de mi hijo.

"Lo odiaba", confieso. "¡Bajó con la manguera y me empapó por completo!"

— ¡No puedo creer que Elena haya hecho esto!

—Sí, pero todo terminó bien. Nos besamos y nos esforzamos mucho por darle a Lelè un hermanito. ¿Verdad, Agape mou?

— Ahórrame los detalles.

—Gracias por el terrible consejo, Alma. Sabes que te quiero, ¿verdad?

—Lo sé, señor.

—Ahora voy a cambiar a este chico… —Antes de terminar la frase, me cae un chorro de orina en la cara. —¡Ahhhh! ¡Lelè! ¡No me lo puedo creer!

Alma se echa a reír a carcajadas en lugar de ayudarme. Mi grito llama la atención de Melina, quien aparece en la puerta y, al ver la escena, se echa a reír sin parar.

—¿Podrían dejar de reírse y pasarme algo para secarme?

Melina es la primera en actuar, pues Alma tarda un poco en recuperarse de su ataque de risa, mientras yo tengo que seguir sujetando las piernas del pequeño travieso, que no muestra ningún remordimiento.

Mi suegra toma el paquete de toallitas y me ayuda a limpiar la mayor parte del desorden.

—Ve a lavarte la cara, yo terminaré de cambiar a este hombrecito.

Paso junto a Alma, la miro con mala cara y me dirijo al baño, donde logro limpiarme completamente antes de regresar a mi habitación.

Cuando regreso, encuentro a Melina con Lelè ya cambiadas y vestidas con ropa limpia.

—Elena está resfriada, como dijiste cuando nos lanzaste esa maldición —digo bromeando.

Melina mueve la cabeza y chasquea la lengua.

—Conozco a mi hija. Lo peor es que Lelè no puede estar con ella; es demasiado pequeño para enfermarse…

—Tienes razón —coincido, con una idea repentina—. ¿Crees que puedes llevar sus cosas al otro lado de la casa? Estoy en la otra ala, más aislada, y cuidaré de Elena.

— No sé, ¿no sería mejor que tú te quedaras con Lelè y yo me ocupara de Elena?

— Melina, dijiste que estabas de mi lado — recuerdo, mostrando mi mejor sonrisa.

—¡Y lo soy!

— Entonces, Lelè ya me ama, aprovecharé para recuperar a su madre.

Alma todavía se ríe en mi cara, pero termina apoyándome.

—Eso me parece justo, señora Melina.

—Está bien, entonces. Yo mantendré a Lelezinho alejado del maldito virus, y tú cuida de tu esposa.

Le doy un beso seco en la mejilla; ella me guiña un ojo y me mira con la boca abierta.

—Gracias, suegra.

Con Lelè y Melina mudándose al otro ala de la villa, Alma va con ellas, dejándonos a Elena y a mí solos en este lado.

Como la casa es grande, tenemos la cocina aquí, pero hay una despensa con un poco de todo en la otra ala, así que sé que tendrán lo que necesitan. Después de ayudar a los dos a llevar ropa y artículos básicos a las habitaciones de invitados, preparo el desayuno para Elena con lo que encuentro en la nevera: fruta, yogur y queso.

Busco pan en los armarios y lo corto en rebanadas, junto con fruta y queso. Preparo jugo y lo endulzo un poco antes de llevárselo en una bandeja.

- Ya estoy de vuelta.

Elena abre los ojos y me mira sorprendida.

— Todavía estás aquí.

—Claro que sí. Seremos solos tú y yo por un tiempo, hasta que te mejores. ¿Tomaste tu medicina?

Ella asiente.

—¿Dónde está Lelè?

—Tu madre y él se quedarán en el otro ala, para que no se contagien de tu malvado virus.

—Mmm, mamá está paranoica —dice, negando con la cabeza—. No tienes que quedarte, Constantine. Sé que tienes mucho que hacer y puedo con ello.

—No tengo nada más importante que cuidarte. —Me siento en la cama junto a ella y coloco la bandeja entre nosotras—. Ven, siéntate y come un poco.

—No tengo apetito.

—Pero lo preparé todo yo mismo. ¿Te imaginas que algún día haga un jugo?

—O cortaré la manzana yo mismo —le pica.

—Entonces deberías recompensar mi esfuerzo.

Le pincho un trocito de queso y se lo llevo a la boca. Elena abre los labios con expresión aburrida y mastica sin mucho entusiasmo. Su cabello rubio está un poco despeinado y su nariz todavía está roja; la imagen me hace sonreír.

—¿De qué te ríes?

—Es que eres hermosa, aunque te parezcas a Rodolfo.

— ¿Quién es Rudolf? — Parece querer sonar molesta, pero no tiene energía.

—El reno de Papá Noel, con la nariz roja.

—¿Sabes? A veces no te entiendo.

Sus ojos azules buscan los míos y me imagino que es algo serio y profundo.

- ¿Por qué?

"¿Así es como quieres recuperarme? ¿Llamándome reno de Santa?", pregunta, haciéndome estallar de risa otra vez.

—Así que entiendes que te encuentro hermosa sin importar nada. — Le pellizco la punta de la nariz y lo miro de reojo. — Ahora abre la boca.

A regañadientes, Elena come un trozo de melocotón y, después de unos minutos, también termina un poco de pan y toma el zumo. Llevo la bandeja a la cocina y, al volver al dormitorio, me siento a su lado en la cama y la atraigo hacia mí, apoyando la cabeza en su pecho. Elena no se resiste a mi gesto.

—Te ha bajado un poco la fiebre. ¿Te sientes mejor?

—Sí, me duele el cuerpo, siento como si me hubiera pasado un camión por encima, pero me siento mejor que antes.

—Perfecto, ¿qué quieres hacer ahora?

- Nada.

— ¿Ver una película? — Sugiero.

—Está bien. ¿De verdad te quedas aquí hoy?

—No solo hoy, siempre seré Agape Mou. Pero antes de la película, quiero hacer algo.

—Estoy devastado, Constantino. Ya no puedo más…

—¡No es eso, mente sucia, Afrodita! —bromeo, mientras busco mi teléfono en la mesita de noche.

En unos instantes, creo un enlace para una videollamada con mis amigos y les envío las invitaciones a los tres. Klaus aparece con unas bolsas de la compra y se conecta primero.

—¡Hola, guapo Petrakis! —me saluda provocándome.

Elena frunce el ceño a mi lado y se aleja un poco para no ser captada por la cámara.

Hola, Athos. ¿Estás bien? —pregunto en su idioma.

—Estoy bien. ¿Y tú?

—Bien. Espera a que entre Isaac.

Acepto la participación del otro en la llamada, y aparece, con el pelo claro aún húmedo, corriendo en una cinta. Isaac me saluda, ajustándose los auriculares.

—¡Y bien, Porthos! ¿Qué dices? —pregunta, y entonces se fija en nuestro otro amigo—. ¡Klaus! ¿Es una reunión? ¿Dónde está Apolo?

Apolo entra poco después, con el cabello despeinado y el rostro arrugado por el sueño.

"¿Saben qué hora es aquí en Brasil? ¡Que se jodan!", murmura, sentado en la cama.

Miro el reloj y veo que deben ser alrededor de las cuatro de la mañana.

—Lo siento, amigo. Tu zona horaria está alterando nuestras llamadas.

Él gruñe algo, frotándose la cara para despertarse.

—¿Qué pasa? ¿Hay alguna razón especial para esta llamada o solo me estás molestando?

— Hay una razón —digo sonriendo levemente—. Quiero que conozcan a mi Afrodita.

Pego la cámara a Elena, que abre mucho los ojos.

"¿Estás loco? ¡Mira cómo estoy!", maldice, haciendo reír a los tres.

—Hola, ¿cómo estás, Elena? —Klaus es el primero en saludar.

—Hola, no muy bien, pero encantada de conocerte —responde ella, avergonzada por la atención.

—Soy Isaac, Elena. Salvaste mi empresa hace un tiempo, ¿recuerdas?

—Claro, un placer conocerte, Isaac.

— El placer es mío, gracias!

—Apolo— Levanta la mano, bostezando. — Y tú eres muy hermosa.

—Aburrimiento… — Me enfoco en la cámara. — Solo quería que se conocieran; como ya saben, Elena es mi esposa.

—¿Así que te perdonó? ¿Has hecho las paces? —pregunta Isaac.

- Bien…

— No, no lo he perdonado — dice ella, inclinando de nuevo la cabeza hacia la cámara — pero él insiste bastante.

—Ay, Elena, perdónalo —pide—. No sabes cómo se lo tomó Constantine cuando te dejó allí. En serio, puede que fuera un imbécil, pero sufrió muchísimo.

Elena levanta las cejas y me mira.

—Es verdad —argumenta Klaus—, se bebió todo el whisky de Londres y ni siquiera sabes lo peor.

—¿Cuál es lo peor? —Se inclina hacia delante, curiosa.

—Sí, ¿cuál es el peor? —pregunto, también curiosa.

—No ha tenido sexo con nadie en todo este tiempo.

—¡Cállate, Klaus! —lo juro, molesto por estar expuesto así.

-No lo creo.

—Es la verdad, él dijo que se sentía casado y le parecía mal, incluso odiarte —continúa.

— ¡Mierda, Klaus! ¡Voy a apagar el teléfono y vete a la mierda!

Los tres idiotas empiezan a reír y Elena parece encontrar divertida la situación, aunque sigue mirándome con duda.

¿Qué hizo para recuperarte, Helen? ¿Algo vergonzoso que deberíamos saber? —Apolo parece muy listo ahora, considerando que intenta burlarse de mí.

—Una serenata—Afrodita me está traicionando.

— ¿Qué? —Hace una mueca—. Pero Petrakis canta como un perro.

—Eso fue lo que intenté decirle, pero no me escuchó.

—Dios mío... ¿Dónde está la correa, Porthos? —Klaus se echa a reír a carcajadas, y empiezo a pensar que fue una pésima idea llamar. —¡Estás a gatas y ni siquiera te da vergüenza admitirlo!

—Klaus incluso cree tener la moral para hablar. —Apolo se ríe, divertido. —Cuando estaba con Marjorie, se le salían corazoncitos de los ojos.

"Que te jodan", se queja, oscureciendo su rostro.

Al parecer Marjorie sigue siendo un tema delicado.

"Bueno, eso es todo por hoy", decido, antes de que empiecen a humillarme aún más. "En nuestra próxima reunión, espero haberme perdonado ya, y entonces llevaré a Elena y a Lelè conmigo. Prepárense para conocer al chico más guapo del mundo".

—¿Estás seguro? ¿Se parece a ti? —pregunta Apolo.

Y termino la llamada mostrándoles el dedo medio.

Dejo el teléfono de nuevo en la mesita de noche y cuando me doy la vuelta soy atacado por unas manos feroces que me abofetean sin piedad.

—¿Cómo pudiste presentarme a tus amigos en ese estado? ¡Seguro que están reunidos ahora mismo para hablar de lo horrible que soy! ¡Mira mi pelo, Constantine!

— Basta, mujer. — Me defenderé lo mejor que pueda.

Él me golpea en el hombro.

—¡Qué vergüenza, Dios mío!

—Cuánta energía para una mujer moribunda…

—Y luego dijiste que soy tu esposa.

—¡Pero si lo eres!

— Tengo ganas de matarte.

Gracias a Dios la sesión de pelea se interrumpe cuando suena el intercomunicador; prácticamente salto de la cama y corro a la sala para contestar.

- Hola.

—¿Señor Petrakis? —El guardia parece sorprendido de que responda. —Hay un amigo de la señora Petrakis aquí, el señor Lykaios.

—Déjalo entrar. —Sonrío ante la oportunidad.

No pierdo el tiempo y en unos segundos me quito los pantalones, quedándome sólo en boxers, y así abro la puerta. La cara de Theodore cuando me ve no tiene precio; si pudiera, le tomaría una foto y la enmarcaría.

— Hola, Theo. ¿Necesitas algo?

Su mirada recorre mi cuerpo semidesnudo y hace una mueca ante mi falta de ropa.

—¿Siempre abres la puerta así?

—No, sólo cuando me interrumpen en medio del sexo.

—Eres un idiota —gruñe—. Vine porque oí que Elena estaba enferma.

No pregunto cómo lo supo, después de todo se enfermó hace unas horas.

—¿Y esas flores son para ella?

Teodoro mira el ramo que tiene en las manos, como si recién ahora lo recordara, y se encoge de hombros.

—No creo que entre. Dale el ramo y dile que pasé por aquí.

—Está bien, a mi esposa le gustan las flores.

—No tienes que repetirme que es tu esposa a cada instante, Constantine —dice, resoplando—. Lo entiendo, ya no tienes que preocuparte por mí.

—Genial, me alegro que el mensaje haya llegado.

Me despido de Theo con un gesto y luego cierro la puerta; pasando por la cocina, tiro el ramo a la papelera y vuelvo a entrar. Habitación. Elena examina mi cuerpo y la falta de pantalones cortos o largos.

—¿Abriste la puerta así?

—¿Por qué? ¿Te da celos?

“Depende de quién fuera”, responde y eso me satisface.

—Una mujer, al parecer pariente de Alma —bromeo—. ¿La conoces? Tiene unos veinticinco años.

—¿Estás bromeando? —Entrecierra los ojos.

—Bromeaba, celoso. Era Theodore Lykaios. —Sonrío, mientras Elena se queda boquiabierta.

—¿Y le respondiste en ropa interior? Pensará que…

—¿Que follamos toda la noche? Ya lo pensarás.

—No vales nada, Constantino —me regaña, pero noto la sombra de una sonrisa en sus labios—. ¿Qué dijo?

—Trajo flores y dijo que vino porque supo que estabas enferma. Por cierto, ¿quién se lo dijo? ¡Hoy te enfermaste!

—Debe haber sido Cat, le envié un mensaje de texto para avisarle y es #teamtheo.

—Lo sé, ya dejó claro que quiere matarme.

Elena se ríe, meneando la cabeza.

—¿Y dónde están mis flores?

"En la basura", respondo, arrojándome de nuevo a su lado.

— ¡No lo hiciste!

—¿Qué? Tiraste el mío, es justo tirar el suyo también.

—No voy a discutir contigo, pon esa película ahora mismo.

Me alegra ver que no le da mucha importancia a las flores ni a la visita, y elijo una comedia para ver juntas. Elena apoya la cabeza en mi pecho, y ese gesto me hace sentir bien; estos son los momentos de sencillez que quiero vivir con ella, siempre.

Estamos más de la mitad de la película cuando suena mi teléfono; esta vez es mi abuelo.

—Hola, abuelo.

- ¿Dónde estás?

—En casa de Elena, ¿por qué?

—Nada, solo quería avisarte que pedí una prueba de ADN. Selene está furiosa. Si alguien me mata, ya sabes quién es.

—Deja de decir tonterías, abuelo. ¿Estaba muy enojada?

—Dijo que nunca más me hablaría porque dudaba de su carácter. —Ríe. —Tu padre también está irritado; discutió conmigo por teléfono.

—¿Y Alejandro aceptó hacerse la prueba?

Elena se endereza al oír mencionar a ese bastardo.

—No le quedó otra opción, siempre deja un montón de pelos en el baño cuando viene de visita. Tomé algunos mechones de su cepillo.

—¡Qué Sherlock Holmes te has convertido, eh! ¿Y cómo convenciste a mi padre para que se hiciera el examen?

"No lo convencí", dice con orgullo. "Yo mismo me tomé una muestra de sangre; los resultados saldrán en unos diez días".

—Me imagino el agradable ambiente que habrá en el próximo almuerzo familiar.

—Por eso te llamaba. Hablamos de eso luego. Necesitamos programar una reunión para decidir cómo manejar la situación en la empresa; Chronos te necesita, ¿sabes? No puedes estar ausente tanto tiempo.

—Está bien, nos organizaremos después de los resultados de la prueba.

—No hay problema, mándale un beso a Elena.

Elena se queda a mi lado, atenta a la conversación. Aunque no puse el altavoz, sé que lo oyó todo.

—¿El abuelo pidió la prueba de ADN de Alexander o entendí mal?

—Se puso furioso cuando supo lo que intentó hacerte y todas las mentiras. Sospecha que Alexander no es hijo de mi padre.

—Dios mío… ¿Y tú qué piensas?

—Solo está enojado. A Selene le interesa el dinero, pero no sé si llegaría tan lejos.

—Parece que lo descubriremos muy pronto.

—Por ahora, podemos simplemente ver una película juntos, antes de que la malvada Elena regrese a echarme.


Capítulo 27

Elena Lazos

Ya pasó lo peor de mi resfriado, después de dos días en cama, consentida por Constantino. Es domingo por la noche; salió a comprar ingredientes para la cena, y mi madre fue a Lazos con Lelè.

Caterina vino a visitarme y ahora estamos sentadas en mi cama. Por su mirada, sé que pronto me hará un montón de preguntas.

—Elena, ¿por qué me dijo Teodoro que Constantino abrió la puerta sólo en calzoncillos?

—Porque lo hizo —respondo encogiéndome de hombros.

—¿Y qué hacía en calzoncillos en tu casa?

—He estado enferma, él durmió aquí conmigo las últimas noches.

El gato suspira y me mira con una expresión cansada.

—¿Volverás con él después de todo?

—No lo sé, Cat. Necesito tiempo para pensarlo bien. Me dolió mucho cuando se fue, y sé que Chronos aún existe, y tarde o temprano tendrá que volver a la compañía, aunque dice que se quedará. Por otro lado, debo admitir que no quiero estar sin él...

Me recojo el pelo en un moño mientras organizo mis pensamientos recurrentes para compartirlos con ella.

—Creo que necesito tiempo, espacio, ¿sabes? Quiero descubrir qué siento de verdad cuando no está conmigo, porque cuando viene y me mira así, me derrumbo por completo y dejo de ser racional.

—¿Pero Teodoro?

—¿Qué le pasa?

—Theo es tu cliente más importante, así que podría crear un ambiente extraño. ¿Qué harás con él?

Niego con la cabeza, porque sé que Theodore no es del tipo que deja que los asuntos personales afecten a los negocios.

—No dejaré ir a Theo, Lykaios es importante para mí.

—¿Y Constantino?

—Tengo que pensarlo mucho, él tendrá que entenderlo.

Caterina permanece en silencio por un momento y luego asiente con una pequeña sonrisa.

—Creo que he sido demasiado duro contigo con esto. Lo siento, amigo. Sé que a veces soy intrusivo y dramático, pero te vi sufrir mucho cuando se fue, y reaccioné así por miedo a que volviera a suceder.

— No tienes que disculparte, Cat. Sé que te preocupas por mí y te amo.

—¿Y Constantino?

Lo amo, y creo que él me ama. Me lastimó profundamente y me decepcionó, pero fue una víctima, como yo. Sé que si ella hubiera estado en mi lugar, probablemente ya lo habría perdonado y desistido del divorcio; créeme, él sabe cómo ser convincente.

— Me imagino que sí —se ríe—, te convence en cualquier posición posible.

—Algunos casi imposibles —bromeo.

—Eso es lo que importa, ¿no? No me refiero a las posiciones, de hecho, a esas también, sino al amor. Si decides quedarte con Constantine, te entenderé y te apoyaré, amiga mía. Solo siento pena por Theo —niega con la cabeza—. Es un desperdicio rechazar a un hombre así.

—Cat, ¿por qué no sales con él? —pregunto, solo ahora notando su interés—. Siempre hablas de Theodore, crees que es el hombre más increíble del mundo, ¿te has dado cuenta de que te gusta, verdad?

La boca de Caterina se abre, sorprendida por mi comentario, pero luego su expresión de sorpresa se transforma en desánimo.

—No estoy enamorada de él, pero confieso que si tuviera la oportunidad, me enamoraría fácilmente. Solo que Theodore está loco por ti, así que no importa.

—Confío en que cambiarás las cosas. Creo que te ve como una buena amiga, porque siempre lo has apoyado y me has animado a salir

con él, pero si quieres, puedo darte algunos consejos para cambiar las cosas.

"¿Hablas en serio, amigo?", pregunta, mordiéndose la uña. "¿Quién sabe? No cuesta nada intentarlo, pero solo si estás completamente seguro de que no lo quieres".

— No, no lo quiero, Gato.



Constantino Petrakis

Quedarme en casa con Elena todo el fin de semana agotó las provisiones de la villa. Alma se ofreció a comprar lo que faltaba, pero decidí acompañarla para entender mejor los gustos de Elena y lo que le compra a nuestro hijo.

Nos subimos al coche y conduzco hasta el supermercado más cercano, con la conversadora Alma a mi lado mientras le cuento los últimos acontecimientos en la ciudad.

—Tu abuelo nunca fue el mayor fan de la señora Selene, pero no creo que sea sin razón.

"Tienes buena intuición", coincido. "Selene se acercó a mi padre en un momento difícil, y aunque él se involucró rápidamente con alguien que debía estar de duelo, no fue muy sensato de su parte".

—Estoy de acuerdo. Eras muy joven y acababas de perder a tu madre. Ella llegó, se apoderó de todo, cambió tu rutina y te envió a Inglaterra. Creo que eso fue lo que inicialmente causó la aversión de tu abuelo: el Sr. Andreas siempre te quiso mucho y te envió a estudiar.

Frunzo el ceño, pensando en lo que dice. Nunca había interpretado así los hechos: fui a Eton muy joven y no recordaba muy bien cómo sucedió.

Es natural que los niños de nuestro entorno social sean enviados a internados, y solo los hijos de las familias más adineradas o de la aristocracia asisten a Eton. El propio Isaac desciende de una familia noble; sus antepasados poseían riquezas, y recientemente heredó el título de su padre, aunque no suele usarlo. Pero nunca pensé en cómo habría sido si Selene no se hubiera casado con mi padre y no se hubiera quedado embarazada. Podría haber crecido en Grecia, pero claro, no habría conocido a mis amigos.

—Mudarse no estuvo mal, Alma —digo, notando su mirada triste—. Hice amigos y me gradué lista para dirigir Chronos. Creo que fue peor para Steph, que se quedó en Atenas.

—Quizás por eso decidió convertirse en modelo: ahora viaja por el mundo y casi nunca vuelve a casa.

—Ella ya está aquí, deberías aprovechar para tomar un café con ella algún día.

—Tengo muchas ganas de hacerlo. Siempre viene a ver a Lelè, pero no hemos tenido tiempo de sentarnos a hablar. —De repente, Alma se gira en su asiento y me da una palmada en el brazo. —¡Ahhh! ¡Me acabo de acordar!

—¡Ay! ¿Qué pasa últimamente? ¿Todas las mujeres creen que soy un saco de boxeo?

—Deja de quejarte. El otro día hablaba con Melina y me dijo que conoció a tu madre. ¿Lo sabías?

Asiento, frunciendo el ceño. Solo entonces me doy cuenta de que, con las prisas y mis intentos de acercarme a Elena, olvidé preguntarle a su madre.

—Mi abuelo me lo contó. Dijo que se conocieron cuando mis padres ya estaban casados, antes de que Melina tuviera a Elena y antes de que mi madre muriera.

—Sí, pero todo fue muy sutil. Melina me dijo que adoraba a tu madre, que siempre hablaban de todo, y que a veces tu madre te llevaba con ella.

—¿No es gracioso? ¿Quién iba a pensar que un día conocería a Elena y me casaría con ella, que tendríamos un hijo juntos?

—Tu abuelo lo habría dicho —dice riendo—. Ese viejo siempre pensó que estaban destinados a estar juntos. Creo que él sugirió su nombre ya pensando que sería familia.

Niego con la cabeza, pero no puedo evitar estar de acuerdo. Mi abuelo tiene un don inmenso para las predicciones y la intuición, lo que nos lleva al misterio de Alejandro.

Llegamos al supermercado y Alma me guía por los pasillos, mostrándome los productos favoritos de Elena y Melina. Me enseña qué fórmula comprar para nuestro hijo y qué marca de pañales usa.

Alma me explica que Elena no compra su jabón aquí, sino en una perfumería, donde venden un producto perfumado y sin alérgenos. El mismo lugar donde compra el suyo, hecho con algas, lo que finalmente explica por qué siempre huelo a mar cuando pasa por aquí, aunque nunca la he visto en la playa; debería haberlo notado cuando nos duchamos juntas, pero me distrajo su cuerpo enjabonado.

Después de comprar todo lo necesario, volvemos a la villa. Alma abre la puerta mientras yo llevo las bolsas de la compra a la cocina.

—Voy a ver cómo está Elena, pero creo que puedes guardar todo en los armarios y en el refrigerador. Lelè y Melina probablemente volverán a sus habitaciones hoy.

Dejo que Alma se encargue de todo y sigo por el pasillo. Solo al acercarme me doy cuenta de que Elena no está sola, porque reconozco la voz de Catherine.

Con una mueca, me detengo donde estoy, sin saber qué hacer. Quizás debería entrar y hablar con ella, disipar esa mala impresión que tiene de mí, o huir para evitarla. que me ve y me ataca como un perro rabioso para intentar paralizarme.

— ¿Y Teodoro? —pregunta Catalina y al oír ese nombre se despierta mi curiosidad.

—¿Qué le pasa?

—Theo es tu cliente más importante, podría crear un ambiente extraño. —¿Por qué crearía un ambiente extraño? ¿Qué harás con él?

—No dejaré a Theo, Lykaios es importante para mí —dice Elena.

Sus palabras me apuñalan el pecho como un cuchillo. De verdad creía que habíamos avanzado en los últimos días, que estaba tentada a darme otra oportunidad y que Theo estaba fuera de juego para siempre.

Al parecer me equivoqué.

—¿Y Constantino?

No sé si quiero escuchar su respuesta, pero permanezco quieto, incapaz de moverme.

—Tengo que pensarlo mucho, tendrás que entenderlo.

Maldición…

Intentando que no me oigan, me doy la vuelta y entro en la cocina sin llamar la atención de Alma. Sé que debería quedarme y explicarme, hablarle más directamente a Elena, pero no puedo hacerlo ahora, no cuando lo único que quiero es hundirme en un agujero y no salir jamás.

Al salir de casa, vuelvo al coche y empiezo a conducir: es difícil mantener la mascarilla puesta cuando lo único que quiero es desplomarme.

Me trago el nudo que se me forma en la garganta e intento no pensar en sus palabras. Llego al pueblo y, por suerte, no me encuentro con Stephanie ni con mi abuelo de camino a mi habitación, pero no quiero quedarme allí. Sé que me encontrarán y empezarán una conversación, y ahora mismo solo necesito estar sola.

Llamo a Antonio quien como siempre responde inmediatamente a mi llamado.

—¿Puedes recogerme en la playa, Antonio? Estoy en el pueblo y voy a casa de Agnes.

—Sí, señor. ¿A qué hora?

—En quince minutos.

- Voy a estar allí.

Con esto, tiro algo de ropa para cambiarme en una mochila y agarro mis artículos de tocador, gafas de sol y un cargador extra, porque olvidé el otro en su casa.

Antes de irme, abro el cajón de mi escritorio y saco los papeles que dejó aquí el otro día. Son los papeles del divorcio, pero no necesito leerlos para saber que ya me ha quitado lo más importante. Elena se aseguró de no pedirme nada de mis bienes, y le creo, pero es irrelevante, porque habría dado lo que fuera por tenerla conmigo y nuestro hijo.

Sin pensarlo mucho, busco en el cajón y firmo los papeles. La amo y haría lo que fuera por estar con ella, pero es precisamente porque amo a Elena que no puedo insistir, intentando obligarla a seguir casada conmigo.

Regreso al patio, pero justo cuando estaba a punto de irme, me encuentro con Stephanie. Mi hermana está descansando en una tumbona junto a la piscina, pero se levanta al verme.

- ¿Adónde vas?

Me pongo mis gafas, ajustándolas con cuidado, porque tengo los ojos llenos de lágrimas y no quiero que me vean así.

—¿Vas a volver a casa de Elena? Todo va bien, ¿eh? —pregunta, casi destrozándome—. Este resfriado fue pasajero; pronto se mudará.

—No, voy a casa de Agnes —respondo lo más casualmente posible.

— Eh… ¿Vas sola?

- Sí.

—¿Por qué? ¿Elena no quería venir? Entonces empaco mis cosas y me voy contigo. Hace tiempo que no me invitas al yate. —Stephanie empieza a pasar junto a mí, pero la detengo, apretándole el brazo—. ¿Qué pasa?

—Hoy no, Steph. Quiero estar sola.

—¿Qué? Pero… —Su mirada se fija en mi rostro y entrecierra los ojos—. ¿Elena no se ha dado por vencida con el divorcio?

Niego con la cabeza, un gesto que responde a su pregunta, y hago todo lo posible para que mi voz no se quebrante cuando empiezo a hablar de nuevo.

—Creo que quiere estar con Theo —respondo cabizbajo—. Puede que no, pero dijo que necesita tiempo. Quizá la estoy asfixiando con todos mis intentos.

—¿Y te rindes? —Steph me levanta la cara para mirarla—. Oye, ¿estás bien? ¿Estás llorando?

- No.

Frunce los labios al darse cuenta de la verdad, pero no insiste.

—¿Qué harás? ¿Volver a Santorini?

—No, me quedaré aquí, con Lelè y nuestro abuelo, por ahora. Solo quiero quedarme unos días, pero volveré pronto. Si Elena viene o llama preguntando por mí, dile que tuve que atender unos asuntos urgentes, pero que volveré. Y entrégale los documentos de mi parte: están en mi escritorio, en la habitación.

—De acuerdo —asiente con tristeza—. Como sea, llámame. Me quedaré aquí hasta que lleguen los resultados del ADN de Alex.

Stephanie me abraza y luego me deja. Dejo el coche en el patio porque no lo necesitaré en el mar y salgo de la villa, llegando al sendero

de arena blanca que lleva a la playa y luego al mar.

Antonio ya me está esperando con la lancha, y creo que entiende que no estoy de humor, porque no habla mientras me lleva hasta donde está anclado Agnes.

Edite me recibe al llegar, pero le explico que quiero estar sola. Le agradezco que mantenga el yate limpio viniendo todos los días y le doy el día libre, diciéndole que la llamaré cuando la necesite.

Antonio regresa al pueblo, llevándose a Edite, y finalmente nos quedamos solo con Agnes, el cielo y la inmensidad de este mar. Dejo mi ropa en la cama de mi camarote y me detengo en el bar, agarrando una botella de whisky para recordar los momentos de dolor. Luego subo a la terraza, porque es evidente que disfruto torturándome.

Me tumbo en el suelo de madera, con la botella abierta en la mano, y observo cómo el cielo empieza a oscurecerse. El silencio a mi alrededor es absoluto.

Tomo un sorbo, pensando en cómo logré destruir todo lo que soñaba. Si le hubiera creído, si hubiera admitido que Lelè era mía desde el principio, pero no lo hice...

Me levanto y camino hacia el parapeto, desde donde puedo ver la Roca de Poseidón. La roca se alza muy alta desde el mar, y los más aventureros sueñan con zambullirse desde ella, y lo hacen en raras ocasiones. Aunque la playa es privada, el mar no lo es: el mar pertenece a hombres y dioses, a cualquiera que se atreva a explorarlo, y algunos llegan a la roca en barco, sobre todo en verano.

Para mí, desde hace muchos años, esta piedra dejó de tener un significado positivo. Fue mientras caminaba alrededor de ella que tuve el accidente, y al evitar a la chica, me estrellé violentamente contra la roca.

Si no hubiera sido por esa maldita piedra, quizá todo habría sido diferente. Era literalmente una piedra en mi camino.



Elena Lazos

Caterine y yo terminamos saliendo de la habitación cuando oímos a Alma rebuscar entre los armarios. Le pedí que fuera amable con Constantine, y Cat prometió intentarlo. Pero cuando llegamos a la cocina, ya no estaba.

“Te tomaste tu tiempo”, comento, sacando un taburete para que me siente y haciéndole un gesto a Cat para que haga lo mismo en el otro.

—El señor Petrakis quería ver muchas cosas, seguramente ya había ido de compras con él, ese hombre es tan exagerado como pocos.

Sonrío ante su comentario, asintiendo.

—Es cierto, consigue vaciar el inventario de cada tienda a la que entra. ¿Y dónde acabó?

Alma mira a su alrededor, frunciendo el ceño.

—No sé, cuando llegamos dijo que iba a ver cómo estabas, pero entonces oí que la puerta principal se cerraba de golpe y el coche se alejaba.

—¿Así que se fue? ¿En cuanto llegaste? Qué raro…

—Sí, ustedes dos estaban en la habitación, tal vez no dijo nada porque no quería interrumpir la conversación.

La mirada de Catherine se cruza con la mía, y por un momento me pregunto si habrá oído lo que decíamos. Pero incluso si lo hubiera hecho, no dije nada malo. ¿O sí?

Repaso mentalmente nuestras palabras y recuerdo haberle dicho que lo amaba, pero necesitaba espacio para pensar. ¿Habría sido eso?

Le envío un mensaje de texto preguntándole dónde está y su respuesta me sorprende.

"Tuve que ocuparme de unos asuntos urgentes de Chronos, pero volveré pronto."

Me molesta que Constantine se haya ido sin avisarme. Aunque no hemos definido nuestra relación, me trae recuerdos muy negativos, y no me gusta nada sentirme así.

"Tómate este tiempo para pensar. Cuando regrese, lo hablaremos."

Un segundo mensaje llega poco después y confirma mis sospechas. De hecho, escuchó lo que dije, y quizás esta sea su forma de darme ese tiempo.

Entonces ¿por qué me siento tan mal?



Constantino Petrakis

Ha pasado una semana desde que me mudé temporalmente a Agnes, y aunque Elena me envió algunos mensajes justo después de irme, no hemos hablado desde hace cinco días, y la única que me mantiene informada todos los días, enviándome fotos de Lelè y palabras de apoyo, es Stephanie.

Al caer la tarde, entro en la cocina buscando algo de comer, pero me doy cuenta de que las provisiones se están acabando. Casi nunca estoy aquí, así que suelo hacer la compra al llegar, cosa que no hice esta vez.

Suspiro, molesta por tener que irme. Estoy a punto de escribirle a Antonio para pedirle que venga a buscarme, cuando veo una roca alta al otro lado de la playa, un poco más baja que la de este lado; veo luces. Hay luces colgando de cables y oigo música a lo lejos. El lugar me resulta familiar.

Curioso, entré en Instagram y busqué Lazos para confirmar mi teoría: encontré unas fotos que mostraban el entorno del restaurante y la vista de la Roca de Poseidón, lo que indicaba que estábamos uno frente al otro.

En una decisión impulsiva, levo anclas y zarpo con el Agnes hacia Lazos. Necesito detenerme a cierta distancia, así que bajo una de las motos acuáticas al mar y subo a bordo. Hacía mucho que no conducía una, pero finalmente he aceptado que los accidentes pueden ocurrir con cualquier vehículo; es mi responsabilidad tener cuidado al conducir.

Al llegar a la playa, amarré la moto acuática al pequeño muelle, a un poste de madera, y pisé tierra por primera vez en siete días. Subí el acantilado rocoso y, al llegar a la cima, entré en un patio amplio y acogedor.

El ambiente es sencillo pero cálido, y la vista me llena de nostalgia. Unas cuantas mesas al aire libre están ocupadas, cubiertas con manteles a cuadros rojos y blancos e iluminadas por hileras de bombillas.

Entro a la sala por la puerta de piedra y elijo una mesa en la esquina. No veo a Melina por ningún lado, pero supongo que está en la cocina, si trabaja esta noche.

Otra mujer atiende mesas y un hombre está en la caja, pero no hay caras conocidas. Cojo el menú para echar un vistazo y, al levantar la vista, me encuentro con dos ojos marrones que me miran fijamente desde la mesa.

Es una niña de unos cinco años, con el pelo recogido en dos trenzas. Al darse cuenta de que la he visto, sonríe, mostrando el hueco donde debería estar su incisivo frontal.

“Hola, ¿está todo bien?”, pregunta saliendo de detrás de la mesa.

"Todo bien", respondo instintivamente. Nada bien, la verdad, pero esa no es forma de responderle a una niña pequeña. "¿Y tú?"

Ella asiente rápidamente.

-Te conozco.

—¿En serio? ¿De dónde nos conocemos?

—La tía Melina me enseñó tu foto. Dijo que eres el papá de Lelè. ¿Es cierto?

—Sí, es cierto. ¿Y tú quién eres?

—Soy Pandora.

— Mucho gusto, Pandora. ¿Está aquí la tía Melina esta noche?

Ella asiente y sus trenzas se mueven.

— En la cocina, cocinando con mi papá.

—Entiendo. ¿Puedes decirle que estoy aquí? Me llamo Constantino.

La niña accede y corre a la cocina. La mujer que atiende se acerca a mi mesa y hago mi pedido, eligiendo platos caseros porque tengo hambre y para probar las habilidades culinarias de Melina.

Aparece en la puerta poco después y sonríe al verme. Melina se acerca a mi mesa, agarrando un paño de cocina para secarse las manos, y, inclinándose, me besa en la frente.

—Qué bueno que hayas regresado y que hayas venido a conocer a Lazos.

“En realidad nunca me fui”, admito, con una leve sonrisa.

"¿Cómo que no te fuiste?" Melina me mira con más atención. "Ahora que te veo, con esa barba enorme, despeinada y con esa ropa arrugada..." Se inclina un poco y me huele. "Y además has estado bebiendo, bastante, si hueles así".

—Qué amable…

Sentada frente a mí, Melina junta sus manos sobre la mesa.

-¿Qué está sucediendo?

—Te lo contaré todo desde el principio; si después decides odiarme, está bien: ya estoy arruinado.

Como Melina no me interrumpe, entiendo que está esperando que le explique.

—Elena y yo nos conocimos mientras estabas hospitalizado, nos enamoramos y todo, supongo que ya lo sabes.

—Sí, me lo dijo.

"No, no te lo dijo..." Niego con un gesto. "Elena empezó a trabajar en la villa porque mi abuelo la contrató y prometió pagar tus deudas y tus gastos médicos. Ella aceptó, pero antes, él le propuso matrimonio a Elena: a cambio, haría todo lo posible por ayudarte."

— ¿Qué? ¡Esto es absurdo! Escucha, Constantine, adoro al Sr. Andreas, pero se ha pasado con esto.

—Él lo sabe, pasó hace mucho tiempo. Obviamente Elena no estaba de acuerdo, pero aceptó el trabajo, y así nos conocimos. La cosa es que nunca me contaste de la propuesta de mi abuelo.

—Debió de sentirse avergonzada por ello.

Tenía miedo de que pensara que se había acercado a mí por orden suya. El problema es que hace años tuve un accidente que me dejó estéril, y justo al principio de nuestra relación, Elena se quedó embarazada.

Pasé los siguientes minutos contándole todo lo sucedido: desde la intervención de Alexander, pasando por la boda y el horrible contrato que obligué a Elena a firmar, hasta mi partida a Santorini. No me contuve, no oculté los detalles. Hablé de mi dolor, pero enfaticé lo difícil que había sido para Elena, embarazada y abandonada, y mencioné que hacía poco que me había enterado de lo que había hecho su padre.

Melina escucha atentamente, sin mostrar ninguna reacción en particular. Después de contarle cómo descubrí la verdad y cómo confronté a Alexander, llego a la parte donde volví para encontrarme con mi hijo y recuperar a Elena, y Finalmente la conversación que escuché entre ella y Caterine, que me hizo desistir y alejarme unos días, para recuperarme.

—El problema es que no te estás recuperando, Constantino, te estás destruyendo.

Me encojo de hombros, aceptando su declaración directa.

—De verdad pensé que podríamos seguir juntos, pero antes de que me digas qué quieres, quiero pedirte perdón, Melina. Sé que te lastimó un hombre que te abandonó sola con tu hija pequeña, y no quería que eso volviera a suceder en la vida de Elena. Fui una idiota al creer en Alexander y dejar a Elena, pero no lo hice por crueldad.

Melina asiente y aprieta los labios pensativamente.

—No es lo mismo, Constantino, y me atrevo a decir que, aunque tenga un poco de miedo, Helena sabe un par de cosas. La pusiste en una casa y dejaste tu dinero a su disposición; le negaste amor y cuidados, rechazaste a tu esposa embarazada, sí, pero no la dejaste a su suerte, arriesgándose a morir de hambre con su hijo, o algo peor.

—Lo sé, pero siento que fui tan horrible como él.

—No lo hiciste. El padre de Elena nunca regresó; ni siquiera sabemos si está vivo o muerto. Son situaciones muy diferentes: te hirieron, te apresuraste y te encerraste, pero fuiste víctima de la crueldad de alguien más. Y, lo más importante, regresaste y luchaste por ellos.

—Pero no sirvió de nada.

—¿Sí, claro? Deja ya de tonterías, Elena solo necesitaba tiempo. ¿Sabes qué ha estado haciendo toda la semana?

Niego con la cabeza, esperando que me lo diga.

—Ella lloró, se quedó encerrada en esa habitación comiendo helado y llorando, viendo una y otra vez todas las películas de Harry Potter.

—¿Y qué pasa con Elenica?

—Dijo que se había tomado unas vacaciones, pero ya sabemos la verdad, ¿verdad? Está sufriendo, te extraña.

— Pero él no quiere estar conmigo.

Elena necesitaba este tiempo para decidir, Constantino, y ahora que lo sé todo, entiendo sus motivos. Me dijo que le enviaste un mensaje diciéndole que se tomara este tiempo para pensar y que hablarías al volver, ¿no?

- Sí…

—Entonces ten un poco más de paciencia y todo saldrá bien, estoy segura. —Miró por encima del hombro y vio que la otra mujer llegaba con mi cena—. ¡Ah! Irene te traerá la cena, pero no te vayas todavía. Quiero presentarte a las demás.

- Está bien.

"Empezando por ti", dice, señalando a la mujer que pone los platos en la mesa. "Esta es Irene, trabajó aquí durante muchos años, en la cocina cuando mi padre vivía y ahora en el comedor; su esposo es Heitor, quien atiende la caja".

—Un placer conocerte, Irene.

La mujer sonríe y asiente.

—Éste es mi yerno, Irene, el padre de Lelè.

— ¡Ah! Qué gusto conocerte por fin. Melina habla mucho de ti.

- Eso espero.

- ¡Muy!

Los dos se alejan susurrando, y empiezo a comer. La cena es realmente deliciosa: sencilla, pero con un condimento exquisito, y la comida me reconforta el estómago, que en los últimos días solo había estado lleno de alcohol y comida chatarra.

La niña de antes regresa poco después, Pandora.

“¿Está bueno?”, pregunta señalando mi cena.

—Delicioso, ¿tienes hambre?

—No, es solo que mi papá siempre se alegra cuando la gente dice que su cocina es apreciada.

—Entiendo, ¿quién es tu padre?

"Pandora, deja de molestar al caballero." "Primero oigo su voz, y luego veo a un niño empujando una silla de ruedas hacia nosotros." "Lo siento por mi hija; es muy habladora y un poco entrometida."

— Pero no, no me molestaba.

—Éste es el papá de Lelè, papá —dice Pandora, y entonces el hombre me mira con curiosidad, estudiándome con más atención.

—¿Eres Petrakis?

- Sí.

—Tenía otra imagen de ti en mi mente.

—Normalmente sé respetar la imagen que la gente tiene de mí, pero hoy esto es todo lo que tengo para ofrecer.

Él se ríe, divertido por mi broma sobre mi propia apariencia.

—Así que tú eres el marido desaparecido —dice, como quien por fin le pone cara a un nombre—. Yo soy Aquiles.

—Un placer conocerte, Aquiles. Constantino.

—Lo sé, claro. Aquí todos somos #teamconstantine —dice riendo.

—¿Qué sería eso?

— Caterine es mi hermana y la fundadora del club de fans de Theodore Lykaios. Creó #teamtheo.

—Tu hermana me odia, pero no puedo culpar a Catherine por eso.

— No, pero si te sirve de consuelo, todos aquí en el restaurante hemos elegido un equipo, y el #teamconstantine está muy por delante.

—¿En serio? ¿Cómo es posible?

Él se encoge de hombros.

—Hemos cambiado de bando en las últimas semanas, y fui yo quien animó a Elena a salir con Theodore, antes de que regresaras…

—Es irónico que yo haya podido recuperarte y no Elena.

—Quizás, pero seguimos apoyándote. —Extiende la mano para estrecharla—. Tengo que volver al trabajo, pero fue un placer conocerte, Petrakis. Espero que vuelvas algún día con tu familia.

—Gracias, Aquiles. El placer fue mío.

Regresa a la cocina, seguido de la pequeña niña que salta a su lado, y después de despedirme de Melina y conocer al marido de Irene, pago la cuenta y regreso al yate, listo para otra noche de insomnio.



Elena Lazos

Esto no puede volver a pasar, no.

Miro a mi hijo acostado en la cama, mordiéndose la mano, tan pequeña y frágil. ¡Lelè aún no puede hablar, ni caminar, ni siquiera gatear!

No puedo quedar embarazada de nuevo.

El pensamiento me golpea justo cuando otra ola de náuseas me golpea y tiro mi cena al inodoro.

Debe ser un virus, seguro. Porque el hecho de que un hombre con un dos por ciento de posibilidades de tener hijos me haya embarazado una vez está bien. Podemos considerarlo un milagro, una excepción, suerte o el destino. Pero dos veces sería ridículo.

Cuando me desperté esta mañana, estaba decidida. Había planeado quedarme de vacaciones una semana más, viajar con Lelè a Santorini e ir a buscarlo, decirle que lo perdono, que lo amo y que necesito que esté presente en nuestras vidas. No necesito más tiempo; Constantine tiene mi corazón, mi cuerpo y todos mis pensamientos.

Por la tarde, empecé a empacar, con la intención de esperar a que mi madre regresara de Lazos para contarle la noticia. Probablemente pronto saldría un ferry, y lo abordaría con mi hijo para ir a buscar a mi esposo.

Poco después, empecé a sentir náuseas; llevaba dos días sintiéndome así, pero atribuí las molestias a la dieta de helado que había seguido toda la semana. No fue hasta que empecé a vomitar hace unos minutos que se me pasó por la cabeza.

Me levanto y me lavo la cara, la boca y me cepillo los dientes, mientras pienso.

Hago los cálculos con los dedos una, dos, tres veces, aunque mis habilidades matemáticas son más que adecuadas.

Se suponía que me vendría la regla hace unos cinco días, pero no llegó. Constantine y yo hicimos el amor por primera vez en la fiesta, hace unas tres semanas, y definitivamente es pronto para sentirme así.

Sin embargo, durante mi primer embarazo, empecé a sentirme mal casi al mismo tiempo, y la prueba dio positiva. Hacerme una prueba para confirmarlo no es gran cosa, así que mejor me la apaño.

¿Verdad, Lelè? Mamá no debe estar esperando otro bebé, pero no está de más hacerse una prueba. ¿Qué te parece? —Vuelvo con él y me quedo mirando sus ojitos azules y esa carita que tanto me recuerda a su padre—. No estaría mal tener un hermanito, ¿verdad? Creo que tu padre estaría feliz esta vez.

Un pensamiento intrusivo me ataca: ¿qué pasa si realmente piensa así o si cree que he estado con otro hombre?

Empiezo a ponerme nervioso, y antes de perder la cabeza por completo, preparo una maleta con las cosas de Lelè y salgo de casa, yendo directo a una farmacia. Compro más de una prueba, por si acaso, pero en lugar de irme, conduzco hasta la villa, donde probablemente encontraré a Steph.

Ella aún no se ha ido: los resultados de la prueba de Alexander saldrán en un día o dos, y ella me aseguró que se quedaría allí hasta entonces.

Doy la última vuelta a la izquierda y un coche familiar me llama la atención. Es el coche de mi suegro, Jason, aparcado cerca del arcén, pero al mirar más de cerca, veo que Selene está al volante y el hombre a su lado no es Jason.

Curioso, aminoré un poco la marcha al pasar junto a ellos, quienes no me vieron. Ella no hacía nada; fácilmente podría ser una charla entre amigos, pero lo más extraño es que reconocí al hombre del asiento del copiloto. El Dr. Ícaro cuidó de mi madre durante mucho tiempo mientras estuvo en el hospital, así que su rostro es difícil de olvidar.

¡Qué extraño…!

Ignoro a Selene y su amistad con el doctor, y sigo mi camino. Estaciono en el patio y Cassandra me ve primero. Está en el comedor, preparando los platos.

—Buenas noches, Cassandra. ¿Estás bien?

—¡Ay, Elena! ¿Y cómo está la pequeña? —pregunta, acercándose a jugar con Lelè.

—Está genial, ¿verdad, cariño? ¿Has visto a Steph? —pregunto, incapaz de seguir con las bromas.

—Está en su habitación. ¿Quieres que la llame?

—No, me voy. ¿Y el abuelo ya se fue a dormir?

—Está en la biblioteca.

—¿Puedes llevar a Lelè con él? Quiero hablar con Steph y luego pasaré.

—Claro, déjamelo a mí. —Extiende la mano y toma a Lelè de mis brazos.

Mientras ambos desaparecen por el pasillo, corro a la habitación de Stephanie, con el corazón acelerado y la ansiedad aumentando por descubrir la verdad de inmediato.

Llamo a la puerta y ella abre casi inmediatamente.

—¿Elena? ¿Está todo bien?

—No, quiero decir, tal vez. —Doy vueltas de un lado a otro y finalmente la miro con desesperación. —No lo sé.

-¿Qué pasó?

—Me estaba preparando para ir mañana a Santorini a buscar a tu hermano, pero entonces…

—Tine no está en Santorini —dice, tirándose sobre la cama.

— ¿No? ¿Qué significa eso? ¿Dónde está entonces?

—Está aquí, en el yate.

Frunzo el ceño, confundida, tratando de entender lo que me está diciendo, pero no entiendo por qué mintió.

—Me dijo que…

—Que tenía que viajar por negocios y que volvería pronto —completa.

Stephanie se levanta, va al armario y vuelve a mí con unos papeles.

—Me pidió que le entregara los papeles del divorcio, después de firmarlos.

—¿Qué? ¿Firmó?

—Sí, pero lo hizo porque pensó que era lo que querías, Elena. No te dije nada, no te di los documentos de antemano, porque esperaba que te dieras cuenta de que lo amabas y lo perdonaras.

- ¡Me encanta!

—Lo sé —sonríe—. Entonces puedes ir a buscarlo, y yo misma quemaré estos documentos. Mi hermano ha sufrido mucho estando lejos de ti estos últimos días, y lo hizo porque quería que tuvieras tiempo para pensar y porque estaba convencido de que querías estar con Theodore.

— Pero no quiero, ¿por qué pensaste eso?

—Creo que te escuchó hablando con alguien y lo interpretó así. Pero lo importante es que también vi lo destrozados que han estado esta semana. Ambos sufren por ser tercos; de hecho, son más tercos que él.

— Steph, hay una cosa más…

- ¿Qué?

—Creo que estoy embarazada otra vez. Compré las pruebas y quiero hacérmelas aquí, contigo, pero me da miedo que Constantine vuelva a pensar que no es el padre. Le dije que he estado con muchos hombres, pero es mentira, Steph. Nunca he tenido sexo con nadie más, te lo juro —digo, juntando las manos para que me crea.

— Pero… Es muy extraño.

- ¡Lo sé!

—Te creo, Elena, de verdad. Pero eso hace que el diagnóstico de Tine sea, como mínimo, cuestionable.

—En realidad, ¿quién fue el médico que le diagnosticó después del accidente?

Ella hace una mueca.

—No lo sé, pero si esta prueba sale positiva, creo que es hora de revisarlas. Ve al baño, te espero aquí.

Animada por su confianza en mí, hago lo que Steph sugiere y me retiro al baño de la suite, con las pruebas de embarazo en la mano. Las abro todas a la vez y recojo muestras de orina de cada una.

Mientras el resultado llega, me muerdo las uñas, camino de un lado a otro y pienso en escenarios cada vez más inquietantes.

Al observar las tres pruebas que tengo frente a mí, todas muestran la misma redacción.

Pasó otra vez.

Estoy embarazada


Capítulo 29

Elena Lazos

Con los resultados en mi bolso, salgo de la mansión para reunirme con él. A pesar de mis temores sobre su reacción, Stephanie me aseguró que lo sucedido había cambiado a Constantine y que no repetiría el pasado. También me dijo que esta era mi oportunidad de disipar, de una vez por todas, cualquier duda que tuviera sobre nosotros, y aunque esas dudas ya se han disipado, creo que Steph tiene razón.

Constantino me ha pedido perdón varias veces y ha demostrado ser un padre presente y un compañero atento, pero este es el momento en que sus palabras y su confianza en mí se pondrán a prueba.

Stephanie llamó al Sr. Antonio para que me llevara al yate, y en cuestión de minutos lo seguí en la lancha rápida mar adentro. Ya estaba oscuro, pero las luces de Agnes me guiaron fácilmente.

A medida que avanzamos, pienso en eventos recientes. Le dije a Stephanie que iría a verlo, y ella dijo que nos esperaría, al menos hasta que estuvieran listos los resultados de Alexander.

Entonces, recordé haber visto a Selene y le pregunté a mi cuñada, queriendo saber dónde se alojaba, ya que ya no quiere hablar con su abuelo, pero Steph me aseguró que me estaba confundiendo, porque Selene estaba en Atenas. Lo raro es que estoy segura de que era el coche de Jason.

Entramos por la puerta lateral, igual que la primera vez, pero creo que hoy estoy aún más ansioso. Al bajar de la lancha, miro a mi alrededor y respiro hondo, pensando en lo diferentes que son las cosas desde entonces.

Antonio no se contiene, se despide inmediatamente de mí, alegando que ha recibido órdenes de Constantino de dejarlo en paz.

Subo a buscarlo, pero no lo encuentro por ningún lado. Entro en el ascensor y salgo en el mismo sitio donde cenamos la primera vez que nos conocimos, pero hoy, a diferencia de aquella noche, la piscina está vacía, algunas luces están apagadas y no hay música. Creo que lo encontraré en la terraza o en su camarote.

Con esperanza, subo las escaleras y, al llegar a la terraza, lo veo tumbado en el sofá, contemplando el cielo estrellado. El corazón me da

un vuelco, como si fuera a salírseme de la boca. Veo una botella de whisky vacía en el suelo, pero no sé si ya se la ha bebido toda.

—Constantino—llamo, mi voz resonando en la noche silenciosa.

Se sienta en el sofá y abre los ojos, buscándome, y cuando me ve de pie cerca de las escaleras, entrecierra los ojos y me mira.

—¿Elena? ¿De verdad estás aquí? —pregunta, como si yo fuera un espejismo—. ¿De verdad?

— No, tonto, soy un producto de tu imaginación, porque te bebiste toda esta botella de whisky.

"No creo estar tan borracho", dice, pero parece inseguro. "Bajé del yate, cené y volví hace un rato. Puede que me haya tomado una copa o dos, pero ya me había terminado el resto hacía unos días".

—Eso significa que realmente estoy aquí —digo, esbozando una sonrisa.

—No puedo creer que hayas venido —dice, mirándome como si fuera a desaparecer ante sus ojos—. ¿Cómo supiste dónde estaba?

—Fui a hablar con tu hermana, por otra razón, y me dijo que no había estado en Santorini —digo, acercándome al sofá—. ¿Por qué me mentiste?

—No… no lo sé —dice, encogiéndose de hombros—. Escuché tu conversación con Catherine y presentí que necesitabas tiempo para pensar. También presentí que te inclinabas por quedarte con Theodore, algo que ni siquiera había considerado.

Constantino levanta la cara para mirarme, pero luego baja la mirada a sus pies.

—Pensé que nos habíamos estado entendiendo durante los últimos días, y que nuestro fin de semana juntos era una prueba de cierto progreso, pero cuando los escuché hablar, me di cuenta de que me estaba engañando a mí mismo, y que probablemente nunca me perdonarían.

Mirándolo, niego con la cabeza, sin entender cómo llegó a esa conclusión.

—No lo entiendo, Constantino —digo, reflexionando sobre mis pensamientos—. ¿Cómo pudiste escuchar mi conversación con Catalina

e interpretarla así? Nunca dije que quisiera estar con Teodoro, al contrario.

—Pero… pero lo oí —insiste, mirándome con recelo—. Te oí cuando dijiste que Lykaios era importante para ti y que no renunciarías a Theodore.

—Sí, lo dije —confirmo, empezando a comprender la confusión —. Pero me refería a la cuenta de la empresa Lykaios, y cuando dije que no renunciaría a Theo, me refería a él como cliente, no como mi novio ni nada parecido —explico.

Por la forma en que me mira fijamente, creo que está empezando a darse cuenta de que ha entendido mal todo.

—Si te hubieras quedado un poco más, habrías sentido el momento en que le dije a Catherine que te amo.

Él parece sorprendido, pero veo un atisbo de sonrisa emerger.

— Tú… ¿me amas?

—Ya lo creía muy claro: nunca dejé de amarte, Constantino — confieso—. Ni siquiera cuando te odié.

—Elena, ¿no me estás tomando el pelo? ¿De verdad me quieres?

—Sí, jamás bromearía sobre algo así.

Él asiente, sonriendo de una manera que podría iluminar la noche, si no fuera porque la luna y las estrellas ya están haciendo su parte.

Me siento a su lado, tomo su mano en la mía y Constantino deposita un beso en mi palma.

—Pero no es el amor lo que definirá nuestro futuro —digo, llamando su atención.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir con eso?

—¿Recuerdas cuando te dije que había tenido muchas experiencias y que había estado con varios hombres cuando te fuiste?

Con una mueca de disgusto, asiente.

— Preferiría olvidarlo, pero lo recuerdo bien.

— Mentí.

—¿Mentiste? ¿Qué significa eso exactamente?

—Nunca he estado con nadie más que contigo, primero porque estaba devastada y destruida, luego, demasiado embarazada —digo lo obvio. —Cuando nació Lelè, poco a poco fui... Empecé a pensar en salir de nuevo, pero ya ni siquiera estaba considerando una relación romántica.

—¿Ni siquiera con Theo?

—Theodore es un buen hombre, tal vez si hubiera salido antes —admito, encogiéndome de hombros—, pero lo hizo la noche en que regresaste, y entonces mi vida se puso patas arriba, reapareciste como una tormenta, abrumando mis certezas, mi odio y las promesas que me había hecho a mí mismo.

—No lo puedo creer. —Me mira fijamente, con sorpresa y alegría en sus rasgos—. Sentí tantos celos, y solo ahora me doy cuenta de que, en realidad, era el único hombre en tu vida.

—Sí, espero que seas el único hombre en mi vida para siempre.

—Eso es lo que más deseo, Elena.

Se acerca a mí, mirándome fijamente, y luego sus ojos se posan en mis labios. Siento su intención de inclinarse y besarme, pero levanto una mano y la coloco sobre su pecho para impedírselo: tendremos el cielo estrellado como testigo de esta última conversación.

— Constantino…

—Elena, yo... —me interrumpe, pasándose una mano por el pelo y sonriendo con torpeza—. ¿Recuerdas aquel día, hablando con mis amigos, cuando Klaus dijo que yo tampoco había estado cerca de nadie desde que nos casamos?

—Sí, lo recuerdo, pero…

"Es cierto", confiesa, sorprendiéndome. "No quería admitir que había pensado en ti todo este tiempo, que le había sido fiel a una esposa a la que ni siquiera había tocado, pero no podía comprometerme con otra persona sabiendo que me había casado contigo. Y, sobre todo, no podía olvidarte, aunque te odiara".

Me toma un momento procesar lo que esto significa.

—Me cuesta creer que esto sea cierto, pero honestamente, me hace muy feliz saber que desde que estamos juntos, hemos sido únicos el uno para el otro.

"Por supuesto que lo éramos. Eras única, eres única y siempre serás la única mujer en mi vida", dice con firmeza.

—Puede ser, pero… ¿Qué pasaría si te dijera que estoy esperando otro hijo?

Constantine frunce el ceño, con expresión confusa. Sus ojos siguen fijos en los míos; mi corazón está a punto de estallar de la emoción, y tarda unos segundos en pensar.

—¿Estás diciendo que estás embarazada? ¿Otra vez?

—Sí —confirmo—, eso es exactamente lo que digo, y antes de que respondas, quiero que sepas que tus próximas palabras definirán nuestras vidas y nuestra relación de ahora en adelante. He elegido creer en ti, he elegido perdonar y vivir el amor que sentimos, pero…

—No tienes que decir nada más, agápi mou —interrumpe mi monólogo—. Afrodita, creo cada palabra que dices, porque hoy ya no soy el hombre tonto que no podía ver más allá del borde de su propia Nariz. Estoy enamorado de ti desde la primera vez que te vi y me dieron de lleno en la frente con una aspiradora.

Sonrío, escuchando sus palabras, mientras al mismo tiempo mis ojos se llenan de lágrimas, esperando lo que viene a continuación.

—Elena, no me cabe duda de que soy el padre del hijo que esperas —dice, secándome una lágrima que resbala por mi rostro—. No porque follamos contra la pared del baño, ni porque follamos en la despensa de mi rival, ni porque follamos toda la noche en esa cama.

—¡Basta, Constantino, ya lo entiendo! —Le tapo la boca con la mano y él se ríe, divertido.

—Sé que soy el padre de este niño y tú eres la madre, porque el amor estuvo ahí en todos esos momentos, incluso cuando nos comportábamos como animales salvajes en celo.

—Constantino, ¿dejarás de hacer esos comentarios sexuales?

—Ahora me pides que pare, pero en su momento te gustó mucho.

Le lanzo una mirada penetrante antes de retomar el tema.

—Entonces ¿estás diciendo que crees en mí?

—Claro, Elena. Sé que no me mentirías —declara con seguridad, pero su expresión enseguida se transforma en confusión—. Lo que me hace reflexionar sobre mi propia situación.

—Exactamente. Estoy de acuerdo. Hay algo que me gustaría compartir sobre esto.

—Sobre mi supuesta esterilidad, ¿bastante inconsistente?

—Sí y no. Tiene algo que ver con esto, pero no lo sé. Quizás puedas aclararlo.

—Bueno, lo haré después de besarte. Tenía tantas ganas de esa deliciosa boquita tuya. Además, tenemos que celebrar que vamos a tener otro hijo...

Constantino me toca el cuello y agarra la parte de atrás de mi cabeza, acercándome más a él, sus ojos devorando cada centímetro de mi rostro.

Sus labios se encuentran con los míos en un beso lleno de pasión y deseo. Separo los labios y él aprovecha para deslizar su lengua en mi boca. Le devuelvo el beso con el mismo fuego, la misma intensidad, deseando estar en sus brazos.

Nuestro beso es deseo, emoción y promesas; es reconciliación. Nuestras lenguas bailan, y jadeo al sentir mi piel erizarse mientras sus dedos recorren mi espalda.

—Quiero hacerte el amor, Elena —dice sin apartarse—, en el mismo lugar donde te tuve por primera vez.

Asiento, sin darle una respuesta coherente, y mis manos corren hacia los botones de su camisa. Constantine levanta los brazos y me agarra las muñecas, impidiéndome hacerlo, mientras sonríe.

—Pero todavía no. Necesito una ducha urgente para quitarme el olor a alcohol. Tu madre incluso me olió hoy y dijo que apestaba.

—¿Mi madre? ¿Y cuándo la viste?

—Hoy temprano. Te dije que salí a cenar, ¿recuerdas? Fui a Lazos, comí allí y conocí a todos los empleados.

Me alejo un poco, curioso por escuchar esta historia.

—¿De verdad has estado en Lazos hoy?

Él asiente.

Hablé largo y tendido con tu madre, explicándole toda nuestra historia, esta vez la verdad, y al final me entendió. Conocí a Aquiles y a Pandora, que son muy simpáticos; ni siquiera parecen parte de la aburrida familia de Catherine.

—¡Constantino! Que sepas que Cat dijo que dejaría de molestarte y me apoyó cuando dije que mi corazón era tuyo.

—Bueno, quizá aún haya esperanza para ese pequeño dolor de cabeza —comenta, riéndose de mi cara de enojo.

—Entonces te gustaban Aquiles y Pandora —pregunto, decidiendo ignorar los insultos que lanza en tono de broma.

—Me parecieron fantásticos. Irene y Ettore también. Pero lo mejor de la noche fue hablar con tu madre. ¿Sabías que ella y mi madre eran amigas?

—El abuelo dijo algo así, pero cuando yo nací tu madre ya estaba muerta —recuerdo con pesar.

—Sí, pero Melina dijo que tiene fotos de ellos juntos, ¿lo crees?

—¿En serio? —Abro los ojos, recordando algo—. Hace un tiempo, Stephanie me dijo que no recordaba a tu madre porque era muy pequeña cuando murió y tu padre tiró todas las fotografías. Le encantaría verlas.

"Claro", asiente. "No lo había pensado entonces, pero creo que se alegraría mucho si encontráramos una foto de mi madre".

Entonces Constantino se levanta, toma mi mano y me tira hacia las escaleras.

“Ahora me voy a duchar, luego hablaré con nuestro nuevo bebé y haré todas las cosas que no pude hacer durante el embarazo de Lelè”, dice con entusiasmo, haciéndome sonreír.

Bajamos y tomamos el ascensor hasta la zona de cabañas. Me lleva a la suite principal y me siento en la cama mientras se prepara para ducharse.

—¿No quieres venir conmigo, Afrodita? Puedo masajearte la espalda —sugiere con una sonrisa provocadora.

—Prefiero esperar aquí hasta que salgas limpio.

Poniendo cara de tristeza, Constantino entra al baño con una toalla.

Aprovecho para conocer la cabaña: abro las cortinas y las puertas que dan al balcón y me encuentro frente a una vista. Impresionante. El mar, bañado por la luna llena, las estrellas esparcidas por el cielo, la suave brisa nocturna acariciando el rostro y alborotando el cabello. Todo esto hace que la velada sea aún más romántica.

Desde donde estamos, es imposible que nos vean, a menos que haya otros barcos cerca, lo cual no parece ser el caso en este momento. Así que, llena de la euforia de estar por fin cerca de experimentar lo que siempre he deseado con él, decido darle una sorpresa.

Me quito la ropa y lo espero en la terraza, completamente desnuda. Cuando se abre la puerta del baño, me busca en la cama y luego recorre la habitación con la mirada, deteniéndose en las puertas abiertas del balcón. Al verme, su mirada se vuelve más cálida e intensa, y, paso a paso, camina hacia mí, despacio, como si temiera asustar a su presa. No sabe cuánto anhelo ser devorada.

— Elena, Elena… ¿Cómo llegaste a ser una mujer tan descarada?

“Tú me enseñaste”, respondo con una sonrisa provocativa.

Constantine se detiene frente a mí y sus manos recorren todo mi cuerpo: tocan mis brazos, mi escote, mis pechos. Se detienen en mis pezones, estimulándolos, y luego aprietan mi cintura. Sus manos se hunden en mis nalgas y se deslizan hacia adelante hasta tocar mi sexo, ya palpitante, esperándolo.

En cuclillas entre mis piernas, acerca su rostro e inhala mi aroma, luego sonríe.

"He echado mucho de menos tu coño apretado y húmedo", dice, recorriéndolo con un dedo y penetrándome con facilidad. "¿Te lo dije? Estás tan lista para mí..."

- Siempre.

Abro más las piernas y él me besa, lamiendo y chupando mi clítoris, sólo para volverme loca.

—¿Quieres hacerlo aquí afuera, Afrodita?

—Lo quiero donde tú lo quieras.

Sus ojos brillan, satisfechos con mi respuesta, y se levanta, llevándose una mano a mi cuello.

—¿En qué te has convertido, Elena?

“No lo diré”, respondo riéndome al darme cuenta de lo que espera oír.

—Di, di que eres mi buena putita.

Niego con la cabeza; su agarre en mi cuello se hace más fuerte.

- Desde…

—Lo soy, dios griego. Soy tu putita, pero solo para que me folles como a mí me gusta.

"Buena chica. Te prometo que siempre serás mi Afrodita, mi diosa, fuera de la cama, pero en la cama..." Constantine deja caer la toalla al suelo, levanta una de mis piernas y la apoya sobre su hombro. En un solo movimiento, me penetra por completo. "Joder..."

—Constantino, por favor.

Sonríe, sale de mí y vuelve a embestir, profundo y cada vez más rápido. Sus movimientos son rítmicos y sus besos me vuelven loca. Apoyada en la barandilla de hierro del balcón, estoy poseída por él en todos los sentidos.

Su pene se contrae repetidamente mientras jadeo y gimo, llamándolo. Cuando estoy a punto de alcanzar el clímax, se inclina hacia mi oreja y me mordisquea el lóbulo.

— Cógeme, agápi mou. Te amo.



Constantino Petrakis

Aunque la noche había sido larga y me había perdido en el cuerpo de Elena más de una vez, en cierto momento la realidad nos alcanzó. Lelè nos esperaba en el pueblo, y yo también lo extrañaba muchísimo.

Llamé a Antonio para que viniera a recogernos alrededor de medianoche, pero en el camino Elena retomó la conversación que habíamos interrumpido previamente.

—Oye, ¿quién era el médico que te examinó cuando tuviste el accidente?

La pregunta repentina es intrigante.

—Al principio fue el médico de guardia del hospital. Luego fui a un especialista que me recomendó mi padre.

—¿Y por casualidad el médico de turno era el Dr. Ícaro?

— ¿Lo conoces? — Me parece extraño.

—Él cuidó de mi madre, pero lo interesante es que más tarde hoy, mientras conducía hacia el pueblo, vi el auto de tu padre cerca.

Esto me sorprende.

—¿Estás seguro? Que yo sepa, está en Atenas y ni siquiera habla con mi abuelo.

—Estaba Selene en el auto, con el Doctor Ícaro.

— Elena, esto no tiene mucho…

"¿Tiene sentido?" Me mira con las cejas levantadas. "Yo también lo pensé. Steph me dijo que Selene no estaba en la ciudad, pero luego lo pensé mejor, tuve en cuenta los dos embarazos y empecé a forjar una teoría bastante extraña."

—¿Qué tipo de teoría?

—¿Qué hubiera pasado si Selene hubiera hecho algo para que el Dr. Ícaro te diera ese diagnóstico?

—No lo descarto, cariño, pero ¿el especialista?

Elena se encoge de hombros pensativamente.

—No lo sé, pero dijiste que tu padre lo sugirió, así que pudo haber sido ella. Si lo piensas, no es tan descabellado: tu hermano hizo todo lo posible por ser tu único. heredero; si hubieras creído que no podrías tener hijos, tal vez ni siquiera lo hubieras intentado, y eso habría garantizado el lugar de Alejandro.

Antonio conduce el barco, aparentemente indiferente a nuestra conversación, pero imagino que está escuchando todo.

—Elena, sería muy grave. Habría tenido que sobornar a médicos y falsificar pruebas.

—Lo sé, pero tengo una sugerencia.

- ¿Cual?

—El resultado de Alexander sale mañana y apuesto a que será positivo.

-¿En qué sentido?

—Lo que tu madrastra te hizo a ti, se lo hizo a Alexander —dice Elena con seguridad—. Debió de sobornar a alguien para que dijera que Alexander es realmente el hijo de tu padre.

—Aunque fuera cierto ¿cómo podríamos tener pruebas de ello?

—Si el Dr. Ícaro aceptó el pago, es fácil de influenciar y se venderá al mejor postor. Creo que si lo persigues ofreciéndole dinero o amenazándolo con desenmascararlo y revocarle la licencia, dirá la verdad.

Estoy pensando en tu sugerencia y creo que vale la pena intentarlo. Un nuevo espermiograma cuestionaría el diagnóstico, pero creo que un engaño es la vía más rápida.

—No nos cuesta nada.

Con esto en mente, pasamos toda la noche ansiosos, y como no podemos dormir, celebramos un poco más el embarazo de Elena. Hablamos largo y tendido, compartiendo nuestros sueños y planes, y las decisiones que tendremos que tomar de ahora en adelante, pero al final, lo más importante es que estamos juntos, y esta vez, para siempre.

Por la mañana, mucho antes de la fecha prevista de publicación de los resultados, Elena y yo fuimos al *Centro de Salud* . Ella decidió acompañarme para una mayor discreción.

En cuanto conocemos al médico, pregunta por Melina y parece amable y educado. Elena pide hablar con él, alegando que necesita información sobre el caso de su madre, y él nos lleva a su consultorio.

Elena se sienta en una silla frente al médico y yo cierro la puerta, guardándola en mi bolsillo.

-¿Qué quiere decir esto?

—No sé si usted lo recuerda, Doctor Ícaro, pero fue usted quien me visitó después de un accidente de moto acuática hace unos años.

—Yo…—Los ojos del hombre parecen dos canicas de vidrio.

—Dijo que el trauma me había dejado estéril y me enviaron a un especialista, quien confirmó su diagnóstico.

—Sí, recuerdo tu caso —dice secándose el sudor de la frente.

—¿Puedes explicarme cómo logré embarazar a esta mujer dos veces? Y mira, ni siquiera tenemos... Tuvimos tanto sexo que estuvimos separados la mayor parte del tiempo.

—Bueno, puede pasar. Tuvo una pequeña oportunidad, y…

—Y mi madrastra le pidió que inventara ese diagnóstico —concluyo, asintiendo con seguridad—. Supongo que el otro médico es amigo suyo.

—¿Tu madrastra? La señora Selene es una mujer…

"¿Recuerdas su nombre, Elena?" exclamo irónicamente.

—Era predecible, ya que ayer estuvieron juntos, conspirando para hacer compatible el resultado de la prueba de Alexander.

— ¿Qué? — Abre mucho los ojos.

—Tengo curiosidad: ¿cuánto recibió por esto? ¿Y cuántos más están involucrados? Porque ya hay dos médicos y el laboratorio de análisis involucrados en este lío.

—No tengo idea de qué estás hablando, ¡estás loco!

—Si nos dice la verdad, podemos ayudar a aliviar su condena — sugiere Elena, rogándome con la mirada que apoye su propuesta.

—Sí, no puedo garantizar que no lo arresten. Grabaré nuestra conversación. Pero diré que cooperó, y su confesión mitigará su sentencia.

Como el hombre guarda silencio, Elena se levanta y nos preparamos para irnos, pero entonces ocurre lo impensable. El Dr. Ícaro rompe a llorar.

—Juro que no quería hacer nada de esto, pero me obligaron — confiesa entre lágrimas.

—¿Podemos grabar?

Él acepta, resignado.

—Nos conocimos cuando era muy joven y me enamoré.

Esta vez realmente logra sorprendernos, el Dr. Ícaro no puede ser muchos años mayor que yo.

—¿Te has enamorado de Selene?

Él niega con la cabeza, confundiéndonos aún más.

"¿Sobre Alexander?", pregunta Elena con la boca abierta, y lo vemos asentir.

—Éramos dos niños, nos estábamos descubriendo el uno al otro, y él dijo que me amaba.

Elena parece al borde del desmayo por el reciente descubrimiento.

—Cuando tuvo el accidente, el señor Petrakis, Alex me pidió que le diera ese diagnóstico y me dijo que su madre me pagaría por hacerlo.

Por suerte, mi inteligente esposa había pensado en llevar una grabadora en su bolso; de lo contrario, más tarde, cuando intenté organizar mis hallazgos, habría pensado que lo había entendido todo mal.

— ¿Selene? — pregunto, sólo para que aparezca en la grabación.

—Sí. No acepté el dinero de la Sra. Petrakis, no para mí, porque solo quería ayudar a Alex, pero tuve que pagarle al colega que avaló mi

diagnóstico, el Dr. Niko, si recuerdas. El dinero fue para él.

—Dios mío…—Elena se lleva la mano a la boca, sorprendida.

Tengo que ser más pragmático, también porque no tenemos mucho tiempo.

—Y ahora Selene te ha pedido que la ayudes con la prueba de ADN de Alexander.

El Dr. Ícaro asiente.

—Sí, pero no la ayudé, lo juro.

—¿No la ayudaste?

"Alexander reveló quién era en realidad." Se seca los ojos con un pañuelo. "Lo pillé con mi prima Cassandra, pero cuando la confronté, la pobre me dijo que todo era contra su voluntad. La amenazó con perder su trabajo si no se acostaba con él, y me di cuenta de que Alex solo intentaba usarme, así que esta vez me negué. La prueba demostrará que no es un Petrakis, estoy seguro."

—Espera, ¿tu prima es Cassandra, la que trabaja en el pueblo? —pregunta Elena, mirándome aterrorizada.

—La conoces, claro. No denuncié a Alexander ni a su madre por miedo a lo que pudieran hacerme. Su familia es muy poderosa. Pero ahora que sé que estás dispuesto a actuar, no puedo perder la oportunidad de vengar a Cass.

—Constantino, ¿me oyes? —Elena está al borde de las lágrimas —. Ese demonio intentó lo mismo conmigo, ¡y mira lo que le está haciendo a la pobre Cassandra! Si es la única.

—Tranquila, mi amor. —Abrazo su cuerpo tembloroso, sosteniéndola cerca de mí.

Echándole una última mirada al doctor, casi siento lástima por él, pero independientemente de sus motivos, fue su decisión ignorar el juramento que hizo en la graduación y mentir a favor de Alexander. Lo que hizo complicó mi vida en muchos sentidos, no solo mi relación con Elena, sino que me trastornó la cabeza mucho antes, y ahora es hora de que paguen por sus actos.

—Gracias por decirnos la verdad, porque a pesar de todo, sin tu testimonio no tendríamos forma de incriminar a Alexander.

Al salir de su oficina, Elena y yo nos dirigimos directamente a la comisaría. Dado que Alexander y Selene saben que los resultados de las pruebas serán negativos para ambos, ya deben estar planeando una fuga, y si logran salir de las islas, será casi imposible encontrarlos.

Entregamos la grabación a la policía como prueba, y emitieron una orden de arresto contra ambos: por falso dictamen pericial y falsa ideología contra el Dr. Ícaro. Para Selene: coacción, falsa ideología y extorsión. Para Alexander: los mismos delitos, además de abuso y violación.

De regreso al pueblo, llamo a Stephanie y le pido que prepare a mi abuelo para la revelación y lo ponga en práctica. Le conté a mi hermana lo que habíamos descubierto. Luego llamé a mi padre, sintiéndome fatal por tener que darle la noticia.

—¿Constantino?

—Papá, ¿está Selene contigo?

—No, dijo que iba a Mykonos a ver a Stephanie y luego recoger los resultados de sus pruebas. ¿Sabes a qué se dedicaba tu abuelo?

—Sí, lo sé. ¿Y Alexander?

—Se fue con ella, están juntos en Mykonos. ¿Dónde estás?

—Yo también, en Mykonos. Papá, tengo algo que decirte...

No es fácil para Jason Petrakis enterarse de que ha sido engañado por su esposa durante tanto tiempo y por el niño al que consideraba su hijo. A pesar de ello, apoya nuestras decisiones cuando se le informa de las pruebas y promete colaborar con la investigación.

Llegamos al pueblo y encontramos a los demás esperándonos: Stephanie y su abuelo, Melina, Alma y Lelè, así como todos los empleados.

Lo primero que hace Elena es correr a abrazar a Cassandra, quien tarda en comprender lo que ocurre y rompe a llorar al darse cuenta de que su tormento ha terminado.

Nadie está particularmente feliz, no hay nada que celebrar al descubrir que parte de tu familia ha estado mintiendo y cometiendo delitos durante varios años, pero aún así es Es un alivio darnos cuenta de que finalmente estamos avanzando hacia una vida de felicidad.

Su arresto tuvo lugar esa misma tarde: la isla no es grande, y sin la protección del pueblo, Alex y Selene no tenían dónde esconderse. Naturalmente, intentaron tomar un ferry para escapar, pero la policía ya los estaba esperando.

Elena camina hacia el patio, y desde la sala la veo sentada bajo la pérgola. Con Lelè en brazos, me acerco y me siento a su lado.

Permanecemos en silencio unos minutos, observando únicamente el majestuoso paisaje y reviviendo los últimos acontecimientos, hasta que Elena rompe el silencio.

—¿Crees que deberíamos contarle a los demás sobre el nuevo bebé?

—Quizás sea mejor una bomba a la vez —respondo conteniendo la risa.

—Tienes razón, quizá sea demasiado para una sola tarde.

Hago una reverencia, le doy un beso en la cara y ella se gira para mirarme, sonriendo.

—Te amo, dios griego.

Lelè parece celoso del momento, porque levanta sus manitas regordetas y acaricia el rostro de su madre, haciéndonos reír.

—Nosotros también te amamos, Afrodita.


Epílogo

Elena Petrakis

Pero planificar una boda, tener un hijo, dirigir un negocio y tener una vida sexual activa y envidiable no son cosas para los débiles de corazón.

Pero, según mi esposo, los Petrakis lo pueden todo, y yo soy una Petrakis, no solo de nombre, sino porque realmente soy parte de la familia. Está claro que sigo siendo una Lazos, por eso la primera parte de nuestra ceremonia se celebrará en el patio del restaurante, con vistas al mar y al atardecer. ¡Será perfecto!

Para quienes tengan alguna duda, llamamos al gran evento una renovación de votos, aunque Constantine, yo y nuestra familia sabemos la verdad. La primera boda no fue lo que ninguno de nosotros deseaba; apenas recuerdo nada de lo que pasó, y el día estuvo marcado por una gran tristeza.

Para el segundo, sin embargo, quise elegir cada flor, cada jarrón, cada detalle de la rica decoración. Lazos se encargó de la comida, lo que facilitó mucho la logística. Pero la fiesta posterior será en el yate, una segunda recepción, sólo para los más cercanos, ya que para la primera queríamos invitar a todos nuestros conocidos.

Los amigos de Constantine se alojarán en el barco, y los demás invitados de fuera se alojarán en la villa y la residencia. Estoy embarazada de cuatro meses y cruzo los dedos para que mi vestido me quede bien cuando llegue el gran día en dos semanas.

—Kaliméra, Alma —saludo al entrar en la cocina—. ¿Han visto a Constantine?

— Kaliméra, Elena. Está en el jardín, con Lelè…

Al salir de casa, doblo la puerta trasera y salgo al jardín. Los encuentro justo donde le di a Constantine una ducha con manguera, y sonrío al ver la escena: están sobre un mantel. Constantine se ha quitado los zapatos y la corbata, y está colocando trozos de queso para atraer a Lelè, haciéndolo arrastrarse hacia la comida.

—¿Es un ratón o un niño? —Me acerco a ellos y mi marido me ofrece la mano para ayudarme a sentarme en el suelo—. ¿Estás usando queso para atraer a nuestro hijo?

— Le estoy dando un incentivo a Lelè, a través de una recompensa, para que entrene sus habilidades de locomoción — dice, camuflando la realidad con bellas palabras.

—Se llama corrupción.

—Está funcionando, eso es lo que importa. Tiene nueve meses, ya es hora de que empiece a correr.

—No te apresures con Lelè, ¿verdad, hijo? —bromeo con mi pequeño, alborotándole el pelo negro—. Pronto empezará a caminar, y entonces estaremos perdidos. Imagínate cuando nazca Agnes: este bebé corriendo por la casa, nosotros intentando que no se golpee la cabeza contra las esquinas, y nuestro bebé llorando.

Ahora su expresión es de terror.

—Siéntate aquí, Lelè. No hay prisa —dice, cambiando de opinión.

Me acuesto en su regazo y nos quedamos así un rato, simplemente disfrutando de la compañía del otro y de nuestros hijos, antes de que todo se vuelva loco otra vez.

Constantino sigue al mando de Cronos, pero el cuartel general ha regresado a Atenas, con Jason como director de operaciones. Alexander y Selene ya no nos molestarán, no en esta vida, porque han cumplido condenas tan largas que, cuando las cumplan, probablemente no vivirán para saberlo. Ahora, sin la influencia de su exesposa, mi suegro ha demostrado ser un abuelo cariñoso y un padre razonable. Lo importante es que ha asumido el papel de mano derecha de Constantino, lo que nos permite seguir viviendo en Mykonos.

"¿Crees que acompañarán a Steph a la boda?", pregunto, recordando la lista.

— Stephanie no está saliendo con nadie, creo que vendrá sola.

—Entonces, necesitamos encontrarle una cita. ¿Alguno de tus testigos es soltero?

—Todos, por ahora —responde riendo—. ¿Y Catherine?

—También necesitas un acompañante, tomaré nota de los nombres de los solteros y luego decidiremos.

Constantino se inclina y me besa en la frente antes de señalar el césped.

—Y Lelè se fue…

—Mientras no le quites los ojos de encima, está bien. Si vuelves a perder a nuestro hijo, te juro que te apretaré el cuello.

—¿Es una promesa? —Sonríe, burlándose de mí—. Quizás debería intentarlo.

Suspiro, fingiendo severidad, pero no puedo mantener la compostura por mucho tiempo. Y nuestros días han sido así, llenos de amor, complicidad y pasión. Enmarcados por la promesa de un futuro que realmente parece pintado por un artista.

Fin .



Ante todo, doy gracias a mi Dios, que nunca me abandona en mis peores momentos y siempre me escucha cuando lo necesito. Gracias, Dios, por darme inspiración, salud y la fuerza para seguir trabajando, y por esta historia que me ha llegado tan profundamente.

Agradezco a mi familia por su amor y apoyo, por el cuidado de mi esposo, Gustavo. Por el cariño y la calidez de mis hijos. Ya sea por trabajo o no, ustedes son un motor de buenos sentimientos para mí, y por eso siempre sigo adelante.

Gracias, Grazi Reis, mi agente, por revisar esta historia y ayudarme a encontrar el mejor camino para ella. Por apoyarme incluso en mi desorganización y seguir mi ritmo, siempre algo caótico. También me gustaría mencionar a Increasy, en general: Grazi, Alba, Mari y Guta. La mejor agencia que pude haber tenido: son profesionales, éticos, capaces, pero también humanos, y estoy agradecido de haber podido experimentar todas sus cualidades y por nunca darse por vencidos conmigo.

¡Gracias, Sil! Por aceptar embarcarte en esta serie conmigo y siempre dar lo mejor de ti, incluso en el diseño. Siempre me escuchas y me salvas. ¡Gracias, Vanessa, por absolutamente todo! Agradezco tu apoyo, por estar ahí en cada paso del camino y por hacer mucho más de lo necesario. Eres maravillosa y te superas cada día.

Agradezco de todo corazón a mis compañeros y Betas. Gracias, Rose, Lidiane y Anny, por leer siempre lo que escribo cuando lo envío y por responder con prontitud a sus comentarios, por reírse conmigo y animarme, por escuchar mis historias sin quejarse de los mil detalles. Gracias, Anna Bia, Emilly, Hayane, Maria Eduarda, Thalita y Vivi, por

apoyar mis sueños y proyectos, por entregarse de lleno a mis ideas locas y por permanecer a mi lado durante tanto tiempo: siempre leales y maravillosas, ¡ustedes lo son todo!

Gracias a todos los dedicados colaboradores de este libro (¡sois más de treinta!): No los nombraré a todos, pero estoy inmensamente agradecido por el maravilloso trabajo y la dedicación de cada uno de vosotros. También agradezco a todos los publicistas, influencers y miembros de la red de libros que apoyaron mi lanzamiento. ¡Sois increíbles! Esto es cierto independientemente de la cantidad o el alcance: es cuestión de trabajo duro, compromiso y amor que le dedicáis a vuestro trabajo.

Y les agradezco especialmente, lectores, la parte más hermosa de mi profesión. Sin ustedes, todo esto no tendría sentido; sin el apoyo que me brindan, no habría llegado hasta aquí. Gracias, porque cada vez que pensé en rendirme —no fueron muchas—, ustedes fueron mi recordatorio diario de que no estaba sola en este camino. ¡Los quiero!

Y si has llegado hasta aquí, no olvides seguirme en redes sociales. Puedes encontrarme en Instagram como @sarafidelisautora. Y ahora también como @autorasarafidelis, y en TikTok como @Autorasarafidelis. Allí publico novedades sobre lanzamientos y proyectos futuros, y también comparto un poco de mi día a día.

Consulta también los demás libros publicados en mi página de autor, en formato electrónico o en papel.

Creo que ya he hablado demasiado...

Para aquellos que leyeron hasta el final, gracias por su paciencia.

Un beso enorme.

Sara Fidelis.